SAGA

DARREN SHAN

Guerra de vampiros

En la tercera trilogía, conocida como «*Guerra de vampiros*», Darren descubre que puede tener que jugar un papel más importante en el destino de los vampiros (y del mundo) de lo que pensaba:

1. «*Cazadores del crepúsculo*»: en él Darren, Mr. Crepsley y Harkat salen de la montaña de los vampiros para buscar al Lord de los Vampanezes, un sujeto que según Mr. Tiny (quien tiene la habilidad de ver el futuro) sería quién conduciría a los de piel púrpura al triunfo y llevaría a los Vampiros a la derrota y la extinción. En el camino se les une un General Vampiro llamado Vancha March y juntos van en busca de Evanna, una bruja, que los guiará en la caza del Lord Vampanez.
2. «*Aliados de la noche*»: Darren se reencuentra con Debbie Hemlock, sólo que como han pasado muchos años ella ya es mayor, mientras que Shan sigue pareciendo casi un niño. También vuelve a aparecer Steve Leonard.
3. «*Asesinos del alba*»: descubren la identidad del Lord Vampanez pero fallan al derrotarlo y todo se complica.

Darren Shan

Guerra de vampiros

Saga: Saga de Darren Shan - 3

ePub r1.0

SebastiánArena 11.05.14

Título original: *Vampire War*
Darren Shan, 2003
Traducción: Sandra Hernández
Retoque de cubierta: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena
ePub base r1.1

LIBRO I

Cazadores del crepúsculo.

Para:
Shirley y Derek: la «Bella» y la «Bestia».

La OES (Orden de las Entrañas Sangrientas):
Kerri «Descuartizatripas» Goddard Kinch.
Christine Colinet, la «mujer fatal».

Mis compañeras de entrenamiento:
Gillie Rusell y Zoe Clark.

Los marineros de primera:
El clan de Christopher Little.

PRÓLOGO

Fue una época de trágicos errores. Para mí, la tragedia comenzó catorce años atrás, cuando, fascinado por la asombrosa actuación de la tarántula de un vampiro, se la robé. Tras un robo inicialmente exitoso, todo se fue al infierno, y pagué por mi delito con mi humanidad. Fingiendo mi propia muerte, abandoné mi hogar y a mi familia, y recorrí el mundo con el Cirque du Freak, como asistente de una criatura de la noche bebedora de sangre.

Mi nombre es Darren Shan. Soy un semi-vampiro.

También soy (gracias a una serie de acontecimientos tan asombrosos que aún me cuesta creer que hayan ocurrido en realidad) un Príncipe Vampiro. Los Príncipes son los líderes del clan de los vampiros, respetados y obedecidos por todos. Sólo somos cinco: los otros son Paris Skyle, Mika Ver Leth, Arrow y Vancha March.

He sido Príncipe durante seis años, viviendo en el interior de las Cámaras de la Montaña de los Vampiros (la fortaleza del clan), aprendiendo las costumbres y tradiciones de mi gente y a ser un vampiro de prestigio. También he aprendido todo lo referente a la guerra y al uso de las armas. Las reglas de combate son un componente esencial en la educación de cualquier vampiro, pero ahora más que nunca… porque estamos en guerra.

Nuestros oponentes son los vampanezes, nuestros primos de piel púrpura. En muchos aspectos son muy parecidos a los vampiros, pero un detalle fundamental los hace distintos a nosotros: matan siempre que beben sangre. Los vampiros no hacemos daño a aquellos de quienes nos alimentamos (simplemente tomamos una pequeña cantidad de sangre de cada humano que escogemos), pero los vampanezes creen que es vergonzoso alimentarse sin desangrar

a sus víctimas.

Aunque no hay aprecio entre vampiros y vampanezes, durante cientos de años ha existido una tensa tregua entre los dos clanes. Eso cambió hace seis años, cuando un grupo de vampanezes (con la ayuda de un vampiro traidor llamado Kurda Smahlt) asaltó la Montaña de los Vampiros en un intento por tomar el control de la Cámara de los Príncipes. Los derrotamos (en gran parte, gracias a que descubrí el complot antes de que lanzaran su ataque), y después interrogamos a los supervivientes, desconcertados ante su decisión de atacarnos.

A diferencia de los vampiros, los vampanezes no tenían líderes (eran totalmente democráticos), pero cuando se apartaron de los vampiros seiscientos años atrás, un misterioso y poderoso mago conocido como Mr. Tiny les hizo una visita y les confió el Ataúd de Fuego. Este ataúd quemaba vivo a cualquiera que yaciera en su interior…, pero Mr. Tiny les dijo que una noche un hombre se acostaría en él y saldría indemne, y ese hombre les conduciría a una guerra victoriosa contra los vampiros, instituyendo a los vampanezes como indiscutibles soberanos de la noche.

Durante el interrogatorio, descubrimos con horror que el Señor de los Vampanezes finalmente había aparecido, y los vampanezes recorrían el mundo preparándose para la violenta y sangrienta guerra que se avecinaba.

Una vez ejecutados nuestros asaltantes, el rumor se extendió por la Montaña de los Vampiros como un fuego arrasador: «¡Estamos en guerra con los vampanezes!». Y desde entonces les hemos combatido, luchando denodadamente, desesperados por conjurar la siniestra profecía de Mr. Tiny: que estábamos destinados a perder la guerra y a ser borrados de la faz de la Tierra…

CAPÍTULO 1

Fue otra noche larga y agotadora en la Cámara de los Príncipes. Un General Vampiro llamado Staffen Irve nos presentaba su informe a mí y a Paris Skyle. Paris era el más viejo de los vampiros vivientes, con más de ochocientos años a sus espaldas. Tenía el cabello blanco, largo y suelto, una larga barba gris, y había perdido la oreja derecha en una pelea hacía ya muchas décadas.

Staffen Irve había prestado un servicio activo en el exterior durante tres años, y nos estaba poniendo rápidamente al día sobre sus experiencias en la Guerra de las Cicatrices, como se la había acabado conociendo (en referencia a las cicatrices de las yemas de nuestros dedos, marca común de vampiros y vampanezes). Fue una guerra extraña. No había grandes batallas y ninguno de los dos bandos utilizaba armas arrojadizas: los vampiros y los vampanezes luchaban únicamente con armas que pudieran empuñar, como espadas, garrotes y lanzas. La guerra era una serie de escaramuzas aisladas, con grupos de tres o cuatro vampiros compitiendo contra un número similar de vampanezes, peleando hasta la muerte.

—Éramos
cuatro'ntra
tres —decía Staffen Irve, relatándonos uno de los encuentros más recientes—. Pero mis muchachos eran unos pipiolos, y los vampanezes, duros de pelar. Maté a uno
d'ellos
, pero los otros huyeron, dejándome dos chicos muertos y al tercero con un brazo inútil.

—¿Alguno de los vampanezes dijo algo sobre su Señor? —preguntó Paris.

—No, Alteza. Los que capturé vivos sólo se reían de mis

preguntas, incluso bajo tortura.

En los seis años que llevábamos buscando a su Señor, no habíamos hallado ningún indicio de él. Sabíamos que no había sido convertido (varios vampanezes nos habían dicho que estaba aprendiendo sus costumbres antes de convertirse en uno de ellos), y la opinión general era que si queríamos tener alguna posibilidad de frustrar las predicciones de Mr. Tiny, debíamos encontrar y matar a su Señor antes de que asumiera un control completo sobre el clan.

Un grupo de Generales estaba aguardando para hablar con Paris. Se adelantaron cuando Staffen Irve se marchó, pero les indiqué que esperaran. Cogí una jarra de sangre tibia y se la pasé al Príncipe de una sola oreja. Sonrió y bebió con deleite, y luego se enjugó las manchas rojas alrededor de su boca con el dorso de una mano temblorosa: la responsabilidad de estar al frente del consejo de guerra le estaba pasando factura al anciano Príncipe.

—¿Lo dejamos por hoy? —pregunté, preocupado por la salud de Paris.

Él meneó la cabeza.

—La noche es joven —murmuró.

—Pero tú no —dijo una voz familiar detrás de mí.

Mr. Crepsley. El vampiro de la capa roja pasaba la mayor parte de su tiempo a mi lado, aconsejándome y dándome ánimos. Se encontraba en una posición peculiar. Como vampiro corriente, no ostentaba ningún rango reconocible y podía recibir órdenes hasta del General más modesto. Pero como mi guardián, ejercía de forma no oficial los poderes de un Príncipe (ya que, prácticamente, yo seguía sus consejos todo el tiempo). La realidad era que Mr. Crepsley era el segundo al mando sólo para Paris Skyle, aunque nadie lo reconocía abiertamente. El protocolo de los vampiros, ¡figúrate!

—Deberías descansar —le dijo Mr. Crepsley a Paris, poniendo una mano sobre el hombro del Príncipe—. Esta guerra durará mucho tiempo. No debes fatigarte demasiado pronto. Más adelante te necesitaremos.

—¡Tonterías! —rió Paris—. Darren y tú sois el futuro. Yo pertenezco al pasado, Larten. No viviré para ver el final de esta guerra si se hace tan larga como tememos. Si no me empleo a fondo

ahora, nunca lo haré.

Mr. Crepsley empezó a protestar, pero Paris le hizo callar doblando un dedo.

—Un viejo búho detesta que le digan lo joven y viril que es. Estoy en las últimas, y quien diga lo contrario es un imbécil, un mentiroso, o ambas cosas.

Mr. Crepsley inclinó la cabeza sumisamente.

—Muy bien. No discutiré contigo.

—Eso esperaba. —Paris sorbió por la nariz y cambió cansinamente de postura en su trono—. Pero ha sido una noche agotadora. Hablaré con esos Generales, y luego me iré a dormir a mi ataúd. ¿Darren podrá arreglárselas sin mí?

—Darren se las arreglará —dijo Mr. Crepsley confiadamente, y se situó ligeramente a mi espalda mientras se acercaban los Generales, dispuesto a aconsejarme en lo que fuera necesario.

Paris no se fue a su ataúd antes del amanecer. Los Generales tenían muchos asuntos que tratar (como estudiar los informes de los movimientos de los vampanezes, intentando determinar con precisión el posible escondite de su Señor) y ya era casi mediodía cuando el anciano Príncipe logró escabullirse.

Me concedí un corto respiro, comí un poco, y luego escuché a tres de los instructores de la Montaña, que estaban entrenando a la última tanda de Generales. Después tuve que enviar fuera a dos nuevos Generales para que entraran en combate por primera vez. Concluí rápidamente la breve ceremonia (en la que debía untarles la frente con sangre de vampiro y murmurar una antigua oración guerrera sobre ellos), y tras desearles buena suerte, los envié a matar vampanezes… o a morir.

Luego fue el momento de que los vampiros acudieran a mí con una amplia lista de problemas y peticiones. Como Príncipe, se esperaba que me ocupara de todo tipo de temas. Sólo era un joven e inexperto semi-vampiro, convertido en Príncipe más por accidente que por méritos, pero los miembros del clan depositaban por completo su confianza en sus Príncipes, y me concedían el mismo grado de respeto que a Paris o a cualquiera de los otros.

Cuando el último vampiro se marchó, conseguí dormir tres horas en la hamaca que había colgado en el fondo de la Cámara. Cuando

desperté, comí carne de jabalí salada y poco hecha, acompañada de agua y seguida de una pequeña jarra de sangre. Luego volví a mi trono para ocuparme de más planes, intrigas e informes.

CAPÍTULO 2

Un grito me arrancó de mi sueño.

Desperté bruscamente y caí de la hamaca sobre el duro y frío suelo de mi celda rocosa. Mi mano se lanzó automáticamente a por la espada corta que llevaba conmigo a todas horas. Cuando se disiparon las brumas del sueño, me di cuenta de que sólo era Harkat, que estaba teniendo una pesadilla.

Harkat Mulds era una Personita, una criatura de baja estatura que vestía una túnica azul y trabajaba para Mr. Tiny. Una vez fue un ser humano, aunque no recordaba quién era, ni cuándo ni dónde había vivido. Cuando murió, su alma permaneció atrapada en la Tierra, hasta que Mr. Tiny le trajo de nuevo a la vida en un cuerpo nuevo y atrofiado.

—Harkat —farfullé, sacudiéndole rudamente—. Despierta. Estás soñando otra vez.

Harkat no tenía párpados, pero el brillo de sus grandes ojos verdes se enturbiaba cuando dormía. Ahora resplandecían mientras profería sonoros gemidos, y rodó fuera de su hamaca, igual que yo un momento antes.

—¡Dragones! —gritó, con la voz atenuada por la mascarilla que llevaba siempre, pues moriría sin ella, al no poder respirar aire normal durante más de diez o doce horas—. ¡Dragones!

—No —suspiré—. Estabas soñando.

Harkat me miró fijamente con sus anormales ojos verdes, luego se relajó y se bajó la mascarilla de un tirón, mostrando el ancho, gris e irregular tajo de una boca.

—Perdona, Darren. ¿Te he… despertado?

—No —mentí—. Ya estaba levantado.

Volví a subir a mi hamaca y me senté, mirando fijamente a

Harkat. Era una criatura innegablemente fea. Bajito y rechoncho, con la piel gris y cadavérica, sin orejas ni nariz visibles… Tenía las orejas ocultas bajo la piel de su cuero cabelludo, pero carecía de sentido del olfato y del gusto. Sin pelo, con unos ojos redondos y verdes, unos dientecillos puntiagudos y la lengua de un gris oscuro. Tenía la cara llena de costurones, como el monstruo de Frankenstein.

Claro que yo tampoco era un modelo. ¡Pocos vampiros lo eran! Cicatrices y marcas de quemaduras cubrían mi rostro, mi cuerpo y mis miembros, muchas de ellas recibidas durante mis Ritos de Iniciación (que había superado en mi segundo intento, dos años atrás). Además, estaba tan calvo como un bebé, como resultado de mi primera tanda de pruebas, en las que sufrí graves quemaduras.

Harkat era uno de mis más íntimos amigos. Me había salvado la vida dos veces, cuando fui atacado por un oso salvaje en el trayecto hacia la Montaña de los Vampiros, y luego cuando luché contra unos fieros jabalíes durante mis primeros y fallidos Ritos de Iniciación. Me preocupaba verle tan alterado por las pesadillas que habían estado acosándole en los últimos años.

—¿Esta pesadilla era como las otras? —pregunté.

—Sí —asintió—. Vagaba por un vasto páramo. El cielo era rojo. Estaba buscando algo, pero… no sé el qué. Había fosos llenos de estacas. Un dragón me atacó. Luché con él, pero… apareció otro. Y luego otro. Y luego… —Suspiró desoladamente.

La manera de hablar de Harkat había mejorado considerablemente desde la primera vez que empezó a hablar. Al principio, por cada dos o tres palabras que decía, tenía que detenerse para tomar aliento, pero había aprendido a controlar su forma de respirar, y ahora sólo se atascaba en las frases largas.

—¿Estaban los hombres de las sombras? —pregunté. A veces él soñaba con figuras sombrías que le perseguían y atormentaban.

—Esta vez no —dijo—, pero creo que habrían aparecido si tú… no me hubieras despertado.

Harkat estaba sudando (su sudor era de un pálido color verde) y le temblaban ligeramente los hombros. Sufría mucho en sus sueños, y permanecía despierto todo el tiempo que podía, y de cada setenta y dos horas dormía sólo cuatro o cinco.

—¿Quieres comer o beber algo? —pregunté.

—No —dijo—. No tengo hambre.

Se levantó y estiró sus fornidos brazos. Sólo llevaba un trapo alrededor de la cintura, así que se podía ver la lisa superficie de su estómago y su pecho. Harkat no tenía tetillas ni ombligo.

—Me alegro de verte —dijo, poniéndose sus ropas azules, que nunca había perdido la costumbre de llevar—. Hace siglos que no… nos reunimos.

—Lo sé —rezongué—. Todo este asunto de la guerra está acabando conmigo, pero no puedo dejar que Paris se haga cargo de todo él solo. Me necesita.

—¿Cómo está el Señor Skyle? —preguntó Harkat.

—Sobrellevándolo. Pero es duro. Hay tantas decisiones que tomar, tantas tropas que organizar, tantos vampiros que enviar a la muerte…

Guardamos silencio un instante, pensando en la Guerra de las Cicatrices y en los vampiros (incluyendo a algunos grandes amigos nuestros) que habían perecido en ella.

—¿Y tú cómo has estado? —le pregunté a Harkat, desechando aquellos lúgubres pensamientos.

—Ocupado —respondió—. Seba me hace trabajar cada vez más duro todo el tiempo.

Después de unos meses de pulular por la Montaña de los Vampiros, Harkat había acabado trabajando para el intendente (Seba Nile), que estaba a cargo del abastecimiento y mantenimiento de los almacenes de comida, ropa y armas de la Montaña. Harkat empezó llevando cajas y sacos de un sitio a otro, pero aprendió rápidamente lo referente a las provisiones y a administrarlas según las necesidades de los vampiros, y ahora era el principal asistente de Seba.

—¿Tienes que volver pronto a la Cámara de los Príncipes? —preguntó Harkat—. A Seba le gustaría verte. Quiere enseñarte… algunas arañas.

La montaña era el hogar de miles de arácnidos, a los que se conocía como arañas de

Ba’Halen

.

—Tengo que volver —respondí, apenado—, pero procuraré venir enseguida.

—Hazlo —dijo Harkat con seriedad—. Se te ve agotado. Paris no es el único… que necesita descansar.

Harkat tuvo que irse poco después a hacer los preparativos para la llegada de un grupo de Generales. Me tumbé en mi hamaca, con la mirada fija en el oscuro techo rocoso, incapaz de seguir durmiendo. Esa era la celda que Harkat y yo habíamos compartido desde que llegamos a la Montaña de los Vampiros. Me gustaba esa diminuta covacha (era lo más cercano a un dormitorio que había tenido), pero rara vez estaba en ella. La mayoría de las noches las pasaba en la Cámara de los Príncipes, y las pocas horas libres que tenía durante el día las dedicaba normalmente a comer o a hacer ejercicio.

Me pasé una mano por la calva mientras descansaba y volví a pensar en mis Ritos de Iniciación. La segunda vez los superé sin problemas. No tenía que hacerlo (como Príncipe, no estaba obligado a ello), pero no me habría sentido bien si no lo hubiera hecho. Al superar los Ritos, me había demostrado a mí mismo que era digno de ser un vampiro.

Aparte de las cicatrices y las quemaduras, no había cambiado mucho en los últimos seis años. Como semi-vampiro, por cada cinco años sólo envejecía uno. Era un poco más alto que cuando dejé el Cirque du Freak con Mr. Crepsley, y mis facciones se habían hecho un poco más definidas y maduras. Pero no era un vampiro completo y no experimentaría grandes cambios hasta que lo fuera. Como vampiro completo sería mucho más fuerte. También sería capaz de curar cortes con mi propia saliva, de exhalar un gas que dejaba inconsciente a la gente y comunicarme telepáticamente con otros vampiros. Y además podría corretear, que era la máxima velocidad que un vampiro podía alcanzar. Su lado negativo es que sería vulnerable a la luz del Sol y no podría moverme durante el día.

Pero ya me preocuparía por eso más adelante. Mr. Crepsley no me había dicho cuándo me convertiría del todo, pero yo suponía que eso no ocurriría hasta que fuera adulto, dentro de unos diez o quince años, ya que mi cuerpo aún era el de un adolescente. Así que tenía mucho tiempo para disfrutar (o soportar) mi prolongada

infancia.

Permanecí tendido y relajado media hora más, y luego me levanté y me vestí. Decidí ponerme ropa de color azul claro: unos pantalones y una túnica, y por encima una larga y majestuosa toga. Al ponerme la túnica, se me enganchó en la manga el pulgar derecho, como me ocurría tan a menudo: me lo había roto seis años atrás, y aún sobresalía en un ángulo incómodo.

Con cuidado de no rasgar la tela con mis uñas extra-duras (capaces de agujerear la roca blanda), liberé el pulgar y acabé de vestirme. Me puse un par de zapatos ligeros y me pasé la mano por la cabeza para asegurarme de que no me habían picado las garrapatas. Habían aparecido en la montaña recientemente, convirtiéndose en una molestia para todos. Luego emprendí el camino de regreso a la Cámara de los Príncipes para afrontar otra larga noche de discusiones y tácticas.

CAPÍTULO 3

Las puertas de la Cámara de los Príncipes sólo podía abrirlas un Príncipe, colocando una mano sobre ellas o tocando un panel en los tronos, en el interior de la Cámara. Nada podía atravesar las paredes de la Cámara, que había sido construida por Mr. Tiny y sus Personitas siglos atrás.

La Piedra de Sangre estaba alojada en la Cámara, y era de vital importancia. Era un artefacto mágico. Todo vampiro que viniera a la montaña (y la mayoría de los tres mil vampiros que había en el mundo había hecho el viaje al menos una vez) ponía sus manos sobre la Piedra de Sangre y dejaba que absorbiera parte de su sangre. La Piedra podía utilizarla entonces para localizar a ese vampiro. Así, si Mr. Crepsley quisiera saber dónde estaba Arrow, sólo tenía que poner las manos sobre la Piedra y pensar en él, y en unos segundos habría obtenido una visión del Príncipe. O, si pensaba en una zona, la Piedra podía decirle cuántos vampiros había en ella.

Yo no podía utilizar la Piedra de Sangre para buscar a otros (sólo los vampiros completos podían hacerlo), pero podía ser localizado a través de ella, ya que había tomado mi sangre cuando me convertí en Príncipe.

Si la Piedra cayera en manos de los vampanezes, podrían usarla para encontrar a todos los vampiros vinculados a ella. Ocultarse de ellos sería imposible. Nos aniquilarían. A causa de este peligro, algunos vampiros querían destruir la Piedra de Sangre… pero según la leyenda, podría salvarnos en nuestra hora de mayor necesidad.

Estaba pensando en todo eso mientras Paris utilizaba la Piedra de Sangre para dirigir las tropas en el campo. Mientras recibíamos los informes sobre la posición de los vampanezes, Paris se servía de

la Piedra para averiguar dónde se encontraban los Generales, y entonces se comunicaba telepáticamente con ellos, ordenándoles trasladarse de un lugar a otro. Esto era lo que lo agotaba tanto. Había otros que podían utilizar la Piedra, pero como Príncipe, la palabra de Paris era ley, y se ahorraba tiempo dando las órdenes él mismo.

Mientras Paris se concentraba en la Piedra, Mr. Crepsley y yo pasamos gran parte de nuestro tiempo cotejando informes de campo para obtener una imagen clara de los movimientos de los vampanezes. Muchos otros Generales también lo hacían, pero nuestra labor consistía en tomar sus conclusiones, estudiarlas, seleccionar los puntos más importantes y hacer sugerencias a Paris. Teníamos montones de mapas, con alfileres que señalaban las posiciones de vampiros y vampanezes.

Mr. Crepsley había estado estudiando minuciosamente un mapa durante diez minutos, y parecía preocupado.

—¿Has visto esto? —preguntó al fin, reclamando mi atención.

Miré el mapa atentamente. Había tres banderas amarillas y dos rojas alrededor de una ciudad. Empleábamos los cinco colores básicos para llevar la cuenta de las cosas. Banderas azules para los vampiros. Amarillas para los vampanezes. Verdes para los baluartes de los vampanezes: ciudades y pueblos que utilizaban como bases. Situábamos banderas blancas en los lugares donde habíamos ganado alguna batalla, y rojas donde las habíamos perdido.

—¿Qué debería ver? —pregunté, mirando fijamente las banderas amarillas y rojas. Tenía los ojos llorosos por la falta de sueño y la excesiva concentración en los mapas y los informes malamente garabateados.

—El nombre de la ciudad —dijo Mr. Crepsley, recorriéndolo con una uña.

Al principio, aquel nombre no tuvo el menor significado para mí. Entonces se me despejó la cabeza.

—Es su hogar original —musité.

Era la ciudad en la que Mr. Crepsley había vivido cuando era humano. Doce años antes, había regresado allí, llevándonos a mí y a Evra Von (el niño-serpiente del Cirque du Freak) con él, para detener a un vampanez loco llamado Murlough, que se había

instalado allí para correrse una juerga mortal.

—Busca los informes —dijo Mr. Crepsley.

Cada bandera tenía el número de su informe correspondiente en nuestros archivos, así que sabíamos exactamente qué representaba cada una de ellas. Al cabo de unos minutos encontré los folios pertinentes y los ojeé rápidamente.

—De los vampanezes vistos por allí —murmuré—, dos se disponían a entrar en la ciudad, y otro salía de ella. La primera bandera roja es de hace un año: cayeron cuatro Generales en una dura reyerta con varios vampanezes.

—Y la segunda bandera roja señala el punto donde Staffen Irve perdió a dos de sus hombres —dijo Mr. Crepsley—. Fue al añadir al mapa esta bandera cuando me he dado cuenta del grado de actividad que hay alrededor de la ciudad.

—¿Cree que pueda significar algo? —pregunté. Era inusual que se hubieran localizado tantos vampanezes en la misma zona.

—No estoy seguro —respondió—. Los vampanezes podrían haber establecido su base ahí, pero no sé por qué: queda fuera de la trayectoria de sus otros baluartes.

—Podríamos enviar a alguien a investigar —sugerí.

Lo consideró, pero luego meneó la cabeza.

—Ya hemos perdido a demasiados Generales allí. No es un sitio estratégicamente importante. Es mejor dejarlo.

Mr. Crepsley se frotó la larga cicatriz que le dividía la carne en el lado izquierdo del rostro, y volvió a fijar su atención en el mapa. Llevaba el copete pelirrojo más corto de lo habitual (la mayoría de los vampiros se estaban cortando el pelo por culpa de las garrapatas), y parecía casi calvo bajo la potente luz de la Cámara.

—Le preocupa, ¿verdad? —observé.

Asintió.

—Si tienen una base instalada, deben estar alimentándose de los humanos. Aún lo considero mi hogar, y no me gusta pensar que mis antiguos vecinos y parientes estén sufriendo en manos de los vampanezes.

—Podríamos enviar a un grupo a deshacerse de ellos.

Lanzó un suspiro.

—Eso no estaría bien. No puedo anteponer mis asuntos

personales a la seguridad del clan. Si pudiera salir ahí fuera alguna vez, podría ir yo mismo a investigar la situación, sin necesidad de enviar a otros.

—¿Qué probabilidades tenemos usted y yo de poder salir de aquí? —inquirí sarcásticamente. No me gustaba luchar, pero después de seis años confinado en la montaña, habría dado mis uñas por pasar unas cuantas noches fuera, aunque tuviera que enfrentarme a una docena de vampanezes sin ayuda de nadie.

—Tal como están las cosas…, pocas —admitió Mr. Crepsley—. Creo que estaremos aquí metidos hasta que acabe la guerra. Si alguno de los otros Príncipes sufriera heridas graves y tuviera que abandonar el campo de batalla, podríamos reemplazarle. De lo contrario… —Hizo tamborilear los dedos sobre el mapa, haciendo una mueca.

—Usted no tiene por qué quedarse —dije en voz baja—. Aquí hay gente de sobra para aconsejarme.

Soltó una seca risotada.

—Sí, aquí hay gente de sobra para guiarte —convino—, ¿pero cuántos se atreverían a darte un coscorrón cuando cometieras un error?

—No muchos —reí entre dientes.

—Ellos te ven como a un Príncipe —dijo—, mientras que yo aún te sigo viendo ante todo como a un mocoso entrometido con afición a robar arañas.

—¡Qué encantador! —resoplé. Sabía que estaba bromeando (Mr. Crepsley siempre me trataba con el respeto que mi posición merecía), pero en su broma había algo de verdad. Entre Mr. Crepsley y yo había un vínculo especial, como el que hay entre un padre y un hijo. Él podía decirme cosas que ningún otro vampiro se atrevería a decirme. Sin él, estaría perdido.

Dejando a un lado el mapa del primer hogar de Mr. Crepsley, retomamos los asuntos más importantes de la noche, mientras evocábamos los acontecimientos que finalmente nos hicieron regresar a la ciudad en la que Mr. Crepsley había pasado su juventud, y el terrible enfrentamiento con el demonio que nos esperaba allí.

CAPÍTULO 4

Las Cámaras y túneles de la Montaña de los Vampiros rebullían de excitación: Mika Ver Leth había regresado tras una ausencia de cinco años, ¡y se decía que traía noticias del Lord Vampanez! Yo me encontraba descansando en mi celda cuando escuché el rumor. Sin pérdida de tiempo, me vestí y corrí a la Cámara de los Príncipes en lo alto de la Montaña, para averiguar si la historia era cierta.

Mika estaba hablando con Paris y Mr. Crepsley cuando llegué, rodeados por un pelotón de Generales ansiosos por conocer las noticias. Como de costumbre, vestía completamente de negro, pero sus ojos de halcón parecían más oscuros y severos que nunca. Alzó una mano enguantada como saludo, al verme abrirme paso a empujones. Correspondí a su atención devolviéndole el saludo.

—¿Cómo está el Príncipe cachorro? —preguntó con una breve y tensa sonrisa.

—No me va mal —respondí, buscando en él señales de heridas. Muchos de los que volvían a la Montaña de los Vampiros exhibían cicatrices de guerra. Pero aunque Mika parecía cansado, no presentaba heridas visibles—. ¿Qué hay del Lord Vampanez? —le pregunté directamente—. Según los chismes, ya sabes dónde está.

Mika hizo una mueca.

—¡Ojalá! —Miró a su alrededor y dijo—: ¿Estamos todos? Tengo noticias, pero preferiría comunicarlas ante toda la Cámara.

Todos los presentes se dirigieron a sus asientos. Mika se acomodó en su trono y emitió un suspiro de satisfacción.

—Me alegra estar de vuelta —dijo, dando palmaditas sobre los firmes brazos de la silla—. ¿Seba ha cuidado bien de mi ataúd?

—¡Que los vampanezes se lleven tu ataúd! —exclamó un General, olvidando momentáneamente su lugar—. ¿Qué noticias

hay del Lord Vampanez?

Mika se pasó una mano por la cabellera azabache.

—En primer lugar, quiero dejar claro… que no sé dónde está.

Un rugido recorrió la sala.

—Pero he oído rumores sobre él —añadió Mika.

Todo el mundo aguzó el oído.

—Antes de empezar —dijo Mika—, ¿sabíais lo de los últimos reclutas de los vampanezes?

Conmoción general.

—Los vampanezes han estado engrosando sus filas desde el comienzo de la guerra, convirtiendo a más humanos de lo habitual para incrementar su número.

—Eso no es una novedad —murmuró Paris—. Siempre ha habido muchos menos vampanezes que vampiros en el mundo. Era de esperar que se dedicaran a hacer conversiones imprudentes. No es algo que deba preocuparnos. Aún los superamos ampliamente en número.

—Sí —dijo Mika—, pero ahora también utilizan a humanos no convertidos. Los llaman «vampcotas». Al parecer, el nombre se le ocurrió al propio Lord Vampanez. Como él, están aprendiendo las costumbres de los vampanezes y sus reglas en la guerra como humanos, antes de ser convertidos. Planea crear un ejército de ayudantes humanos.

—Podemos enfrentarnos a los humanos —gruñó un General, y hubo gritos de aprobación.

—Normalmente, sí —convino Mika—. Pero debemos tener cuidado con esos vampcotas. Aunque no tengan los poderes de los vampanezes, están aprendiendo a luchar como ellos. Además, como no han sido convertidos, no tienen que acatar las leyes más estrictas de los vampanezes. No se sienten obligados a decir la verdad por honor, no tienen que seguir las antiguas costumbres… ni limitarse a luchar cuerpo a cuerpo.

Murmullos de furia recorrieron la sala.

—¿Los vampanezes están usando pistolas? —preguntó Paris, escandalizado. En cuestión de armas, los vampanezes eran aún más estrictos que los vampiros. Nosotros podíamos utilizar bumeranes y lanzas, pero la mayoría de los vampanezes ni los tocaba.

—Los vampcotas no son vampanezes —gruñó Mika—. No hay razón para que un vampcota no convertido no pueda utilizar una pistola. No creo que sea algo que aprueben todos sus mentores, pero si su Señor lo ordena, lo permitirán.

—Pero ya nos ocuparemos otra noche de los vampcotas —prosiguió Mika—. Sólo los he mencionado porque gracias a ellos averigüé lo de su Señor. Un vampanez moriría gritando antes que traicionar a su clan, pero los vampcotas no son tan duros. Capturé a uno hace unos meses y le saqué algunos detalles interesantes. Lo más destacable fue que el Lord Vampanez carece de base. Viaja por el mundo con un pequeño grupo de guardianes, visitando sus diversas unidades de combate para mantener alta su moral.

Los Generales recibieron la noticia con gran excitación: si el Lord Vampanez iba a pie y con escasa protección, sería más vulnerable a un ataque.

—¿Y ese vampcota sabía dónde está el Lord Vampanez? —preguntó Mr. Crepsley.

—No —dijo Mika—. Lo había visto, pero hacía más de un año. Sólo uno de sus acompañantes conoce su itinerario.

—¿Qué más te dijo? —inquirió Paris.

—Que su Señor aún no ha sido convertido. Y que a pesar de sus esfuerzos, la moral está baja. Los vampanezes han sufrido grandes pérdidas, y muchos no creen que puedan ganar esta guerra. Se ha hablado de un tratado de paz…, e incluso de una rendición sin condiciones.

La Cámara estalló en vítores. Algunos Generales estaban tan eufóricos por las palabras de Mika, que un grupo de ellos corrió hacia él, lo levantó y lo sacó a hombros de la sala. Se les podía oír cantando y gritando mientras iban en busca de las cajas de cerveza y vino almacenadas abajo. Los demás, más moderados, miraron a Paris en busca de guía.

—Vamos —sonrió el anciano Príncipe—. Sería una descortesía dejar que Mika y sus sobreexcitados compañeros beban solos.

Los restantes Generales aplaudieron sus palabras y salieron a toda prisa, quedándonos sólo algunos camareros, Mr. Crepsley, Paris y yo.

—Esto es estúpido —rezongó Mr. Crepsley—. Si los vampanezes

están considerando realmente rendirse, deberíamos presionarlos, no perder el tiempo…

—Larten —le interrumpió Paris—, sigue a los demás, busca el barril de cerveza más grande que encuentres y emborráchate hasta perder el sentido.

Mr. Crepsley se quedó mirando al Príncipe con la boca abierta.

—¡Paris! —boqueó.

—Has estado aquí encerrado demasiado tiempo —dijo Paris—. Ve, relájate, y no vuelvas sin una buena resaca.

—Pero… —empezó Mr. Crepsley.

—Es una orden, Larten —gruñó Paris.

Mr. Crepsley dio la impresión de haberse tragado una anguila viva, pero no sería él quien desobedeciera la orden de un superior, así que juntó los talones, murmuró «A la orden, Señor», y salió rumbo a los almacenes, enfurruñado.

—Nunca he visto a Mr. Crepsley con resaca —reí—. ¿Qué pinta tiene?

—La de un… ¿Cómo dicen los humanos? ¿Un gorila con dolor de cabeza? —Paris se llevó el puño a la boca y tosió (tosía mucho últimamente), y luego sonrió—. Pero le hará bien. A veces, Larten se toma la vida demasiado en serio.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿No quieres ir?

Paris hizo una mueca de amargura.

—Una jarra de cerveza acabaría conmigo. Aprovecharé esta pausa para tumbarme en mi ataúd, en el fondo de la Cámara, y dormir todo el día.

—¿Estás seguro? Puedo quedarme si quieres.

—No. Ve y diviértete. Estaré bien.

—De acuerdo.

Me levanté de mi trono y fui hacia la puerta.

—Darren —me llamó Paris—. El alcohol en exceso es tan malo para los jóvenes como para los viejos. Si eres sabio, beberás con moderación.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste acerca de la sabiduría hace unos años, Paris? —repliqué.

—¿Qué?

—Dijiste que el único modo de adquirirla es a través de la

experiencia.

Dedicándole un guiño, salí apresuradamente de la Cámara, y pronto estuve compartiendo un barril de cerveza con un vampiro pelirrojo y gruñón. Mr. Crepsley se fue animando gradualmente a medida que transcurría la noche, y estaba cantando escandalosamente cuando, a la mañana siguiente se dirigió, tambaleante, a su ataúd.

CAPÍTULO 5

No podía entender por qué había dos lunas en el cielo cuando me desperté, ni por qué eran verdes. Gruñendo, me froté los ojos con el dorso de la mano y miré otra vez. Me di cuenta de que estaba tumbado en el suelo, mirando fijamente los verdes ojos de un risueño Harkat Mulds.

—¿Te divertiste anoche? —preguntó.

—Me han envenenado —gemí, rodando sobre mi estómago y sintiéndome como si me encontrara en la cubierta de un barco durante una furibunda tormenta.

—¿Te apetecen unas tripas de jabalí y… un caldito de murciélago?

—¡No! —exclamé, con una mueca de dolor. La sola idea de la comida me hacía desfallecer.

—Tú y los otros debéis haber acabado… con la mitad de las reservas de cerveza de la montaña anoche —comentó Harkat, ayudándome a levantarme.

—¿Hay un terremoto? —pregunté cuando me soltó.

—No —respondió, perplejo.

—Entonces, ¿por qué está temblando el suelo?

Se echó a reír y me condujo a mi hamaca. Me había quedado dormido en el suelo de nuestra celda. Tenía un vago recuerdo de haberme caído de la hamaca cada vez que intentaba acostarme.

—Me sentaré en el suelo un momento —dije.

—Como quieras —rió Harkat—. ¿Quieres una cerveza?

—Lárgate o te pego —gruñí.

—¿Ya no te gusta la cerveza?

—¡No!

—Qué curioso. No hacías más que cantar sobre cuánto… te

gustaba antes. Cerveza, cerveza, la bebo como una ballena, yo soy el… Príncipe, el Príncipe de la cerveza…

—Podría hacer que te torturen —le advertí.

—Me da igual —dijo Harkat—. Todo el clan se volvió loco… anoche. Y eso que cuesta emborrachar a un vampiro, pero… la mayoría lo consiguió. He visto a algunos vagando por los túneles, como…

—Por favor —supliqué—, no me los describas.

Harkat volvió a reír, me cogió por los pies y me sacó de la celda, internándonos en el laberinto de túneles.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A la Cámara de Perta Vin Grahl. Le pregunté a Seba… cuál era el remedio para la resaca (tenía la impresión de que sufrías una), y dijo… que una ducha normalmente funciona.

—¡No! —gemí—. ¡Una ducha, no! ¡Por piedad!

Harkat ignoró mis súplicas, y poco después me lanzaba bajo las gélidas aguas de las cascadas interiores de la Cámara de Perta Vin Grahl. Creí que me estallaría la cabeza al primer contacto con el agua, pero al cabo de unos minutos se me había pasado gran parte de la jaqueca y el estómago se me había asentado. Cuando me estaba secando, ya me sentía cien veces mejor.

De regreso a la celda, pasamos junto a un Mr. Crepsley de rostro verdoso. Le di los buenos días, pero un gruñido fue su única respuesta.

—Nunca entenderé esa afición al… alcohol —dijo Harkat mientras yo me vestía.

—¿Es que tú nunca te has emborrachado? —repliqué.

—Tal vez, en mi vida anterior, pero no desde… que me convertí en una Personita. Carezco de papilas gustativas, y el alcohol no… me afecta.

—Tienes suerte —murmuré agriamente.

En cuanto estuve vestido, subimos dando un paseo hasta la Cámara de los Príncipes, para ver si Paris me necesitaba, pero la encontramos prácticamente desierta, y Paris aún estaba en su ataúd.

—Vamos a dar una vuelta por los túneles… bajo las Cámaras —sugirió Harkat. Habíamos explorado mucho cuando llegamos a la montaña por primera vez, pero habían pasado dos o tres años desde

nuestra última excursión.

—¿No tienes trabajo que hacer? —pregunté.

—Sí, pero… —Frunció el ceño. Costaba interpretar las expresiones de Harkat (era difícil saber si alguien sin párpados ni nariz fruncía el ceño o sonreía), pero había aprendido a descifrarlas —… puede esperar. Me siento raro. Necesito moverme.

—De acuerdo —dije—. Vamos de paseo.

Empezamos por la Cámara de Corza Jarn, donde se enseñaba a luchar a los aspirantes a Generales. Ahí había pasado yo muchas horas, aprendiendo a dominar el uso de la espada, el cuchillo, el hacha y la lanza. La mayor parte de las armas habían sido diseñadas para adultos, y me resultaban demasiado grandes y pesadas para llegar a dominarlas, pero aprendí lo básico.

El instructor de rango más alto era un vampiro ciego llamado Vanez Blane. Él había sido mi entrenador durante mis Ritos de Iniciación. Había perdido el ojo izquierdo luchando contra un león hacía muchas décadas, y el segundo seis años atrás, combatiendo a los vampanezes.

Vanez estaba luchando con tres Generales jóvenes. Aunque era ciego, no había perdido nada de su agudeza, y el trío pronto acabó de espaldas en el suelo ante el instructor pelirrojo.

—Tendréis que aprender a hacerlo mejor —les advirtió. Luego, aún de espaldas a nosotros, dijo—: Hola, Darren. Saludos, Harkat Mulds.

—Hola, Vanez —respondí, sin sorprenderme de que supiera quiénes éramos: los sentidos del olfato y el oído en los vampiros son muy penetrantes.

—Te escuché cantar anoche, Darren —dijo Vanez, dejando que sus tres alumnos se recuperasen y reagrupasen.

—¡No! —jadeé, alicaído. Había creído que era una broma de Harkat.

—Muy revelador —sonrió Vanez.

—¡No lo hice! —gemí—. ¡Dime que no lo hice!

La sonrisa de Vanez se ensanchó.

—Yo no me preocuparía. Hubo otros muchos que también hicieron el ridículo.

—Deberían prohibir la cerveza —gruñí.

—El problema no es la cerveza —rebatió Vanez—. Son los bebedores de cerveza los que necesitan ser controlados.

Le contamos a Vanez que estábamos dando una vuelta por los túneles inferiores y le preguntamos si le gustaría acompañarnos.

—No serviría de mucho —dijo—. No puedo ver nada. Además… —Bajando la voz, nos contó que los tres Generales a los que estaba entrenando estaban destinados a entrar pronto en acción—. Entre nosotros, son un trío tan penoso que yo ni siquiera los habría declarado aptos para el servicio —suspiró.

A muchos vampiros se les estaba enviando precipitadamente al campo de batalla para reemplazar las bajas en la Guerra de las Cicatrices. Esto era motivo de discusión entre el clan (normalmente se tardaba un mínimo de veinte años en ser declarado General de prestigio), pero Paris decía que las situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas.

Dejamos a Vanez y nos dirigimos a los almacenes a ver al viejo mentor de Mr. Crepsley, Seba Nile. Con setecientos años, Seba era el segundo vampiro más viejo. Vestía de rojo como Mr. Crepsley, y hablaba de modo igualmente rebuscado. Estaba arrugado y encogido por la edad, y cojeaba notoriamente (como Harkat) a causa de una herida en la pierna izquierda, recibida en la misma batalla que se había cobrado el ojo de Vanez.

A Seba le encantó vernos. Cuando oyó que íbamos de exploración, insistió en venir con nosotros.

—Hay algo que deseo mostrarte —dijo.

Cuando dejábamos las Cámaras para adentrarnos en el vasto laberinto de los túneles inferiores conectados entre sí, me rasqué la calva con las uñas.

—¿Garrapatas? —preguntó Seba.

—No —respondí—. Últimamente la cabeza me pica horrores. Y también los brazos y las piernas, y los sobacos. Creo que tengo alguna alergia.

—Las alergias son raras entre los vampiros —dijo Seba—. Deja que te examine.

Gracias al liquen luminoso que crecía a lo largo de muchas de las paredes, pudo observarme a la luz de una espesa parcela.

—Hummm.

Sonrió brevemente y luego me soltó.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Está usted llegando a su mayoría de edad, señor Shan.

—¿Y qué tiene eso que ver con la picazón?

—Ya lo descubrirás —dijo misteriosamente.

Seba se entretuvo entre las telarañas para ver cómo estaban las arañas. El viejo intendente sentía un cariño poco común por los predadores de ocho patas. No las tenía como mascotas, pero pasaba mucho tiempo estudiando sus hábitos y su conducta. Era capaz de comunicarse con ellas mediante el pensamiento. Mr. Crepsley también podía, al igual que yo.

—¡Ah! —dijo al fin, deteniéndose ante una gran telaraña—. Aquí está.

Juntó los labios y silbó suavemente, y un momento después una gran araña gris con curiosas motas verdes se deslizó por la telaraña hasta la mano ahuecada de Seba.

—¿De dónde ha salido? —pregunté, acercándome para verla mejor. Era más grande que las arañas normales de la montaña, y de distinto color.

—¿Te gusta? —preguntó Seba—. Yo las llamo arañas de
Ba'Shan
. Espero que no te importe… Es que me pareció el nombre apropiado.

—¿Arañas de
Ba'Shan
? —repetí—. ¿Por qué iba a…?

Me detuve. Catorce años atrás, yo le había robado una araña venenosa a Mr. Crepsley: Madam Octa. Ocho años más tarde la dejé en libertad (aconsejado por Seba), para que construyera un nuevo hogar junto a las arañas de la montaña. Seba había dicho que no podría aparearse con las demás. No la había visto desde que la liberé, y casi me había olvidado de ella. Pero ahora los recuerdos volvían a su lugar y supe de dónde había salido esta nueva araña.

—Es una de las de Madam Octa, ¿verdad? —gemí.

—Sí —dijo Seba—. Se apareó con las arañas de
Ba'Halen
. Descubrí esta nueva variedad hace tres años, aunque fue el año

pasado cuando empezaron a multiplicarse. Ahora han tomado el mando. Puede que en diez o quince años se conviertan en la especie dominante de las arañas de la montaña.

—¡Seba! —exclamé—. ¡Solté a Madam Octa sólo porque tú me dijiste que no podría tener descendencia! ¿Son venenosas?

El intendente se encogió de hombros.

—Sí, pero no tan mortales como su madre. Si cuatro o cinco atacan juntas, podrían matar, pero no por separado.

—¿Y qué pasará si se alborotan? —grité.

—No lo harán —respondió Seba firmemente.

—¿Cómo lo sabes?

—Les he pedido que no lo hagan. Son increíblemente inteligentes, como Madam Octa. Poseen casi las mismas facultades mentales que las ratas. Estoy pensando en adiestrarlas.

—¿Para hacer qué? —reí.

—Luchar —respondió sombríamente—. Imagina que pudiéramos enviar ejércitos de arañas adiestradas por el mundo, con la orden de encontrar a los vampanezes y matarlos.

Me volví hacia Harkat buscando ayuda.

—Dile que está loco. Haz que entre en razón.

Harkat sonrió.

—A mí me parece… una buena idea —dijo.

—¡Es ridículo! —resoplé—. Se lo diré a Mika. Él odia a las arañas. Enviará un batallón aquí abajo para acabar con ellas.

—Te ruego que no lo hagas —dijo Seba en voz baja—. Aunque no pueda entrenarlas, disfruto viéndolas desarrollarse. Por favor, no me prives de uno de los pocos placeres que me quedan.

Suspiré y elevé los ojos al techo.

—De acuerdo. No se lo diré a Mika.

—Ni a los otros —insistió—. Si esto llega a saberse, me ganaré muchas antipatías.

—¿Qué quieres decir?

Seba se aclaró la garganta con expresión culpable.

—Las garrapatas —murmuró—. Las nuevas arañas se han estado alimentando de garrapatas, y por eso estas han subido huyendo.

—Oh —dije, pensando en todos los vampiros que habían tenido que cortarse el pelo y la barba y afeitarse las axilas a causa de la

invasión de garrapatas. Esbocé una amplia sonrisa.

—Al final, las arañas seguirán a las garrapatas hasta lo alto de la montaña y la epidemia cesará —continuó Seba—, pero hasta entonces preferiría que nadie supiera qué la provocó.

Me eché a reír.

—¡Te lincharán si esto se sabe!

—Lo sé —respondió haciendo una mueca.

Prometí guardarme el secreto de las arañas. Luego Seba regresó a las Cámaras (la pequeña excursión le había dejado agotado), y Harkat y yo continuamos bajando por los túneles. Cuanto más nos alejábamos, más silencioso estaba Harkat. Parecía inquieto, pero cuando le pregunté qué le preocupaba, respondió que no lo sabía.

Al final encontramos un túnel que llevaba al exterior. Lo seguimos hasta que se abrió sobre el empinado costado de la montaña, y nos sentamos a contemplar el cielo del atardecer. Hacía meses que no asomaba la cabeza al exterior, y más de dos años no dormía al aire libre. El aire resultaba fresco y agradable, pero extraño.

—Hace frío —comenté, frotando los brazos desnudos con las manos.

—¿Sí? —preguntó Harkat. Su piel muerta y gris sólo acusaba grados extremos de frío o calor.

—Debemos estar ya a finales del otoño o a principios del invierno.

Era difícil seguir el curso de las estaciones cuando se vive en el interior de una montaña.

Harkat no me escuchaba. Estaba escudriñando los bosques y los valles de abajo, como si esperase descubrir a alguien allí.

Anduve un poco montaña abajo. Harkat me siguió, y luego me adelantó e incluso aceleró.

—¡Cuidado! —le grité, pero no me prestó atención.

Pronto estuvo corriendo, y yo me quedé atrás, preguntándome a qué estaba jugando.

—¡Harkat! —grité—. ¡Vas a tropezar y a romperte la crisma si…!

Me detuve. Él no escuchaba ni una sola palabra. Soltando una maldición, me quité los zapatos, flexioné los dedos y salí tras él.

Intenté controlar mi velocidad, pero era imposible sobre un terreno tan inclinado, y pronto estuve volando montaña abajo, esparciendo guijarros y polvo a mi alrededor, gritando a todo pulmón de excitación y terror.

De algún modo conservamos el equilibrio y llegamos indemnes al fondo de la montaña. Harkat siguió corriendo hasta llegar a un pequeño círculo de árboles, donde finalmente se paró y se quedó como congelado. Llegué trotando hasta él y me detuve.

—¿Qué… qué… pasa? —jadeé.

Harkat levantó la mano izquierda y señaló hacia los árboles.

—¿Qué? —pregunté, sin ver otra cosa que troncos, ramas y hojas.

—Está llegando —siseó Harkat.

—¿Quién?

—El amo del dragón.

Me quedé mirando a Harkat con extrañeza. Parecía estar despierto, pero tal vez se había quedado dormido y caminaba en sueños.

—Creo que deberías volver adentro —dije, tomando su brazo extendido—. Buscaremos un fuego y…

—¡Hola, chicos! —gritó alguien desde el interior del círculo de árboles—. ¿Sois el comité de bienvenida?

Solté el brazo de Harkat, me situé junto a él (ya que se había quedado tan rígido) y volví a mirar hacia el grupo de árboles. Creía haber reconocido aquella voz… aunque esperaba estar equivocado.

Momentos después, tres figuras emergieron de la penumbra. Dos eran Personitas, que eran casi exactamente iguales a Harkat, excepto por sus capuchas alzadas y unos movimientos rígidos que Harkat había ido perdiendo durante los años que había vivido entre los vampiros. El tercero era un hombre pequeño, sonriente y de cabellos blancos, que me producía más miedo que una banda de vampanezes merodeadores.

¡Mr. Tiny!

Después de más de seiscientos años, Desmond Tiny había vuelto a la Montaña de los Vampiros, y yo sabía, mientras se acercaba a nosotros a zancadas, sonriendo radiantemente como un ratonero aliado con el Flautista de Hamelin, que su reaparición no

presagiaba más que problemas.

CAPÍTULO 6

Mr. Tiny hizo una breve pausa cuando llegó hasta nosotros. El pequeño y rechoncho hombrecillo llevaba un raído traje amarillo (una delgada chaqueta, no un abrigo), unas infantiles botas de agua de color verde y unas recias gafas. El reloj con forma de corazón que llevaba siempre colgaba de una cadenita delante de su chaqueta. Algunos decían que Mr. Tiny era un agente del destino: su nombre era Desmond, y si lo abreviabas y lo colocabas junto a su apellido, el resultado era Mr. Destiny.

—Has crecido, joven Shan —dijo, recorriéndome con los ojos—. Y tú, Harkat… —Sonrió a la Personita, cuyos ojos verdes parecían más abiertos y redondos que nunca—… estás irreconocible. Llevas la capucha baja, trabajas para los vampiros… ¡e incluso hablas!

—Usted ya sabía… que yo podía hablar —murmuró Harkat, regresando a su antigua forma entrecortada de hablar—. Usted siempre… lo supo.

Mr. Tiny asintió y siguió adelante.

—Ya basta de cháchara, chicos. Tengo trabajo que hacer y debo darme prisa. El tiempo es oro. Mañana, un volcán tiene que entrar en erupción en una pequeña isla tropical. Todo el mundo en un radio de diez kilómetros a la redonda se tostará vivo. Quiero estar allí. Será muy divertido.

No estaba bromeando. Por eso todo el mundo le temía: disfrutaba con tragedias que encogerían el corazón de cualquier ser medianamente humano.

Seguimos a Mr. Tiny montaña arriba, con las dos Personitas a la zaga. Harkat se volvía a menudo a mirar a sus «hermanos». Pensé que se estaba comunicando con ellos (las Personitas podían leerse el pensamiento mutuamente), pero no me dijo nada al respecto.

Mr. Tiny entró en la montaña por un túnel distinto al que habíamos utilizado. Era un túnel en el que yo nunca había estado, más alto, ancho y seco que la mayoría. No había curvas ni conectaba con otros túneles por donde salir de él. Subía completamente recto por el lomo de la montaña. Mr. Tiny me descubrió mirando las paredes de aquel túnel desconocido para mí.

—Es uno de mis atajos —dijo—. Tengo atajos por todo el mundo, en lugares que ni te imaginas. Ahorran tiempo.

Mientras avanzábamos, pasamos junto a grupos de harapientos seres humanos de piel pálida que se apiñaban a los lados del túnel y se inclinaban ante Mr. Tiny. Eran los Guardianes de la Sangre, que vivían en el interior de la Montaña de los Vampiros y les donaban su sangre. A cambio, se les permitía extraer los órganos internos y el cerebro de los vampiros cuando estos morían… ¡y que ellos se comían en una ceremonia especial!

Me sentía intranquilo caminando entre las filas de Guardianes (nunca había visto a tantos juntos), pero Mr. Tiny se limitó a sonreírles y saludarles, y no se detuvo a conversar.

En un cuarto de hora estuvimos ante la puerta que daba paso a las Cámaras de la Montaña de los Vampiros. Cuando llamamos, el guardia de servicio empezó a abrir la puerta, pero al ver a Mr. Tiny se detuvo y volvió a cerrarla a medias.

—¿Quién eres tú? —dijo bruscamente, a la defensiva, con la mano serpenteando hacia la espada que pendía de su cinturón.

—Ya sabes quién soy, Perlat Cheil —dijo Mr. Tiny, rozando al asustado guardia al pasar.

—¿Cómo sabes mi…? —comenzó a decir Perlat Cheil, y entonces se detuvo y se quedó mirando fijamente la figura que se alejaba. Empezó a temblar y aparto su mano de la espada—. ¿Es quien yo creo que es? —preguntó cuando pasé yo con Harkat y las Personitas.

—Sí —respondí simplemente.

—¡Por las entrañas de Charna! —jadeó, e hizo el signo del toque de la muerte, tocándose la frente con el dedo medio de la mano derecha y los párpados con el índice y el anular. Era el signo que hacían los vampiros cuando pensaban que la muerte estaba cerca.

Caminamos a través de los túneles, acallando conversaciones y

dejando bocas abiertas. Incluso aquellos que nunca habían visto a Mr. Tiny lo reconocieron, y dejaron lo que estaban haciendo para venir detrás de nosotros, siguiéndonos en silencio, como la comitiva de un funeral.

Sólo había un túnel que conducía a la Cámara de los Príncipes (yo había descubierto otro hacía seis años, pero lo habían bloqueado), y estaba protegido por los mejores guardias de la montaña. Se suponía que debían detener y registrar a cualquiera que pretendiera entrar en la Cámara, pero cuando Mr. Tiny se acercó, se quedaron mirándolo embobados, bajaron las armas y le dejaron (así como al resto de la comitiva) pasar libremente.

Finalmente, Mr. Tiny se detuvo ante las puertas de la Cámara y echó un vistazo a la abovedada edificación que había construido seis siglos atrás.

—Ha soportado muy bien el paso del tiempo, ¿verdad? —observó, sin dirigirse a nadie en particular. Luego puso una mano sobre las puertas, las abrió y entró. Se suponía que sólo los Príncipes podían abrir las puertas, pero no me sorprendió que Mr. Tiny también tuviera el poder de controlarlas.

Mika y Paris se encontraban en el interior de la Cámara, debatiendo asuntos de guerra con un grupo de Generales. Pese a las jaquecas y los ojos hinchados, todos desviaron bruscamente la atención cuando vieron a Mr. Tiny entrando a zancadas.

—¡Por los dientes de los dioses! —jadeó Paris, palideciendo. Se encogió cuando Mr. Tiny puso el pie en la tarima de los tronos, y luego se enderezó, obligándose a esbozar una tensa sonrisa.

—Desmond —dijo—, me alegro de verte.

—Y yo a ti, Paris —respondió Mr. Tiny.

—¿A qué debemos este inesperado placer? —inquirió Paris con forzada cortesía.

—Os lo diré enseguida —repuso Mr. Tiny, y se dejó caer en uno de los tronos (¡el mío!), cruzó las piernas y se puso cómodo—. Que entre la pandilla —dijo, curvando un dedo hacia Mika—. Tengo algo que decir y deben oírlo todos.

En pocos minutos, casi todos los vampiros de la montaña se habían congregado en la Cámara de los Príncipes, y permanecían nerviosamente junto a las paredes (tan lejos de Mr. Tiny como les

era posible), esperando que el misterioso visitante hablara.

Mr. Tiny se miraba las uñas y las frotaba sobre las solapas de su chaqueta. Las Personitas permanecían de pie detrás del trono. Harkat estaba a su izquierda, con aire inseguro. Sentí que vacilaba entre situarse junto a sus hermanos de especie o sus hermanos adoptivos, los vampiros.

—¿Están todos presentes? —preguntó Mr. Tiny. Se puso en pie y avanzó con su andar de pato hasta el borde de la tarima—. Entonces iré al grano. El Señor de los Vampanezes ha sido convertido.

Hizo una pausa, esperando oír jadeos, rugidos y gritos de terror. Pero nos limitamos a mirarlo fijamente, demasiado impresionados para reaccionar.

—Hace seiscientos años —continuó— les dije a vuestros antepasados que el Lord Vampanez conduciría a los vampanezes a una guerra contra vosotros y os exterminarían. Esa era una verdad… pero no la verdad. El futuro puede ser blanco o negro. Sólo hay un «será», pero a menudo nos encontramos con cientos de «podría ser». Lo cual significa que el Lord Vampanez y sus seguidores podrían ser vencidos.

Cada vampiro contenía la respiración y podía sentirse cómo la esperanza tomaba forma en el aire a nuestro alrededor, como una nube.

—El Lord Vampanez por ahora sólo es un semi-vampanez —dijo Mr. Tiny—. Si lo encontráis y lo matáis antes de que se convierta por completo, la victoria será vuestra.

Aquello provocó un enorme rugido, y de repente los vampiros se estaban dando palmadas en la espalda y lanzando vítores. Unos pocos no se unieron a la algarabía. Los que conocíamos personalmente a Mr. Tiny (Paris, Mr. Crepsley y yo) intuimos que no había terminado, y supusimos que debía haber algún inconveniente. Mr. Tiny no era la clase de tipo que sonríe de oreja a oreja al comunicar una buena noticia. Sólo lo hacía cuando sabía que iba a haber sufrimiento y desgracias.

Cuando la oleada de excitación disminuyó, Mr. Tiny levantó la mano derecha. Con la izquierda agarraba su reloj en forma de corazón. El reloj resplandecía con un tono rojo oscuro, y de repente

su mano derecha empezó a brillar también. Todas las miradas se fijaron en los cinco dedos carmesí y en la Cámara se produjo un inquietante silencio.

—Cuando el Lord Vampanez fue descubierto hace siete años —dijo Mr. Tiny, con la faz iluminada por el brillo de sus dedos—, estudié los hilos que conectan el presente al futuro, y vi que habría cinco oportunidades de cambiar el curso del destino. Una de ellas ya ha pasado.

En su pulgar, el resplandor rojizo se atenuó, y lo dobló contra la palma de la mano.

—Esa oportunidad era Kurda Smahlt —dijo. Kurda era el vampiro que había conducido a los vampanezes contra nosotros, en un intento por tomar el control sobre la Piedra de Sangre—. Si Kurda hubiera tenido éxito, la mayoría de los vampiros habrían pasado a formar parte de los vampanezes y la Guerra de las Cicatrices (como la denomináis) se habría evitado.

—Pero le matasteis, acabando así con la que, probablemente, ha sido vuestra mejor oportunidad de sobrevivir. —Meneó la cabeza y chasqueó la lengua—. Eso fue una estupidez.

—Kurda Smahlt era un traidor —gruñó Mika—. La traición no puede traer nada bueno. Yo habría preferido morir con honor que deberle la vida a un chaquetero.

—Más tonterías —rió Mr. Tiny, mientras agitaba un resplandeciente meñique—. Esta representa vuestra última oportunidad, si todas las demás fallan. Aún tardará algún tiempo en presentarse (si es que se presenta), así que la ignoraremos.

Bajó el brillante meñique, dejando sólo los tres dedos del centro.

—Lo cual nos lleva a la razón por la que he venido. Si os dejara solos, esas oportunidades os pasarían desapercibidas. Si seguís como hasta ahora, se os escaparán todas, y antes de que os deis cuenta… —Hizo un suave sonido explosivo—. En los próximos doce meses —dijo en voz baja pero clara—, habrá tres encuentros entre ciertos vampiros y el Lord Vampanez…, asumiendo que sigáis mis consejos. Tres veces estará a vuestra merced. Si aprovecháis una de estas oportunidades y lo matáis, habréis ganado la guerra. Si fracasáis, sólo habrá un final, y os lo jugaréis todo en un enfrentamiento del que dependerá el destino de cada vampiro viviente. —Hizo una

pausa burlona—. Sinceramente, espero que todo se vaya al traste… ¡Adoro los grandes finales dramáticos!

Volvió la espalda a la Cámara y una de las Personitas le tendió un frasco, del que bebió un buen trago. Mientras lo hacía, furiosos susurros y conversaciones se extendieron entre los vampiros congregados, y cuando volvió a encarar a la multitud, Paris Skyle estaba esperando.

—Muy generoso de tu parte venir a informarnos, Desmond —dijo—. Te doy las gracias en nombre de todos.

—De nada —respondió Mr. Tiny. Sus dedos ya no resplandecían, había soltado el reloj y ahora tenía las manos sobre el regazo.

—Si no es abusar de tu generosidad, ¿podrías decirnos qué vampiros están destinados a encontrar al Lord Vampanez? —preguntó Paris.

—Claro —dijo Mr. Tiny con engreimiento—. Pero dejad que os aclare una cosa: esos encuentros sólo ocurrirán si los vampiros deciden dar caza al Lord Vampanez. Los tres que yo nombre no están obligados a aceptar el reto de perseguirle, ni a hacerse responsables del futuro del clan. Pero si no lo hacen, estaréis condenados, porque sólo en estos tres reside el poder de cambiar el destino.

Miró lentamente a su alrededor, escudriñando los ojos de cada vampiro presente en la Cámara en busca de algún signo de debilidad o temor. Ninguno de nosotros desvió la mirada ni se arredró ante tan seria responsabilidad.

—Muy bien —gruñó—. Uno de los cazadores está ausente, así que no diré su nombre. Si los otros dos se dirigen a la cueva de Lady Evanna, probablemente lo encontrarán por el camino. Si no, perderá su oportunidad de tomar parte activa en el futuro, y todo dependerá de ese par.

—¿Y son…? —preguntó Paris, en tensión.

Mr. Tiny me miró y, con un horrible retortijón de estómago, imaginé lo que venía a continuación.

—Los cazadores deberán ser Larten Crepsley y su asistente Darren Shan —dijo simplemente Mr. Tiny, y mientras todos los ojos en la Cámara se volvían a mirarnos, sentí como si unos vasos invisibles se estremecieran en algún sitio, y supe que mis años de

tranquila seguridad en el interior de la Montaña de los Vampiros habían llegado a su fin.

CAPÍTULO 7

La posibilidad de rechazar el reto nunca se me pasó por la cabeza. Seis años viviendo entre los vampiros me habían infundido sus valores e ideales. Cualquier vampiro daría su vida por el bien del clan. Por supuesto, esto no era tan simple como ofrecer mi propia vida (tenía una misión que cumplir, y si fallaba, todos sufrirían), pero el principio era el mismo. Había sido elegido, y un vampiro elegido nunca dice «no».

Hubo un pequeño debate, en el cual Paris nos dijo a Mr. Crepsley y a mí que no se trataba de un deber oficial, y que no teníamos por qué aceptar representar al clan… ni sentir vergüenza por negarnos a cooperar con Mr. Tiny. Al final de la discusión, Mr. Crepsley dio un paso al frente, con la capa roja agitándose como unas alas a su espalda, y dijo:

—Acepto esta oportunidad de perseguir al Lord Vampanez.

Yo le seguí, lamentando no llevar mi imponente capa azul, y en un tono que esperaba sonase lo suficientemente valiente, dije:

—Yo también.

—El chico sabe ir al grano —murmuró Mr. Tiny, guiñándole un ojo a Harkat.

—¿Y qué pasa con los demás? —preguntó Mika—. Me he pasado cinco años detrás de ese maldito Lord. ¡Quiero acompañarles!

—¡Sí! ¡Yo también! —exclamó un General entre la multitud, y pronto estuvieron todos gritándole a Mr. Tiny que les diera permiso para unirse a nosotros en la búsqueda.

Mr. Tiny meneó la cabeza.

—Deben buscarlo tres cazadores. Ni más, ni menos. Los no vampiros pueden ayudarlos, pero si los acompañara alguien de su misma especie, fracasarían.

Furiosos murmullos acogieron aquella aclaración.

—¿Por qué deberíamos creerte? —inquirió Mika—. Seguramente diez tendrían más oportunidades que tres, y veinte más que diez, y treinta…

Mr. Tiny chasqueó los dedos. Se produjo un sonido agudo y crujiente y empezó a caer polvo desde lo alto. Al mirar hacia arriba, vi que unas grietas largas e irregulares aparecían en el techo de la Cámara de los Príncipes. Otros vampiros las vieron también y lanzaron gritos de alarma.

—¿Cómo os atrevéis vosotros, que no llegáis a los tres siglos, a hablarme a mí, que mido el tiempo en los flujos continentales, de los mecanismos del destino? —preguntó amenazadoramente Mr. Tiny. Volvió a chasquear los dedos y las grietas se extendieron. Pedazos de techo se desmenuzaron hacia dentro—. Ni mil vampiros podrían desconchar las paredes de esta Cámara, mientras que yo, con sólo chasquear los dedos, puedo hacer que se desplomen. —Levantó los dedos, dispuesto a chasquearlos de nuevo.

—¡No! —gritó Mika—. ¡Discúlpame! ¡No pretendía ofenderte!

Mr. Tiny bajó la mano.

—Piensa en esto antes de volver a desafiarme, Mika Ver Leth —gruñó, y con un gesto de la cabeza indicó a las Personitas que había traído consigo que se dirigieran a las puertas de la Cámara—. Ellos arreglarán el techo antes de marcharnos —dijo Mr. Tiny—, pero la próxima vez que me hagáis enfadar, reduciré esta Cámara a escombros, abandonándoos a vosotros y a vuestra preciosa Piedra de Sangre al capricho de los vampanezes.

Tras soplarle el polvo a su reloj en forma de corazón, Mr. Tiny volvió a sonreír ampliamente a la Cámara.

—Entonces, decidido. ¿Tres?

—Tres —aceptó Paris.

—Tres —musitó lúgubremente Mika.

—Como he dicho, los no vampiros pueden (de hecho, deben) tomar parte, pero durante el próximo año ningún vampiro deberá ir en busca de los cazadores, a menos que sea por razones no relacionadas con la búsqueda del Lord Vampanez. Sólo ellos pueden ir, y sólo de ellos dependerá el éxito o el fracaso.

Con esto, dio por concluida la reunión. Se despidió de Paris y

Mika agitando arrogantemente una mano, nos llamó por señas a Mr. Crepsley y a mí, y nos dedicó una amplia sonrisa mientras desocupaba mi trono. Se había quitado una de sus botas de agua mientras hablaba. No llevaba calcetines, y me sorprendí al ver que no tenía dedos: sus pies terminaban en una maraña de la que sobresalían seis zarpas diminutas, como las de un gato.

—¿Asustado, señor Shan? —inquirió, con la malevolencia brillando en sus ojos.

—Sí —respondí—, pero estoy orgulloso de poder ayudar.

—¿Y si no puedes? —se mofó—. ¿Y si fracasas y condenas a los vampiros a la extinción?

Me encogí de hombros.

—Aceptaremos lo que venga —dije, repitiendo un dicho común entre las criaturas de la noche.

La sonrisa de Mr. Tiny se ensombreció.

—Te prefería cuando no eras tan inteligente —rezongó, y luego miró a Mr. Crepsley—. ¿Y tú? ¿Te asusta el peso de tus responsabilidades?

—Sí —respondió Mr. Crepsley.

—¿Crees que podrás arreglártelas?

—Podré —dijo Mr. Crepsley sin que se alterase su voz.

Mr. Tiny hizo una mueca.

—No sois nada divertidos. Es imposible haceros perder los estribos. ¡Harkat! —llamó. Harkat se acercó automáticamente—. ¿Tú qué opinas? ¿Te importa el destino de los vampiros?

—Sí —repuso Harkat—. Me importa.

—¿Cuidarás de ellos? —Harkat asintió—. Hummm… —Mr. Tiny frotó su reloj, que resplandeció por un instante, y luego tocó la sien izquierda de Harkat. Este emitió un jadeo y cayó de rodillas—. Has tenido pesadillas —observó Mr. Tiny, sin retirar los dedos de la sien de Harkat.

—¡Sí! —gimió Harkat.

—¿Quieres que cesen?

—Sí.

Mr. Tiny soltó a Harkat, que lanzó un grito, y luego rechinó sus afilados dientes y se puso en pie rígidamente. Pequeñas y verdes lágrimas de dolor se deslizaron por el rabillo de sus ojos.

—Ya es hora de que sepas la verdad sobre ti —dijo Mr. Tiny—. Si vienes conmigo, te la revelaré, y las pesadillas cesarán. Si no, continuarán y empeorarán, y en un año serás una ruina aullante.

Harkat se estremeció ante la idea, pero no se precipitó hacia Mr. Tiny.

—Si espero —dijo—, ¿tendré… otra oportunidad para conocer… la verdad?

—Sí —respondió Mr. Tiny—, pero mientras tanto, sufrirás mucho, y no puedo garantizar tu seguridad. Si mueres antes de saber quién eres en realidad, tu alma seguirá perdida para siempre.

Harkat frunció el ceño, vacilante.

—Tengo un presentimiento —farfulló—. Alguien me susurra… —se tocó el lado izquierdo del pecho—… aquí. Siento que debo ir con Darren… y Larten.

—Si lo haces, aumentarán sus posibilidades de derrotar al Lord Vampanez —dijo Mr. Tiny—. Tu participación no es decisiva, pero podría ser importante.

—Harkat —dije suavemente—, no nos debes nada. Ya me has salvado la vida dos veces. Vete con Mr. Tiny y descubre la verdad sobre ti.

Harkat frunció el ceño.

—Creo que si… os dejo para descubrir esa verdad, a la persona que fui… no le va a gustar que lo haya hecho.

La Personita se lo pensó arduamente durante unos cuantos segundos más, y luego levantó los ojos hacia Mr. Tiny.

—Iré con ellos. Para bien o para mal, siento que mi lugar está… con los vampiros. Todo lo demás tendrá que esperar.

—Que así sea —suspiró Mr. Tiny—. Si sobrevives, nuestros caminos volverán a encontrarse. Si no… —Su sonrisa murió.

—¿Y qué hay de nuestra búsqueda? —preguntó Mr. Crepsley—. Has mencionado a Lady Evanna. ¿Empezamos por ella?

—Si queréis… —dijo Mr. Tiny—. Ni puedo, ni quiero dirigiros, pero yo empezaría por ahí. Después, haced lo que os diga el corazón. Olvidar la búsqueda e ir allí donde sintáis que pertenecéis. El destino os conducirá a donde él quiera.

Ese fue el fin de nuestra conversación. Mr. Tiny se esfumó sin despedirse, llevándose a sus Personitas (que habían reparado

completamente el techo mientras hablaba), sin duda ansioso por presenciar esa fatal erupción de su volcán al día siguiente.

Aquella noche, en la Montaña de los Vampiros reinaba el alboroto. La visita de Mr. Tiny y la profecía fueron detenidamente debatidas y analizadas. Los vampiros aceptaban que Mr. Crepsley y yo tuviéramos que marcharnos por nuestra cuenta, para unirnos al tercer cazador (quienquiera que fuese), pero estaban divididos en lo concerniente a lo que el resto de ellos debía hacer. Algunos pensaban que, ya que el futuro del clan dependía de tres cazadores solitarios, deberían olvidarse de la guerra contra los vampanezes, pues, al parecer, ya no servía a ningún propósito. La mayoría no estaba de acuerdo, y decían que sería una locura abandonar la lucha.

Mr. Crepsley nos sacó a Harkat y a mí de la Cámara poco antes del amanecer, dejando a los Príncipes y a los Generales en medio de su discusión, argumentando que necesitaríamos descansar bien ese día. No fue fácil dormir con las palabras de Mr. Tiny resonando en mi cerebro, pero conseguí cerrar los ojos algunas horas.

Desperté tres horas antes del ocaso, tomé una comida ligera y embalé nuestras escasas pertenencias (me llevaría una muda de ropa, algunas botellas de sangre y mi diario). Nos despedimos en privado de Vanez y Seba (el viejo intendente se sentía especialmente triste por vernos partir), y luego nos encontramos con Paris ante la puerta que conducía fuera de las Cámaras. Nos dijo que Mika se quedaría para ayudarle con los asuntos cotidianos de la guerra. No tenía buen aspecto cuando le estreché la mano, y tuve el presentimiento de que no le quedaban muchos años de vida: si nuestra búsqueda nos mantenía alejados de la Montaña de los Vampiros durante un largo periodo de tiempo, esta podría ser la última vez que le viera.

—Te echaré de menos, Paris —dije, abrazándole bruscamente tras el apretón de manos.

—Y yo a ti, joven Príncipe —dijo él, y estrechándome con fuerza me susurró al oído—: Encuéntralo y mátalo, Darren. Siento frío en los huesos, y no es el frío de los años. Mr. Tiny dijo la verdad: si el Lord Vampanez adquiere todos sus poderes, estoy seguro de que todos pereceremos.

—Lo encontraré —juré, mirando a los ojos al anciano Príncipe —. Y si tengo ocasión de matarlo, no erraré el golpe.

—Entonces, que la suerte de los vampiros te acompañe —dijo.

Me reuní con Mr. Crepsley y Harkat. Saludamos a aquellos que se habían congregado para vernos partir, y luego bajamos por los túneles y salimos. Anduvimos con paso veloz y seguro, y en dos horas habíamos dejado atrás la montaña y corríamos campo a través, bajo un despejado cielo nocturno.

¡Nuestra búsqueda del Lord Vampanez había comenzado!

CAPÍTULO 8

Era estupendo haber vuelto a los caminos. Podríamos estar andando hacia el mismo centro del infierno, y nuestros compañeros sufrirían indeciblemente si fracasábamos, pero ya nos preocuparíamos de eso en el futuro. En aquellas primeras semanas sólo podía pensar en lo estimulante que era estirar las piernas y respirar aire puro, sin estar encerrado entre docenas de sudorosos y malolientes vampiros.

Me sentía feliz cuando atajamos por un sendero a través de las montañas, de noche. Harkat estaba muy callado y pasaba mucho tiempo meditando en lo que había dicho Mr. Tiny. El aspecto de Mr. Crepsley era tan tétrico como siempre, aunque yo sabía que, tras su sombría fachada, se sentía tan complacido como yo de encontrarse al aire libre.

Caminamos a paso firme y mantuvimos el ritmo, cubriendo muchos kilómetros cada noche, durmiendo profundamente durante el día debajo de árboles y matorrales, o en cuevas. El frío era intenso cuando nos pusimos en marcha, pero fue disminuyendo a medida que el camino descendía a través de la sierra. Cuando alcanzamos las tierras bajas, nos sentíamos tan a gusto como cualquier humano en un borrascoso día de otoño.

Llevábamos reservas de botellas de sangre humana, y nos alimentábamos de animales salvajes. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que salí de caza, y me sentí algo oxidado al principio, pero enseguida recuperé el tono.

—Esto es vida, ¿eh? —comenté una mañana, mientras masticaba un pedazo de ciervo asado. La mayoría de los días no encendíamos fuego (nos comíamos la carne cruda), pero era agradable relajarse junto a un montón de troncos ardiendo de vez en cuando.

—Sí que lo es —convino Mr. Crepsley.

—Me gustaría que pudiéramos estar así para siempre.

El vampiro sonrió.

—No tienes prisa por volver a la Montaña de los Vampiros, ¿eh?

Hice una mueca.

—Ser Príncipe es un gran honor, pero no es muy divertido.

—Has tenido un duro inicio —dijo compasivamente—. Si no estuviéramos en guerra, habría habido tiempo para la aventura. La mayoría de los Príncipes recorren el mundo durante décadas antes de asumir sus deberes reales. No empezaste en buen momento.

—Tranquilo, no me quejo —dije alegremente—. Ahora soy libre.

Harkat removió el fuego y se acercó lentamente a nosotros. No decía mucho desde que abandonamos la Montaña de los Vampiros, pero ahora se bajó la máscara y habló.

—Me gustaba la Montaña de los Vampiros. Me sentía como en casa. Nunca me había sentido así antes, ni siquiera cuando… estaba en el Cirque du Freak. Cuando esto acabe, si aún me queda… elección, volveré.

—En ti hay sangre de vampiro —dijo Mr. Crepsley. Estaba bromeando, pero Harkat se lo tomó en serio.

—Puede que sí —dijo—. A menudo me he preguntado si fui un vampiro en… mi vida anterior. Eso explicaría por qué fui enviado a la Montaña de los Vampiros… y por qué me adapté tan bien. También podría explicar lo de las estacas… en mis sueños.

En los sueños de Harkat a menudo aparecían estacas. En sus pesadillas, el suelo se abría y él caía en un foso de estacas, o era perseguido por hombres sombríos que portaban estacas y se las clavaban en el corazón.

—¿Alguna nueva pista de quién pudiste haber sido en el pasado? —pregunté—. ¿La visita de Mr. Tiny te refrescó la memoria?

Harkat meneó su rechoncha cabeza sin cuello.

—En absoluto.

—¿Por qué Mr. Tiny no te dijo la verdad, si ya era hora de que la supieras? —inquirió Mr. Crepsley.

—No creo que sea… tan sencillo —dijo Harkat—. Tengo que ser yo el que descubra la verdad. Es parte del… trato que hicimos.

—¿No sería extraño que Hakat hubiera sido un vampiro? —

comenté—. Si hubiera sido un Príncipe… ¿aún sería capaz de abrir las puertas de la Cámara de los Príncipes?

—No creo que haya sido un Príncipe —dijo Harkat, con una risita, y los extremos de su enorme boca se curvaron en una gran sonrisa.

—Oye —dije—, si yo pude convertirme en Príncipe, cualquiera puede.

—Cierto —murmuró Mr. Crepsley, y esquivó velozmente la pata de ciervo que le lancé.

En cuanto dejamos atrás las montañas, nos dirigimos al sudeste, y pronto alcanzamos los aledaños de la civilización. Era extraño volver a ver luz eléctrica, coches y aviones. Me sentía como si hubiera estado viviendo en el pasado y acabara de salir de una máquina del tiempo.

—¡Cuánto ruido! —comenté una noche, mientras cruzábamos un concurrido pueblo.

Habíamos entrado para sacarles sangre a los humanos, practicándoles un corte con nuestras uñas mientras dormían, extrayéndoles una pequeña cantidad de sangre, cerrando los cortes con la saliva cicatrizante de Mr. Crepsley, y dejándolos en la ignorancia de que nos habían servido de alimento.

—Hay tanta música, risas y gritos…

Los oídos me zumbaban con tanto ruido.

—Los seres humanos siempre están parloteando, como los monos —dijo Mr. Crepsley—. Es típico de ellos.

Yo solía discrepar cuando él decía cosas así, pero ya no. Cuando me convertí en el asistente de Mr. Crepsley, abandoné toda esperanza de retomar mi vida anterior. Había soñado con recuperar mi humanidad y volver a casa con mi familia y mis amigos. Ya no. Los años que pasé en la Montaña de los Vampiros me habían despojado de mis deseos humanos. Ahora era una criatura de la noche… y me gustaba.

El escozor había empeorado. Antes de salir del pueblo, encontré una farmacia y compré varios polvos y lociones contra la irritación, que me froté por todo el cuerpo. Ni los polvos ni las lociones me aliviaron. Nada podía quitarme la picazón, y no dejé de rascarme como un loco mientras nos dirigíamos hacia la cueva de Lady

Evanna.

Mr. Crepsley no dijo mucho sobre la mujer a la que íbamos a visitar, ni dónde vivía, ni si era un vampiro o un ser humano, ni por qué teníamos que verla.

—Pues debería decirme esas cosas —rezongué una mañana mientras acampábamos—. ¿Y si le ocurriera algo a usted? ¿Qué haríamos Harkat y yo para encontrarla?

Mr. Crepsley se acarició la larga cicatriz que surcaba el lado izquierdo de su rostro (después de tantos años juntos, yo aún no sabía cómo se la había hecho), y asintió pensativamente.

—Tienes razón. Haré un mapa antes de que anochezca.

—Y díganos quién es.

Vaciló.

—Es difícil de explicar. Lo mejor es que os lo diga ella misma. Evanna le cuenta una cosa distinta a cada persona. Tal vez no tenga inconveniente en contarte la verdad…, o tal vez sí.

—¿Es una inventora? —insistí. Mr. Crepsley poseía una colección de ollas y cazuelas que se plegaban hasta convertirse en bultos diminutos, haciendo más fácil su transporte. Él me había contado que las había hecho Lady Evanna.

—A veces inventa cosas —dijo—. Es una mujer con muchos talentos. La mayor parte del tiempo está criando ranas.

—¿Perdón? —Parpadeé.

—Es su hobby. Algunas personas crían caballos, perros o gatos. Evanna cría ranas.

—¿Cómo puede criar ranas? —resoplé con escepticismo.

—Ya lo descubrirás. —Se inclinó hacia delante, dándome una palmadita en la rodilla—. Pero digas lo que digas, no la llames bruja.

—¿Por qué iba a llamarla bruja? —pregunté.

—Porque es una… especie de bruja.

—¿Vamos a ver a una bruja? —exclamó Harkat, inquieto.

—¿Eso te preocupa? —inquirió Mr. Crepsley.

—A veces, en mis sueños… aparece una bruja. Nunca le veo la cara (no claramente), y no estoy seguro… de si es buena o mala. A veces corro hacia ella para que me ayude, y a veces… huyo de ella, asustado.

—Eso nunca lo habías mencionado —dije.

Harkat esbozó una temblorosa sonrisa.

—Con tantos dragones, estacas y hombres sombríos… ¿qué es una brujita?

La mención de los dragones me recordó algo que él había dicho cuando encontramos a Mr. Tiny. Lo había llamado «el amo del dragón». Le pregunté a Harkat qué había querido decir con eso, pero no recordaba haberlo dicho.

—Aunque —musitó— a veces veo a Mr. Tiny en mis sueños, montado a lomos… de los dragones. En una ocasión le arrancó el cerebro a uno… y me lo lanzó. Intenté cogerlo, pero… desperté antes de poder hacerlo.

Le dimos vueltas a aquella imagen durante mucho tiempo. Los vampiros daban mucha importancia a los sueños. Muchos creen que actúan como enlaces del pasado y del futuro, y que se puede aprender mucho de ellos. Pero los sueños de Harkat no parecían tener ninguna relación con la realidad, y al final Mr. Crepsley y yo los descartamos, nos dimos la vuelta y nos quedamos dormidos. Harkat no: permaneció despierto, con sus verdes ojos resplandeciendo débilmente, postergando el sueño cuanto pudo, para escapar de los dragones, las estacas, las brujas y los demás peligros que poblaban sus agitadas pesadillas.

CAPÍTULO 9

Un día, al atardecer, desperté con una sensación de absoluto bienestar. Mientras miraba fijamente un cielo rojo cada vez más oscuro, traté de entender por qué me sentía tan bien. Entonces lo comprendí: el escozor había desaparecido. Me quedé quieto unos minutos, temeroso de que reapareciera si me movía, pero cuando finalmente me puse en pie, no sentí el más mínimo picor. Con una amplia sonrisa, fui hacia el pequeño estanque junto al que habíamos acampado, para refrescarme la garganta.

Me incliné sobre las frescas y claras aguas del estanque y bebí largamente. Al levantarme, advertí que un rostro desconocido se reflejaba en la superficie del agua: un hombre barbudo de larga cabellera. Estaba justo delante de mí, lo que significaba que debía encontrarse parado a mi espalda… pero no había oído acercarse a nadie.

Me volví rápidamente, mientras mi mano volaba hacia la espada que me había traído de la Montaña de los Vampiros. La había sacado a medias de la vaina cuando me detuve, confuso.

Allí no había nadie.

Miré a mi alrededor buscando al harapiento barbudo, pero no lo vi por ninguna parte. Por allí cerca no había árboles ni rocas tras los que pudiera ocultarse, y ni siquiera un vampiro podía moverse lo bastante rápido para desaparecer tan velozmente.

Me di la vuelta hacia el estanque y volví a mirar el agua. ¡Allí estaba! ¡Tan nítido y tan peludo como antes, mirándome con el ceño fruncido!

Di un grito, y de un salto me aparté del borde del agua. ¿Es que el barbudo estaba en el estanque? Si era así, ¿cómo se las arreglaba para respirar?

Avancé un paso, mirando al peludo a los ojos (parecía un cavernícola) por tercera vez y sonreí. Él sonrió también.

—Hola —dije.

Movió los labios al mismo tiempo que yo, pero sin emitir ningún sonido.

—Me llamo Darren Shan.

De nuevo, sus labios se movieron a la par que los míos. Ya empezaba a irritarme (¿se burlaba de mí?), cuando comprendí… ¡que era yo!

Pude ver mis ojos y la forma de mi boca ahora que miraba de cerca, y la pequeña cicatriz triangular que tenía justo encima del ojo derecho, que se había convertido en una parte más de mí, como mi nariz o mis orejas. Era mi rostro, no cabía duda… ¿pero de dónde había salido todo aquel pelo?

Me palpé la barbilla y descubrí una espesa y tupida barba. Me pasé la mano derecha por la cabeza (que debería haber hallado lisa) y me quedé pasmado al tocar unos largos y espesos mechones de pelo. El pulgar de aquella mano, que sobresalía formando un ángulo, se enredó en unas cuantas hebras, e hice una mueca de dolor al soltarlo de un tirón, arrancándome de paso algunos cabellos.

¡En nombre de Khledon Lurt! ¿Qué me había ocurrido?

Investigué en más sitios. Al desgarrar mi camiseta, descubrí que mi pecho y mi estómago estaban cubiertos de pelo. Bajo mis axilas y por encima de mis hombros se habían formado también unos remolinos enormes de pelo. ¡Tenía pelo por todas partes!

—¡Por las entrañas de Charna! —rugí, y corrí a despertar a mis amigos.

Mr. Crepsley y Harkat estaban recogiendo el campamento cuando irrumpí en medio, jadeando y gritando. El vampiro echó un vistazo a mi peluda figura, sacó velozmente un cuchillo y gritó que me detuviera. Harkat se situó junto a él, con una siniestra expresión en el rostro. Al detenerme para recuperar el aliento, comprendí que no me habían reconocido. Levanté las manos para demostrarles que estaba desarmado, y exclamé con voz ronca:

—¡No… me ataquéis! ¡Soy… yo!

Mr. Crepsley abrió mucho los ojos.

—¡Darren!

—No puede ser él —gruñó Harkat—. Es un impostor.

—¡No! —gemí—. ¡Me desperté, fui a beber agua, y me encontré… me encontré…! —Sacudí ante ellos mis peludos brazos.

Mr. Crepsley avanzó un paso, enfundó el cuchillo y estudió mi rostro con incredulidad. Luego soltó un gruñido.

—La purga —murmuró.

—¿La qué? —exclamé.

—Siéntate, Darren —dijo Mr. Crepsley con seriedad—. Tenemos mucho de que hablar. Harkat… Ve a llenar las cantimploras y enciende otro fuego.

Cuando Mr. Crepsley puso en orden sus ideas, nos explicó a Harkat y a mí lo que había ocurrido.

—Como ya sabéis, los semi-vampiros se convierten en vampiros completos cuando se les inyecta más sangre de vampiro. De lo que nunca hemos hablado (ya que no creí que fuera a ocurrir tan pronto) es de la otra manera en que la sangre puede cambiar.

—En principio, si uno es un semi-vampiro durante un periodo de tiempo extremadamente largo (cuarenta años de promedio), sus células vampíricas acaban atacando a sus células humanas y las transforman, y el resultado es la conversión completa. A eso lo llamamos purga.

—¿Quiere decir que ya me he convertido en un vampiro completo? —pregunté en voz baja, a la vez fascinado y asustado ante la idea. Fascinado porque eso significaba tener fuerza extra, la habilidad de corretear y de comunicarme telepáticamente. Asustado porque también significaba el adiós definitivo a la luz del día y al mundo de los humanos.

—Aún no —dijo Mr. Crepsley—. El pelo es la primera etapa. Vamos a tener que afeitarte, y aunque te volverá a crecer, en un mes, más o menos, dejará de hacerlo. Experimentarás otros cambios durante ese tiempo (crecerás, y tendrás jaquecas y violentos arranques de energía), pero eso también cesará. Al final de estos cambios, puede que tu sangre vampírica haya reemplazado totalmente a la humana, pero también es probable que no, y volverías a la normalidad… en unos meses o en un par de años. Pero en algún momento de los próximos años, tu sangre cambiará

por completo. Has entrado en la etapa final del semi-vampirismo. Ya no hay vuelta atrás.

Nos pasamos la mayor parte de la noche hablando de la purga. Mr. Crepsley dijo que era raro que un semi-vampiro sufriera la purga antes de veinte años, pero probablemente guardaba relación con haberme convertido en Príncipe Vampiro: más sangre vampírica había entrado en mis venas durante la ceremonia, y eso podría haber acelerado el proceso.

Recordé a Seba observándome en los túneles de la Montaña de los Vampiros, y se lo conté a Mr. Crepsley.

—Él tenía que saber lo de la purga —dije—. ¿Por qué no me lo advirtió?

—No le correspondía a él —respondió Mr. Crepsley—. Como tu mentor, yo soy el responsable de informarte. Estoy seguro de que él me lo habría dicho, y entonces yo me habría sentado contigo a explicártelo, pero no hubo tiempo. Llegó Mr. Tiny y tuvimos que dejar la Montaña.

—¿Dices que Darren crecerá durante… la purga? —preguntó Harkat—. ¿Cuánto?

—No sabría decirlo —dijo Mr. Crepsley—. Potencialmente, podría pasar a la edad adulta en cuestión de meses… pero es poco probable. Envejecería algunos años, pero no más.

—¿Quiere decir que por fin dejaré atrás la adolescencia? —pregunté.

—Supongo que sí.

Pensé en ello un instante, y luego esbocé una amplia sonrisa.

—¡Genial!

***

Pero la purga no tuvo nada de genial: ¡era una maldición! Tener que afeitarme todo el pelo ya era bastante malo (Mr. Crepsley utilizaba una cuchilla larga y afilada que me raspaba la piel), pero los cambios que experimentaba mi cuerpo eran mucho peores. Los huesos se me alargaron y fusionaron. Me crecieron las uñas y los dientes (tenía que morderme las uñas y rechinar los dientes

mientras caminaba por la noche, para mantenerlos a raya) y mis manos y pies se hicieron más grandes. En unas semanas gané cinco centímetros de altura, a costa de sufrir en todo mi cuerpo los dolores del crecimiento.

Tenía los sentidos desorientados. Los sonidos leves se amplificaban: el chasquido de una ramita sonaba como el derrumbamiento de una casa. Los aromas más sosos hacían que me hormigueara la nariz. Mi sentido del gusto desapareció por completo. Todo me sabía a cartón. Empecé a comprender cómo debía de ser la vida para Harkat, y decidí que nunca volvería a burlarme de él por carecer de papilas gustativas.

Hasta la luz más tenue resultaba cegadora para mis ojos ultrasensibles. La Luna era como un foco implacable en el cielo, y abrir los ojos durante el día era equiparable a clavarles dos alfileres ardientes: un dolor metálico estallaba dentro de mi cabeza.

—¿Esto es lo que la luz del Sol le hace a un vampiro completo? —le pregunté un día a Mr. Crepsley, mientras tiritaba debajo de una gruesa manta, con los ojos fuertemente cerrados ante los dolorosos rayos del Sol.

—Sí —dijo—. Por eso procuramos no exponernos a la luz del día, ni siquiera durante un corto periodo. El dolor de una quemadura solar no es especialmente fuerte (durante los primeros diez o quince minutos), pero el brillo del Sol se hace inmediatamente insoportable.

Sufrí intensas jaquecas durante la purga, como resultado del descontrol de mis sentidos. A veces pensaba que me iba a explotar la cabeza, y sollozaba inútilmente a causa del dolor.

Mr. Crepsley me ayudó a combatir los efectos del mareo. Enrollaba delgadas tiras de tela sobre mis ojos (aunque seguía viendo muy bien), rellenaba con bolas de pasto mis oídos y me hacía mantener en alto los orificios nasales. Esto era incómodo, y me sentía ridículo (y los aullidos de risa de Harkat no ayudaban), pero las jaquecas disminuyeron.

Otro efecto secundario eran las intensas oleadas de energía. Me sentía como si funcionara con baterías. Tenía que correr delante de Mr. Crepsley y Harkat durante la noche, y luego volver sobre mis pasos a su encuentro, sólo para conseguir agotarme. Hacía ejercicio

como un loco cada vez que nos deteníamos (flexiones y abdominales) y generalmente me despertaba mucho antes que Mr. Crepsley, incapaz de dormir más de un par de horas seguidas. Trepaba por los árboles y los riscos, y cruzaba a nado ríos y lagos, todo en un esfuerzo por desgastar mi antinatural reserva de energía. ¡Habría luchado hasta con un elefante, de haber encontrado uno!

***

Finalmente, después de seis semanas, la agitación cesó. Dejé de crecer. Ya no tuve que afeitarme más (aunque el pelo permaneció en mi cabeza: ¡ya no estaba calvo!). Me quité los trozos de tela y las bolas de pasto, y recobré el sentido del gusto, aunque no por completo al principio.

Era siete centímetros más alto de lo que había sido cuando se inició la purga, y perceptiblemente más corpulento. La piel de mi rostro se había curtido, dándome una apariencia un poco más adulta: ahora parecía un chico de quince o dieciséis años.

Y lo más importante: aún era un semi-vampiro. La purga no había eliminado las células humanas de mi sangre. Lo negativo de esto era que tendría que volver a sufrir las molestias de la purga más adelante. Lo positivo era que, mientras tanto, podría seguir disfrutando de la luz del Sol, antes de tener que despedirme de ella para siempre para cambiarla por la noche.

Aunque estaba ansioso por convertirme en un vampiro completo, echaría de menos el mundo diurno. Una vez que mi sangre cambiara, ya no habría marcha atrás. Lo aceptaba, pero mentiría si dijera que no estaba nervioso. De este modo, disponía de unos meses (tal vez un año o dos) para prepararme para el cambio.

Mi ropa y mis zapatos se me habían quedado cortos, así que tuve que proveerme en un pequeño puesto fronterizo (volvíamos a dejar atrás la civilización). En una tienda de excedentes del ejército, escogí un equipo similar al antiguo, añadiendo a mis camisetas azules otro par de color púrpura, y un par de pantalones verde oscuro. Mientras estaba pagando la ropa, entró un hombre alto y delgado. Llevaba una camiseta marrón, pantalones negros y una

gorra de béisbol.

—Necesito suministros —le gruñó al hombre que despachaba tras el mostrador, lanzándole una lista.

—Necesitarás una licencia de armas —dijo el comerciante, repasando el trozo de papel.

—Ya tengo una.

El hombre estaba rebuscando en el bolsillo de su camisa cuando reparó en mis manos y se envaró. Yo sujetaba mi ropa nueva contra el pecho, y las cicatrices de las yemas de mis dedos (por donde Mr. Crepsley me había sangrado) estaban a la vista.

El hombre se relajó al instante y se apartó… pero yo estaba seguro de que había reconocido las cicatrices y que sabía lo que yo era. Salí deprisa de la tienda, encontré a Mr. Crepsley y Harkat en las afueras del pueblo y les conté lo que había pasado.

—¿Estaba nervioso? —preguntó Mr. Crepsley—. ¿Te siguió cuando te fuiste?

—No. Sólo se puso tenso al ver las marcas, y luego actuó como si no hubiera visto nada. Pero sabía lo que significan las marcas. De eso estoy seguro.

Mr. Crepsley se acarició pensativamente la cicatriz.

—No es frecuente encontrar humanos que conozcan el significado de las marcas de los vampiros, pero hay algunos. Con toda probabilidad, será una persona corriente que simplemente haya oído historias de los vampiros y las yemas de sus dedos.

—Pero podría ser un cazavampiros —dije en voz baja.

—Los cazavampiros son raros… pero reales. —Mr. Crepsley pensó en ello, y finalmente decidió—: Procederemos como lo habíamos planeado, pero mantendremos los ojos abiertos, y tú o Harkat haréis guardia durante el día. Si nos atacan, estaremos preparados. —Esbozó una sonrisa tirante y tocó el mango de su cuchillo—. Y esperando.

CAPÍTULO 10

Al amanecer supimos que íbamos a tener pelea. Nos habían seguido, y no sólo una persona, sino tres o cuatro. Habían encontrado nuestro rastro a pocas millas de las afueras del pueblo y nos habían estado siguiendo desde entonces. Se movían con admirable sigilo, y si no hubiéramos previsto que tendríamos problemas, puede que no nos hubiéramos dado cuenta de que algo andaba mal. Pero cuando un vampiro está alerta ante el peligro, ni el humano más veloz conseguiría acercársele furtivamente.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Harkat mientras acampábamos en medio de un bosquecillo, protegidos del Sol por ramas y hojas que se entrelazaban en lo alto.

—Esperarán a que haya plena luz para atacar —dijo Mr. Crepsley, sin levantar la voz—. Actuaremos con total normalidad y fingiremos dormir. Cuando vengan, nos ocuparemos de ellos.

—¿Estará bien al Sol? —pregunté. Aunque en aquel sitio estábamos a cubierto, una pelea podría hacernos salir de la sombra.

—Los rayos del Sol no me harán daño en el breve tiempo que me llevará encargarme de esta amenaza —respondió Mr. Crepsley —. Y me protegeré los ojos con trozos de tela, como hiciste tú durante la purga.

Nos hicimos camas de musgo y hojas sobre el suelo, nos envolvimos en nuestras capas y nos acostamos.

—De todos modos, puede… que sólo sientan curiosidad —murmuró Harkat—. Puede que simplemente quieran ver… cómo es un vampiro de verdad.

—Se mueven con demasiada cautela para ser meros espectadores —discrepó Mr. Crepsley—. Están aquí por algo.

—Ahora que recuerdo… —susurré—. ¡El tipo de la tienda estaba

comprando armas!

—La mayoría de los cazavampiros van convenientemente armados —gruñó Mr. Crepsley—. Ya han quedado atrás las noches de los idiotas que sólo traían antorchas y estacas de madera.

Ya no hablamos más después de eso. Yacimos inmóviles, con los ojos cerrados (excepto Harkat, que cubrió sus ojos sin párpados con la capa), respirando acompasadamente, simulando dormir.

Los segundos transcurrieron lentamente, tardando siglos en convertirse en minutos, y una eternidad en convertirse en horas. Habían pasado seis años desde la última vez que participé en una cruenta refriega. Sentía en los miembros un frío anormal, y el temor producía en mi estómago la sensación de que unas rígidas serpientes de hielo se enroscaban y desenroscaban en su interior. Permanecí flexionando los dedos bajo los pliegues de mi capa, sin apartarlos en ningún momento de mi espada, listo para empuñarla.

Poco después del mediodía (cuando más dañino era el Sol para un vampiro), los humanos se prepararon para atacar. Había tres, dispuestos en semicírculo. Al principio sólo pude oír el susurro de las hojas mientras se aproximaban, y el ocasional chasquido de una rama. Pero mientras nos rodeaban, percibí su pesada respiración, el crujido de sus huesos en tensión, y el rítmico y aterrorizado latido de sus corazones.

Se detuvieron a diez o doce metros, y se metieron tras los árboles, disponiéndose a atacar. Hubo una larga y tensa pausa… y luego el sonido de un arma lentamente amartillada.

—¡Ahora! —rugió Mr. Crepsley, levantándose de un salto y abalanzándose sobre el humano más próximo a él.

Mientras Mr. Crepsley rodeaba a su asaltante a increíble velocidad, Harkat y yo nos encargamos de los otros. El que yo había escogido maldijo en voz alta, salió de detrás del árbol, levantó su rifle y disparó. Una bala pasó zumbando a mi lado, fallando por escasos centímetros. Antes de que pudiera disparar otra vez, yo ya estaba sobre él.

Arrebaté el rifle de las manos del humano y lo tiré. Detrás de mí, un arma hizo fuego, pero no tenía tiempo de averiguar cómo estaban mis amigos. El hombre que estaba frente a mí ya había sacado un gran cuchillo de caza, así que desenvainé velozmente mi

espada.

El hombre abrió mucho los ojos al ver la espada (se había pintado círculos rojos alrededor de los ojos con algo que parecía sangre), y luego los entrecerró.

—¡Sólo eres un chico! —rugió, lanzándome una cuchillada.

—No —le corregí, apartándome de la trayectoria de su cuchillo a la vez que le lanzaba una estocada—. Soy mucho más.

Cuando el humano iba a acuchillarme de nuevo, levanté mi espada y la bajé en un suave arco que cortó la carne, los músculos y los huesos de su mano derecha, seccionándole tres dedos y desarmándole en un instante.

El humano lanzó un grito de agonía y se dejó caer lejos de mí. Aproveché ese momento para ver cómo les iba a Mr. Crepsley y a Harkat. Mr. Crepsley ya había matado a su humano y avanzaba a zancadas hacia Harkat, que luchaba con su oponente. Harkat parecía llevar ventaja sobre su adversario, pero Mr. Crepsley se dispuso a apoyarle si la situación empeoraba.

Satisfecho de que todo fuera a nuestro favor, volví a fijar mi atención en el hombre del suelo, mentalizándome para la desagradable tarea de acabar con él. Para mi sorpresa, lo descubrí sonriéndome de un modo horrible.

—¡Deberías haberme cortado también la otra mano! —gruñó.

Mis ojos se clavaron en su mano izquierda, y se me cortó la respiración: ¡apretaba una granada contra su pecho!

—¡No te muevas! —gritó cuando avancé a trompicones hacia él. Presionó a medias el detonador con el pulgar—. ¡Si esto explota, te llevaré conmigo!

—Tranquilo —suspiré, alejándome un poco, sin dejar de mirar con aprensión la granada preparada.

—Ya me tranquilizaré en el infierno —respondió con una risilla sádica. Se había afeitado la cabeza y tenía una uve oscura tatuada a ambos lados del cráneo, por encima de las orejas—. Ahora, dile a tu asqueroso colega vampiro y a ese monstruo de piel gris que se alejen de mi compañero o…

Un agudo sonido sibilante llegó desde los árboles que había a mi izquierda. Algo golpeó la granada y la hizo volar de la mano del humano. Este soltó un aullido y agarró otra granada (llevaba atada

una ristra de ellas alrededor del pecho). Sonó un segundo silbido y un objeto centelleante con varias puntas se enterró en medio de la cabeza del hombre.

Cayó de espaldas con un gruñido, convulsionándose frenéticamente, y luego se quedó quieto. Me quedé mirándolo, desconcertado, inclinándome automáticamente para verlo mejor. El objeto clavado en su cabeza era una dorada estrella arrojadiza. Ni Mr. Crepsley ni Harkat llevaban armas como esa, así que… ¿quién la había lanzado?

En respuesta a mi muda pregunta, alguien saltó desde un árbol cercano y se acercó a mí a zancadas.

—¡Sólo se le da la espalda a un cadáver! —exclamó el desconocido mientras yo me giraba hacia él—. ¿Es que Vanez no te lo enseñó?

—L…lo olvidé —resollé, demasiado sorprendido para decir nada más.

El vampiro (pues tenía que ser uno de nosotros) era un hombre fornido, de estatura mediana, con la piel rojiza y el cabello teñido de verde, e iba vestido con pieles de animales de color púrpura, toscamente cosidas. Tenía unos ojos enormes (casi tanto como los de Harkat) y una boca sorprendentemente pequeña. A diferencia de Mr. Crepsley, no llevaba los ojos cubiertos, aunque bizqueaba terriblemente bajo la luz del Sol. No llevaba zapatos, ni portaba más armas que unas docenas de estrellas arrojadizas sujetas a varios cinturones que se cruzaban sobre su torso.

—Quiero mi shuriken, gracias —dijo el vampiro al humano muerto, desclavando la estrella arrojadiza que había lanzado, limpiándole la sangre y reinsertándola en uno de sus cinturones.

Giró la cabeza del hombre de izquierda a derecha, fijándose en el cráneo afeitado, los tatuajes y los círculos rojos alrededor de los ojos.

—Un vampcota —bufó—. Ya me he enfrentado a ellos antes. Perros miserables…

Escupió sobre el muerto, y luego le dio la vuelta con el pie desnudo, de forma que quedó tumbado boca abajo.

Cuando el vampiro volvió a dirigirse a mí, yo ya sabía quién era (había oído muchas veces su descripción), y le saludé con el debido

respeto.

—Vancha March —dije, inclinando la cabeza—. Es un honor conocerle, Alteza.

—Igualmente —respondió despreocupadamente.

Vancha March era el Príncipe Vampiro al que yo nunca había conocido, el más salvaje y tradicional de todos los Príncipes.

—¡Vancha! —tronó Mr. Crepsley, arrancándose la tela de los ojos, cruzando el espacio que nos separaba y aferrando los hombros del Príncipe—. ¿Qué estáis haciendo aquí, Alteza? Pensaba que os encontraríais más al norte…

—Y así era —suspiró Vancha, soltándose y restregándose la nariz con los nudillos de la mano izquierda, de la que luego se sacudió algo verde y viscoso—. Pero allí no pasaba nada, así que me vine al sur. Voy a ver a Lady Evanna.

—Nosotros también —dije.

—Me lo figuré. Os he estado siguiendo durante las dos últimas noches.

—Deberíais haberos presentado antes, Alteza —dijo Mr. Crepsley.

—Es la primera vez que veo al nuevo Príncipe —repuso Vancha—. Quería observarle de lejos durante un rato. —Me estudió con expresión severa—. Y por lo que he podido ver en este combate, debo decir que no estoy demasiado impresionado.

—Me confié, Alteza —dije rígidamente—. Estaba preocupado por mis amigos y cometí el error de detenerme cuando debería haber seguido adelante. Asumo toda la responsabilidad, y humildemente pido perdón.

—Al menos sabe cómo disculparse debidamente —rió Vancha, dándome una palmada en la espalda.

Vancha March estaba cubierto de mugre y suciedad, y olía como un lobo. Esa era su apariencia habitual. Vancha era una auténtica criatura silvestre. Se le consideraba un extremista incluso entre los vampiros. Sólo se vestía con las prendas que él mismo se confeccionaba a partir de las pieles de animales salvajes, y nunca comía algo que hubiera sido cocinado, ni bebía otra cosa que agua fresca, leche y sangre.

Mientras Harkat se acercaba a nosotros cojeando (tras acabar

con su atacante), Vancha se sentó y cruzó las piernas. Levantó el pie izquierdo, bajó la cabeza, ¡y empezó a morderse las uñas!

—Así que esta es la Personita que habla —masculló Vancha, mirando a Harkat por encima de la uña del dedo gordo—. Harkat Mulds, ¿verdad?

—Así es, Alteza —respondió Harkat, bajándose la máscara.

—Te lo voy a dejar claro, Mulds: no confío en Desmond Tiny ni en ninguno de sus gordinflones discípulos.

—Y yo no confío en los vampiros que… se muerden las uñas de los pies —replicó Harkat, y tras una pausa añadió maliciosamente —: ¡Alteza!

Vancha se echó a reír y escupió un trozo de uña.

—¡Creo que vamos a llevarnos muy bien, Mulds!

—¿Un viaje duro, Alteza? —preguntó Mr. Crepsley, sentándose junto al Príncipe y volviendo a cubrirse los ojos los trapos.

—No mucho —gruñó Vancha, descruzando las piernas. Entonces empezó con las uñas del pie derecho—. ¿Y vosotros?

—Viajar nos ha sentado bien.

—¿Alguna noticia de la Montaña de los Vampiros? —preguntó Vancha.

—Montones —dijo Mr. Crepsley.

—Guárdatelas por esta noche —Vancha se soltó el pie y se tumbó de espaldas. Se despojó de su capa púrpura y se cubrió con ella—. Despiértame cuando anochezca —bostezó, se dio la vuelta, se quedó dormido de inmediato y empezó a roncar.

Me quedé mirando al Príncipe durmiente con los ojos abiertos como platos, luego las uñas que había mordisqueado y escupido, después su andrajosa ropa y su sucio pelo verde, y finalmente a Harkat y a Mr. Crepsley.

—¿Él es un Príncipe Vampiro? —susurré.

—Lo es —sonrió Mr. Crepsley.

—Pero parece… —musitó Harkat, inseguro—. Actúa como…

—No os fiéis de las apariencias —dijo Mr. Crepsley—. Vancha eligió la vida salvaje, pero es el mejor de los vampiros.

—Si usted lo dice… —respondí, dubitativo, y pasé la mayor parte del día tendido de espaldas, con los ojos fijos en el cielo nublado, sin poder dormir por culpa de los ruidosos ronquidos de

Vancha March.

CAPÍTULO 11

Dejamos a los vampcotas tirados en el mismo lugar donde los habíamos matado (Vancha dijo que no merecían un entierro) y partimos al anochecer. Mientras caminábamos, Mr. Crepsley informó al Príncipe de la visita de Mr. Tiny a la Montaña de los Vampiros, y de lo que había predicho. Vancha no dijo mucho mientras Mr. Crepsley hablaba, y se quedó meditando en silencio en sus palabras durante un buen rato después de que hubiera terminado.

—No creo que haya que ser un genio para imaginarse que yo sería el tercer cazador —dijo al fin.

—Lo que más me habría sorprendido es no lo fuerais —convino Mr. Crepsley.

Vancha se había estado hurgando entre los dientes con la punta de una afilada ramita. En ese momento la arrojó a un lado y escupió sobre el polvo del camino. Vancha era un maestro escupiendo. Tenía una saliva espesa, globular y verdosa, y era capaz de darle a una hormiga a veinte pasos.

—No confío en ese perverso entrometido, Tiny —dijo con voz brusca—. Me he tropezado un par de veces con él, y me he propuesto hacer siempre lo contrario de lo que él diga.

Mr. Crepsley asintió.

—Por lo general, estaría de acuerdo con vos. Pero corren tiempos difíciles, Alteza, y…

—¡Larten! —lo interrumpió el Príncipe—. Decidme «Vancha», «March» o «¡Eh, feo!», mientras estemos en los caminos. No quiero que seáis tan ceremoniosos conmigo.

—Muy bien… —Mr. Crepsley sonrió abiertamente— …feo. —Volvió a ponerse serio—. Corren tiempos difíciles, Vancha. Está en

juego el futuro de nuestra raza. ¿Cómo vamos a atrevernos a ignorar la profecía de Mr. Tiny? Si en ella hay esperanza, debemos aprovecharla.

Vancha lanzó un largo y triste suspiro.

—Durante cientos de años, Tiny nos ha dejado pensar que estábamos condenados a perder la guerra cuando apareciera el Lord Vampanez. ¿Por qué nos dice ahora, después de todo este tiempo, que aún no hay nada decidido, pero que sólo podremos evitar el desastre si seguimos sus instrucciones? —El Príncipe se rascó el cogote y escupió sobre el arbusto que había a nuestra izquierda—. ¡A mí eso me suena a un montón de mierda!

—Tal vez Evanna pueda arrojar algo de luz sobre este asunto —dijo Mr. Crepsley—. Ella comparte algo de los poderes de Mr. Tiny y puede percibir la trayectoria del futuro. Debería ser capaz de confirmar o descartar sus predicciones.

—Si es así, la creeré —dijo Vancha—. Evanna es muy reservada, pero cuando habla, dice la verdad. Si ella dice que nuestro destino es morir en los caminos, me alegrará haber estado a vuestro lado. Si no… —Se encogió de hombros y dio el asunto por zanjado.

Vancha March era extraño… ¡y eso era quedarse corto! Nunca había conocido a alguien como él. Tenía su propio código.

Como yo ya sabía, no comía carne que hubiera sido cocinada, no bebía nada más que agua fresca, leche y sangre, y se confeccionaba su propia ropa con la piel de los animales que cazaba. Pero aprendí mucho sobre él durante las seis noches que tardamos en llegar hasta donde vivía Lady Evanna.

Él seguía las viejas costumbres de los vampiros. Hace mucho, los vampiros creían que descendíamos de los lobos. Si vivíamos con rectitud y permanecíamos fieles a nuestras creencias, volveríamos a ser lobos tras morir y recorreríamos las llanuras del Paraíso como criaturas espirituales en la noche eterna. Con ese fin, vivían más como lobos que como humanos, evitando la civilización excepto cuando necesitaban beber sangre, haciéndose su propia ropa y siguiendo la ley de la naturaleza.

Vancha no dormía en ataúd: ¡decía que eran demasiado cómodos! Opinaba que un vampiro debía dormir al aire libre, cubriéndose sólo con su capa. Respetaba a los vampiros que usaban

ataúdes, pero tenía muy mal concepto de los que dormían en camas. ¡No me atreví a mencionarle mi preferencia por las hamacas!

Tenía un gran interés en los sueños, y a menudo comía setas silvestres que producían vívidos sueños y visiones. Creía que el futuro estaba trazado en nuestros sueños, y que si aprendíamos a descifrarlos, podríamos controlar nuestro destino. Se sentía fascinado por las pesadillas de Harkat, y pasaba largas horas comentándolas con la Personita.

Las únicas armas que empleaba eran sus shuriken (las estrellas arrojadizas), que tallaba él mismo a partir de diversos metales y piedras. Pensaba que el combate cuerpo a cuerpo debía ser exactamente eso: luchar con las manos desnudas. No tenía tiempo para espadas, lanzas ni hachas, y se negaba a tocarlas.

—¿Pero cómo lucharías contra alguien que tiene una espada? —le pregunté una tarde, mientras nos disponíamos a recoger el campamento—. ¿Saldrías huyendo?

—¡Yo no huyo de nada! —replicó airadamente—. Vamos… Te lo voy a demostrar.

Se frotó las manos, se colocó frente a mí y me instó a desenvainar la espada. Al verme vacilar, me dio una palmada en el hombro y se mofó de mí.

—¿Es que tienes miedo?

—Claro que no —respondí bruscamente—. Es sólo que no quiero hacerte daño.

Se echó a reír a carcajadas.

—No hay nada que temer, ¿verdad, Larten?

—Yo no estaría tan seguro —objetó Mr. Crepsley—. Darren sólo es un semi-vampiro, pero es astuto. Podría ponerte a prueba, Vancha.

—Bien —dijo el Príncipe—. Me encanta enfrentarme a un digno oponente.

Miré a Mr. Crepsley con expresión suplicante.

—No quiero aprovecharme de un hombre desarmado.

—¿Desarmado? —exclamó Vancha—. ¡Tengo dos brazos! —Los agitó ante mí.

—Adelante —dijo Mr. Crepsley—. Vancha sabe lo que hace.

Desenvainando la espada, me encaré con Vancha y realicé una

débil acometida. Él no se movió. Se limitó a mirar mientras yo mantenía a distancia la punta de la espada.

—Patético —suspiró.

—Esto es estúpido —le dije—. Yo no soy…

Antes de poder decir algo más, se lanzó hacia delante, me agarró por la garganta y me hizo un pequeño y doloroso corte en el cuello con las uñas.

—¡Auch! —grité, apartándome de él a trompicones.

—La próxima vez, te cortaré la nariz —dijo amablemente.

—¡De eso nada! —rugí, haciendo oscilar mi espada hacia él, esta vez de la forma adecuada.

Vancha esquivó sin esfuerzo la trayectoria de la hoja.

—Bien —dijo con una amplia sonrisa—. Esto me gusta más.

Me rodeó, con sus ojos clavados en los míos, flexionando lentamente los dedos. Mantuve baja la punta de mi espada hasta que se detuvo, y entonces le lancé una estocada. Esperaba que se apartara, pero en vez de eso alzó la mano derecha y desvió la hoja con la palma, como si fuera un bastón plano. Mientras yo pugnaba por volver a la posición inicial, él intervino sujetándome la mano por encima de la muñeca y retorciéndomela bruscamente, lo que me obligó a soltar la espalda… y me encontré desarmado.

—¿Lo ves? —sonrió, retrocediendo y levantando las manos en señal de que el combate había acabado—. Si hubiera sido en serio, estarías jodido.

Vancha era un malhablado, y esa era una de sus groserías más suaves.

—¡Pues vaya proeza! —dije contrariado, frotándome la muñeca lastimada—. Has derrotado a un semi-vampiro. Pero no podrías ganarle a un vampiro completo ni a un vampanez.

—Claro que puedo —insistió—. Las armas son las herramientas del temor, y sólo las usan los que tienen miedo. El que aprende a luchar con sus propias manos siempre tiene ventaja sobre los que confían en espadas y cuchillos. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque ellos esperan ganar —sonrió abiertamente—. Las armas son falsas (no forman parte de la naturaleza) e infunden una falsa confianza. Cuando yo lucho, tengo bien presente que puedo

morir. Incluso ahora, cuando entrenaba contigo, asumí que podía morir y me resigné a ello. Morir es lo peor que puede ocurrirte en este mundo, Darren…, pero si lo asumes, esa idea no tendrá poder sobre ti.

Recogió mi espada, me la tendió y se quedó mirándome, esperando ver mi reacción. Tuve la sensación de que él quería que la tirara… y yo estuve tentado de hacerlo para ganarme su respeto. Pero me habría sentido desnudo sin ella, así que la devolví a su funda y bajé los ojos, ligeramente avergonzado.

Vancha me cogió por la nuca, oprimiendo suavemente.

—No dejes que esto te afecte —dijo—. Eres joven. Tienes mucho tiempo para aprender. —Entornó los ojos al pensar en Mr. Tiny y el Señor de los Vampanezes, y añadió sombríamente—: Eso espero.

***

Le pedí a Vancha que me enseñara a luchar con las manos desnudas. Me había adiestrado en el combate sin armas en la Montaña de los Vampiros, pero había sido contra oponentes igualmente desarmados. Aparte de unas cuantas lecciones sobre lo que tenía que hacer si perdía mi arma durante el combate, nunca me habían enseñado cómo enfrentarme a un adversario completamente armado sólo con mis manos. Vancha dijo que se tardaba años en llegar a dominar la técnica, y podía prepararme para un montón de cortes y cardenales mientras la aprendía. Deseché tales temores: me encantaba la idea de ser capaz de derrotar a un vampanez armado con las manos desnudas.

No podía empezar mi entrenamiento en los caminos, pero Vancha me habló de unas cuantas técnicas básicas de bloqueo mientras descansábamos durante el día, y prometió darme una lección práctica cuando llegáramos a la casa de Lady Evanna.

El Príncipe no me habló de la bruja más de lo que lo había hecho Mr. Crepsley, aunque sí me dijo que era al mismo tiempo la más bella y la más fea de las mujeres… ¡lo cual no tenía el menor sentido!

Yo pensaba que Vancha sería el más ferviente enemigo de los

vampanezes (los vampiros que más despreciaban a los vampanezes solían ser aquellos más fieles a las viejas costumbres), pero para mi sorpresa, él no tenía nada contra ellos.

—Los vampanezes son nobles y leales —dijo un par de noches antes de que llegáramos a la casa de Evanna—. No estoy de acuerdo con sus hábitos alimenticios (no necesitamos matar cuando bebemos), pero por lo demás, los admiro.

—Vancha propuso a Kurda Smahlt como Príncipe —indicó Mr. Crepsley.

—Yo admiraba a Kurda —dijo Vancha—. Era conocido por su cerebro, pero también tenía agallas. Era un vampiro notable.

—¿Tú no…? —Mi pregunta acabó en un carraspeo.

—Di lo que estás pensando —me instó Vancha.

—¿No te sientes mal por haberlo nominado después de lo que hizo, conduciendo a los vampanezes contra nosotros?

—No —dijo Vancha con franqueza—. No apruebo sus actos, y si hubiera estado en el Consejo, ni siquiera habría hablado en su defensa. Pero él siguió el dictado de su corazón. Lo que hizo fue por el bien del clan. Aunque actuara equivocadamente, no creo que Kurda haya sido realmente un traidor. Actuó mal, pero sus motivos eran nobles.

—Estoy de acuerdo —dijo Harkat, uniéndose a la conversación —. Creo que Kurda fue tratado injustamente. Fue justo que le condenaran a muerte cuando le capturaron, pero… no que dijeran que era un villano, y negarse a mencionar su nombre… en la Cámara de los Príncipes.

No respondí a eso. Yo le había tenido un inmenso aprecio a Kurda, y sabía que había hecho cuanto pudo para salvar a los vampiros de la amenaza del Lord Vampanez. Pero había matado a uno de mis amigos (Gavner Purl) y provocado la muerte de muchos otros, incluida Arra Sails, la vampiresa que una vez fue la pareja de Mr. Crepsley.

Conocí la identidad del verdadero enemigo de Vancha un día antes de llegar al final de la primera etapa de nuestro viaje. Yo estaba durmiendo, pero me picaba la cara (un efecto secundario de la purga) y me desperté antes del mediodía. Me senté, rascándome el mentón, y descubrí a Vancha en los límites del campamento, con

la ropa arrojada a un lado (salvo una tira de piel de oso atada a la cintura), frotando saliva sobre su piel.

—¿Vancha? —dije en voz baja—. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a dar un paseo —dijo, y siguió frotando saliva sobre sus hombros y sus brazos.

Miré hacia el cielo. Era un día soleado y apenas había nubes que bloquearan los rayos del Sol.

—Vancha, estamos en pleno día —dije.

—¿De veras? —respondió con sarcasmo—. Jamás me hubiera dado cuenta.

—La luz del Sol quema a los vampiros —dije, preguntándome si se habría dado un golpe en la cabeza y olvidado lo que era.

—No inmediatamente —contestó, y entonces me miró duramente—. ¿Te has preguntado por qué el Sol quema a los vampiros?

—Bueno, no, no exactamente…

—No hay una razón lógica —dijo Vancha—. Según las historias que cuentan los humanos, es porque somos malvados, y los seres malvados no pueden mirar el Sol. Pero eso es un disparate. No somos malvados, y aunque lo fuéramos, seguiríamos siendo capaces de movernos durante el día.

—Como los lobos —continuó—. Supuestamente descendemos de ellos, pero ellos pueden soportar la luz del Sol. Incluso auténticas criaturas nocturnas, como los murciélagos y los búhos, pueden sobrevivir de día. La luz del Sol puede confundirles, pero no los mata. Entonces, ¿por qué mata a los vampiros?

Meneé la cabeza, confundido.

—No lo sé. ¿Por qué?

Vancha soltó una carcajada.

—¡Maldito si lo sé! Nadie lo sabe. Hay quien afirma que nos maldijo una bruja o un hechicero, pero lo dudo: el mundo está lleno de siervos de las artes oscuras, pero ninguno con el poder de lanzar una maldición tan letal. Tengo el presentimiento de que fue Desmond Tiny.

—¿Qué tiene que ver Mr. Tiny con esto? —pregunté.

—Según las antiguas leyendas (olvidadas por la mayoría), Tiny creó a los primeros vampiros. Se dice que hizo experimentos con

lobos, mezclando su sangre con la de los humanos, y el resultado fue… —Se dio unos golpecitos en el pecho.

—Eso es ridículo —resoplé.

—Tal vez. Pero si esas leyendas son ciertas, nuestra intolerancia al Sol también es obra de Mr. Tiny. Se dice que tenía miedo de que nos volviéramos demasiado poderosos y nos apoderásemos del mundo, así que contaminó nuestra sangre y nos hizo esclavos de la noche. —Dejó de restregarse saliva y se quedó mirando hacia lo alto, con los ojos entornados bajo los desorientadores rayos del Sol —. No hay nada tan terrible como la esclavitud —dijo en voz baja —. Si las historias son ciertas y somos esclavos de la noche por intervención de Mr. Tiny, sólo hay un modo de recuperar nuestra libertad: ¡luchar! ¡Hay que agarrar al enemigo, mirarlo a la cara y escupirle en un ojo!

—¿Te refieres a luchar con Mr. Tiny?

—No directamente. Es demasiado escurridizo para dejarse atrapar.

—Entonces, ¿a quién?

—Debemos luchar con su lacayo —dijo. Y al notar mi confusión, precisó—: El Sol.

—¿El Sol? —Me eché a reír, pero me detuve al ver lo serio que estaba—. ¿Cómo se puede luchar contra el Sol?

—Simple —dijo Vancha—. Te enfrentas a él, aguantas sus golpes y vuelves a por más. Durante años, me he estado sometiendo a los rayos del Sol. Cada pocas semanas, paseo de día alrededor de una hora, dejando que el Sol me queme, curtiendo mi piel y mis ojos, absorbiéndolo, viendo cuánto tiempo puedo sobrevivir.

—¡Estás loco! —reí—. ¿De veras crees que puedes llegar a ser más fuerte que el Sol?

—No veo por qué no —dijo—. Un adversario es un adversario. Si se le puede encerrar, se le puede vencer.

—¿Y has hecho algún progreso? —pregunté.

—La verdad es que no —suspiró—. Estoy igual que al principio. La luz me deja medio ciego. Tardo casi un día entero en volver a ver con normalidad y que se me pase la jaqueca. Los rayos producen enrojecimiento en diez o quince minutos, y poco después empiezas a sentir el dolor. Un par de veces conseguí soportarlo casi

ochenta minutos, pero acabé con graves quemaduras, y tuve que guardar reposo absoluto durante cinco o seis noches para recuperarme.

—¿Cuándo comenzaste esta guerra tuya?

—Veamos… —meditó—. Tenía unos doscientos años cuando empecé… —La mayoría de los vampiros no están seguros de su edad exacta: cuando has vivido tanto como ellos, los cumpleaños dejan de importarte tanto—… y ahora tengo más de trescientos, así que supongo que fue hace más de un siglo.

—¡Un siglo! —jadeé—. ¿Alguna vez has oído la frase «darse cabezazos contra una pared de ladrillos»?

—Por supuesto —dijo, con una sonrisita de suficiencia—. Pero olvidas, Darren, que los vampiros podemos romper paredes con la cabeza.

Dicho esto, me guiñó un ojo y caminó hacia la luz del Sol, silbando ruidosamente, para enzarzarse en su loca batalla contra una enorme bola de gas ardiente suspendida en el cielo a millones y millones de kilómetros de aquí.

CAPÍTULO 12

Brillaba la Luna llena cuando llegamos al hogar de Lady Evanna. Aún así, habría pasado de largo ante el claro si Mr. Crepsley no me hubiera dado un codazo diciendo:

—Ya estamos aquí.

Más tarde supe que Evanna había lanzado un hechizo enmascarador sobre el lugar, así que, a menos que supieras dónde mirar, tus ojos se deslizarían sobre su hogar sin reparar en él.

Miré fijamente justo enfrente de mí, pero durante unos segundos no vi más que árboles. Luego, el poder del hechizo disminuyó, los árboles imaginarios se desvanecieron y me encontré mirando la superficie de un estanque cristalino, en el que resplandecía débilmente la blancura de la luz de la Luna. Al otro lado del estanque había una colina, y allí pude ver la oscura y arqueada entrada de una enorme cueva.

Mientras bajábamos paseando por una suave ladera hacia el estanque, el aire nocturno se llenó de croares. Me detuve, alarmado, pero Vancha sonrió y dijo:

—Ranas. Están avisando a Evanna. Se callarán en cuanto ella les diga que no hay peligro.

Momentos después, cesó el coro de ranas y volvimos a caminar en silencio. Al bordear la orilla del estanque, Mr. Crepsley y Vancha nos advirtieron a Harkat y a mí que no pisáramos ninguna rana, de las que había miles inmóviles o en las frescas aguas.

—Estas ranas dan miedo —susurró Harkat—. Siento como si nos estuvieran… vigilando.

—Lo están —dijo Vancha—. Vigilan el estanque y la cueva, protegiendo a Evanna de los intrusos.

—¿Qué podrían hacer un puñado de ranas contra unos intrusos?

—reí.

Vancha se detuvo y cogió una rana. La sostuvo bajo la luz de la Luna, y le oprimió suavemente los costados. La rana abrió la boca y disparó una larga lengua. Vancha cogió la lengua con el índice y el pulgar de la otra mano, procurando no tocar los bordes.

—¿Ves esas bolsas diminutas que tiene a los lados? —preguntó.

—¿Esos bultos amarillo-rojizos? —dije—. ¿Qué pasa con ellos?

—Que están llenos de veneno. Si esta rana te enrosca la lengua en el brazo o la pantorrilla, esas bolsas explotarán y el veneno se filtrará a través de tu piel. —Movió torvamente la cabeza—. Morirías en treinta segundos.

Vancha dejó la rana sobre la hierba húmeda y le soltó la lengua. Ella se alejó saltando, continuando con lo suyo. ¡Harkat y yo anduvimos con extremada precaución después de aquello!

Al llegar a la entrada de la cueva, nos detuvimos. Mr. Crepsley y Vancha se sentaron, poniendo a un lado sus mochilas. Vancha sacó un hueso que había estado masticando durante las dos últimas noches y volvió a centrarse en él, deteniéndose sólo para escupir sobre alguna rana que ocasionalmente merodeara demasiado cerca de nosotros.

—¿No vamos a entrar? —pregunté.

—No sin ser invitados —respondió Mr. Crepsley—. Evanna no acoge amablemente a los intrusos.

—¿No hay ninguna campanilla para que podamos llamar?

—Evanna no necesita campanillas —dijo—. Sabe que estamos aquí y vendrá a recibirnos a su debido tiempo.

—Evanna no es una dama a la que se deba apresurar —coincidió Vancha—. A un amigo mío se le ocurrió una vez entrar silenciosamente en la cueva para darle una sorpresa. —Masticó el hueso con regocijo—. Ella lo llenó de enormes verrugas por todas partes. Parecía un… un… —Frunció el ceño—. Es difícil describirlo, porque nunca había visto nada igual… ¡y eso que he visto de todo en mi vida!

—¿Y tenemos que estar aquí, si es tan peligrosa? —pregunté, intranquilo.

—Evanna no nos hará daño —me aseguró Mr. Crepsley—. Tiene mucho temperamento y lo mejor es no irritarla, pero nunca mataría

a nadie que lleve sangre de vampiro, a menos que la provoque.

—Tú sólo procura no llamarla bruja —advirtió Vancha; ya debía ser la centésima vez.

Media hora después de habernos instalado ante la cueva, docenas de ranas (más grandes que las que pululaban por el estanque) salieron saltando. Formaron un círculo a nuestro alrededor y se sentaron, parpadeando lentamente, rodeándonos. Me dispuse a levantarme, pero Mr. Crepsley dijo que me quedara sentado. Momentos después, una mujer surgió de la cueva. Era la mujer más fea y desaliñada que había visto nunca. Era bajita (apenas mayor que el achaparrado Harkat Mulds), con el cabello largo, oscuro y descuidado.

Tenía una marcada musculatura y piernas gruesas y fuertes. Sus orejas eran puntiagudas, su nariz, diminuta (parecía tener sólo un par de agujeros sobre el labio superior), y sus ojos, rasgados. Cuando se acercó más, vi que uno era marrón y el otro, verde. Pero más extraño aún era cómo se alternaban los colores: durante un instante, el ojo izquierdo era marrón, y al siguiente, lo era el derecho.

Era extraordinariamente peluda. Sus brazos y piernas estaban cubiertos de pelo negro; sus cejas eran como dos enormes orugas peludas; por sus orejas y fosas nasales asomaban matojos de pelo; tenía una barba tupida y un mostacho que habría dejado en ridículo al de Otto Von Bismarck.

Sus dedos eran sorprendentemente cortos. Al ser una bruja, yo había esperado que tuviera unas zarpas huesudas, aunque supongo que había sacado esa imagen de los libros y comics que leía cuando era niño. Llevaba las uñas cortas, excepto en ambos meñiques, donde crecían largas y afiladas.

No vestía ropa tradicional, ni pieles de animales como Vancha. En su lugar, iba vestida con cuerdas. Unas cuerdas largas, estrechamente entrelazadas, de color amarillo, que se enrollaban alrededor de su pecho y la parte inferior de su cuerpo, dejando al descubierto sus brazos, piernas y estómago.

Difícilmente habría podido imaginarme una mujer más pavorosa y repulsiva, y la inquietud me revolvió las tripas mientras se acercaba a nosotros arrastrando los pies.

—¡Vampiros! —bufó, abriéndose paso entre las filas de ranas, que se apartaban a medida que avanzaba—. ¡Siempre estos feos y condenados vampiros! ¿Por qué nunca llama a mi puerta un humano atractivo?

—Probablemente tendrán miedo de que te los comas —rió Vancha en respuesta, y seguidamente se levantó y la abrazó. Ella le devolvió el abrazo con fuerza, levantando del suelo al Príncipe Vampiro.

—Mi pequeño Vancha —lo arrulló, como si mimara a un bebé—. Has engordado, Alteza.

—Y tú estás más fea que nunca, Señora —gruñó él, boqueando sin aliento.

—Sólo lo dices para adularme —respondió ella, riendo tontamente, y luego lo bajó y se volvió hacia Mr. Crepsley—. Larten —dijo, con una cortés inclinación de cabeza.

—Evanna —respondió él, levantándose y dedicándole una reverencia.

Entonces, sin previo aviso, le lanzó una patada. Pero, a pesar de lo rápido que era, la bruja lo fue aún más. Le agarró la pierna y se la retorció, haciéndolo girar y caer de bruces al suelo. Antes de que pudiera reaccionar, Evanna saltó sobre su espalda, lo sujetó por la barbilla y le levantó la cabeza con brusquedad.

—¿Te rindes? —gritó.

—¡Sí! —resolló él, poniéndose colorado…, pero no de vergüenza, sino de dolor.

—Chico listo —rió ella, dándole un beso fugaz en la frente.

Luego se levantó y nos examinó a Harkat y a mí, recorriendo a Harkat con un curioso ojo verde, y a mí con el marrón.

—Lady Evanna —dije, tan educadamente como pude, intentando que no me castañetearan los dientes.

—Encantada de conocerte, Darren Shan —respondió—. Bienvenido.

—Señora —dijo Harkat, inclinándose cortésmente. Él no estaba tan nervioso como yo.

—Hola, Harkat —dijo ella, devolviéndole la reverencia—. Tú también eres bienvenido…, como lo eras antes.

—¿Antes? —repitió él.

—Esta no es tu primera visita —respondió ella—. Has cambiado en muchos sentidos, por dentro y por fuera, pero te reconozco. Tengo ese don. Las apariencias no pueden engañarme durante mucho tiempo.

—¿Quiere decir que… sabe quién era yo… antes de convertirme en una Personita? —preguntó Harkat, asombrado. Cuando Evanna asintió, avanzó ansiosamente hacia ella—: ¿Quién era yo?

La bruja meneó la cabeza.

—No puedo decírtelo. Eso es algo que debes descubrir tú.

Harkat quiso insistir, pero antes de que lo hiciera, ella clavó en mí su mirada y se me acercó, tomando mi barbilla entre varios dedos fríos y ásperos.

—Así que este es el Príncipe niño —murmuró, girando mi cabeza de izquierda a derecha—. Pensaba que eras más joven.

—Pasó la purga mientras veníamos hacía aquí —la informó Mr. Crepsley.

—Eso lo explica. —No había soltado mi rostro, y sus ojos aún me escudriñaban, como buscando algún signo de debilidad.

—Así que… —dije, sintiendo que debía decir algo, y soltando lo primero que se me pasó por la cabeza—… usted es bruja, ¿eh?

Mr. Crepsley y Vancha lanzaron un gemido.

Evanna echó fuego por las fosas nasales y disparó la cabeza hacia delante, de modo que sólo unos escasos milímetros separaban nuestros rostros.

—¿Qué me has llamado? —siseó.

—Hum… Nada… Perdone. No quería decir eso. Yo…

—¡A vosotros debería daros vergüenza! —rugió, volviéndome la espalda para encararse con los acobardados Mr. Crepsley y Vancha March—. ¡Le dijisteis que yo era una bruja!

—¡No, Evanna! —se apresuró a decir Vancha.

—Nosotros le dijimos que no te llamara así —le aseguró Mr. Crepsley.

—Debería sacaros las tripas a los dos —gruñó Evanna, levantando el meñique hacia ellos—. Y lo haría si Darren no estuviera aquí…, pero no me gustaría causarle una primera mala impresión.

Lanzándoles una intensa y furibunda mirada, relajó el meñique.

Mr. Crepsley y Vancha se relajaron también. Yo apenas podía creerlo. Había visto a Mr. Crepsley enfrentarse a vampanezes completamente armados sin inmutarse, y seguro que Vancha tampoco perdía la calma ni ante el mayor de los peligros. ¡Y ahí estaban, temblando ante una mujer bajita y fea, que lo más amenazante que poseía eran un par de largas uñas!

Empecé a reírme de los vampiros, pero entonces Evanna se dio la vuelta y la risa murió en mis labios. Su rostro había cambiado, y ahora parecía más animal que humana, con una boca enorme y largos colmillos. Di un paso atrás, asustado.

—¡Cuidado con las ranas! —exclamó Harkat, cogiéndome del brazo para evitar que pisara a uno de los venenosos guardianes.

Miré hacia abajo para asegurarme de que no había pisado ninguna rana. Cuando volví a levantar la vista, el rostro de Evanna había vuelto a la normalidad. Estaba sonriendo.

—Apariencias, Darren —dijo—. Nunca dejes que te engañen.

El aire resplandeció a su alrededor. Cuando el brillo se apagó, ella era alta, esbelta y hermosa, con cabellos dorados y un vaporoso vestido blanco. Me quedé boquiabierto, mirándola con descaro, impresionado por su belleza.

Ella chasqueó los dedos y recuperó su forma original.

—Soy una hechicera —dijo—. Una norna. Una encantadora. Una sacerdotisa de los arcanos. No soy… —añadió, lanzando una penetrante mirada a Mr. Crepsley y a Vancha—… una bruja. Soy una criatura que posee muchas habilidades mágicas. Estas me permiten adoptar cualquier forma que elija… al menos en la mente de aquellos que me ven.

—Entonces, ¿por qué…? —empecé a decir, antes de recordar mis modales.

—¿…elijo esta forma tan fea? —terminó ella en mi lugar. Asentí, sonrojándome—. Me siento cómoda así. La belleza no significa nada para mí. Las apariencias son lo que menos importa en mi mundo. Esta es la forma que asumí la primera vez que tomé forma humana, y por eso es la forma que utilizo más a menudo.

—Yo te prefiero cuando eres hermosa —murmuró Vancha, y carraspeó ásperamente al darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—Ten cuidado, Vancha —dijo Evanna, riendo entre dientes—, o me ocuparé de ti como hice con Larten hace muchos años. —Me miró enarcando una ceja—. ¿Nunca te ha contado cómo se hizo esa cicatriz?

Contemplé la larga cicatriz que recorría el lado izquierdo del rostro de Mr. Crepsley, y moví negativamente la cabeza. El vampiro se sonrojó hasta adquirir un intenso tono carmesí.

—Por favor, Señora —suplicó—, no hables de eso. Yo era joven y estúpido.

—Ya lo creo que lo eras —asintió Evanna, propinándome un malicioso codazo en las costillas—. Yo llevaba uno de mis rostros hermosos. Larten estaba un poco bebido e intentó besarme. Tuve que hacerle un arañacito para enseñarle modales.

Me quedé asombrado. ¡Siempre había pensado que se había hecho aquella cicatriz luchando contra un vampanez o algún fiero animal de los bosques!

—Qué cruel eres, Evanna —dijo Mr. Crepsley con tono abatido, acariciándose tristemente la cicatriz.

Vancha se reía tan fuerte que le chorreaban los mocos por la nariz.

—¡Larten! —aulló—. ¡Espera a que se lo diga a los otros! Siempre me había preguntado por qué eras tan modesto respecto a tu cicatriz. Normalmente, los vampiros alardeamos de nuestras heridas, pero tú…

—¡Cállate! —ladró Mr. Crepsley con inusual brusquedad.

—Yo podría haberlo curado —dijo Evanna—. Si se la hubiera cosido inmediatamente, ahora no se le notaría ni la mitad. Pero salió huyendo como un perro apaleado y no volvió en treinta años.

—No me sentía querido —repuso Mr. Crepsley con voz queda.

—Pobre Larten —dijo ella, sonriendo con satisfacción—. Creías ser un auténtico conquistador cuando eras un joven vampiro, pero… —Hizo una mueca y soltó una maldición—. Sabía que me olvidaba de algo. Pensaba colocarlas cuando llegarais, pero me distraje.

Murmurando para sí misma, se volvió hacia las ranas e hizo unos sonidos graves y croantes.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté a Vancha.

—Habla con las ranas —dijo él, aún exhibiendo una amplia sonrisa por lo de la cicatriz de Mr. Crepsley.

Harkat jadeó y cayó de rodillas.

—¡Darren! —gritó, señalando una rana. Me acuclillé a su lado, y vi que en la espalda de la rana había una imagen inquietantemente fiel de Paris Skyle, en verde oscuro y negro.

—Qué raro —dije, y toqué suavemente la imagen, preparado para retirar la mano si la rana abría la boca. Con el ceño fruncido, recorrí las líneas con mayor firmeza—. Oye —le dije—, no está pintada. Creo que es una marca de nacimiento.

—No puede ser —dijo Harkat—. Ninguna marca de nacimiento podría parecerse tanto… a una persona, especialmente a una que… ¡Eh! ¡Ahí hay otra!

Me volví en la dirección que me indicaba.

—Ese no es Paris —dije.

—No —convino Harkat—, pero es una cara. Y allí hay una tercera. —Señaló una rana distinta.

—Y una cuarta —observé, levantándome y mirando atentamente a mi alrededor.

—Tienen que estar pintadas —dijo Harkat.

—No lo están —dijo Vancha. Se inclinó, cogió una rana y nos la tendió para que la examináramos. Al mirarla de cerca, a la brillante luz de la Luna, pudimos ver que las marcas estaban, efectivamente, bajo la capa superior de la piel de la rana.

—Os dije que Evanna criaba ranas —nos recordó Mr. Crepsley. Cogió la rana de las manos de Vancha y recorrió la forma de un rostro, recio y barbudo—. Es una combinación de naturaleza y magia. Busca ranas con acusadas marcas naturales, las acentúa mediante la magia y las cruza, produciendo rostros. Ella es la única en el mundo que puede hacerlo.

—Aquí estamos —dijo Evanna, apartándonos a Vancha y a mí y conduciendo a nueve ranas hacia Mr. Crepsley—. Me sentía culpable por causarte esa cicatriz, Larten. No debería haberte hecho un corte tan profundo.

—Está olvidado, Señora —sonrió él gentilmente—. Ahora, esta cicatriz es parte de mí. Estoy orgulloso de ella —miró ferozmente a Vancha—, aunque algunos sólo sepan burlarse.

—Aun así —dijo ella—, me fastidia. Te he hecho regalos durante años (como esos cacharros de cocina), pero no me he quedado satisfecha.

—No es necesario… —empezó Mr. Crepsley.

—¡Calla y déjame acabar! —rugió ella—. Creo que por fin tengo un regalo que te compensará. No es algo que se pueda tocar, sólo un poco… simbólico.

Mr. Crepsley bajó la mirada hacia las ranas.

—Espero que no estés pensando en darme estas ranas.

—No exactamente.

Evanna croó una orden y las ranas empezaron a reorganizarse.

—Supe que Arra Sails murió luchando con los vampanezes hace seis años —dijo.

Mr. Crepsley bajó la cara ante la mención del nombre de Arra. Había estado muy unido a ella y le costaba superar su muerte.

—Murió valerosamente —dijo.

—Imagino que no tendrás nada suyo, ¿verdad?

—¿Como qué?

—Un mechón de pelo, un cuchillo que ella apreciara, un pedazo de su ropa…

—Los vampiros no nos permitimos semejantes idioteces —repuso él con aspereza.

—Pues deberíais —suspiró Evanna. Las ranas dejaron de moverse, ella las miró, asintió y se apartó.

—¿Qué están…? —empezó Mr. Crepsley, pero se quedó callado cuando su mirada reparó en las ranas y en el enorme rostro extendido sobre sus espaldas.

Era el rostro de Arra Sails, una parte de él en la espalda de cada rana. Era un rostro perfecto en cada detalle, y ostentaba más colores que los de las otras ranas: Evanna trabajó con amarillos, azules y rojos, trayendo a la vida sus ojos, sus mejillas, sus labios, su cabello. Los vampiros no pueden ser fotografiados (sus átomos rebotan de una manera muy extraña, imposible de capturar en una película), pero aquello era lo más parecido a una foto de Arra Sails que uno pudiera imaginar.

Mr. Crepsley no se movía. Su boca era una delgada línea que atravesaba la mitad inferior de su rostro, pero sus ojos estaban

llenos de calidez, tristeza… y amor.

—Gracias, Evanna —susurró.

—No hay por qué darlas —dijo ella, con una suave sonrisa, y luego se volvió hacia nosotros—. Creo que deberíais dejarlo solo un rato. Entremos en la cueva.

La seguimos en silencio. Hasta el habitualmente bullicioso Vancha March se quedó callado, y se detuvo sólo para oprimir un hombro a Mr. Crepsley en un gesto consolador. Las ranas vinieron saltando detrás de nosotros, excepto las nueve con los rasgos de Arra cubriendo sus espaldas. Se quedaron allí, conservando su forma, y haciendo compañía a Mr. Crepsley mientras él seguía mirando tristemente el rostro de la que una vez fue su compañera, rememorando vívidamente el doloroso pasado.

CAPÍTULO 13

Evanna nos había preparado una fiesta, pero sólo a base de verduras y frutas: ella era vegetariana, y no permitía que nadie comiera carne en su cueva. Vancha le tomaba el pelo con eso («¿Aún comiendo como las vacas, Señora?»), pero se comió su ración, como Harkat y yo, aunque escogió sólo lo que no había sido cocinado.

—¿Cómo puede comerse eso? —le pregunté, revuelto, mientras se metía en la boca un nabo crudo.

—Todo está en la mente —dijo, guiñándome un ojo y mordiéndolo con ganas—. ¡Yum! ¡Un gusano!

Mr. Crepsley se reunió con nosotros cuando estábamos acabando. Estuvo de un humor sombrío durante el resto de la noche, hablando poco, con la mirada perdida en el vacío.

La cueva era mucho más lujosa que las cavernas de la Montaña de los Vampiros. Evanna había hecho de ella un verdadero hogar, con camas de suaves plumas, cuadros maravillosos en las paredes y enormes lámparas de velas que lo envolvían todo con un resplandor rosáceo. Había divanes para tumbarse, abanicos para refrescarse, fruta exótica y vino. Después de tantos años de vida espartana, esto parecía un palacio.

Mientras nos relajábamos y hacíamos la digestión, Vancha se aclaró la garganta y abordó la razón de nuestra presencia allí.

—Evanna, hemos venido a hablar de…

Ella lo hizo callar con un rápido movimiento de la mano.

—Esta noche, no —insistió—. Los asuntos oficiales pueden esperar hasta mañana. Este es un momento para la amistad y el descanso.

—Muy bien, Señora. Estos son tus dominios, y acataré tus

deseos.

Tumbado de espaldas, Vancha eructó ruidosamente y luego buscó un lugar donde escupir. Evanna le arrojó una pequeña olla plateada.

—¡Ah! —dijo él, con una sonrisa radiante—. ¡Una escupidera!

Se inclinó y escupió con fuerza en el interior. Sonó un ligero 'ping' y Vancha lanzó un gruñido de satisfacción.

—Estuve limpiando durante días la última vez que me visitó —nos comentó Evanna a Harkat y a mí—. Charcos de saliva por todas partes. Con un poco de suerte, la escupidera lo mantendrá a raya. Si sólo hubiera algo donde pudiera pegar lo que se saca de la nariz…

—¿Tienes quejas de mí? —preguntó Vancha.

—Por supuesto que no, Alteza —respondió ella con sarcasmo—. ¿Qué mujer pondría objeciones a un hombre que invade su hogar y le cubre el suelo de mocos?

—Es que yo no te veo como a una mujer, Evanna —rió él.

—¿Eh? —Había hielo en su tono—. Entonces, ¿cómo me ves?

—Como a una bruja —repuso él, con inocencia, y acto seguido saltó del diván y salió corriendo de la cueva antes de que ella le lanzara un hechizo.

Más tarde, cuando Evanna hubo recuperado su sentido del humor, Vancha regresó a su diván, sacudió un almohadón, se tumbó y empezó a mordisquearse una verruga que tenía en la palma de la mano izquierda.

—Creía que sólo dormías en el suelo —observé.

—Normalmente, sí —admitió—, pero sería una descortesía rechazar la hospitalidad de otros, especialmente cuando tu anfitriona es la Señora de las Tierras Salvajes.

Me senté, sintiendo curiosidad.

—¿Por qué la llaman Señora? ¿Es una princesa?

La risa de Vancha resonó en la cueva.

—¿Lo has oído, Señora? ¡El chico cree que eres una princesa!

—¿Y qué tiene eso de raro? —preguntó ella, acariciándose el mostacho—. ¿No son como yo todas las princesas?

—Debajo del Paraíso, tal vez —respondió Vancha, riendo entre dientes.

Los vampiros creen que las almas de los vampiros buenos, al

morir, viajan más allá de las estrellas, hacia el Paraíso. No existe el infierno en la mitología de los vampiros (la mayoría cree que las almas de los vampiros malos se quedan atrapadas en la Tierra), pero ocasionalmente hay quien se refiere a él diciendo «debajo del Paraíso».

—No —dijo Vancha, ya en serio—. Evanna es mucho más importante y majestuosa que cualquier simple princesa.

—Vaya, Vancha —zureó ella—, eso es casi un cumplido.

—Puedo hacer cumplidos cuando quiero —respondió él, y a continuación soltó una sonora ventosidad—. ¡Y pedorretas también!

—Qué asqueroso —dijo Evanna con desprecio, aunque esforzándose por ocultar una sonrisa.

—Darren estuvo preguntando por ti en el camino —le dijo Vancha a Evanna—. No le contamos nada de tu pasado. ¿Te importaría ponerlo al corriente?

Evanna meneó la cabeza.

—Ya te lo he dicho, Vancha. No estoy de humor para contar historias. Pero sé breve —añadió, cuando lo vio abrir la boca para empezar.

—Lo seré —prometió él.

—Y no seas grosero.

—¡Lady Evanna! —exclamó con voz ahogada—. ¿Cuándo lo he sido? —Con una gran sonrisa, se pasó una mano por los verdes cabellos, reflexionó un instante, y luego comenzó, con una voz suave que yo nunca le había oído—. Prestad atención, niños —dijo, y entonces, enarcando una ceja, continuó con su voz de siempre—: Esa es la forma de empezar una historia. Los seres humanos empiezan diciendo «Érase una vez», pero ¿qué sabrán los humanos…?

—Vancha —lo interrumpió Evanna—. Te dije que fueras breve.

Vancha hizo una mueca, y volvió a empezar con aquella voz suave.

—Prestad atención, niños… Nosotros, criaturas de la noche, no fuimos hechos para concebir descendencia. Nuestras mujeres no pueden dar a luz, y nuestros hombres no pueden engendrar hijos. Así ha sido desde que el primer vampiro caminó bajo la luz de la

Luna, y así creímos que sería siempre.

»Pero hace setecientos años, vivió un vampiro llamado Corza Jarn. Era corriente en todos los aspectos, abriéndose camino en el mundo, hasta que se enamoró y unió a una vampiresa llamada Sarfa Grail. Fueron felices, cazando y luchando lado a lado, y cuando el primer periodo de su emparejamiento terminó, estuvieron de acuerdo en volver a unirse».

Así funcionaban los «matrimonios» entre vampiros. Un vampiro no acepta permanecer junto a otro de por vida, sino sólo por periodos de diez, quince o veinte años. Una vez pasado ese tiempo, pueden decidir seguir juntos una o dos décadas más, o irse cada uno por su lado.

—A la mitad de su segundo periodo —continuó Vancha—, el desasosiego se adueñó de Corza. Deseaba tener un bebé con Sarfa, criar a su propio hijo. Se negaba a aceptar sus entonces naturales limitaciones, y fue en busca de un remedio para la esterilidad de los vampiros. Durante décadas buscó en vano, con la leal Sarfa a su lado. Pasaron cien años. Doscientos. Sarfa murió durante la búsqueda, pero eso no detuvo a Corza: le hizo buscar aún con más ahínco una solución. Finalmente, cuatrocientos años después, su búsqueda le condujo hasta ese entrometido del reloj: Desmond Tiny.

»Ahora bien —dijo Vancha ásperamente—, no se sabe cuánto poder ejerce Mr. Tiny sobre los vampiros. Algunos dicen que fue él quien nos creó, otros que una vez fue uno de nosotros, y otros que simplemente es un observador interesado. Corza Jarn no sabía más que los demás sobre la verdadera naturaleza de Mr. Tiny, pero creyó que el mago podría ayudarle, y lo siguió alrededor del mundo, rogándole que pusiera fin a la maldición de la esterilidad del clan de los vampiros.

»Durante dos siglos, Mr. Tiny se burló de Corza Jarn e ignoró sus súplicas. Le dijo al vampiro (ya viejo y débil, al borde de la muerte) que dejara de preocuparse. Le dijo que los niños no eran para los vampiros. Corza no quiso aceptarlo. Siguió dándole la lata a Mr. Tiny, suplicándole que les diera una esperanza a los vampiros. Le ofreció su alma a cambio de una solución, pero Mr. Tiny se burló, y dijo que si quisiera el alma de Corza, sólo tenía que tomarla».

—Nunca había oído esa parte de la historia —lo interrumpió

Evanna.

Vancha se encogió de hombros.

—Las leyendas son flexibles. Creo que es bueno recordarle a la gente la naturaleza cruel de Mr. Tiny, y eso es lo que hago cada vez que tengo la oportunidad.

»Al final —retomó la historia—, por sus propias razones, Mr. Tiny cedió. Dijo que podría crear una mujer capaz de concebir hijos de un vampiro, pero añadió un inconveniente: la mujer y su hijo harían al clan más poderoso de lo que nunca había sido… ¡o lo destruirían por completo!

»Corza se quedó preocupado por las palabras de Mr. Tiny, pero había estado buscando tanto y durante tanto tiempo, que no se dejó disuadir por la amenaza. Aceptó las condiciones de Mr. Tiny, y lo dejó tomar parte de su sangre. Tiny mezcló la sangre de Corza con la de una loba preñada y formuló sobre ella un extraño encantamiento. La loba parió cuatro cachorros. Dos, con forma corriente, nacieron muertos pero los otros dos sobrevivieron… ¡y tenían apariencia humana! ¡Eran un niño y una niña!».

Vancha hizo una pausa y miró a Evanna. Harkat y yo la miramos también, con los ojos como platos. La bruja hizo un mohín, se levantó e hizo una reverencia.

—Sí —dijo—. Yo era esa peluda cachorrita.

—Los niños crecieron deprisa —siguió Vancha—. En un año se hicieron adultos, y abandonaron a su madre y a Corza para ir en busca de su destino en las tierras salvajes. El chico se marchó primero, sin decir nada, y nadie sabe qué fue de él.

»Antes de irse, la chica le dio a Corza un mensaje para el clan. Él debía contarles lo que había pasado, y decirles que ella se tomaría muy en serio su deber. También debía decirles que no estaba preparada para la maternidad, y que ningún vampiro debía ir a buscarla como pareja. Dijo que había muchas cosas que debía tomar en consideración, y que pasarían siglos (quizá más) antes de que pudiera hacer su elección.

»Y eso fue lo último que ningún vampiro supo de ella durante cuatrocientos años».

Se detuvo por un momento, con aire pensativo, y luego cogió una banana y empezó a comérsela, con piel y todo.

—Fin —farfulló.

—¿Fin? —exclamé—. ¡No puede acabar así! ¿Qué ocurrió luego? ¿Qué hizo ella durante esos cuatrocientos años? ¿Escogió un compañero cuando volvió?

—No escogió ningún compañero —dijo Vancha—. Aún no. En cuanto a lo que estuvo haciendo… —sonrió—, quizá deberíais preguntarle a ella.

Harkat y yo nos volvimos hacia Evanna.

—¿Y bien? —preguntamos al unísono.

Evanna frunció los labios.

—Estuve eligiendo un nombre —dijo.

Me eché a reír.

—¡No puede haberse pasado cuatrocientos años eligiendo un nombre!

—Eso no fue todo lo que hice —admitió—, pero dediqué mucho tiempo a esa elección. Los nombres son esenciales para las criaturas del destino. Yo debo desempeñar un papel en el futuro, no sólo para el clan de los vampiros, sino para cada criatura de este mundo. El nombre que eligiera guardaría relación con ese papel. Al final, me decidí por Evanna. —Hizo una pausa—. Creo que fue una buena elección.

Levantándose, Evanna croó algo a sus ranas, que salieron por la entrada de la cueva.

—Debo irme —dijo—. Ya hemos hablado suficiente del pasado. Estaré ausente la mayor parte del día. Cuando vuelva, hablaremos de vuestra búsqueda y de la parte que tengo en ella.

Se fue detrás de las ranas, y momentos después había desaparecido entre los ya maduros rayos del amanecer.

Harkat y yo nos quedamos mirando fijamente la entrada. Entonces Harkat le preguntó a Vancha si aquella leyenda que nos había contado era cierta.

—Tan cierta como pueda serlo cualquier leyenda —respondió Vancha alegremente.

—¿Qué significa eso? —preguntó Harkat.

—Las leyendas cambian según se van contando —dijo Vancha—. Setecientos años es mucho tiempo, incluso para los baremos de los vampiros. ¿Realmente Corza Jarn recorrió el mundo en pos de Mr.

Tiny? ¿Aceptó ayudarle ese agente del Caos? ¿Pudieron haber nacido de una loba Evanna y el niño? —Se rascó un sobaco, se olisqueó los dedos y suspiró—. Sólo hay tres personas en el mundo que conocen la verdad: Desmond Tiny, el chico (si es que aún vive) y Lady Evanna.

—¿Y le has preguntado a Evanna si es cierto? —inquirió Harkat.

Vancha meneó la cabeza.

—Siempre he preferido una buena y emocionante leyenda a unos hechos antiguos y aburridos.

Dicho eso, el Príncipe se dio la vuelta y se quedó dormido, dejándonos a Harkat y a mí comentando aquella historia en voz baja y maravillada.

CAPÍTULO 14

Me levanté con Vancha un par de horas después del mediodía y comencé mi entrenamiento en la penumbra próxima a la entrada de la cueva. Harkat nos miraba con interés, al igual que Mr. Crepsley, que se despertó temprano esa tarde. Vancha empezó atacándome con un palo, diciendo que pasarían meses antes de que lo intentara con armas de verdad. Pasé la tarde viéndole lanzarme veloces estocadas con el palo. Yo no tenía que hacer nada más, sólo observar los movimientos del palo y aprender a identificar y anticipar las diversas maneras que un atacante tiene de usarlo.

Practicamos hasta que volvió Evanna, media hora antes del ocaso. No dijo dónde había estado ni lo que había hecho, y nadie preguntó.

—¿Os divertís? —preguntó, entrando en la cueva con su séquito de ranas.

—Un montón —respondió Vancha, tirando el palo—. El chico quiere aprender a luchar con las manos.

—¿Las espadas pesan demasiado para él?

Vancha hizo una mueca.

—Muy graciosa.

La risa de Evanna iluminó la cueva.

—Lo siento. Pero luchar con las manos (o con espadas) me parece tan infantil… La gente debería luchar con el cerebro.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

Evanna me miró fugazmente y de pronto la fuerza abandonó mis piernas y caí al suelo.

—¿Qué está pasando? —chillé, agitándome como un pez fuera del agua—. ¿Qué me ocurre?

—Nada —dijo Evanna, y para mi alivio, la normalidad retornó a mis piernas—. Así es como se lucha con el cerebro —dijo mientras yo me sobreponía—. Cada parte del cuerpo está conectada al cerebro. Nada funciona sin él. Ataca con el cerebro y tendrás la victoria asegurada.

—¿Puedo aprender a hacer eso? —le pregunté ansiosamente.

—Sí —dijo Evanna—. Pero tardarías algunos siglos, y tendrías que abandonar a los vampiros y convertirte en mi asistente —sonrió—. ¿Qué opinas, Darren? ¿Valdría la pena?

—No estoy seguro —murmuré. Me gustaba la idea de aprender magia, pero no me apetecía vivir con Evanna: con su mal genio, dudaba que fuera una profesora comprensiva y tolerante.

—Si cambias de idea, házmelo saber —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve un asistente, y ninguno completó nunca sus estudios: todos huían al cabo de unos años, aunque no logro entender por qué.

Evanna nos hizo salir mientras barría la cueva. Momentos después nos llamó, y cuando entramos, encontramos otra fiesta esperándonos.

—¿Utiliza la magia para preparar todo esto tan deprisa? —pregunté, sentándome a comer.

—No —respondió—. Simplemente, me muevo un poco más aprisa de lo normal. Puedo trabajar muy rápido cuando lo deseo.

Disfrutamos de una gran cena, y luego nos sentamos alrededor del fuego a hablar de la visita de Mr. Tiny a la Montaña de los Vampiros. Evanna parecía saberlo ya, pero dejó que le contáramos la historia, y no dijo nada hasta que acabamos.

—Los tres cazadores —caviló, una vez que la pusimos al corriente—. Os he estado esperando durante siglos.

—¿Ah, sí? —inquirió Mr. Crepsley, asustado.

—Carezco de esa clara visión del futuro que posee Desmond —dijo ella—, pero veo algo de lo que va a ocurrir… o que podría ocurrir. Sabía que surgirían tres cazadores que se enfrentarían al Lord Vampanez, pero no sabía quiénes eran.

—¿Sabes si tendremos éxito? —preguntó Vancha, mirándola intensamente.

—Creo que ni siquiera Desmond lo sabe —dijo ella—. Hay dos

futuros definidos esperando, cada uno tan posible como el otro. No es frecuente que el destino se reduzca a dos conclusiones tan igualadas. Normalmente el futuro discurre por muchos cauces. Cuando sólo hay dos, como en este caso, sólo el azar decide por cuál de ellos se encaminará el mundo.

—¿Y qué hay del Lord Vampanez? —preguntó Mr. Crepsley—. ¿Tienes alguna idea de dónde está?

—Sí —sonrió Evanna.

Mr. Crepsley contuvo la respiración.

—Pero no nos lo dirás, ¿verdad? —bufó Vancha, disgustado.

—No —dijo ella, ensanchando su sonrisa. Tenía los dientes largos, afilados y amarillos, como un lobo.

—¿Nos dirás cómo vamos a encontrarlo? —preguntó Mr. Crepsley—. ¿Y cuándo?

—No puedo —dijo Evanna—. Si os lo dijera, cambiaría el curso del destino, y eso no está permitido. Debéis encontrarlo solos. Os acompañaré en la próxima etapa de vuestro viaje, pero no puedo…

—¿Vas a venir con nosotros? —tronó Vancha, asombrado.

—Sí. Pero sólo como compañera de viaje. No tomaré parte en la búsqueda del Lord Vampanez.

Vancha y Mr. Crepsley intercambiaron miradas de preocupación.

—Nunca habías viajado con vampiros, Señora —dijo Mr. Crepsley.

Evanna se echó a reír.

—Sé lo importante que soy para tu gente, y por esa razón he evitado tener demasiado contacto con los hijos de la noche: estoy harta de vampiros suplicándome que sea su pareja y tenga hijos con ellos.

—Entonces, ¿por qué vienes con nosotros ahora? —preguntó Vancha con rudeza.

—Hay alguien con quien deseo encontrarme —respondió ella—. Podría ir sola en su busca, pero prefiero no hacerlo así. Desvelaré mis razones a su debido tiempo.

—Las brujas sois tan jodidamente reservadas… —rezongó Vancha, pero Evanna no mordió el anzuelo.

—Si preferís viajar sin mí, podéis hacerlo —dijo—. No os voy a imponer mi presencia.

—Nos sentiremos muy honrados de tener tu compañía, Lady Evanna —le aseguró Mr. Crepsley—. Y te ruego no te ofendas si nos mostramos suspicaces o inoportunos. Corren tiempos revueltos y confusos, y a veces ladramos cuando deberíamos susurrar.

—Lo has expresado bien, Larten —sonrió ella—. Si está decidido, empaquetaré mis cosas y emprenderemos el camino.

—¿Tan pronto? —parpadeó Mr. Crepsley.

—Cuanto antes, mejor.

—Espero que no vengan las ranas —resopló Vancha.

—No iba a llevarlas —dijo Evanna—, pero ahora que lo dices… —Se echó a reír al ver su expresión—. No te preocupes. Mis ranas se quedarán y mantendrán el orden hasta mi regreso.

Se dispuso a incorporarse, se detuvo, se volvió lentamente y se sentó en cuclillas.

—Una cosa más —dijo, y ante la seriedad de su expresión supimos que se trataba de algo malo—. Desmond debería habéroslo dicho, pero es obvio que decidió no… sugestionaros, sin duda.

—¿De qué se trata, Señora? —preguntó Vancha, al hacer ella una pausa.

—Es sobre la búsqueda del Lord Vampanez. No sé si triunfaréis o fracasaréis, pero he visto el resultado de cada uno de los posibles futuros y deducido parte de lo que os depara el destino.

»No os hablaré del futuro en el que triunfáis (no me corresponde revelarlo), pero si fracasáis… —Se entretuvo de nuevo. Alargó las manos, tomando las de Vancha con la izquierda (parecían haber crecido de un modo increíble) y las de Mr. Crepsley con la derecha. Mientras les cogía las manos, clavó sus ojos en los míos y habló—: Os digo esto porque creo que debéis saberlo. No lo digo para asustaros, sino para que estéis preparados para lo peor.

»El destino hará que vuestro camino se cruce cuatro veces con el del Lord Vampanez. Y en cada una de esas ocasiones tendréis la posibilidad de acabar con él. Si fracasáis, el destino dará a los vampanezes la victoria en la Guerra de las Cicatrices. Eso ya lo sabíais.

»Pero lo que Desmond no os dijo es que… al final de la búsqueda, si os enfrentáis las cuatro veces al Lord Vampanez y no conseguís matarle, sólo uno de vosotros sobrevivirá para presenciar

la caída del clan de los vampiros. —Bajando los ojos y soltando las manos de Mr. Crepsley y Vancha, añadió en poco menos que un susurro—: Los otros dos morirán».

CAPÍTULO 15

Salimos solemnemente de la cueva de Evanna y rodeamos el estanque, absortos en la profecía de la bruja. Sabíamos desde el principio que sería una búsqueda llena de peligros, con la muerte siempre pisándonos los talones. Pero una cosa es anticipar tu posible fin, y otra que te digan con certeza lo que ocurrirá si fracasas.

La primera noche no seguimos ninguna dirección en particular, sólo caminamos sin rumbo fijo en la oscuridad, sin decir nada, sin fijarnos apenas en los alrededores. Harkat no había sido incluido en la profecía de Evanna, ya que no era uno de los cazadores, pero estaba tan trastornado como el resto de nosotros.

Hacia el amanecer, mientras acampábamos, Vancha estalló repentinamente en carcajadas.

—¡Miradnos! —vociferó, mientras lo mirábamos, indecisos—. ¡Hemos estado toda la noche deprimidos como cuatro almas en pena en un funeral! ¡Qué idiota hemos sido!

—¿Te parece divertido que haya una sentencia de muerte pendiendo sobre nosotros, Alteza? —inquirió envaradamente Mr. Crepsley.

—¡Por las entrañas de Charna! —maldijo Vancha—. ¡Esa sentencia ha estado ahí desde el comienzo! ¡Lo único que ha cambiado es que ahora lo sabemos!

—Incluso un mínimo conocimiento puede ser… perjudicial —murmuró Harkat.

—Así es como piensan los seres humanos —le reprendió Vancha—. Yo prefiero saber qué es lo que me espera, sea bueno o malo. Evanna nos ha hecho un favor al contárnoslo.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunté.

—Ella nos confirmó que tendremos cuatro oportunidades para acabar con el Lord Vampanez. Pensadlo: cuatro ocasiones para quitarle la vida. Cuatro veces para enfrentarlo y luchar. Puede que nos venza una vez. Tal vez dos. ¿Pero de verdad pensáis que podrá escapársenos cuatro veces seguidas?

—No estará solo —dijo Mr. Crepsley—. Viaja con guardianes, y todos los vampanezes de la zona vendrán corriendo en su ayuda.

—¿Qué te hace pensar eso? —le cuestionó Vancha.

—Él es su Señor. Sacrificarán sus vidas para protegerle.

—¿Vendrían a apoyarnos nuestros compañeros vampiros si nosotros tuviéramos problemas? —repuso Vancha.

—No, pero eso es porque… —Mr. Crepsley se detuvo.

—… Mr. Tiny les dijo que no lo hicieran —dijo Vancha, con una amplia sonrisa—. Y si ha escogido sólo a tres vampiros para ir a medirse con el Lord Vampanez, quizá…

—… ¡haya escogido sólo a tres vampanezes para ayudar a su Señor! —concluyó Mr. Crepsley, excitado.

—¡Correcto! —dijo Vancha, radiante—. Así que nuestras posibilidades de vencerle son, desde mi punto de vista, aún mayores. ¿No estáis de acuerdo? —Los otros tres asentimos pensativamente—. Ahora —prosiguió—, imaginemos esto: nos enfrentamos a él las cuatro veces, la fastidiamos y perdemos la oportunidad de vencerle. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Que conducirá a los vampanezes a la guerra contra los vampiros y ganarán —dije.

—Exactamente. —La sonrisa de Vancha se ensombreció—. Y por cierto, eso yo no me lo creo. Me da igual lo poderoso que sea ese Lord Vampanez o lo que diga Des Tiny: en una guerra contra los vampanezes, estoy seguro de que ganaríamos nosotros. Pero si no fuera así, prefiero morir antes, luchando por nuestro futuro, que quedarme mirando cómo se desmorona nuestro mundo.

—Valientes palabras —rezongué amargamente.

—Es la verdad —insistió Vancha—. ¿Preferirías morir a manos del Lord Vampanez, cuando la esperanza aún está de nuestro lado, o sobrevivir y ser testigo de la caída del clan? —No respondí, así que Vancha prosiguió—: Si las predicciones son ciertas, y fracasamos, no quiero estar aquí para ver el fin. Sería una tragedia

espantosa, que enloquecería a quien la viera.

»Créeme —dijo Vancha—, los dos que mueran al final serán afortunados. No debería preocuparnos morir. ¡Es vivir lo que debemos temer si fallamos!».

***

No dormí mucho ese día, pensando en lo que había dicho Vancha. Dudaba que alguno de nosotros hubiera podido dormir mucho, excepto Evanna, que roncaba aún más alto que el Príncipe.

Vancha tenía razón. Si fracasábamos, el que sobreviviera sería el que peor lo iba a pasar. Tendría que ver perecer a los vampiros y cargar con los remordimientos. Si teníamos que fracasar, morir en el camino era lo mejor que cualquiera de nosotros podía esperar.

Estábamos más animados cuando nos levantamos aquella tarde. Ya no teníamos miedo de lo que nos esperaba, y en lugar de hablar de cosas negativas, discutimos nuestra ruta.

—Mr. Tiny dijo que siguiéramos a nuestro corazón —nos recordó Mr. Crepsley—. Dijo que el destino nos guiaría si nos confiábamos a él.

—¿No crees que deberíamos tratar de localizar al Lord Vampanez? —preguntó Vancha.

—Nuestra gente ha pasado seis años tratando de localizarlo, sin éxito —dijo Mr. Crepsley—. Debemos mantener los ojos abiertos, por supuesto, pero por lo demás, creo que deberíamos ir a lo nuestro, como si él no existiera.

—No me gusta —refunfuñó Vancha—. El destino es una amante cruel. ¿Y si no nos lleva hasta él? ¿Quieres acabar diciendo dentro de un año «Lo siento, no encontramos al sinvergüenza, mala suerte, ¿y qué?»?

—Mr. Tiny dijo que siguiéramos a nuestro corazón —repitió Mr. Crepsley obstinadamente.

Vancha elevó las manos al cielo.

—¡Está bien! Lo haremos a tu manera. Pero la ruta tendréis que decidirla vosotros dos. Como muchas mujeres han atestiguado, yo soy un inconmensurable sinvergüenza que no tiene corazón.

Mr. Crepsley sonrió ligeramente.

—Darren, ¿por dónde quieres ir?

Empecé a decir que no me importaba, pero me detuve cuando una imagen fugaz cruzó por mi mente: la de un niño-serpiente tocándose la nariz con una lengua súper larga.

—Me gustaría ver lo que está haciendo Evra —dije.

Mr. Crepsley asintió con aprobación.

—Bien. Justo anoche me estaba preguntando cómo le irá a mi viejo amigo Hibernius Tall. ¿Harkat?

—Por mí, de acuerdo —acordó Harkat.

—Que así sea. —Y encarando a Vancha, Mr. Crepsley dijo en el tono más imperioso que pudo—: Alteza, nos dirigiremos al Cirque du Freak.

Y así se decidió nuestra dirección y se lanzaron los dados del destino.

CAPÍTULO 16

Mr. Crepsley logró servirse de los pensamientos de Mr. Tall para ubicar la posición del Cirque du Freak. El circo ambulante se encontraba relativamente cerca, y sólo tardaríamos tres semanas en alcanzarlo si apretábamos el paso.

Al cabo de una semana, volvimos a toparnos con la civilización. Una noche, al pasar por un pequeño pueblo, le pregunté a Mr. Crepsley por qué no cogíamos el autobús o el tren, que nos llevarían al Cirque du Freak mucho más rápido.

—Vancha no aprueba los medios de transporte humanos —dijo—. Nunca ha ido en coche ni en tren.

—¿Nunca? —le pregunté al Príncipe descalzo.

—Para mí, un coche no merece ni un escupitajo —dijo él—. Son cosas horribles. La forma, el ruido, el olor… —Se estremeció.

—¿Y los aviones?

—Si los dioses de los vampiros hubieran querido que voláramos —dijo—, nos habrían dado alas.

—¿Y usted, Evanna? —preguntó Harkat—. ¿Nunca ha volado?

—Sólo en escoba —respondió ella, y no supe si bromeaba o no.

—¿Y tú, Larten? —inquirió Harkat.

—Una vez, hace tiempo, cuando los hermanos Wright empezaban a lograrlo. —Hizo una pausa—. Se estrelló. Afortunadamente, no volaba muy alto, así que no resulté gravemente herido. Pero estos nuevos artilugios, que planean por encima de las nubes… Creo que no.

—¿Le dan miedo? —dije, con una sonrisa de suficiencia.

—El gato escaldado del agua fría huye —replicó.

Éramos un grupo extraño, sin duda. No teníamos casi nada en común con los seres humanos. Estos eran criaturas de la era

tecnológica, mientras que nosotros pertenecíamos al pasado: los vampiros no saben nada de computadoras, antenas parabólicas, hornos de microondas, ni ninguna otra de esas comodidades modernas; viajábamos a pie la mayor parte del tiempo, teníamos gustos y placeres sencillos, y cazábamos como los animales. Mientras los humanos enviaban aeroplanos a librar sus guerras y peleaban oprimiendo botones, nosotros combatíamos con espadas o con nuestras propias manos. Los vampiros y los humanos podíamos compartir el mismo planeta, pero vivíamos en mundos distintos.

***

Desperté una tarde al escuchar los gemidos de Harkat. Tenía otra pesadilla y se agitaba febrilmente sobre la orilla cubierta de hierba donde se había quedado dormido. Me incliné hacia él para despertarle.

—Quieto —dijo Evanna.

La bruja se hallaba en las ramas más bajas de un árbol, observando a Harkat con indecoroso interés. Una ardilla exploraba su larga cabellera, y otra mordisqueaba las cuerdas que utilizaba como vestimenta.

—Está sufriendo una pesadilla —dije.

—¿Las tiene a menudo?

—Casi cada vez que duerme. Se supone que debo despertarle cuando oigo que tiene alguna. —Me incliné dispuesto a sacudirlo.

—Quieto —repitió Evanna, saltando al suelo. Se acercó arrastrando los pies y tocó la frente de Harkat con los tres dedos centrales de la mano derecha. Cerró los ojos y permaneció así un minuto. Luego los abrió y apartó la mano.

—Dragones —dijo—. Malos sueños. Se acerca la hora de que lo comprenda todo. ¿Desmond no le dijo a Harkat que podía revelarle quién fue en su vida anterior?

—Sí, pero Harkat prefirió venir con nosotros, en busca del Lord Vampanez.

—Noble, pero estúpido —murmuró.

—Si usted le dijera quién fue, ¿cesarían las pesadillas?

—No. Debe descubrir la verdad por sí mismo. Empeoraría las cosas si me entrometo. Pero hay una forma de hacer que deje de sufrir temporalmente.

—¿Cómo? —pregunté.

—Podría ayudarle alguien que hable el lenguaje de los dragones.

—¿Dónde encontraremos a alguien así? —resoplé. Y entonces me detuve—. ¿Usted puede…? —Dejé la pregunta en suspenso.

—No —dijo—. Puedo hablar con muchos animales, pero no con los dragones. Sólo aquellos que poseen vínculos con los reptiles alados pueden hablar su lenguaje. —Hizo una pausa—. Tú podrías ayudarle.

—¿Yo? —Fruncí el ceño—. Yo no tengo vínculos con ningún dragón. Ni siquiera he visto uno. Pensaba que eran seres imaginarios.

—En este momento y en este lugar, sí —admitió Evanna—. Pero hay otros momentos y otros lugares, y pueden crearse lazos inconscientemente.

Aquello no tenía sentido, pero si yo podía ayudar a Harkat de algún modo, lo haría.

—Dígame qué tengo que hacer —dije.

Evanna sonrió con aprobación, y entonces me dijo que colocara las manos sobre la cabeza de Harkat y cerrara los ojos.

—Concéntrate —dijo—. Necesitamos encontrar una imagen a la que puedas aferrarte. ¿Qué te parece la Piedra de Sangre? ¿Puedes imaginarla, roja, palpitante, con la sangre de los vampiros circulando por sus misteriosas venas?

—Sí —dije, trayendo sin esfuerzo la imagen de la piedra a mi mente.

—No dejes de pensar en ella. En pocos minutos experimentarás sensaciones desagradables, y puede que alcances a entrever las pesadillas de Harkat. Ignóralas y mantente concentrado en la Piedra. Yo haré el resto.

Hice lo que me dijo. Al principio fue fácil, pero luego empecé a sentirme raro. El aire a mi alrededor parecía haberse vuelto más caliente y se hacía más difícil respirar. Oí el batir de unas inmensas alas, y luego vislumbré algo que caía desde un cielo rojo como la sangre. Me encogí, y estuve a punto de soltar a Harkat, pero recordé

la advertencia de Evanna y me obligué a concentrarme en la imagen de la Piedra de Sangre.

Sentí que algo enorme aterrizaba detrás de mí, y noté que unos ojos ardientes perforaban mi espalda, pero no me di la vuelta ni me aparté. Me recordé que era un sueño, una ilusión, y pensé en la Piedra.

Harkat apareció ante mí en la visión, tendido sobre una cama de estacas, que lo traspasaban por todas partes. Estaba vivo, pero sufría indeciblemente. No podía verme: las puntas de dos estacas asomaban por las cuencas donde deberían haber estado sus ojos.

—Su dolor no es nada comparado con el que sentirás tú —dijo alguien, y al alzar la vista vi una figura hecha de sombras, huidiza y oscura, suspendida en el aire a poca distancia.

—¿Quién eres? —pregunté con voz ahogada, olvidándome momentáneamente de la Piedra.

—Soy el Señor de la Noche Carmesí —respondió burlonamente.

—¿El Señor de los Vampanezes? —pregunté.

—De ellos y de todos los demás —se mofó el hombre sombrío—. Te estaba esperando, Príncipe de los Condenados. Ahora que te tengo… ¡no te dejaré escapar!

El hombre sombrío se abalanzó como una flecha, sus dedos como diez largas zarpas de oscura amenaza. Sus ojos rojos refulgían en el pozo negro que era su rostro. Durante un instante aterrador pensé que iba a cogerme y a devorarme. Entonces, una voz diminuta (la de Evanna) susurró:

—Sólo es un sueño. No puede hacerte daño, aún no, si te concentras en la Piedra.

Cerré los ojos en el sueño, ignorando la acometida del hombre sombrío, y me concentré en la palpitante Piedra de Sangre. Se oyó un grito sibilante y sentí como si una ola de espumeante locura se estrellara sobre mí. Luego la pesadilla se desvaneció y me encontré de regreso en el mundo real.

—Ya puedes abrir los ojos —dijo Evanna.

Abrí los ojos bruscamente. Solté a Harkat y me pasé las manos por la cara, reaccionando como si me hubiera tocado algo sucio.

—Lo has hecho bien —me felicitó Evanna.

—Esa… cosa —jadeé—, ¿qué era?

—El Señor de la Destrucción —dijo ella—. El Amo de las Sombras. El posible regidor de la noche eterna.

—Era tan poderoso, tan maligno…

Ella asintió.

—Lo será.

—¿Lo será? —repetí.

—Lo que viste fue una sombra del futuro. El Señor de las Sombras aún no se ha revelado como tal, pero al final lo hará. Es inevitable, así que no deberías preocuparte por eso. Ahora lo que importa es que tu amigo podrá dormir tranquilo.

Le eché un vistazo a Harkat, que descansaba plácidamente.

—¿Está bien?

—Lo estará durante un tiempo —dijo Evanna—. Las pesadillas volverán, y cuando eso ocurra tendrá que enfrentarse a su pasado y descubrir quién era, o sucumbir a la locura. Pero por ahora puede dormir profundamente, sin miedo.

Y regresó a su árbol.

—Evanna —la detuve llamándola en voz baja—. Ese Señor de las Sombras… Había algo familiar en él. No pude verle la cara, pero sentí que lo conocía.

—Deberías hacerlo —susurró en respuesta. Vaciló, considerando cuánto debía contarme—. Lo que voy a decirte debe quedar entre tú y yo —me advirtió—. No debe salir de aquí. No puedes decírselo a nadie, ni siquiera a Larten ni a Vancha.

—No lo haré —prometí.

Sin dejar de darme la espalda, dijo:

—El futuro es oscuro, Darren. Hay dos sendas, y ambas son sinuosas y turbulentas, empedradas con las almas de los muertos. En uno de esos posibles futuros, el Lord Vampanez se ha convertido en el Amo de las Sombras y regidor de la oscuridad. En el otro…

Hizo una pausa y levantó la cabeza, como si mirara el cielo buscando una respuesta.

—En el otro, el Señor de las Sombras eres tú.

Y se alejó, dejándome confundido y tembloroso, y deseando fervientemente que los gemidos de Harkat no me hubieran despertado.

***

Un par de noches después, encontramos el Cirque du Freak.

Mr. Tall y su banda de artistas mágicos estaban actuando en las afueras de una pequeña villa, en una iglesia abandonada. El espectáculo estaba acabando cuando llegamos, así que nos colamos furtivamente y presenciamos el final desde el fondo. Sive y Seersa (los gemelos contorsionistas) estaban en el escenario, retorciéndose el uno alrededor de la otra y llevando a cabo increíbles hazañas acrobáticas. Después de ellos vino Mr. Tall, vistiendo un traje oscuro, su habitual sombrero rojo y sus guantes, y dijo que el espectáculo había terminado. La gente ya empezaba a marcharse, muchos murmurando acerca de aquel final tan flojo, cuando dos serpientes bajaron deslizándose por las vigas, enviando oleadas de crispado terror entre la muchedumbre.

Sonreí ampliamente al ver las serpientes. Así era como terminaban la mayoría de las funciones. Se hacía creer a la gente que el espectáculo había acabado, y entonces aparecían las serpientes, dándole un último susto a la multitud. Antes de que las serpientes pudieran hacer algún daño, Evra Von (su amo) intervenía y las tranquilizaba.

Efectivamente, cuando las serpientes estaban a punto de empezar a deslizarse por el suelo, Evra salió a escena. Pero no venía solo: con él había un niño pequeño, que fue a por una de las serpientes y la dominó, mientras Evra controlaba a la otra. El crío era una nueva adquisición. Supuse que Mr. Tall lo habría recogido en el transcurso de sus viajes.

Después de que Evra y el chico se hubieran enrollado las serpientes en torno a sí mismos, Mr. Tall salió de nuevo y anunció que la función había terminado de verdad. Nos mantuvimos en las sombras mientras la muchedumbre salía en tropel, parloteando con excitación. Entonces, mientras Evra y el niño se desenrollaban las serpientes y se sacudían, me adelanté.

—¡Evra Von! —rugí.

Evra se giró en redondo, asustado.

—¿Quién anda ahí?

No respondí, sino que avancé enérgicamente. Sus ojos se

ensancharon con gozoso asombro.

—¿Darren? —chilló, rodeándome con sus brazos. Lo abracé con fuerza, sin hacer caso de sus resbaladizas escamas, encantado de verlo después de tantos años—. ¿Dónde has estado? —gritó cuando nos separamos. En sus ojos había lágrimas de felicidad… y los míos también estaban húmedos.

—En la Montaña de los Vampiros —repuse despreocupadamente —. ¿Y tú?

—En todo el mundo. —Me estudió con curiosidad—. Has crecido.

—Sólo recientemente. Y no tanto como tú.

Ahora Evra era un hombre. Sólo era unos años mayor que yo, y aparentábamos la misma edad cuando me uní al Cirque du Freak, pero ahora podría pasar por mi padre.

—Buenas tardes, Evra Von —dijo Mr. Crepsley, acercándose a estrecharle la mano.

—Larten. —Evra lo saludó con la cabeza—. Ha pasado mucho tiempo. Me alegro de verte.

Mr. Crepsley se hizo a un lado y presentó a nuestros compañeros.

—Me gustaría presentarte a Vancha March, Lady Evanna y Harkat Mulds, al que creo que ya conoces.

—Hola —gruñó Vancha.

—Saludos —sonrió Evanna.

—Hola, Evra —dijo Harkat.

Evra parpadeó.

—¡Ha hablado! —exclamó con voz ahogada.

—Harkat habla mucho últimamente —sonreí.

—¿Eso tiene nombre?

—Lo tiene —dijo Harkat—. Y a «eso» le gustaría mucho… que le dijeran «él».

Evra no supo qué decir. Cuando yo vivía con él, pasábamos mucho tiempo buscando comida para las Personitas, y ninguna había dicho nunca una palabra. Creíamos que no podían hablar. Y ahora, aquí estaba yo con una Personita (la que cojeaba, y a la que habíamos apodado Lefty), actuando como si el hecho de que hablara no tuviera ninguna importancia.

—Bienvenido de nuevo al Cirque du Freak, Darren —dijo alguien, y al alzar la vista me encontré ante el ombligo de Mr. Tall. Había olvidado lo rápida y silenciosamente que podía moverse el dueño del Cirque.

—Mr. Tall —respondí, saludándole cortésmente con la cabeza (a él no le gustaba estrechar manos).

Saludó a los demás diciendo sus nombres, incluyendo a Harkat. Cuando este le devolvió el saludo, Mr. Tall no pareció sorprenderse en lo más mínimo.

—¿Os apetece comer algo? —nos preguntó.

—Eso sería estupendo —respondió Evanna—. Y más tarde me gustaría hablar contigo de un par de cosas, Hibernius. Hay asuntos que debemos discutir.

—Sí —admitió él sin un pestañeo—. Los hay.

Mientras salíamos de la iglesia, me puse a hablar con Evra de los viejos tiempos. Él llevaba la serpiente sobre los hombros. El chico que había actuado con Evra nos alcanzó cuando salíamos, arrastrando a la otra serpiente detrás de él, como un juguete.

—Darren —dijo Evra—, me gustaría presentarte a Shancus.

—Hola, Shancus —dije, estrechándole la mano al chico.

—`La —respondió. Tenía el mismo cabello verdiamarillo, los ojos rasgados y las escamas multicolores de Evra—. ¿Tú eres el Darren Shan por el que me llaman así? —preguntó.

Miré a Evra de reojo.

—¿Lo soy?

—Sí —dijo riendo—. Shancus es mi primer hijo. Pensé que sería…

—¿Primer hijo? —le interrumpí—. ¿Es tuyo? ¿Tú eres su padre?

—Desde luego, eso espero —sonrió Evra.

—¡Pero es tan grande…! ¡Tan mayor…!

Shancus se hinchó con orgullo ante la observación.

—Pronto cumplirá los cinco —dijo Evra—. Es grande para su edad. Empecé a enseñarle el número hace un par de meses. Tiene un talento natural.

¡Qué extraño resultaba! Claro que Evra era ya lo suficientemente mayor para estar casado y tener hijos, y no había motivo para que aquella noticia me sorprendiera… pero parecía que sólo hubieran

pasado unos meses desde que salíamos juntos como adolescentes, preguntándonos cómo sería nuestra vida cuando creciéramos.

—¿Tienes más hijos? —pregunté.

—Una parejita —dijo—. Urcha, de tres años, y Lilia, que cumplirá dos el mes que viene.

—¿Son todos niños-serpiente?

—Urcha no. Está disgustado (también quiere tener escamas), pero nosotros intentamos hacer que se sienta tan querido y extraordinario como los otros.

—¿Y «nosotros» sois…?

—Merla y yo. No la conoces. Se unió al espectáculo poco después de tu partida… Lo nuestro fue un flechazo. Puede quitarse las orejas y usarlas como mini-bumeranes. Te gustará.

Riendo, le respondí que no tenía la menor duda, y seguí caminando con Evra y Shancus detrás de los otros, para ir a comer.

Era maravilloso estar de regreso en el Cirque du Freak. Había estado nervioso y taciturno durante la última semana y media, pensando en lo que Evanna había dicho, pero mis temores se desvanecieron una hora después de haber vuelto al circo ambulante. Encontré a muchos viejos amigos: Hans el Manos, Rhamus Dostripas, Sive y Seersa, Cormac el Trozos y Gerta la Dientes. También vi al hombre-lobo, pero él no se alegró tanto de verme como los demás, así que me mantuve lo más lejos posible de él.

Truska (que podía hacer que le creciera una barba a voluntad, y luego hacer que el pelo regresara al interior de su cara) también estaba allí, y le encantó verme. Me saludó en un inglés chapurreado. No era capaz de hablar nuestro idioma seis años atrás, pero Evra la había estado enseñando y había hecho grandes progresos.

—Es difícil —dijo mientras nos mezclábamos con los demás en la gran y destartalada escuela que servía de base al Cirque—. Yo no buena en idiomas. Pero Evra es paciente y yo aprendiendo poco a poco. Todavía cometo errores, pero…

—Todos cometemos errores, preciosa —la interrumpió Vancha, apareciendo entre nosotros—. ¡Y el tuyo fue no convertirme en un vampiro decente cuando tuviste ocasión!

Sus brazos rodearon la cintura de Truska, y la besó. Ella se echó

a reír cuando la soltó, y meneó un dedo ante él.

—¡Atrevido! —dijo, con una risita tonta.

—Por lo que veo, ya se conocen —observé secamente.

—Oh, sí —respondió Vancha, con una mirada lasciva—. Somos viejos amigos. Cuántas noches habremos ido a nadar desnudos en esos océanos profundos y azules, ¿eh, Truska?

—¡Vancha! —protestó ella—. ¡Tú prometer no hablar de eso!

—Y no lo he hecho —dijo él, riendo entre dientes, y comenzó a hablar con ella en su lengua nativa. Sonaban como un par de focas ladrándose una a otra.

Evra me presentó a Merla, que era muy agradable y bonita. La hizo enseñarme sus orejas de quita y pon. Admití que eran fabulosas, pero decliné su ofrecimiento de permitirme lanzarlas.

Mr. Crepsley estaba tan contento como yo de haber vuelto. Como vampiro entregado a su deber, había dedicado la mayor parte de su vida a los Generales y a su causa, pero yo sospechaba que su corazón pertenecía en secreto al Cirque du Freak. Adoraba actuar, y yo pensaba que echaba de menos el escenario. Mucha gente le preguntó si había vuelto para quedarse, y manifestaron su decepción cuando respondió que no. Aunque no parecía importarle, yo pensaba que estaba sinceramente emocionado ante su interés, y que se habría quedado de haber podido.

Había Personitas en el Cirque du Freak, como siempre, pero Harkat se mantuvo alejado de ellas. Intenté hacerle participar en las conversaciones con los demás, pero la gente se ponía nerviosa ante su presencia: no estaban acostumbrados a ver una Personita capaz de hablar. Pasó la mayor parte de la noche solo, o en un rincón con Shancus, que estaba fascinado por él y no paraba de hacerle preguntas impertinentes (la mayoría relacionadas con la cuestión de si era hombre o mujer: de hecho, como todas las Personitas, no era ni una cosa ni otra).

Evanna era conocida por mucha gente en el Cirque du Freak, aunque muy pocos la habían visto antes: sus padres, abuelos o bisabuelos les habían hablado de ella. Pasó algunas horas relacionándose con la gente y rememorando el pasado (tenía una memoria impresionante para los nombres y las caras), y luego se despidió por aquella noche y se fue con Mr. Tall a hablar de asuntos

extraños, portentosos y arcanos (¡además de charlar sobre ranas y trucos mágicos!).

Nos retiramos con la llegada del amanecer. Les dimos las buenas noches a aquellos que aún estaban despiertos, y luego Evra nos condujo a nuestras tiendas. Mr. Tall había mantenido el ataúd de Mr. Crepsley preparado para él, y el vampiro se metió dentro con una expresión de absoluta satisfacción: los vampiros adoraban sus ataúdes de una forma que un ser humano jamás podría comprender.

Harkat y yo colgamos un par de hamacas y dormimos en una tienda próxima a la de Evra y Merla. Evanna se quedó en una caravana contigua a la de Mr. Tall. Y Vancha… Bueno, cuando lo encontramos aquella tarde, juró y perjuró que se había quedado con Truska y se jactó del éxito que tenía entre las damas. Pero a juzgar por la cantidad de hojas y hierba que tenía pegadas al pelo y a sus pieles, pensé que lo más probable era que hubiera pasado el día debajo de algún matorral.

CAPÍTULO 17

Harkat y yo nos levantamos aproximadamente una hora antes del ocaso y recorrimos el campamento con Evra y Shancus. Yo estaba encantado de que Evra le hubiera puesto mi nombre a su primer hijo, y me prometí que, en el futuro, le enviaría regalos al chico en sus cumpleaños, si podía. Él quería que le regalara una araña (Evra se lo había contado todo sobre Madam Octa), pero yo no tenía la menor intención de enviarle ninguno de los venenosos arácnidos de la Montaña de los Vampiros: ¡ya sabía, por dolorosa experiencia, los problemas que una tarántula podía causar!

El Cirque du Freak estaba igual que siempre. Se habían añadido algunos actos nuevos, y uno o dos habían sido eliminados del espectáculo, pero por lo demás, todo seguía igual. Pero aunque el circo no hubiera cambiado, yo sí. Me di cuenta al cabo de un tiempo, mientras nos paseábamos entre las caravanas y las tiendas, deteniéndonos a charlar con los artistas y los tramoyistas. Cuando vivía en el Cirque, yo era joven (al menos en apariencia) y la gente me trataba como a un niño. Ya no. Aunque no pareciera mucho mayor, debía de haber algo diferente en mí, porque ya no me hablaban en tono condescendiente.

Aunque había estado actuando como un adulto durante años, esta era la primera vez que pensaba realmente en lo mucho que había cambiado y en que nunca podría volver a los días luminosos de mi juventud. Mr. Crepsley me había repetido hasta la saciedad (generalmente, cuando me quejaba de lo lento que era mi crecimiento) que llegaría la noche en que desearía volver a ser joven. Ahora comprendía que tenía razón. Mi infancia había sido un largo y extenso acontecimiento, pero en uno o dos años la purga me libraría tanto de mi sangre humana como de mi juventud, y después

de eso ya no habría vuelta atrás.

—Pareces pensativo —observó Evra.

—Estaba pensando en cuánto han cambiado las cosas —suspiré—. Tú, casado y con hijos. Yo, con mis propias preocupaciones. La vida solía ser mucho más simple.

—Siempre es así para los jóvenes —coincidió Evra—. Se lo digo a Shancus todo el tiempo, pero no me hace más caso que el que hacíamos nosotros cuando estábamos creciendo.

—Nos estamos haciendo viejos, Evra.

—No —dijo—. Nos estamos haciendo mayores. Pasarán décadas antes de que me encuentre en la tercera edad… y para ti, siglos.

Eso era cierto, pero no podía librarme de la sensación de que, de algún modo, me había hecho viejo de la noche a la mañana. Durante más de veinticinco años había estado viviendo y pensando como un niño (¡Darren Shan, el Príncipe niño!), pero ahora ya no me sentía así.

Mr. Crepsley nos localizó mientras devorábamos unas salchichas calientes alrededor de una fogata. Truska las preparaba y las repartía. El vampiro cogió una, le dio las gracias, y la engulló en dos rápidos bocados.

—Deliciosa —dijo, relamiéndose los labios, y luego se volvió hacia mí con ojos chispeantes—. ¿Te importaría salir a escena esta noche? Hibernius ha dicho que podemos actuar.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté—. Ya no tenemos a Madam Octa.

—Yo puedo hacer trucos de magia, que es lo que hacía cuando me uní al Cirque du Freak la primera vez, y tú puedes ser mi ayudante. Con nuestra velocidad y nuestra fuerza de vampiros, podemos lograr algunas proezas verdaderamente notables.

—No sé —dije—. Ha pasado mucho tiempo. Podría entrarme el miedo escénico.

—Tonterías. Vas a hacerlo. No aceptaré un no por respuesta.

—Si lo pone de esa manera… —sonreí.

—Necesitarás arreglarte un poco si vamos a presentarnos ante el público —dijo Mr. Crepsley, observándome con ojo crítico—. Se imponen un corte de pelo y manicura.

—Yo encargo de eso —dijo Truska—. Yo, además, tengo el viejo

disfraz de pirata de Darren. Podría arreglarlo para quedarle bien otra vez.

—¿Aún conservas esa antigualla? —pregunté, recordando lo genial que me había sentido cuando Truska me equipó como un pirata al poco tiempo de haberme unido al Cirque du Freak. Tuve que dejar atrás aquellas extravagantes ropas al emprender el viaje a la Montaña de los Vampiros.

—Yo buena guardadora de cosas —sonrió ella—. Lo busco y te mido. Puede que no tenga traje preparado esta noche, pero lo tengo a punto mañana. Venir a mí en una hora, para medir.

Vancha se puso celoso cuando oyó que íbamos a actuar.

—¿Y yo, qué? —rezongó—. Sé hacer un poco de magia. ¿Por qué no puedo participar también?

Mr. Crepsley se quedó mirando al Príncipe de cabellos verdes, con sus pies descalzos, sus brazos y piernas llenos de barro, sus pieles de animales y sus shuriken. Olfateó el aire (Vancha se había duchado bajo una cascada seis noches antes, pero no se había lavado desde entonces) y arrugó la nariz.

—No eres precisamente la esencia de la presentabilidad, Alteza —señaló cautelosamente.

—¿Qué tengo yo de malo? —preguntó Vancha, mirándose, sin ver nada raro.

—Uno debe estar elegante cuando sube a un escenario —dijo Mr. Crepsley—. Y tú careces de un cierto je ne sais quoi.

—No sé qué es eso —dije yo—. Pero creo que podría haber una parte perfecta para él en la función.

—¿Lo ves? —dijo Vancha, con una sonrisa radiante—. El chico tiene buen ojo.

—Podría salir al principio, con el hombre-lobo —dije, arreglándomelas para contener la risa a duras penas—. Podríamos hacerlos pasar por hermanos.

Vancha me fulminó con la mirada mientras Mr. Crepsley, Harkat, Evra y Shancus se tronchaban de risa.

—¡Te estás volviendo demasiado listillo! —exclamó, y se marchó furioso, en busca de alguien con quien desahogarse.

A la hora fijada, fui a ver a Truska para que me tomara las medidas y me cortara el pelo. Evra y Shancus también se fueron a

prepararse para la función, mientras Harkat ayudaba a Mr. Crepsley a buscar accesorios para su actuación.

—¿Tratándote bien la vida? —preguntó Truska, recortándome el flequillo, nuevamente crecido.

—Podría ser peor —dije.

—Vancha me dijo que ahora tú estás siendo Príncipe.

—Se suponía que no iba a decírselo a nadie —protesté.

—No temer. Yo guardo noticias para mí. Vancha y yo viejos amigos. Él sabe que yo puedo guardar un secreto. —Bajó las tijeras y me miró de un modo extraño—. ¿No has visto a Mr. Tiny desde que irte? —preguntó.

—Es una pregunta extraña —respondí con recelo.

—Él aquí estuvo, hace muchos meses. Venir a ver a Hibernius.

—¿Eh? —Aquello tuvo que haber sido antes de su viaje a la Montaña de los Vampiros.

—Hibernius estaba preocupado después de visita. Él me dijo que esperarnos tiempos oscuros. Él dijo que yo podía pensar en querer ir hogar de mi gente. Decir que yo podría estar más segura allí.

—¿Dijo algo sobre… —Bajé la voz—… el Señor de los Vampanezes o el Amo de las Sombras?

Ella meneó la cabeza.

—Él dijo solamente que todos nosotros estábamos en noches duras, y que sería mucha lucha y muerte antes de acabar.

Empezó a cortar de nuevo, y luego me tomó las medidas para el traje.

No dejaba de pensar en nuestra conversación cuando salí de la caravana de Truska y fui en busca de Mr. Crepsley. Podría ser que, a consecuencia de mis preocupaciones, ya fuera a propósito o por casualidad, mis pies acabaran llevándome hasta la caravana de Mr. Tall. En cualquier caso, me encontré merodeando por allí minutos después, reflexionando sobre la situación y sobre si debería preguntarle algo al respecto.

Mientras estaba allí, deliberando, se abrió la puerta y surgieron Mr. Tall y Evanna. La bruja iba envuelta en una capa negra, casi invisible en la oscuridad de la noche nublada.

—Desearía que no hicieras eso —dijo Mr. Tall—. Los vampiros han sido buenos amigos nuestros. Deberíamos ayudarles.

—No podemos tomar partido, Hibernius —respondió Evanna—. No nos corresponde a nosotros decidir el curso del destino.

—Aun así —murmuró él, arrugando su larga cara—, incluir a los otros y parlamentar con ellos… No me gusta.

—Debemos permanecer neutrales —insistió ella—. No tenemos ni aliados ni enemigos entre las criaturas de la noche. Si tú o yo tomáramos partido, podríamos destruirlo todo. Por lo que a nosotros respecta, ambos bandos deberían ser iguales, ni buenos ni malos.

—Tienes razón —suspiró él—. He pasado demasiado tiempo con Larten. Estoy dejando que nuestra amistad enturbie mi juicio.

—No hay nada de malo en ser amigo de esos seres —dijo Evanna—. Pero no debemos involucrarnos personalmente, hasta que hayamos desentrañado el futuro.

Dicho esto, besó a Mr. Tall en la mejilla (no sé cómo alguien tan pequeño pudo llegar hasta alguien tan alto, pero lo hizo), y salió furtivamente del campamento. Mr. Tall la vio marchar, con una triste expresión en el rostro, y luego cerró la puerta y siguió con sus asuntos.

Me quedé donde estaba durante un momento, repasando la extraña conversación. No estaba completamente seguro de lo que estaba ocurriendo, pero deducía que Evanna iba a hacer algo que a Mr. Tall no le gustaba… Algo que no parecía presagiar nada bueno para los vampiros.

Como Príncipe, debería haber esperado a que Evanna volviera y preguntarle abiertamente sobre aquella conversación. No era propio de alguien de mi categoría escuchar a escondidas, y sería una absoluta grosería salir furtivamente del campamento para ir tras ella. Pero la cortesía y los buenos modales nunca habían ocupado el primer puesto en mi lista de prioridades. Prefería que Evanna se formara una mala opinión de mí (o incluso que me castigara por mi insolencia) y descubrir qué se proponía, a dejarla escabullirse y enfrentarse a alguna desagradable sorpresa más adelante.

Me quité los zapatos y salí corriendo del campamento, descubriendo la cima de su cabeza encapuchada cuando desaparecía tras un árbol en la distancia (se movía deprisa), y salí tras ella tan rápida y silenciosamente como pude.

***

Era difícil seguir el ritmo de Evanna. Su paso era raudo y seguro, y sus pisadas apenas dejaban huellas. Si la persecución hubiera durado más, la habría perdido, pero hizo un alto al cabo de tres o cuatro kilómetros, se quedó parada durante un momento olfateando el aire, y entonces se dirigió hacia un pequeño bosquecillo, silbando en alto, y penetró en él.

Esperé unos minutos para ver si salía. Como no lo hizo, la seguí hasta el borde de la arboleda y me detuve a escuchar. Como no oía nada, me deslicé entre los árboles y avancé cautelosamente. El terreno era húmedo y amortiguaba el sonido de mis pasos, pero no me confié: el sentido del oído de Evanna era, al menos, tan agudo como el de un vampiro. Una ramita rota bastaría para alertarla de mi presencia.

Mientras avanzaba, el sonido de una tenue conversación llegó hasta mí. Había varias personas más adelante, pero hablaban en un tono apagado y yo estaba demasiado lejos para escuchar lo que decían. Sintiendo una inquietud cada vez mayor, me acerqué con sigilo, y finalmente me encontré lo bastante cerca para identificar a un grupo de figuras oscuras en el corazón del bosquecillo.

No me acerqué más, por temor a delatarme, así que me acuclillé, observando y escuchando. Sus voces sonaban amortiguadas y sólo alcanzaba a entender ocasionalmente alguna palabra suelta o la mitad de una frase. De vez en cuando, levantaban la voz al reír, pero incluso entonces procuraban no hacerlo demasiado alto.

Mis ojos se adaptaron gradualmente a la oscuridad, y fui capaz de empezar a distinguir las formas. Aparte de Evanna (cuya silueta era imposible de confundir), conté ocho personas más, sentadas, en cuclillas o tumbadas. Siete eran grandes y musculosas. La octava era menuda, llevaba una toga con capucha, y servía bebida y comida a los demás. Todos parecían ser hombres.

No podía estar totalmente seguro, dada la distancia y la oscuridad. Habría tenido que acercarme mucho más para averiguar más sobre ellos, o esperar a que brillara la Luna. Echando un vistazo al cielo nublado a través de las tupidas ramas de los árboles, supuse que no había muchas posibilidades de que eso ocurriera. Me

incorporé silenciosamente y empecé a retroceder.

En ese momento, el sirviente de la toga encendió una vela.

—¡Apaga eso, estúpido! —ladró uno de los otros, y una fuerte mano arrojó la vela al suelo, donde unos pies la apagaron con brusquedad.

—Lo siento —dijo el sirviente con voz aguda—. Pensé que estábamos a salvo con Lady Evanna.

—¡Nunca estamos a salvo! —exclamó el hombre corpulento—. Recuerda eso, y no vuelvas a cometer un error así.

Los hombres siguieron conversando con Evanna, en voz baja e impenetrable, pero a mí ya no me interesaba lo que tuvieran que decir. Durante los escasos segundos que brilló la luz de la vela, había alcanzado a ver pieles púrpura y cabellos y ojos rojos, y supe quiénes y qué eran aquellos hombres, y por qué Evanna se había mostrado tan reservada: ¡había venido a encontrarse con un grupo de vampanezes!

CAPÍTULO 18

Retirándome a hurtadillas, abandoné el bosquecillo. Al no ver guardias, volví al Cirque du Freak a todo correr, sin detenerme a tomar aliento ni a pensar. Llegué al campamento diez minutos después, tras haber corrido tan deprisa como mis poderes lo permitían.

La función ya había comenzado, y Mr. Crepsley estaba de pie en lo que solía ser la sacristía de la iglesia, viendo a Rhamus Dostripas comerse un neumático. Estaba muy elegante con su traje rojo, y se había frotado con sangre la cicatriz que surcaba el lado izquierdo de su rostro para atraer la atención sobre ella, haciéndole parecer más misterioso de lo habitual.

—¿Dónde has estado? —exclamó cuando entré, jadeando—. Te he buscado por todas partes. Pensaba que tendría que actuar solo. Truska ya tiene listo tu traje de pirata. Si nos damos prisa, podremos…

—¿Dónde está Vancha? —pregunté con voz ahogada.

—Andará enfurruñado en alguna parte —respondió, riendo entre dientes—. Aún no ha…

—¡Larten! —le interrumpí. Él se detuvo, alarmado, porque raramente le llamaba por su nombre—. Olvide la función. Tenemos que encontrar a Vancha. ¡Ya!

No hizo preguntas. Le dijo a un tramoyista que informara a Mr. Tall de su retirada del programa, y me condujo fuera para ir en busca de Vancha. Lo encontramos con Harkat en la tienda que la Personita compartía conmigo. Le estaba enseñando a Harkat a lanzar los shuriken. A Harkat le resultaba difícil: sus dedos eran demasiado grandes para coger con facilidad las pequeñas estrellas.

—Mira quién está aquí —se mofó Vancha cuando entramos—. El

rey de los payasos y su ayudante favorito. ¿Cómo va la función, chicos?

Bajé el faldón de la tienda y me senté en cuclillas. Vancha vio la seria expresión de mis ojos y recogió sus shuriken. Rápida y calmadamente, les conté lo que había ocurrido. Hubo una pausa cuando acabé, rota por Vancha al prorrumpir en una cáustica retahíla de maldiciones.

—¡No deberíamos haber confiado en ella! —gruñó Vancha—. Las brujas son traicioneras por naturaleza. Probablemente esté vendiéndonos a los vampanezes mientras hablamos.

—Lo dudo —dijo Mr. Crepsley—. A Evanna no le haría falta la ayuda de los vampanezes si pretendiera hacernos daño.

—¿Te crees que ella fue allí a hablar con las ranas? —ladró Vancha.

—No sé de qué estarían hablando, pero no creo que nos esté traicionando —dijo Mr. Crepsley obstinadamente.

—Tal vez deberíamos preguntarle a Mr. Tall —sugirió Harkat—. Por lo que dijo Darren, él sabía lo que Evanna… se proponía. Quizá nos lo diga.

Vancha miró a Mr. Crepsley.

—Es tu amigo. ¿Lo intentamos?

Mr. Crepsley meneó la cabeza.

—Si Hibernius supiera que estamos en peligro, y estuviera en su mano avisarnos o ayudarnos, lo habría hecho.

—Muy bien —dijo Vancha, sonriendo lúgubremente—. Tendremos que encargarnos nosotros de ellos. —Y se levantó, comprobando su reserva de shuriken.

—¿Vamos a ir a luchar con ellos? —pregunté, sintiendo un retortijón en las tripas.

—¡No vamos a quedarnos aquí sentados, esperando que vengan a atacarnos! —respondió Vancha—. El elemento sorpresa es vital. Mientras lo tengamos a nuestro favor, debemos aprovecharlo.

Mr. Crepsley parecía preocupado.

—Quizá no pretenden atacarnos —dijo—. Llegamos anoche. Ellos no podían saber que veníamos. Puede que su presencia aquí no tenga nada que ver con nosotros.

—¡Tonterías! —aulló Vancha—. ¡Están aquí para matarnos, y si

no atacamos primero, caerán sobre nosotros antes…!

—Yo no estoy tan seguro —murmuré—. Ahora que lo pienso, no estaban en guardia, ni nerviosos, como lo habrían estado si se estuvieran preparando para luchar.

Vancha maldijo un poco más, y volvió a sentarse.

—De acuerdo. Digamos que no vienen a por nosotros. Quizá sea una coincidencia y no sepan que estamos aquí. —Se inclinó hacia delante—. ¡Pero lo sabrán en cuanto Evanna haya terminado de ponerlos al corriente!

—¿Crees que ella les hablaría de nosotros? —pregunté.

—Tendríamos que ser idiotas para arriesgarnos. —Se aclaró la garganta—. Por si lo has olvidado, estamos en guerra. No tengo nada personal contra nuestros hermanos de sangre, pero son nuestros enemigos y no debemos mostrarles compasión. Digamos que esos vampanezes y su sirviente no tienen nada que ver con nuestra presencia aquí. ¿Y qué? Nuestro deber es entablar batalla con ellos y eliminarlos.

—Eso es asesinato, no autodefensa —dijo Harkat en voz baja.

—Sí —reconoció Vancha—. ¿Pero preferirías que les permitiéramos seguir matando a los nuestros? Nuestra búsqueda del Lord Vampanez tiene prioridad sobre todo lo demás, pero si se nos presenta la oportunidad de cargarnos a unos cuantos vampanezes vagabundos por el camino, seríamos unos estúpidos (¡unos traidores!) si no la aprovecháramos.

Mr. Crepsley lanzó un suspiro.

—¿Y Evanna? ¿Y si se pone de parte de los vampanezes?

—Entonces lucharemos con ella también —suspiró Vancha.

—¿Crees que tendríamos alguna oportunidad contra ella? —respondió Mr. Crepsley, sonriendo levemente.

—No. Pero sé cuál es mi deber. —Vancha se levantó, y esta vez mantuvo su postura—. Voy a ir a matar vampanezes. Si queréis, podéis venir. Si no… —Se encogió de hombros.

Mr. Crepsley me miró.

—¿Tú qué opinas, Darren?

—Vancha tiene razón —dije despacio—. Si los dejamos ir, y más tarde matan vampiros, será culpa nuestra. Además, hay algo que estamos pasando por alto: el Señor de los Vampanezes. —Mr.

Crepsley y Vancha me miraron fijamente—. Nuestros caminos están destinados a cruzarse, pero creo que tenemos que ir a buscar ese destino. Tal vez esos vampanezes sepan dónde está, o dónde estará. Dudo que sea una coincidencia que estemos aquí al mismo tiempo que ellos. Esta puede ser la forma en que el destino nos conduzca a él.

—Un sólido argumento —dijo Vancha.

—Quizás. —Mr. Crepsley no parecía muy convencido.

—¿Recuerda las palabras de Mr. Tiny? —dije—. Seguir a nuestro corazón. Y mi corazón me dice que debemos enfrentarnos a esos vampanezes.

—El mío también —dijo Harkat tras un momento de vacilación.

—Y el mío —añadió Vancha.

—Creí que no tenías corazón —murmuró Mr. Crepsley, y se levantó—. Pero el mío también pide esa confrontación, aunque mi cabeza no esté de acuerdo. Iremos.

Vancha esbozó una amplia sonrisa sedienta de sangre y palmeó la espalda de Mr. Crepsley, y sin más que añadir, nos alejamos furtivamente en la noche.

***

En el bosquecillo trazamos nuestros planes.

—Nos acercaremos a ellos desde cuatro ángulos diferentes —dijo Vancha, poniéndose al mando—. De esa forma, les haremos creer que somos más.

—Son nueve en total —señaló Mr. Crepsley—, incluyendo a Evanna. ¿Cómo nos los repartimos?

—Dos vampanezes para ti, dos para mí, dos para Harkat, y para Darren, el séptimo y el sirviente… que probablemente es un semi-vampanez o un vampcota, así que no le causará demasiados problemas.

—¿Y Evanna? —preguntó Mr. Crepsley.

—Podemos ir todos a por ella al final —sugirió Vancha.

—No —decidió Mr. Crepsley—. Yo me ocuparé de ella.

—¿Estás seguro?

Mr. Crepsley asintió.

—Entonces, sólo nos queda separarnos y tomar posiciones. Situaros lo más cerca que podáis. Yo os daré la señal, lanzando un par de shuriken. Apuntaré a los brazos y las piernas. En cuanto oigáis gritos y maldiciones… dadles duro.

—Las cosas serían mucho más sencillas si apuntaras a sus gargantas o a sus cabezas —comenté.

—Yo no lucho de esa manera —gruñó Vancha—. Sólo los cobardes matan a sus adversarios sin enfrentarse a ellos cara a cara. Si tengo que hacerlo (como cuando maté al vampcota que tenía una granada), lo haré, pero prefiero luchar limpiamente.

Los cuatro nos separamos y rodeamos los árboles, penetrando en el bosquecillo desde cuatro puntos diferentes. Me sentí vulnerable y pequeño al encontrarme solo en el bosque, pero deseché rápidamente esa sensación y me concentré en mi misión.

—Que los dioses de los vampiros nos guíen y nos protejan —murmuré en voz baja antes de avanzar, desenvainando la espada.

Los vampanezes y Evanna aún estaban en el claro del corazón de la arboleda, hablando en voz baja. La Luna se había abierto paso a través de las nubes, y aunque las ramas impedían que entrara la mayor parte de su luz, la zona estaba ahora más iluminada que cuando había estado yo momentos antes.

Avanzando con cuidado, llegué tan cerca de los vampanezes como me atreví, me detuve detrás de un grueso tronco y esperé. Todo estaba silencioso a mi alrededor. Había pensado que Harkat podría alertarles de nuestra presencia, ya que no podía moverse tan silenciosamente como un vampiro, pero la Personita tuvo mucho cuidado y no hizo ruido.

Empecé a contar mentalmente, en silencio. Iba por noventa y seis cuando se oyó un agudo silbido a lo lejos, a mi izquierda, seguido de un chillido asustado. Menos de un segundo después, otro silbido y otro grito. Empuñando con fuerza mi espada, rodeé el árbol y me lancé hacia delante, rugiendo como un salvaje.

Los vampanezes reaccionaron velozmente, y ya estaban de pie, armas en mano, cuando llegué hasta ellos. Aunque era rápidos, Mr. Crepsley y Vancha lo fueron más, y mientras yo cruzaba mi espada con la de un vampanez alto y musculoso, con un shuriken plateado

clavado en la espinilla, vi a Mr. Crepsley abrir de un tajo el estómago y el pecho de uno de nuestros oponentes, matándole instantáneamente, mientras el pulgar de Vancha se hundía en el ojo de otro, que cayó al suelo, aullando.

Tuve tiempo suficiente para fijarme en que el hombre del suelo no tenía la piel púrpura como los demás (¡un vampcota!), y luego me concentré en el vampanez que tenía frente a mí. Me sacaba por lo menos dos cabezas de altura, y era más corpulento y más fuerte que yo. Pero el tamaño, como me habían enseñado en la Montaña de los Vampiros, no lo era todo, y mientras él arremetía contra mí dando golpes salvajes, yo lanzaba estocadas y fintaba, cortándole por aquí, pinchándole por allá, haciéndole sangrar, enfureciéndole, socavando su precisión y su ritmo, haciéndole dar vueltas erráticamente.

Mientras esquivaba uno de sus golpes, alguien tropezó conmigo por detrás y me hizo caer al suelo. Giré velozmente sobre mí mismo, me incorporé de un salto y vi caer a un vampanez con el rostro ensangrentado, jadeando sin aliento. Harkat Mulds lo contemplaba, con un hacha teñida de rojo en la mano izquierda y el brazo derecho herido, colgando inerte sobre el costado.

El vampanez que me había estado atacando centró ahora su atención en Harkat. Con un rugido, intentó golpear la cabeza de la Personita. Harkat levantó el hacha justo a tiempo, interceptando la trayectoria de la espada por encima de su objetivo, y luego retrocedió, instando al vampanez a que avanzara.

Miré rápidamente a mi alrededor, tomando nota de la situación. Tres de nuestros cuatro adversarios habían caído, aunque el vampcota que había perdido el ojo pugnaba por conseguir una espada y parecía dispuesto a entrar nuevamente en acción. Mr. Crepsley se batía con un vampanez partidario de los cuchillos, y los dos giraban asestándose cuchilladas el uno al otro como un par de vertiginosos bailarines. Vancha estaba muy ocupado con un bruto enorme que esgrimía un hacha. El hacha era dos veces más grande que la de Harkat, pero la balanceaba entre sus inmensos dedos como si no pesara nada. Vancha sudaba y sangraba por un corte en la cintura, pero no cedía terreno.

Frente a mí, el séptimo vampanez (alto, esbelto, de rostro afable,

cabello largo atado en una coleta, y vestido con un traje de color verde claro) y el sirviente encapuchado observaban la pelea. Ambos empuñaban largas espadas y estaban preparados para huir si les parecía que la batalla estaba perdida, o, en caso contrario, tomar parte en ella para terminarla. Tácticas tan cínicas me repugnaban, y, sacando un cuchillo, lo envié con un zumbido a la cabeza del sirviente, que no era mucho mayor que yo.

El hombre bajito de la toga vio el cuchillo y apartó la cabeza de su trayectoria. Por su velocidad, supe que debía ser una criatura de la noche: ningún ser humano podría haberse movido con tanta rapidez.

El vampanez que estaba junto al sirviente frunció el ceño cuando me vio sacar otro cuchillo, se quedó quieto un instante y luego se lanzó a través del claro antes de que yo tuviera tiempo de apuntar. Dejé caer el cuchillo y levanté mi espada, desviando su ataque, pero a duras penas conseguí alzarla a tiempo de desviar el segundo. Era rápido y estaba bien entrenado en las técnicas de combate. Y yo estaba en problemas.

Me alejé del vampanez, protegiéndome lo mejor que pude. La punta de su espada se convirtió en una mancha borrosa mientras atacaba, y aunque yo me defendía hábilmente, su hoja no tardó en alcanzarme. Sentí cómo me abría una herida en lo alto del brazo izquierdo… Un profundo corte en el muslo derecho… Un arañazo irregular sobre mi pecho…

Me apoyé contra un árbol y la manga del brazo derecho se enganchó de una rama. El vampanez me lanzó una estocada a la cara. Pensé que había llegado el fin, pero entonces mi brazo quedó libre, y mi espada bloqueó a la suya y la dirigió hacia el suelo. Empujé hacia abajo con mi espada, esperando conseguir que mi adversario soltara su arma, pero era demasiado fuerte e hizo subir su espada con un suave movimiento inverso. Su hoja se deslizó a lo largo de la mía, provocando una lluvia de chispas. La movió tan rápido y con tanta fuerza, que en lugar de desviarse al llegar a la empuñadura de mi espada, cortó limpiamente la carcasa dorada… ¡y la carne y el hueso de mi sobresaliente pulgar!

Lancé un chillido mientras mi pulgar salía disparado hacia la oscuridad. Mis dedos soltaron la espada y caí, indefenso. El

vampanez miró a su alrededor con indiferencia, descartándome como amenaza. Mr. Crepsley estaba ganando la guerra de los cuchillos: la cara de su oponente estaba hecha jirones. Harkat había superado la desventaja de tener un brazo herido y hundió profundamente el hacha en el estómago de su vampanez… que aunque rugió y siguió luchando con valor, estaba irremediablemente perdido. Vancha forcejeaba con su oponente, pero se defendía, y cuando Mr. Crepsley o Harkat acudieran en su ayuda, su fuerza combinada sería suficiente para acabar con el gigante. El vampcota que había perdido un ojo estaba de pie, espada en mano, pero no lograba mantenerse firme y no supondría ninguna amenaza.

Mientras todo esto ocurría, Evanna permanecía sentada en el suelo, con una expresión neutral en su rostro, sin tomar parte en la pelea.

Estábamos ganando, y el vampanez del traje verde lo sabía. Gruñendo, apuntó una vez más a mi cabeza (planeando cortármela de un limpio tajo en el cuello), pero rodé fuera de su alcance, hacia un montón de hojas. En lugar de seguirme para acabar conmigo, dio media vuelta y echó a correr hacia donde esperaba el sirviente de la toga, cogió una espada caída en el suelo y huyó velozmente entre los árboles, empujando al sirviente delante de él.

Me incorporé, gimiendo de dolor, y, rechinando los dientes, recogí el cuchillo que había dejado caer, y fui a ayudar a Harkat a terminar con su vampanez. No era noble clavarle un cuchillo en la espalda a un guerrero, pero sólo pensaba en poner fin a la batalla, y no sentí compasión por el vampanez cuando se quedó rígido y se derrumbó, con mi acero profundamente hundido entre los omóplatos.

Mr. Crepsley ya había despachado al vampanez de los cuchillos, y tras encargarse del vampcota tuerto (un rápido corte en la garganta), se dispuso a ir en ayuda de Vancha. Fue entonces cuando Evanna se levantó y lo llamó.

—¿También vas a levantar tus cuchillos contra mí, Larten?

Mr. Crepsley vaciló, con los cuchillos en alto. Entonces abandonó su actitud agresiva y dobló una rodilla ante ella.

—No, Señora —suspiró—. No lo haré.

—Entonces, yo no levantaré mi mano contra ti —dijo ella, y empezó a ir de un vampanez muerto a otro, arrodillándose junto a ellos, haciendo el signo del toque de la muerte, susurrando:

—Hasta en la muerte saldrás triunfante.

Mr. Crepsley se puso en pie y observó a Vancha mientras este se batía con el más grande de los vampanezes.

—Por los pelos, Alteza —observó secamente, cuando la enorme hacha de guerra del gigante estuvo a punto de arrancarle el cuero cabelludo a Vancha. En respuesta, Vancha honró a Mr. Crepsley con una de sus palabrotas más groseras—. ¿Te sentirías ofendido si te ofreciera mi ayuda, Alteza? —preguntó Mr. Crepsley cortésmente.

—¡No os quedéis ahí, daos prisa! —gruñó Vancha—. ¡Esos dos se escapan! ¡Tenemos que…! ¡Por las entrañas de Charna! —gritó, evitando nuevamente por los pelos que el hacha alcanzara su cabeza.

—Harkat, quédate conmigo —dijo Mr. Crepsley, avanzando para interceptar al gigante—. Darren, ve con Vancha a por los otros.

—De acuerdo —respondí. No mencioné el hecho de haber perdido un pulgar. Tales consideraciones no tenían relevancia en el calor de una batalla a vida o muerte.

Mientras Mr. Crepsley y Harkat distraían al gigante, Vancha se dio la vuelta, haciendo una pausa para recuperar el aliento. Luego me indicó con la cabeza que lo siguiera mientras echaba a correr tras el vampanez y el sirviente. Me mantuve cerca de él, chupándome el ensangrentado muñón donde había estado mi pulgar, y sacando un cuchillo de mi cinturón con la mano izquierda. Al salir de la arboleda, vimos a la pareja más adelante. El sirviente iba subido a la espalda del vampanez: era evidente que se disponían a corretear.

—¡No, no lo haréis! —rugió Vancha, y arrojó un oscuro shuriken.

Alcanzó al sirviente por encima del omóplato derecho. Este chilló y cayó de la espalda del vampanez. El vampanez se volvió, se detuvo para recoger a su camarada caído, y al ver a Vancha acercarse, se puso en pie de un salto, desenvainó la espada y fue a su encuentro. Yo me quedé atrás, sin querer interponerme en el camino de Vancha, vigilando al sirviente caído, a la espera de ver

cómo se desarrollaba el combate.

Vancha estaba casi en el radio de alcance del vampanez cuando se detuvo en seco, como si le hubieran herido. Pensé que le habían alcanzado con algo (un cuchillo o una flecha), pero no parecía estar herido. Sólo estaba quieto, con los brazos extendidos, mirando fijamente al vampanez. Este también se había quedado inmóvil, con los ojos rojos muy abiertos y una expresión incrédula en su rostro de oscuro color púrpura. Entonces bajó la espada, la devolvió a su vaina, se dio la vuelta y recogió al sirviente.

Vancha no hizo nada para detenerle.

Detrás de mí, oí a Mr. Crepsley y Harkat salir de la arboleda. Corrieron hacia nosotros y se detuvieron junto a mí al ver cómo escapaba el vampanez, mientras Vancha permanecía inmóvil, mirándolo.

—¿Pero qué…? —empezó a decir Mr. Crepsley, pero entonces el vampanez alcanzó la velocidad del correteo y desapareció.

Vancha se volvió hacia nosotros, y se dejó caer al suelo. Mr. Crepsley soltó una palabrota (no tan grosera como el anterior exabrupto de Vancha, pero casi) y enfundó sus cuchillos con disgusto.

—¡Los has dejado escapar! —exclamó. Avanzó a zancadas y se detuvo junto a Vancha, mirándole con abierto desprecio—. ¿Por qué? —gruñó, cerrando los puños.

—No pude detenerle —susurró Vancha, bajando los ojos.

—¡Ni siquiera lo intentaste! —rugió Mr. Crepsley.

—No podía luchar con él —dijo Vancha—. Siempre he temido que llegara esta noche. Rezaba para que no ocurriera, pero una parte de mí sabía que sucedería.

—¡Dices cosas sin sentido! —exclamó Mr. Crepsley—. ¿Quién era ese vampanez? ¿Por qué le dejaste escapar?

—Su nombre es Gannen Harst —dijo Vancha en voz baja y quebrada. Y cuando alzó la mirada, había lágrimas brillando en sus ojos—. Es mi hermano.

CAPÍTULO 19

Durante un largo rato nadie dijo nada. Harkat, Mr. Crepsley y yo mirábamos fijamente a Vancha, que mantenía la vista clavada en el suelo. Sobre nuestras cabezas, la Luna había desaparecido tras un espeso banco de nubes. Cuando finalmente se alejaron, Vancha empezó a hablar, como incitado por los rayos de la Luna.

—Mi verdadero nombre es Vancha Harst —dijo—. Me lo cambié cuando me convertí en vampiro. Gannen es uno o dos años más joven que yo… ¿o es al revés? Ha pasado tanto tiempo que no puedo recordarlo. Crecimos muy unidos. Lo hacíamos todo juntos…, incluso lo de unirnos a los vampanezes.

»El vampanez que nos convirtió era un hombre honesto y un buen maestro. Nos dijo exactamente cómo iba a ser nuestra vida. Nos explicó sus costumbres y creencias, cómo sé consideraban a sí mismos guardianes de la historia al mantener viva la memoria de aquellos de los que bebían».

Si un vampiro o un vampanez bebe toda la sangre de una persona, absorbe parte de su espíritu y sus recuerdos.

—Nos dijo que los vampanezes mataban cuando bebían, pero lo hacían rápido y sin dolor.

—¿Y eso hace que esté bien? —resoplé.

—Para los vampanezes, sí —respondió Vancha.

—¿Cómo puedes…? —dije, a punto de estallar.

Mr. Crepsley me detuvo con un suave gesto de la mano.

—No es momento para debates morales. Deja hablar a Vancha.

—No hay mucho más que contar —dijo Vancha—. Gannen y yo fuimos convertidos en semi-vampanezes. Servimos juntos durante unos años como asistentes. Yo no podía acostumbrarme a matar. Así que lo dejé.

—¿Así de sencillo? —inquirió Mr. Crepsley con escepticismo.

—No —repuso Vancha—. Los vampanezes normalmente no permiten que sus asistentes sigan vivos si deciden apartarse del clan. Ningún vampanez mataría a uno de los suyos, pero esa ley no se aplica a un semi-vampanez. Mi maestro debería haberme matado cuando le dije que quería irme.

»Gannen me salvó. Suplicó por mi vida. Como eso no dio resultado, le dijo a nuestro maestro que tendría que matarlo a él también. Al final me perdonó la vida, pero me advirtió que evitara encontrarme con cualquier vampanez en el futuro, incluyendo a Gannen, a quien nunca he vuelto a ver hasta esta noche.

»Viví miserablemente durante varios años. Intenté alimentarme a la manera de los vampiros, sin matar a aquellos de los que me nutría, pero la sangre de vampanez ejerce un poderoso influjo. Perdía el control cuando me alimentaba, y mataba a mi pesar. Al final, decidí no seguir alimentándome, y dejarme morir. Fue entonces cuando conocí a Paris Skyle, y me tomó como discípulo».

—¿Paris te convirtió? —preguntó Mr. Crepsley.

—Sí.

—¿Aun sabiendo lo que eras?

Vancha asintió.

—¿Pero cómo puede alguien convertirse en vampiro si ya ha sido convertido en vampanez? —pregunté yo.

—Es posible si no te han convertido por completo —dijo Mr. Crepsley—. Un semi-vampiro puede convertirse en vampanez, y viceversa, pero es peligroso y rara vez se intenta. Sólo sé de otros tres casos… y dos acabaron con la muerte, tanto la del donante como la del receptor.

—Paris conocía el riesgo —dijo Vancha—, pero no me dijo nada hasta después. Yo no hubiera accedido a ello si hubiera sabido que su vida correría peligro.

—¿Qué tenía que hacer? —preguntó Harkat.

—Tomar mi sangre y darme la suya, como en cualquier conversión corriente —respondió Vancha—. La única diferencia fue que la mitad de mi sangre era de vampanez, y por lo tanto, venenosa para los vampiros. Paris tomó mi sangre contaminada, y las defensas naturales de su cuerpo la anularon y la volvieron

inofensiva. Aunque podría haberle matado fácilmente, como su sangre podría haberme matado a mí. Pero nos acompañó la suerte de los vampiros… Ambos sobrevivimos, aunque sufrimos una gran agonía.

»Con mi sangre de vampanez transformada por la sangre de Paris, fui capaz de controlar mis impulsos alimenticios. Aprendí bajo la supervisión de Paris, y cuando llegó el momento, me entrené para convertirme en General. Mi vinculación con los vampanezes no fue revelada a nadie, excepto a los otros Príncipes».

—¿Ellos aprobaron tu conversión? —inquirió Mr. Crepsley.

—Después de haberme probado a mí mismo muchas veces…, sí. Les preocupaba Gannen. Temían que mi lealtad se dividiera si volvía a encontrarme con él, como ha ocurrido esta noche… Pero me aceptaron, y prometieron mantener en secreto mi verdadera historia.

—¿Y a mí por qué no me contaron nada de ti? —pregunté.

—De haber ido yo a la Montaña de los Vampiros mientras tú estabas allí, te lo habrían contado. Pero es de mala educación hablar de alguien que no está presente.

—Esto es condenadamente frustrante —gruñó Mr. Crepsley—. Comprendo que no nos hayas hablado de esto antes, pero si lo hubiéramos sabido, habría ido yo a por tu hermano, dejando que te ocuparas de aquel gigante en el bosque.

—¿Cómo iba a saberlo? —Vancha sonrió débilmente—. No le vi la cara hasta que me acerqué a él para matarlo. Era la última persona que esperaba encontrarme.

Detrás de nosotros, Evanna surgió de entre los árboles. Sus manos estaban rojas por la sangre de los vampanezes muertos. Llevaba algo. Cuando se acercó más, me di cuenta de que era mi pulgar perdido.

—Encontré esto —dijo, lanzándomelo—. Pensé que querrías recuperarlo.

Cogí el pulgar y miré el muñón de donde había sido cortado. No había sido consciente del dolor mientras escuchaba hablar a Vancha, pero ahora el latido se intensificó.

—¿Podemos coserlo? —pregunté, con una mueca de dolor.

—Es posible —dijo Mr. Crepsley, examinando el muñón y el

pulgar—. Lady Evanna, tú tienes poder para juntárselo inmediatamente y sin sufrimiento, ¿verdad?

—Así es —reconoció Evanna—, pero no pienso hacerlo. Los fisgones no merecen favores especiales. —Meneó un dedo ante mí—. Deberías haber sido espía, Darren. —Era difícil discernir si estaba enfadada o de broma.

Vancha tenía hilo y una aguja hecha con una espina de pez, y mientras Mr. Crepsley me sostenía el pulgar en su sitio, el Príncipe lo cosió, aunque su pensamiento estuviera en otra parte. El dolor era tremendo, pero me limité a mirar a otro lado y a apretar los dientes. Cuando estuvo cosido, los vampiros frotaron la juntura con su saliva para acelerar el proceso de cicatrización, atando prietamente el pulgar a mis dedos con una correa, para que el hueso pudiera soldarse, y me dejaron así.

—No podemos hacer más —dijo Mr. Crepsley—. Si se infecta, volveremos a cortarlo y tendrás que pasarte sin él.

—Está derecho —gruñí—. Hay que verle el lado bueno.

—Es culpa mía que te lo hayan cortado —dijo Vancha amargamente—. Debería haber antepuesto el deber a la familia. No merezco vivir.

—¡Tonterías! —refunfuñó Mr. Crepsley—. Un hombre que golpea a un hermano no es un hombre. Hiciste lo que habría hecho cualquiera de nosotros. Fue mala suerte que te encontraras con él, pero tu error no ha traído consecuencias, y pienso que…

El repentino estallido de risa de Evanna lo cortó en seco. La bruja reía salvajemente, como si él acabara de contar un chiste genial.

—¿He dicho algo gracioso? —inquirió Mr. Crepsley, perplejo.

—¡Oh, Larten, si tú supieras…! —respondió ella entre chillidos.

Él alzó una ceja mirándonos a Vancha, Harkat y a mí.

—¿De qué se ríe?

Ninguno de nosotros lo sabía.

—No importa de qué se ríe —dijo Vancha, avanzando hacia la bruja para enfrentarla—. Lo que yo quiero saber es qué estaba haciendo aquí, en primer lugar, y por qué conspiraba con el enemigo mientras fingía ser nuestra aliada.

Evanna dejó de reír y se encaró con Vancha. Creció

mágicamente hasta alzarse sobre él como una cobra enroscada, pero el Príncipe no se arredró. La actitud amenazadora fue cediendo gradualmente en ella, y regresó a su forma habitual.

—Nunca afirmé ser vuestra aliada, Vancha —dijo—. Viajé y partí el pan con vosotros… pero nunca dije que estuviera de vuestra parte.

—¡Eso significa que estás de la suya! —gruñó él.

—No estoy de parte de nadie —replicó ella fríamente—. No me interesa la división entre vampiros y vampanezes. Para mí sois sólo unos chiquillos tontos y pendencieros, que una noche entrarán por fin en razón y dejarán de escupirse furiosamente unos a otros.

—Interesante perspectiva —comentó Mr. Crepsley con ironía.

—No lo entiendo —dije yo—. Si no está de su parte, ¿qué hacía con ellos?

—Conversar —respondió—. Valorar sus puntos de vista, como hice con vosotros. Me senté con los cazadores y les escuché. Ahora he hecho lo mismo con la presa. Acabe como acabe la Guerra de las Cicatrices, tendré que tratar con los vencedores. Es bueno conocer de antemano el calibre de aquellos a los que estará ligado tu futuro.

—¿Alguien puede encontrarle un sentido a todo esto? —preguntó Vancha.

Evanna sonrió con satisfacción, disfrutando con nuestra confusión.

—¿Está bien visto que unos combativos caballeros lean novelas de misterio? —preguntó. Nos quedamos mirándola inexpresivamente—. Pues si lo habéis hecho, ya deberías imaginaros qué está pasando.

—¿Alguna vez has golpeado a una mujer? —le preguntó Vancha a Mr. Crepsley.

—No —dijo este.

—Yo voy a hacerlo —gruñó Vancha.

—Calma. —La bruja emitió una risita tonta y luego se puso seria —. Si tenéis algo valioso, y otros lo están buscando, ¿cuál sería el mejor lugar para ocultarlo?

—Si esta tontería continúa… —advirtió Vancha.

—No es una tontería —dijo Evanna—. Hasta los humanos conocen la respuesta.

Pensamos en ello en silencio. Entonces, yo levanté la mano, como en el colegio, y dije:

—¿En el exterior, a la vista de todos?

—Exactamente —aplaudió Evanna—. La gente que busca (o que caza) raramente encuentra lo que está buscando si se halla justamente frente a ellos. Es habitual pasar por alto lo más obvio.

—¿Qué tiene eso que ver con…? —empezó Mr. Crepsley.

—El hombre de la toga… no era un sirviente —lo interrumpió Harkat con voz lúgubre. Volvimos la cabeza, inquisitivamente—. Eso fue lo que pasamos por alto…, ¿verdad?

—Precisamente —dijo la bruja, y ahora, en su voz había un deje de simpatía—. Al vestirle y tratarle como a un sirviente (como han estado haciendo desde que emprendieron el camino), los vampanezes sabían que sería el último objetivo a por quien alguien iría en caso de ser atacados.

Evanna levantó cuatro dedos, dobló lentamente el índice y dijo:

—Tu hermano no huyó porque tuviera miedo, Vancha. Huyó para salvar la vida del hombre al que estaba protegiendo… El falso sirviente… ¡El Señor de los Vampanezes!

CAPÍTULO 20

Siguiendo las órdenes de Evanna (que amenazó con dejarnos ciegos y sordos si no obedecíamos), enterramos a los vampanezes muertos y al vampcota en el bosquecillo, cavando unas profundas tumbas y colocándolos de espaldas en ellas, mirando al cielo y al Paraíso, antes de cubrirlos.

Vancha estaba inconsolable. A nuestro regreso al Cirque du Freak, pidió una botella de brandy, se encerró en un pequeño remolque y se negó a responder a nuestras llamadas. Se culpaba por la huida del Lord Vampanez. Si se hubiera enfrentado a su hermano, habríamos tenido al Lord Vampanez a nuestra merced. Esta había sido la primera de las cuatro oportunidades de matarle que nos habían prometido, y sería difícil que se nos volviera a presentar una más simple.

Mr. Tall ya sabía lo que había ocurrido. Había estado esperando la confrontación y nos dijo que los vampanezes habían estado siguiendo al Cirque du Freak durante más de un mes.

—¿Sabían que íbamos a venir? —pregunté.

—No —respondió—. Nos seguían por otras razones.

—Pero usted sí sabía que vendríamos… ¿verdad? —le retó Harkat.

Mr. Tall asintió tristemente.

—Os habría advertido, pero hacerlo habría tenido graves consecuencias. A aquellos que pueden ver el futuro les está prohibido influir en él. Sólo Desmond Tiny puede intervenir directamente en los asuntos del tiempo.

—¿Sabes a dónde han ido —le preguntó Mr. Crepsley—, o cuándo volveremos a enfrentarnos con ellos?

—No —dijo Mr. Tall—. Podría averiguarlo, pero procuro leer en

el futuro lo menos posible. Lo que puedo deciros es que Gannen Harst es el principal protector del Señor de los Vampanezes. Los seis que matasteis eran guardianes que pueden ser reemplazados. Harst es el guardián que importa. A donde vaya el Lord, irá él. De haberlo matado, las posibilidades de un futuro favorable se habrían inclinado en gran medida a vuestro favor.

—Si hubiera ido yo tras Harst en lugar de Vancha… —suspiró Mr. Crepsley.

Evanna, que no había dicho nada desde nuestro regreso, sacudió la cabeza.

—No perdáis el tiempo lamentándoos por una oportunidad perdida —dijo—. Estabais destinados a enfrentaros a Gannen Harst en esta etapa de la búsqueda. Vancha lo estaba. Es el destino.

—Seamos positivos —dije yo—. Sabemos con quién viaja el Lord Vampanez. Podemos hacer circular la descripción de Gannen Harst y decirles a los nuestros que estén pendientes de él. Y ese disfraz de sirviente ya no les servirá de nada. La próxima vez estaremos preparados, porque ya sabemos a quién buscar.

—Eso es verdad —convino Mr. Crepsley—. Además, no hemos sufrido bajas. Seguimos siendo tan fuertes como al principio de nuestra búsqueda, somos más sabios y aún nos quedan tres oportunidades para matarle.

—Entonces, ¿por qué nos sentimos… tan mal? —inquirió Harkat sombríamente.

—El fracaso siempre es una píldora amarga de tragar —dijo Mr. Crepsley.

Después de eso nos ocupamos de nuestras heridas. El brazo de Harkat presentaba un feo corte, pero ningún hueso roto. Le pusimos un cabestrillo y Mr. Crepsley le dijo que estaría bien en un par de noches. Mi pulgar derecho estaba adquiriendo un feo color, pero Mr. Tall dijo que no estaba infectado, y que evolucionaría bien si no lo movía.

Nos disponíamos a acostarnos cuando escuchamos unos furiosos rugidos. Atravesamos el campamento a la carrera (Mr. Crepsley con una pesada capa sobre su cabeza para protegerse del Sol matutino) y encontramos a Vancha en los alrededores, arrancándose la ropa, con una botella de brandy vacía en el suelo junto a él, gritándole al

Sol.

—¡Ásame! —lo retaba—. ¡No me importa! ¡Haz lo que quieras! ¡Veremos si acabo dándote una…!

—¡Vancha! —dijo Mr. Crepsley bruscamente—. ¿Qué estás haciendo?

Vancha se giró, agarró la botella y apuntó con ella a Mr. Crepsley como si fuera un cuchillo.

—¡Atrás! —siseó—. ¡Si intentas detenerme, te mataré!

Mr. Crepsley se detuvo. Sabía cómo lidiar mejor con un vampiro borracho, especialmente con uno con el poder de Vancha.

—Esto es absurdo, Alteza —dijo—. Entremos. Conseguiremos otra botella de brandy y brindaré contigo por…

—… ¡la salud del Lord Vampanez! —concluyó Vancha, con un chillido demente.

—Alteza, esto es una locura —dijo Mr. Crepsley.

—Sí —admitió Vancha con un tono más triste y sobrio—. Pero este mundo está loco, Larten. Por haberle perdonado la vida a mi hermano… que una vez salvó la mía… ha escapado nuestro mayor enemigo y nuestro pueblo se enfrenta a la derrota. ¿Qué clase de mundo es este, donde la maldad surge de un acto de bondad?

Mr. Crepsley no tenía una respuesta para eso.

—Morir no servirá de nada, Vancha —dijo Harkat—. Yo lo sé bien.

—No sirve —admitió Vancha—, pero sería un castigo, y yo merezco ser castigado. ¿Cómo podría mirar a la cara a los otros Príncipes y a los Generales después de esto? Dejé pasar mi oportunidad de matar al Lord Vampanez. Es mejor desaparecer con ella que continuar aquí, avergonzándoos a todos.

—¿Así que piensas quedarse aquí y dejar que te mate el Sol? —pregunté.

—Sí. —Soltó una risita.

—Eres un cobarde —le dije con desprecio.

Su expresión se endureció.

—Ten cuidado, Darren Shan… ¡Mira que estoy de humor para romper unos cuantos cráneos antes de morir!

—Y un idiota —insistí, sin hacer caso. Pasé como una furia junto a Mr. Crepsley y señalé acusatoriamente a Vancha con mi sana

mano izquierda—. ¿Quién te ha dado permiso para renunciar? ¿Qué te hace pensar que puedes abandonar la búsqueda y condenarnos a todos?

—¿De qué estás hablando? —titubeó, confundido—. Yo ya no formo parte de la búsqueda. Ahora depende de ti y de Larten.

—¿Ah, sí? —Me di la vuelta, buscando a Evanna y a Mr. Tall. Los descubrí juntos, detrás de la multitud de artistas y ayudantes del circo atraídos por los aullidos del Príncipe—. Lady Evanna, Mr. Tall. Respondan si pueden… ¿aún le queda a Vancha algún papel que jugar en la búsqueda del Lord Vampanez?

Mr. Tall intercambió una incómoda mirada con Evanna. Ella vaciló, y luego respondió de mala gana:

—Él tiene poder para influir en la búsqueda.

—Pero fracasé —dijo Vancha, desconcertado.

—Una vez —admití—. ¿Pero quién dice que no se te presentará otra oportunidad? Nadie ha dicho que sólo tendríamos una oportunidad para cada uno. ¡Según eso, las cuatro oportunidades podrían estar destinadas a ti!

Vancha parpadeó y abrió la boca lentamente.

—Y aunque haya oportunidades para todos —añadió Mr. Crepsley—, aún quedas tres, y Darren y yo sólo somos dos. Por lo tanto, uno de nosotros debe estar destinado a enfrentarse dos veces al Lord Vampanez cuando tenga lugar el encuentro final.

Vancha se meció sobre sus pies, considerando nuestras palabras, y luego dejó caer la botella y avanzó hacia mí a trompicones. Lo sujeté y lo puse derecho.

—Me he portado como un idiota, ¿verdad? —gimoteó.

—Sí —convine, sonriendo, y le conduje de regreso a la sombra, donde durmió con nosotros hasta que la noche trajo la oscuridad.

***

Nos levantamos al ponerse el Sol y nos reunimos en la caravana de Mr. Tall. Mientras se extendía el crepúsculo y Vancha bebía una taza tras otra de humeante café caliente para quitarse la resaca, discutimos sobre nuestro siguiente paso y decidimos que lo mejor

sería abandonar el Cirque du Freak. Me habría gustado quedarme más tiempo, al igual que a Mr. Crepsley, pero nuestro destino se hallaba en otro lugar. Además, Gannen Harst podría volver con un ejército de vampanezes, y no queríamos acabar acorralados ni atraer la cólera de nuestros enemigos sobre la gente del circo.

Evanna no viajaría con nosotros. La bruja nos dijo que regresaría a su cueva, con sus ranas, a prepararse para la tragedia que se avecinaba.

—Y habrá tragedia —dijo, con un destello en sus ojos verde y marrón—. Para los vampiros o los vampanezes, aún no lo sé. Pero acabará en lágrimas para uno de los bandos, eso seguro.

No puedo decir que echara de menos a la pequeña, peluda y fea bruja cuando se marchó: sus oscuras predicciones no habían traído más que sombra a nuestras vidas, y en mi opinión, sería mejor seguir sin ella.

Vancha también se marcharía solo. Habíamos acordado que él debía regresar a la Montaña de los Vampiros y les contara a los demás nuestro encuentro con el Señor de los Vampanezes. Tenían que saber lo de Gannen Harst. Vancha se reuniría con nosotros más tarde, rastreando las ondas mentales de Mr. Crepsley.

Nos despedimos brevemente de nuestros amigos del Cirque du Freak. Evra lamentaba que tuviera que irme tan pronto, pero sabía lo complicada que era mi vida. Shancus lo lamentaba aún más: pronto sería su cumpleaños y había estado esperando un regalo maravilloso. Le dije al niño-serpiente que encontraría algo apasionante en el camino y se lo enviaría (aunque no podía garantizarle que le llegara a tiempo para su cumpleaños) y eso lo consoló.

Truska me preguntó si quería llevarme mi disfraz de pirata, nuevamente arreglado. Le dije que se quedara con él: si me lo llevase, acabaría manchándolo y rompiéndolo durante el viaje. Le prometí que volvería para probármelo. Ella dijo que más me valía hacerlo, y luego me obsequió con un largo beso de despedida que hizo hervir de celos a Vancha.

Mr. Tall se encontró con nosotros en los límites del campamento cuando nos disponíamos a partir.

—Siento no haber podido venir antes —dijo—. Tenía asuntos

que atender. El espectáculo debe continuar.

—Cuídate, Hibernius —dijo Mr. Crepsley, estrechándole la mano al hombre alto. Por una vez, Mr. Tall no rehuyó el contacto.

—Tú también, Larten —respondió, con una grave expresión en el rostro. Nos miró a todos y dijo—: Se avecinan tiempos oscuros, sea cual sea el resultado de vuestra búsqueda. Quiero que sepáis que aquí, en el Cirque du Freak, siempre tendréis vuestro hogar (todos vosotros). No puedo tomar una parte tan activa como desearía para decidir el futuro, pero sí puedo ofreceros refugio.

Le agradecimos su ofrecimiento, y nos quedamos mirándolo mientras se alejaba y se lo tragaban las sombras de su querido campamento circense.

Nos miramos unos a otros, vacilantes, reacios a partir.

—¡Bueno! —retumbó finalmente Vancha—. Ya es hora de que me vaya. Me espera un largo trecho hasta la Montaña de los Vampiros, aunque vaya correteando. —Se suponía que los vampiros no pueden corretear durante el camino hacia la fortaleza montañosa, pero las normas se habían vuelto más flexibles durante aquel periodo de guerra para permitir una comunicación más rápida entre los Generales y los Príncipes.

Cada uno de nosotros le estrechó la mano a Vancha. Sentí tristeza ante la idea de separarnos del Príncipe de piel rojiza que desafiaba al Sol.

—¡Anímate! —dijo, riendo ante mi lúgubre expresión—. Volveré a tiempo para encabezar el segundo ataque contra el Lord Vampanez. Tenéis mi palabra, y Vancha March nunca falta a su… —Se detuvo—. ¿March o Harst? —reflexionó en voz alta, y entonces escupió entre sus sucios pies—. ¡Por las entrañas de Charna! He llegado hasta aquí siendo Vancha March… y así seguiré.

Saludó, se dio la vuelta bruscamente y se alejó trotando. Pronto estuvo corriendo. Luego, como un flash, alcanzó la velocidad del correteo y se perdió de vista.

—Y aquí estamos los tres —murmuró Mr. Crepsley, mirándonos fijamente a Harkat y a mí.

—De regreso al lugar donde empezamos hace seis años —dije yo.

—Pero entonces teníamos un destino —observó Harkat—. ¿A

dónde iremos… esta vez?

Miré a Mr. Crepsley en busca de una respuesta.

Se encogió de hombros.

—Podemos decidirlo más tarde. Por ahora, limitémonos a caminar.

Cargándonos las mochilas a la espalda, le dedicamos un último y detenido vistazo al Cirque du Freak, y luego nos enfrentamos a la fría y hostil oscuridad y nos pusimos en marcha, entregándonos a las fuerzas del destino y a los futuros terrores de la noche.

LIBRO II

Aliados de la noche.

Para:
Bas, mi Debbie Hemlock.
Davina «Bonnie» McKay, de la OES (Orden de las Entrañas Sangrientas).

El control de calidad:
Gillie Rusell y Zoe Clark.
La manada de animales del clan de Christopher Little.

PRÓLOGO

Eran tiempos de guerra. Después de seiscientos años de paz, vampiros y vampanezes habían alzado las armas unos contra otros en una brutal y sangrienta batalla a muerte. La Guerra de las Cicatrices comenzó con la llegada del Señor de los Vampanezes. Estaba destinado a conducir a su pueblo a una victoria total y absoluta… a menos que muriera antes de convertirse por completo.

Según el misterioso y poderoso Mr. Tiny, sólo tres vampiros tendrían la oportunidad de detener al Lord Vampanez; el Príncipe Vancha March, el antiguo General Larten Crepsley, y un semi-vampiro, yo: Darren Shan.

Mr. Tiny había predicho que nuestro camino se cruzaría cuatro veces con el del Lord Vampanez, y, cada una de esas veces, el destino de los vampiros estaría en nuestras manos. Si lo matábamos, ganaríamos la Guerra de las Cicatrices. Si no, los vampanezes se harían con una victoria brutal y borrarían a todo nuestro clan de la faz de la Tierra.

Mr. Tiny dijo que no podríamos pedir ayuda a otros vampiros durante la búsqueda, pero podíamos aceptar la ayuda de los no vampiros. De este modo, cuando yo y Mr. Crepsley abandonamos la Montaña de los Vampiros (Vancha se nos uniría más tarde), el único que vino con nosotros fue Harkat Mulds, una aguerrida Personita de piel gris.

Tras dejar la Montaña (nuestro hogar durante seis años) nos dirigimos a la cueva de Lady Evanna, una bruja de gran poder. Ella podía ver el futuro, pero sólo nos revelaría esto: si no conseguíamos matar al Señor de los Vampanezes, al final de nuestra búsqueda dos de nosotros morirían.

Más tarde llegamos al Cirque du Freak, donde yo había vivido

con Mr. Crepsley cuando me convertí originalmente en su asistente. Evanna viajaba con nosotros. En el Cirque, nos topamos con un grupo de vampanezes. Tuvo lugar una breve confrontación, durante la cual matamos a la mayoría de los vampanezes. Escaparon dos: un vampanez llamado Gannen Harst, y su sirviente, que más tarde descubrimos que era el Señor de los Vampanezes, disfrazado.

Nos sentimos fatal cuando Evanna nos reveló la verdadera identidad del sirviente de Gannen Harst, pero Vancha era el que peor se sentía, porque los había dejado escapar: Gannen Harst era el hermano de Vancha, y este le había dejado ir sin enfrentarse a él, ignorando que su hermano era el principal protector del Lord Vampanez.

Pero no teníamos tiempo para quedarnos sentados, autocompadeciéndonos. Aún teníamos tres oportunidades para encontrar y matar a nuestro mortal enemigo, así que proseguimos nuestra búsqueda. Desechando aquella oportunidad perdida, afilamos nuestras espadas, nos despedimos de Evanna y de nuestros amigos del Cirque du Freak, y retomamos el camino, más decididos que nunca a triunfar…

CAPÍTULO 1

Nuestro titular de hoy, 15 de septiembre

¡¡¡NOCHES DE SANGRE Y MUERTE!!!

Esta ciudad, antaño tan tranquila, se encuentra ahora en estado de sitio. En el breve espacio de seis meses, once personas han sido brutalmente asesinadas, y sus cuerpos desangrados y abandonados en diversos lugares públicos. Muchas más se han desvanecido en las sombras de la noche, y podrían estar tiradas bajo las calles, mientras sus cuerpos sin vida se descomponen en la solitaria oscuridad.

Las fuentes oficiales no pueden explicar la espantosa oleada de crímenes. No creen que los asesinatos sean obra de un solo hombre, pero no han sido capaces de relacionar estos crímenes con ningún criminal conocido. Durante la operación policial más grande en la historia de la ciudad, se ha desarticulado a la mayoría de las bandas locales, arrestado a los líderes de sectas religiosas y echado abajo las puertas de órdenes secretas y hermandades… ¡sin resultado alguno!

RUDEZA HABITUAL.

La Inspectora Jefe de la Policía, Alice Burgess, cuando se le preguntó por la falta de resultados, respondió con su ya típica rudeza.

—Hemos estado trabajando como negros —espetó—. Todos hemos hecho horas extraordinarias. Nadie ha eludido responsabilidades. Seguimos patrullando las calles, arrestando a cualquiera que parezca sospechoso. Hemos establecido el toque de queda para los niños a las siete de la tarde, y advertido igualmente a los adultos de que permanezcan en sus casas. Si encuentran a alguien que pueda hacerlo mejor, llámenme y gustosamente me quitaré de en medio.

Tranquilizadoras palabras… que no producen alivio alguno. La gente de esta ciudad está harta de promesas y garantías. Nadie duda de la honestidad y el duro esfuerzo realizado por la policía local (ni por el ejército, al que se había pedido que colaborara en la operación), pero la confianza en su capacidad para poner fin a la crisis ha alcanzado mínimos históricos. Muchos se están marchando de la ciudad, para quedarse con parientes o en hoteles, hasta que cesen los asesinatos.

—Tengo niños —nos cuenta Michael Corbett, de cuarenta y seis años, dueño de una tienda de libros de segunda mano—. Huir no me hace sentir orgulloso, y para mi negocio sería la ruina, pero las vidas de mi esposa y mis hijos son lo primero. La policía no puede hacer más ahora de lo que ya hizo hace trece años. Esperaremos hasta que esto se calme, como hicimos antes. Cuando lo haya hecho, volveremos. Mientras tanto, creo que el que se quede aquí es que está loco.

HISTORIA DE MUERTE.

Cuando Mr. Corbett hablaba del pasado, se estaba refiriendo a una época, hace aproximadamente trece años, en que un horror similar asoló esta ciudad. En esa ocasión, un par de adolescentes descubrieron nueve cuerpos, despedazados y desangrados, tal como lo han sido las recientes once víctimas.

Pero aquellos cuerpos fueron cuidadosamente escondidos, y sólo salieron a la luz mucho después de que hubieran ocurrido las muertes. Los asesinos de hoy en día (o más bien, noche, ya que cada víctima fue asaltada después de ponerse el Sol) no se molestaron en ocultar las evidencias de sus viles actos. Es como si se sintieran orgullosos de su crueldad, dejando los cuerpos en lugares donde saben que serán encontrados.

Muchos vecinos creen que la ciudad está maldita y lleva una historia de muerte a cuestas.

—He estado esperando estos asesinatos desde hace cincuenta años —dijo el doctor Kevin Beisty, un historiador local experto en ocultismo—. Los vampiros han venido por aquí desde hace más de ciento cincuenta años, y cuando los vampiros encuentran un sitio que les gusta… ¡siempre vuelven!

DEMONIOS DE LA NOCHE.

Vampiros. Si la del doctor Beisty fuera la única voz que clama contra los demonios de la noche, se le podría descartar por excéntrico. Pero hay muchas más personas que creen que somos víctimas de los

vampiros. Señalan el hecho de que los ataques siempre ocurran por la noche, que los cuerpos aparezcan desangrados (aparentemente, sin ayuda de instrumental médico) y, aún más revelador, que aunque tres de las víctimas fueran filmadas por las cámaras de seguridad cuando fueron secuestradas, los rostros de sus atacantes ¡no aparecieron en la cinta!

La Inspectora Jefe Alice Burgess se muestra desdeñosa con la teoría de los vampiros.

—¿Creen que el Conde Drácula anda alborotado? —se echó a reír despectivamente—. ¡No sean ridículos! Estamos en el siglo XXI. Detrás de todo esto sólo hay seres humanos, pervertidos y enfermos. ¡Yo no pierdo el tiempo persiguiendo al hombre del saco!

Ante la presión, la Inspectora Jefe añadió esto:

—No creo en vampiros, y no quiero que unos idiotas como ustedes le llenen a la gente la cabeza de tonterías. Pero les voy a decir una cosa: haré lo que sea para detener a esos salvajes. Y si eso significa clavar una estaca en el pecho de algún loco que se cree un vampiro, lo haré, aunque me cueste el empleo y la libertad. Nadie se librará de esto alegando locura. Sólo hay una forma de pagar por la muerte de once hombres y mujeres buenos: ¡el exterminio!

»Y eso haré —juró la Inspectora Jefe Burgess, con un brillo feroz en sus ojos claros, que habría enorgullecido al profesor Van Helsing—, aunque tenga que perseguirlos hasta Transilvania y volver. No escaparán a la espada de la justicia, sean humanos o vampiros.

»Díganles a sus lectores que atraparé a sus torturadores. Pueden apostarlo. Pueden

apostar sus vidas…».

***

Mr. Crepsley empujó la tapa de la alcantarilla y salió, mientras yo y Harkat esperábamos abajo, en la oscuridad. Tras asegurarse de que no había ni rastro de vida en la calle, susurró:

—Vía libre.

Lo seguimos escaleras arriba y salimos al aire libre.

—Odio esos malditos túneles —rezongué, quitándome los zapatos, que estaban empapados de agua, lodo y otras cosas en las que prefería no pensar. Tendría que lavarlos en el fregadero cuando volviera al hotel, y dejarlos sobre el radiador para que se secaran, como había estado haciendo al final de cada noche durante los últimos tres meses.

—Yo tampoco los soporto —coincidió Mr. Crepsley, quitándose con cuidado los restos de una rata muerta de los pliegues de su larga capa roja.

—No están tan mal —dijo Harkat, con una risita. Para él estaban bien. Como no tenía nariz ni sentido del olfato…

—Al menos, no ha llovido —dijo Mr. Crepsley.

—Espere otro mes —respondí agriamente—. Estaremos vadeándolos hasta las caderas a mediados de Octubre.

—Para entonces, ya habremos localizado y encargado de los vampanezes —dijo Mr. Crepsley, sin demasiada convicción.

—Eso es lo que dijo hace dos meses —le recordé.

—Y el mes pasado —añadió Harkat.

—¿Queréis que suspendamos la búsqueda y abandonemos a esa gente en manos de los vampanezes? —inquirió Mr. Crepsley en voz baja.

Yo y Harkat nos miramos, y luego sacudimos la cabeza.

—Claro que no —suspiré—. Sólo estamos cansados y de mal humor. Volvamos al hotel, sequémonos y comamos algo caliente. Estaremos bien después de un buen día de descanso.

Encontramos una cercana escalera de incendios, trepamos al tejado del edificio y emprendimos el camino a través de los

tragaluces de la ciudad, donde no había policías ni soldados.

Habían pasado seis meses desde que se nos escapara el Señor de los Vampanezes. Vancha había ido a la Montaña de los Vampiros a informar a los Príncipes y a los Generales, y aún no había regresado. Durante los tres primeros meses, yo, Mr. Crepsley y Harkat habíamos vagado sin rumbo, dejando que nuestros pies nos llevaran donde quisieran. Entonces nos llegó el rumor de la terrorífica situación de la ciudad que había sido el hogar de Mr. Crepsley: estaban matando a la gente, y sus cuerpos aparecían desangrados. Las noticias proclamaban que los vampiros eran los culpables, pero nosotros sabíamos más. Ya nos habían llegado rumores de la presencia de vampanezes en la ciudad, y esto era todo lo que necesitábamos para confirmarlos.

Mr. Crepsley se preocupaba por aquella gente. Aquellos que él había conocido cuando había vivido aquí como humano ya hacía mucho tiempo que estaban muertos y enterrados, pero consideraba a sus nietos y biznietos sus parientes espirituales. Trece años antes, cuando un vampanez loco llamado Murlough atacó la ciudad, Mr. Crepsley regresó (conmigo y con Evra Von, un niño-serpiente del Cirque du Freak) para detenerle. Ahora que la historia se repetía, se sentía obligado a intervenir otra vez.

—Pero quizás debería ignorar mis sentimientos —consideraba tres meses antes, mientras debatíamos sobre la situación—. Deberíamos concentrarnos en la búsqueda del Lord Vampanez. Sería un error por mi parte desviarnos del objetivo de nuestra búsqueda.

—No lo creo —discrepé—. Mr. Tiny dijo que si queríamos encontrar al Lord Vampanez, teníamos que seguir a nuestro corazón. Su corazón le condujo a su hogar, y el mío me dice que no debo apartarme de usted. Creo que debemos ir.

Harkat Mulds, la Personita de piel gris que había aprendido a hablar, estuvo de acuerdo, así que emprendimos el camino hacia la ciudad donde había nacido Mr. Crepsley, para evaluar la situación y ayudar si podíamos. Cuando llegamos, enseguida nos encontramos en medio de un misterio desconcertante. Definitivamente, había vampanezes viviendo allí (al menos, tres o cuatro, si nuestros cálculos eran correctos), pero ¿eran parte de un destacamento o unos rufianes chiflados? Si eran guerreros, deberían haber sido más

cuidadosos a la hora de matar: un vampanez cuerdo no deja los cuerpos de sus víctimas donde los humanos puedan encontrarlos. Pero si estuvieran locos, no serían capaces de ocultarse tan hábilmente: después de tres meses de búsqueda, no habíamos hallado ni rastro de vampanezes en los túneles que había bajo la ciudad.

Al volver al hotel, entramos por una ventana. Habíamos alquilado dos habitaciones en el piso superior, y utilizábamos las ventanas para entrar y salir por las noches, ya que acabábamos demasiado sucios y mojados para pasar por el vestíbulo. Además, cuanto menos nos moviéramos por el suelo, mejor: la ciudad estaba alborotada, con policías y soldados patrullando las calles, arrestando a cualquiera que pareciera estar fuera de lugar.

Mientras Mr. Crepsley y Harkat utilizaban los lavabos, yo me desnudé y esperé a que desocuparan alguno. Podíamos haber alquilado tres habitaciones, para que cada uno tuviera su propio lavabo, pero era más seguro para Harkat no mostrarse en público: yo y Mr. Crepsley podíamos pasar por humanos, pero Harkat, con su monstruosa apariencia y sus innumerables suturas, no.

Estuve a punto de quedarme dormido sentado en el borde de la cama. Los últimos tres meses habían sido largos y penosos. Cada noche, vagábamos por los tejados y los túneles de la ciudad, buscando vampanezes, evitando a la policía, a los soldados y a los asustados humanos, muchos de los cuales habían decidido llevar pistolas y otras armas. Aquello nos estaba afectando a todos, pero habían muerto once personas (que supiéramos), y morirían más si no nos ateníamos a nuestro cometido.

Me levanté y caminé por la habitación, intentando mantenerme despierto el tiempo suficiente para entrar en el lavabo. A veces no lo conseguía, y me despertaba a la noche siguiente apestando, sudado y asqueroso, sintiéndome como el vómito de un gato.

Pensé en mi anterior visita a esta ciudad. Entonces era mucho más joven, y aún estaba aprendiendo lo que significaba ser un semi-vampiro. Allí había conocido a mi primera y única novia: Debbie Hemlock. Tenía la piel oscura, los labios gruesos y los ojos brillantes. Me habría gustado conocerla mejor. Pero el deber me llamó, matamos al vampanez loco y la vida nos llevó por caminos

distintos.

Desde mi regreso, había pasado varias veces por la casa donde ella vivía con sus padres, esperando en parte que aún viviera allí. Pero ahora había nuevos inquilinos, y no encontré ni rastro de los Hemlock. En realidad, fue una suerte: como semi-vampiro, sólo envejecía una quinta parte en proporción a la escala de los seres humanos, y aunque habían pasado casi trece años desde que besé a Debbie por última vez, yo aparentaba ser sólo unos pocos años mayor. Debbie sería ahora una mujer adulta. Habría sido embarazoso volver a encontrarnos.

La puerta que conectaba las habitaciones se abrió y entró Harkat, secándose con una enorme toalla del hotel.

—El baño ya está libre —dijo, secándose con la toalla la coronilla de su cabeza calva, gris y llena de cicatrices, con cuidado de no irritar sus redondos ojos verdes, que carecían de párpados que los protegieran.

—Hasta luego, orejitas —respondí con una amplia sonrisa, pasando rápidamente a su lado. Aquello era una broma: Harkat, como todas las Personitas, tenía orejas, pero las tenía bajo la piel, a ambos lados de la cabeza, así que daba la impresión de que carecía de ellas.

Harkat había vaciado la bañera, puesto el tapón y abierto el grifo del agua caliente, así que ya estaba casi lleno de agua limpia cuando llegué. Comprobé la temperatura, añadí un poco de agua fría, cerré los grifos y me deslicé dentro… ¡qué delicia! Levanté una mano para apartarme un mechón de pelo de los ojos, pero no conseguí levantar completamente el brazo: estaba demasiado cansado. Me relajé y decidí quedarme allí recostado unos minutos. Ya me lavaría el pelo más tarde. Simplemente quedarme recostado en la bañera y relajarme… unos minutos… sería…

Antes de acabar el pensamiento me había quedado profundamente dormido, y cuando desperté ya era otra vez de noche, y estaba azul por haberme pasado el día entero en una bañera llena de agua fría y asquerosa.

CAPÍTULO 2

Regresamos al hotel al final de otra larga e infructuosa noche. Nos habíamos estado quedando en el mismo hotel desde que llegamos a la ciudad. Esa no era nuestra intención (el plan había sido cambiar de lugar cada dos semanas), pero la búsqueda de los vampanezes nos había dejado tan exhaustos que no habíamos sido capaces de hacer acopio de energía para ir a buscar un nuevo alojamiento. Hasta el robusto Harkat Mulds, que no necesitaba dormir mucho, dormitaba durante cuatro o cinco horas al día.

Me sentí mejor después de un baño caliente y encendí la televisión para ver si había alguna noticia sobre los asesinatos. Me enteré de que era jueves, a primeras horas de la mañana (los días se confunden unos con otros cuando has vivido entre vampiros, y rara vez prestaba atención a ello), y que no se había informado de nuevas muertes. Habían pasado casi dos semanas desde el descubrimiento del último cuerpo. Había un ligero soplo de esperanza en el ambiente: mucha gente pensaba que el reinado del terror había llegado a su fin. Yo dudaba de que hubiéramos tenido tanta suerte, pero mantuve los dedos cruzados mientras volvía a apagar la televisión y me dirigía a la acogedora cama del hotel.

***

Algo más tarde, me despertó una brusca sacudida. Una fuerte luz brillaba a través de la delgada tela de las cortinas, e instantáneamente supe que debía ser mediodía o faltar poco para la tarde, y por lo tanto, demasiado pronto para pensar en salir de la cama. Me senté con un gruñido, y me encontré a un Harkat de expresión ansiosa inclinado sobre mí.

—¿Qué pasa? —murmuré, frotándome los ojos legañosos.

—Alguien está llamando a… tu puerta —graznó Harkat.

—Dile que haga el favor de irse —dije… o algo por el estilo.

—Iba a hacerlo, pero… —Se interrumpió.

—¿Quién es? —pregunté, presintiendo problemas.

—No lo sé. Abrí un poquito la puerta de mi habitación… y miré por la rendija. No es nadie del hotel, pero… hay alguien del personal con él. Es un hombre bajito, que lleva un gran… maletín, y está… —Volvió a interrumpirse—. Ven a verlo tú mismo.

Me levanté mientras se oía una nueva serie de golpes secos de nudillos. Atravesé corriendo la habitación de Harkat. Mr. Crepsley estaba durmiendo profundamente en una de las camas gemelas. Pasamos de puntillas a su lado y abrimos la puerta una rendijita. Una de las figuras del pasillo me era familiar (el gerente del hotel del turno diario), pero nunca había visto a la otra. Era un hombre bajito, como había dicho Harkat, y delgado, con un enorme maletín negro. Vestía un traje gris oscuro, zapatos negros y un anticuado bombín. Tenía el ceño fruncido, y levantó los nudillos para volver a llamar mientras cerrábamos la puerta.

—¿Crees que deberíamos responder? —le pregunté a Harkat.

—Sí —dijo—. No parece el tipo de persona que… se vaya aunque le ignoremos.

—¿Quién crees que es?

—No estoy seguro, pero tiene cierto aire… extraoficial. Podría ser un oficial de la policía o… del ejército.

—¿Crees que saben lo de…? —Señalé con la cabeza al vampiro dormido.

—Habrían enviado más de un hombre… si así fuera —respondió Harkat.

Reflexioné sobre ello un momento, y tomé una decisión.

—Iré a ver qué quiere. Pero no le dejaré pasar a menos que no haya otra opción. No quiero gente fisgoneando por aquí mientras Mr. Crepsley está descansando.

—¿Me quedo aquí? —preguntó Harkat.

—Sí, pero mantente cerca de la puerta, y no la cierres. Te llamaré si hay problemas.

Mientras Harkat iba a por su hacha, me puse rápidamente unos

pantalones y una camisa, y fui a ver qué quería el hombre del pasillo. Me detuve ante la puerta, sin abrirla, me aclaré la garganta y pregunté inocentemente:

—¿Quién es?

Respondiendo inmediatamente, con una voz semejante al ladrido de un perro pequeño, el hombre del maletín dijo:

—¿Mr. Horston?

—No —respondí, dejando escapar un pequeño suspiro de alivio —. Se ha equivocado de habitación.

—¿Eh? —El hombre del pasillo parecía sorprendido—. ¿No es esta la habitación de Mr. Vur Horston?

—No, es… —Hice un gesto de contrariedad. ¡Había olvidado los nombres falsos con los que nos habíamos registrado! Mr. Crepsley había firmado como Vur Horston, y yo había dicho que era su hijo (y Harkat había entrado a hurtadillas cuando nadie miraba)—. Quiero decir —empecé de nuevo— que esta es mi habitación, no la de mi padre. Yo soy Darren Horston, su hijo.

—Ah. —Pude percibir su sonrisa al otro lado de la puerta—. Excelente. Tú eres la razón por la que estoy aquí. ¿Está tu padre contigo?

—Está… —Vacilé—. ¿Por qué quiere saberlo? ¿Quién es usted?

—Si abres la puerta y me dejas pasar, te lo explicaré.

—Primero me gustaría saber quién es usted —dije—. Corren tiempos peligrosos. Me han dicho que no le abra la puerta a los extraños.

—Ah. Excelente —repitió el hombrecillo—. No puedo esperar que le abras la puerta a un visitante inesperado, claro. Discúlpame. Soy Mr. Blaws.

—¿Blores?

—Blaws —repitió, y lo deletreó pacientemente.

—¿Qué quiere, Mr. Blaws? —pregunté.

—Soy un inspector escolar —respondió—. He venido a averiguar por qué no estás en el colegio.

Se me abrió la boca mil kilómetros.

—¿Puedo pasar, Darren? —preguntó Mr. Blaws. Como no respondí, volvió a golpear la puerta y exclamó:

—¡¿Darren?!

—Hum… Un minuto, por favor —murmuré, y me di la vuelta, apoyando débilmente la espalda contra la puerta, preguntándome frenéticamente qué debía hacer.

Si le negaba la entrada al inspector, regresaría con ayuda, así que al final le abrí la puerta y lo dejé pasar. El gerente del hotel se marchó en cuanto vio que todo iba bien, y me dejó solo con el serio Mr. Blaws. El hombrecillo puso el maletín en el suelo, se quitó el bombín y lo sostuvo con la mano izquierda, tras la espalda, mientras me estrechaba la mano con la derecha. Me observó detenidamente. Mi mentón estaba cubierto por una ligera pelusa, llevaba el pelo largo y desaliñado, y en mi rostro aún se apreciaban pequeñas cicatrices y señales de quemaduras de mis Ritos de Iniciación de siete años atrás.

—Pareces bastante mayor —comentó Mr. Blaws, tomando asiento sin que se lo ofrecieran—. Muy mayor para tener quince años. Puede que sea por el pelo. Podrías cortártelo y afeitarte.

—Supongo… —No sabía por qué pensaba él que yo tenía quince años, y estaba demasiado desconcertado para corregirlo.

—¡Bien! —exclamó, dejando el bombín a un lado y el enorme maletín en su regazo—. Tu padre… Mr. Horston… ¿Está aquí?

—Hum… sí. Está… durmiendo. —Me costaba enlazar las palabras.

—Ah, claro. Olvidaba que hacía turnos de noche. Quizá debería volver a una hora más… —Su voz disminuyó gradualmente mientras abría el maletín, lo hojeaba, extraía una hoja de papel y la estudiaba como si fuera un documento histórico—. Ah —dijo—. No es posible cambiar la fecha… Tengo una agenda apretada. Tendrás que despertarle.

—Hum… De acuerdo. Iré a… ver si está… —Corrí hacia la habitación donde dormía el vampiro y lo sacudí ansiosamente. Harkat estaba detrás, sin decir nada: lo había oído todo, y estaba tan confundido como yo.

Mr. Crepsley abrió un ojo, vio que aún era de día y lo volvió a cerrar.

—¿Es que se está quemando el hotel? —rezongó.

—No.

—Entonces lárgate y…

—Hay un hombre en mi habitación. Un inspector escolar. Sabe nuestros nombres (al menos los nombres con los que nos registramos), y cree que tengo quince años. Quiere saber por qué no estoy en el colegio.

Mr. Crepsley saltó de la cama como si lo hubieran mordido.

—¿Cómo es posible? —exclamó. Se precipitó hacia la puerta, se detuvo y luego retrocedió lentamente—. ¿Cómo se identificó?

—Sólo me dijo su nombre: Mr. Blaws.

—Podría ser una tapadera.

—No lo creo. El gerente del hotel estaba con él. No le habría dejado subir si no fuera honrado. Además, parece un inspector escolar.

—Las apariencias engañan —señaló Mr. Crepsley.

—En este caso, no —dije—. Será mejor que se vista y vaya a verlo.

El vampiro vaciló, y luego asintió con brusquedad. Le dejé preparándose, y fui a cerrar las cortinas de mi habitación. Mr. Blaws me miró extrañado.

—Es que mi padre tiene los ojos muy sensibles —dije—. Por eso prefiere trabajar de noche.

—Ah —dijo Mr. Blaws—. Excelente.

No dijimos nada más durante los minutos siguientes, mientras esperábamos a que mi «padre» hiciera su entrada. Me sentía muy incómodo, sentado en silencio con aquel extraño, pero este actuaba como si estuviera en su casa. Cuando finalmente entró Mr. Crepsley, Mr. Blaws se levantó y le estrechó la mano, sin soltar el maletín.

—Mr. Horston —dijo, con una abierta sonrisa—. Mucho gusto, señor.

—Igualmente —respondió Mr. Crepsley sonriendo brevemente, y se sentó lo más lejos posible de las cortinas, bien envuelto en su bata roja.

—¡Bien! —exclamó Mr. Blaws tras un breve silencio—. ¿Qué le ocurre a nuestro joven recluta?

—¿Ocurrirle? —parpadeó Mr. Crepsley—. No le ocurre nada.

—Entonces, ¿por qué no está en el colegio, como todos los otros chicos?

—Darren no va al colegio —dijo Mr. Crepsley, como si le

hablara a un idiota—. ¿Por qué habría de ir?

Aquello desconcertó a Mr. Blaws.

—Pues para aprender, Mr. Horston, igual que cualquier otro quinceañero.

—Darren no… —Mr. Crepsley se detuvo—. ¿Cómo sabe su edad? —preguntó cautelosamente.

—Por su certificado de nacimiento, naturalmente —rió Mr. Blaws.

Mr. Crepsley me miró fugazmente, buscando una respuesta, pero yo estaba tan perdido como él, y sólo pude encogerme de hombros con impotencia.

—¿Y cómo lo consiguió? —preguntó el vampiro.

Mr. Blaws nos miró extrañado.

—Usted lo presentó con el resto de los formularios necesarios cuando lo inscribió en Mahler —dijo.

—¿Mahler? —repitió Mr. Crepsley.

—El colegio al que decidió enviar a Darren.

Mr. Crepsley se arrellanó en su silla, cavilando en ello. Luego pidió ver el certificado de nacimiento y los otros «formularios necesarios». Mr. Blaws volvió a rebuscar en su maletín y sacó una carpeta.

—Aquí los tiene —dijo—. El certificado de nacimiento, los documentos de su anterior colegio, los certificados médicos, la inscripción que usted rellenó… Todo presentado y en regla.

Mr. Crepsley abrió la carpeta, examinó unas cuantas hojas, estudió las firmas al pie de uno de los formularios, y luego me pasó la carpeta a mí.

—Revisa esos papeles —dijo—. Comprueba si la información es… correcta.

No era correcta, por supuesto (yo no tenía quince años, ni había acudido recientemente a la escuela, ni había ido al médico desde que me uní a las filas de los no-muertos), pero sí completamente detallada. Los documentos construían un retrato completo de un chico de quince años llamado Darren Horston, que se había mudado a esa ciudad durante el verano, con su padre, un hombre que trabajaba en el turno de noche en un matadero local, y…

Me quedé sin respiración: ¡se refería al matadero donde nos

habíamos encontrado por primera vez con Murlough, el vampanez loco, trece años antes!

—¡Mire esto! —jadeé, tendiéndole el impreso a Mr. Crepsley, pero él hizo un gesto de rechazo con la mano.

—¿Es correcto? —preguntó.

—Por supuesto que es correcto —respondió Mr. Blaws—. Usted mismo llenó los formularios. —Sus ojos se estrecharon—. ¿O no?

—Claro que sí —me apresuré a decir antes de que Mr. Crepsley pudiera responder—. Siento haberle confundido. Ha sido una semana dura. Hum… Problemas familiares.

—Ah. ¿Por eso no has aparecido por Mahler?

—Sí. —Me obligué a esbozar una temblorosa sonrisa—. Deberíamos haber llamado para informarles. Lo siento. No se me ocurrió.

—No pasa nada —dijo Mr. Blaws, recuperando los papeles—. Me alegro de que sólo sea eso. Temíamos que te hubiera ocurrido algo malo.

—No —dije, lanzándole a Mr. Crepsley una mirada que decía «sígame la corriente»—. No me ha ocurrido nada malo.

—Excelente. Entonces, ¿irás el lunes?

—¿El lunes?

—No creo que sirva de algo que vengas mañana, puesto que es fin de semana. Ven temprano el lunes por la mañana, así te daremos el horario y te enseñaremos el lugar. Pregunta por…

—Discúlpeme —lo interrumpió Mr. Crepsley—, pero Darren no irá a su colegio, ni el lunes ni ningún otro día.

—¿Eh? —Mr. Blaws frunció el ceño y cerró con cuidado el maletín—. ¿Lo ha inscrito en otro colegio?

—No. Darren no necesita ir al colegio. Lo educo yo.

—¿De veras? En los formularios no hay mención de que sea usted un profesor cualificado.

—Yo no soy un…

—Y, por supuesto —prosiguió Blaws—, ambos sabemos que sólo un profesor cualificado puede educar a un niño en su hogar. —Sonrió como un tiburón—. ¿Verdad?

Mr. Crepsley no supo qué decir. No estaba familiarizado con el sistema educativo moderno. Cuando él era un niño, los padres

podían hacer lo que quisieran con sus hijos. Decidí encargarme yo del asunto.

—¿Señor Blaws?

—¿Sí, Darren?

—¿Qué ocurriría si no fuera a Mahler?

Inspiró con presunción.

—Si te inscribes en un colegio diferente y me entregas los papeles, no pasará nada.

—¿Y suponiendo que no me inscriba en otro colegio?

Mr. Blaws se echó a reír.

—Todos los niños tienen que ir al colegio. Cuando hayas cumplido los dieciséis, podrás hacer lo que quieras con tu tiempo, pero durante los próximos… —Volvió a abrir el maletín y revisó sus documentos—… siete meses, debes ir al colegio.

—¿Y si decido no ir?

—Enviaremos a un asistente social para que vea cuál es el problema.

—Y si le pedimos que rompa los formularios de mi inscripción y se olvide de mí… Si le decimos que se los enviamos por error… ¿qué pasaría?

Los dedos de Mr. Blaws tamborilearon sobre su bombín. No estaba acostumbrado a que le hicieran preguntas tan raras y no sabía qué hacer con nosotros.

—No podemos ir por ahí rompiendo formularios oficiales, Darren —respondió con una risita nerviosa.

—¿Y si se los enviamos por error y queremos echarnos atrás?

Meneó la cabeza firmemente.

—No sabíamos que existías antes de ponerte en contacto con nosotros, pero ahora que lo sabemos, somos responsables de ti. Tendríamos que reclamarte si pensáramos que no estás recibiendo una educación apropiada.

—¿Quiere decir que nos enviaría a los asistentes sociales?

—Primero a los asistentes sociales —confirmó, y nos miró con un destello en los ojos—. Y, naturalmente, si se lo pones difícil, la próxima vez tendríamos que enviar a la policía, y quién sabe cómo acabaría esto.

Asimilé la información, asentí torvamente y me encaré con Mr.

Crepsley.

—Ya sabe lo que eso significa, ¿verdad? —Se quedó mirándome, confundido—. ¡Tendrá que empezar a prepararme la fiambrera!

CAPÍTULO 3

—Entrometido, engreído, pequeño estúpido… —gruñía furiosamente Mr. Crepsley.

Se paseaba por la habitación del hotel, maldiciendo el nombre de Mr. Blaws. El inspector escolar ya se había ido, y Harkat se había reunido con nosotros. Lo había oído todo a través de la delgada puerta que conectaba las habitaciones, pero no lo tenía más claro que nosotros.

—Esta noche lo buscaré y lo dejaré seco —juró Mr. Crepsley—. ¡Eso le enseñará a no venir a meter las narices!

—Ponerse así no arregla nada —suspiré—. Tenemos que usar la cabeza.

—¿Ponerse, cómo? —replicó Mr. Crepsley—. Nos dio su número de teléfono por si necesitábamos ponernos en contacto con él. ¡Encontraré su dirección y…!

—Es un teléfono móvil —suspiré—. No puede encontrar su dirección con él. Además, ¿qué ganaríamos matándolo? Alguien lo reemplazaría. Nuestros documentos están archivados. Él sólo es el mensajero.

—Podríamos mudarnos —sugirió Harkat—. Buscar un nuevo hotel.

—No —dijo Mr. Crepsley—. Nos ha visto las caras y difundiría nuestras descripciones. Eso haría que las cosas se complicaran más de lo que ya están.

—Lo que yo quiero saber es cómo se enviaron nuestros documentos —dije—. Las firmas no eran las nuestras, pero se parecían muchísimo.

—Ya lo sé —gruñó él—. No se trata de una gran falsificación, pero sí pasable.

—¿Es posible que haya sido… una confusión? —preguntó Harkat—. Quizás el verdadero Vur Horston y su hijo… enviaron los formularios, y os han confundido con ellos.

—No —dije yo—. La dirección de este hotel iba incluida, al igual que los números de nuestras habitaciones. Y… —Le conté lo del matadero.

Mr. Crepsley dejó de pasearse.

—¡Murlough! —siseó—. Es una época de mi vida que pensaba que nunca tendría que volver a revivir.

—No lo entiendo —dijo Harkat—. ¿Cómo puede estar esto relacionado con Murlough? ¿Me estáis diciendo que está vivo y que… os ha tendido una trampa?

—No —dijo Mr. Crepsley—. Murlough está definitivamente muerto. Pero alguien debe saber que lo matamos. Y ese alguien es, casi con toda certeza, el responsable de esas muertes recientes. —Se sentó y se frotó la larga cicatriz que marcaba el lado izquierdo de su rostro—. Es una trampa.

Se produjo un largo y tenso silencio.

—No puede ser —dije al fin—. ¿Cómo han podido los vampanezes descubrir lo de Murlough?

—Desmond Tiny —respondió sombríamente Mr. Crepsley—. Él sabía lo de nuestro encuentro con Murlough, y debe habérselo dicho a los vampanezes. Pero no puedo entender por qué han falsificado el certificado de nacimiento y los formularios escolares. Si sabían tanto sobre nosotros, y dónde estamos, tendrían que haber venido a matarnos de un modo limpio y honorable, como hacen los vampanezes.

—Eso es cierto —señalé—. No se castiga a un asesino enviándole a la escuela. Aunque —añadí, rememorando mis antiguos días escolares— a veces es preferible la muerte a la clase doble de Ciencias los jueves por la tarde…

De nuevo se produjo un largo silencio. Harkat lo rompió al aclararse la garganta.

—Os parecerá una locura —dijo la Personita—, pero ¿y si Mr. Crepsley hubiera… enviado los formularios?

—¿Cómo?

—Podría haberlo hecho… en sueños.

—¿Crees que rellenó dormido un certificado de nacimiento y unos documentos escolares, y luego los envió a una escuela local? —Ni siquiera me molesté en reír.

—Cosas así ya han ocurrido antes —farfulló Harkat—. ¿Recordáis a Pasta
O'Malley
, del… Cirque du Freak? Leía libros por la noche, cuando estaba dormido. Nunca recordaba haberlos leído, pero si le preguntabas… algo de ellos, podía responder a todas tus preguntas.

—Me había olvidado de Pasta —murmuré, reflexionando sobre la idea de Harkat.

—Yo no puedo haber rellenado esos formularios —mantuvo firmemente Mr. Crepsley.

—Es raro —admitió Harkat—, pero a veces hacemos cosas extrañas… mientras dormimos. Tal vez tú…

—No —lo interrumpió Mr. Crepsley—. No lo entiendes. No puedo haber hecho eso porque… —Desvió la mirada, avergonzado —… no sé leer ni escribir.

Yo y Harkat nos quedamos mirando al vampiro como si tuviera dos cabezas.

—¡Claro que sabe leer y escribir! —exclamé—. ¡Puso su firma cuando nos registramos!

—Escribir el nombre de uno no es ninguna proeza —respondió en voz baja, herido en su dignidad—. Puedo leer los números y reconocer ciertas palabras (y soy capaz de interpretar mapas con bastante precisión), pero leer y escribir de verdad… —Meneó la cabeza.

—¿Cómo es posible que no sepa leer ni escribir? —pregunté con ignorancia.

—Las cosas eran diferentes cuando yo era joven. El mundo era más sencillo. No era necesario ser un maestro de la palabra escrita. Yo era el quinto hijo de una familia pobre y empecé a trabajar a la edad de ocho años.

—Pero… pero… —Lo señalé con el dedo—: ¡Usted me dijo que le encantaban las obras teatrales y los poemas de Shakespeare!

—Y me encantan —dijo—. Evanna me ha leído todas sus obras durante décadas. Y a Wordsworth, Keats, Joyce… y muchos otros. A

menudo traté de aprender a leer por mi cuenta, pero nunca llegué muy lejos.

—Esto es… Yo no… ¿Por qué no me lo dijo? —exclamé—. ¡Hace quince años que estamos juntos, y esta es la primera vez que lo menciona!

Se encogió de hombros.

—Asumí que lo sabías. Muchos vampiros son analfabetos. Por eso se ha escrito tan poco de nuestra historia y nuestras leyes… La mayoría de nosotros sería incapaz de leerlas.

Meneando la cabeza con exasperación, dejé a un lado la revelación del vampiro y me concentré en el problema más inmediato.

—Usted no rellenó los formularios: eso ha quedado claro. Entonces, ¿quién lo hizo y qué vamos a hacer al respecto?

Mr. Crepsley no tenía una respuesta para eso, pero Harkat hizo una sugerencia.

—Pudo haber sido Mr. Tiny —dijo—. Le encanta revolver las cosas. Quizás esta sea su idea… de una broma.

Reflexionamos sobre aquello.

—Esto me huele a él —admití—. No alcanzo a comprender por qué quiere que vuelva a la escuela, pero esta es la clase de bromas que imagino que le gusta gastar.

—Mr. Tiny parece ser el sospechoso más lógico —dijo Mr. Crepsley—. Los vampanezes no destacan por su sentido del humor. Ni elaboran tramas tan complejas. Al igual que los vampiros, son simples y directos.

—Supongamos que es él quien está detrás de todo esto —medité—. Aún nos queda el problema de decidir qué vamos a hacer. ¿Debería acudir a clase el lunes por la mañana? ¿O ignoramos la advertencia de Mr. Blaws y seguimos como hasta ahora?

—Preferiría que no fueras —dijo Mr. Crepsley—. La unión hace la fuerza. En este momento estamos bien preparados para defendernos en caso de ataque. Contigo en el colegio, no podríamos ayudarte si tuvieras problemas, ni podrías ayudarnos tú a nosotros si nuestros enemigos irrumpieran aquí.

—Pero si no voy —subrayé—, tendremos a los inspectores escolares (y cosas peores) pisándonos los talones.

—La otra opción es irnos —dijo Harkat—. Hacer las maletas y marcharnos.

—Habría que tenerlo en cuenta —admitió Mr. Crepsley—. No me gusta la idea de abandonar a esta gente a su suerte, pero si esto es una trampa ideada para separarnos, tal vez los asesinos se detengan si nos vamos.

—O podrían matar más —dije—, para inducirnos a volver.

Lo meditamos un poco más, sopesando nuestras opciones.

—Yo quiero quedarme —dijo Harkat finalmente—. Puede que nuestra vida peligre, pero quizás… esto signifique que estamos destinados a estar aquí. Tal vez sea en esta ciudad donde estamos destinados a… enfrentarnos de nuevo con el Lord Vampanez.

—Estoy de acuerdo con Harkat —dijo Mr. Crepsley—, pero este asunto tiene que decidirlo Darren. Como Príncipe, debe tomar esta decisión.

—Muchas gracias —repuse con sarcasmo.

Mr. Crepsley sonrió.

—Es tu decisión, y no sólo porque seas Príncipe, sino porque esto te atañe especialmente a ti: serás tú el que tenga que mezclarse con niños y profesores humanos, y el más vulnerable a un ataque. Sea una trampa de los vampanezes o un capricho de Mr. Tiny, no vas a tener una vida fácil si nos quedamos.

Tenía razón. Volver al colegio sería una pesadilla. No tenía ni idea de qué materias estudiaban los chicos de quince años. Las clases serían difíciles. Los deberes me volverían loco. Y tener que responder ante los profesores, después de seis años de haber regido a los vampiros como Príncipe… podría ser muy incómodo.

Pero a una parte de mí le atraía la idea. Volver a sentarme en un aula, aprender, hacer amigos, alardear de mis habilidades especiales en Educación Física, y tal vez hasta salir con algunas chicas…

—Al diablo con ello —dije, con una amplia sonrisa—. Si es una trampa, descubramos su juego. Si es una broma, demostremos que tenemos sentido del humor.

—¡Ese es el espíritu! —tronó Mr. Crepsley.

—Además —añadí, con una risita débil—, he soportado dos veces los Ritos de Iniciación, un viaje horroroso por una corriente subterránea, y me he enfrentado a asesinos, a un oso y a unos

jabalíes salvajes. Comparado con eso, ¿qué peligro puede haber en un colegio?

CAPÍTULO 4

Llegué a Mahler una hora antes de que comenzaran las clases. Había tenido un fin de semana muy ajetreado. Primero había ido a comprarme el uniforme: un jersey verde, una camisa verde clara, una corbata verde, unos pantalones grises y unos zapatos negros… además de los libros, los cuadernos y un paquete de folios A4, una regla, plumas y lápices, una goma, un juego de escuadras y un compás, así como una calculadora científica, cuyo conjunto de extraños botones (INV, SIN, COS, EE) no tenía ningún significado para mí. También tuve que comprarme un libro de control de ejercicios, en el que tenía que anotar todos los deberes que me asignaran, y donde Mr. Crepsley tendría que firmar cada noche, para confirmar que yo había hecho los deberes que me tocaban. Fui de compras yo solo, ya que Mr. Crepsley no podía moverse durante el día, y para Harkat, por su extraña apariencia, era mejor permanecer oculto. Regresé tarde al hotel con mis bolsas el sábado por la tarde, después de dos días de comprar sin parar. Luego recordé que también necesitaba una mochila, así que volví a salir corriendo en el último momento, a la velocidad del relámpago, a la tienda más cercana. Compré una sencilla mochila negra con mucho espacio para mis libros, y también una fiambrera de plástico.

Mr. Crepsley y Harkat se divirtieron muchísimo a costa de mi uniforme. La primera vez que me vieron con él puesto, caminando rígidamente, se estuvieron riendo durante diez minutos.

—¡Basta! —rugí, quitándome un zapato y lanzándoselo.

Me pasé el domingo con el uniforme puesto, paseándome por las habitaciones del hotel completamente vestido. No dejaba de rascarme y hacer movimientos nerviosos: había pasado mucho tiempo desde la última vez que llevé ropa tan ajustada. Esa noche

me afeité con cuidado y dejé que Mr. Crepsley me cortara el pelo. Después, Harkat y él se fueron a cazar vampanezes. Era la primera noche, desde que llegamos a la ciudad, que me quedaba atrás: tenía que ir al colegio al día siguiente, y necesitaba estar descansado. Para aprovechar el tiempo, elaboré un programa con el que podría ayudarles a buscar a los asesinos, pero las primeras noches se preveían difíciles y todos estuvimos de acuerdo en que lo mejor sería que yo abandonara la búsqueda durante un tiempo.

Me costó conciliar el sueño. Estaba tan nervioso como siete años atrás, cuando esperaba el veredicto de los Príncipes Vampiros tras fracasar en mis Ritos de Iniciación. Al menos entonces sabía qué era lo peor que podía ocurrirme (morir), pero no tenía ni idea de lo que me esperaba en esta extraña aventura.

Mr. Crepsley y Harkat estaban despiertos por la mañana para verme partir. Desayunaron conmigo y trataron de actuar como si no hubiera nada de qué preocuparme.

—Es una oportunidad maravillosa —dijo Mr. Crepsley—. A menudo te quejabas de la vida que habías perdido cuando te convertiste en semi-vampiro. Tienes la posibilidad de revivir tu pasado. Podrás volver a ser humano durante un tiempo. Será fascinante.

—Entonces, ¿por qué no va usted en mi lugar? —repliqué con brusquedad.

—Lo haría si pudiera —respondió inexpresivamente.

—Será divertido —me aseguró Harkat—. Te resultará raro al principio, pero te acostumbrarás con el tiempo. Y no te sientas inferior: esos niños sabrán… mucho más que tú de planes de estudio, pero tú eres… un hombre de mundo y sabes cosas que ellos… nunca aprenderán, por mucho que vivan.

—Tú eres un Príncipe —concordó Mr. Crepsley—, muy superior a cualquiera de ellos.

Sus esfuerzos no me ayudaron mucho, pero me alegraba que me apoyaran en lugar de mofarse de mí.

Después de desayunar, me preparé algunos sándwiches de jamón, los metí en mi mochila junto con un tarro pequeño de cebolla picada y una botella de zumo de naranja, y entonces llegó la hora de partir.

—¿Quieres que te acompañe hasta el colegio? —preguntó Mr. Crepsley inocentemente—. Tienes que cruzar muchos caminos peligrosos. O quizás puedas pedirle a una de esas señoritas que ayudan a los niños a cruzar la calle que te de la mano y…

—Olvídeme —gruñí, y salí, cerrando la puerta, con mi mochilla llena de libros.

***

Mahler era una escuela grande y moderna, con edificios que encuadraban una zona de recreo de cemento al aire libre. Cuando llegué, la puerta principal estaba abierta, así que entré y fui en busca del despacho del director. Las aulas y los despachos estaban claramente señalizados, y tardé un par de minutos en encontrar el despacho de Mr. Chivers, pero no había ni rastro del director. Pasó media hora… y Mr. Chivers sin aparecer. Me pregunté si Mr. Blaws habría olvidado decirle al director que yo vendría temprano, pero entonces recordé al hombrecillo del enorme maletín y decidí que no era la clase de persona que se olvida de cosas así. Tal vez Mr. Chivers había pensado encontrarme ante la entrada de la sala de profesores. Decidí ir a comprobarlo.

La sala de profesores podría haber albergado a veinticinco o treinta de ellos, pero sólo vi a tres cuando llamé y entré respondiendo a la voz de «Pase». Dos eran hombres de mediana edad, pegados a unas voluminosas sillas, leyendo enormes periódicos. La otra era una mujer corpulenta, ocupada clavando hojas de papel impreso a las paredes.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó la mujer con sequedad, sin darse la vuelta.

—Me llamo Darren Horston. Estoy buscando a Mr. Chivers.

—Mr. Chivers aún no ha llegado. ¿Tenías una cita?

—Hum… sí. Eso creo.

—Entonces, espérale fuera de aquí. Esta es la sala de profesores.

—Ah. De acuerdo.

Cerré la puerta, recogí mi mochila y regresé al despacho del director. Seguía sin haber rastro de él. Esperé diez minutos más, y

luego fui a buscarlo de nuevo. Esta vez fui hacia la entrada del colegio, donde encontré a un grupo de adolescentes apoyados contra una pared, hablando en voz alta, bostezando, riendo, insultándose amistosamente unos a otros y diciendo palabrotas.

Llevaban el uniforme de Mahler, como yo, pero ellos lo lucían de manera natural.

Me acerqué a una pandilla de cinco chicos y dos chicas. Estaban de espaldas a mí y hablaban de algún programa que habían visto en televisión la noche anterior. Me aclaré la garganta para atraer su atención, luego sonreí y le tendí la mano al chico que tenía más cerca cuando se dio la vuelta.

—Darren Horston —dije, sonriendo ampliamente—. Soy nuevo. Estoy buscando a Mr. Chivers. No lo habrás visto, ¿verdad?

El chico se quedó mirando mi mano (sin estrecharla), y luego me miró a la cara.

—¿Pasa contigo? —farfulló.

—Me llamo Darren Horston —repetí—. Estoy buscando a…

—

T'oí

a la primera —me interrumpió, rascándose la nariz y observándome con suspicacia.

—Tembleques

n'a

venío toavía —dijo una chica, soltando una risita tonta como si hubiera dicho algo gracioso.

—Tembleques nunca

vien'antes

de las nueve y diez —bostezó uno de los chicos.

—Y los lunes, toavía más tarde —dijo la chica.

—Todos lo saben —añadió el chico que había hablado primero.

—Ah —murmuré—. Bueno, como ya he dicho, soy nuevo, así que no se puede esperar que sepa lo mismo que saben los demás, ¿verdad? —Sonreí, complacido por haber expuesto un argumento tan inteligente en mi primer día en la escuela.

—Vete a la mierda, gilipollas —dijo el chico en respuesta, que no era exactamente la que yo habría esperado.

—¿Perdón? —parpadeé.

—Ya
m’as
oído. —Se enfrentó a mí. Era una cabeza más alto que yo, con el cabello oscuro y un desagradable estrabismo. Yo podía noquear a cualquier ser humano de esa escuela, pero lo olvidé por un momento y retrocedí, confundido ante su reacción.

—Venga, Smickey —rió uno de los otros chicos—. ¡Mételе!

—Nah. —El chico llamado Smickey esbozó una sonrisa de suficiencia—. Paso
d’él
.

Me dio la espalda, reanudando su conversación con los demás como si nada la hubiera interrumpido. Tembloroso y confundido, me alejé con los hombros hundidos. Al llegar a una esquina, inaudible para el oído de un ser humano pero no para el de un vampiro, oí decir a una de las chicas:

—¡Qué tío más raro!

—¿Habéis visto la mochila que llevaba? —rió Smickey—. ¡Era del tamaño de una vaca! ¡Debe llevar dentro la mitad de los libros del país!

—Y hablaba raro —dijo la chica.

—Y tenía una pinta toavía más rara —agregó la otra chica—. Con esas cicatrices y esas marcas rojas en la piel… ¿Y os fijasteis en ese corte de pelo tan penoso? ¡Parecía algo escapao del zoo!

—Es verdad —dijo Smickey—. ¡Y también olía igual!

La pandilla se echó a reír, y luego la charla volvió a girar en torno al programa de televisión. Subí penosamente las escaleras, apretando la mochila contra mi pecho, sintiéndome muy pequeño y avergonzado de mi pelo y mi apariencia, y me situé junto la puerta de Mr. Chivers, cabizbajo, esperando tristemente a que apareciera el director.

Había sido un comienzo desalentador, y aunque me hubiera gustado pensar que las cosas sólo podrían mejorar, tuve una desagradable sensación en la boca del estómago que me advertía que iban a ponerse mucho peor.

CAPÍTULO 5

Mr. Chivers llegó poco después de las nueve y cuarto, resoplando y con la cara roja (más tarde me enteré de que venía a la escuela en bicicleta). Pasó deprisa ante mí sin decirme nada, abrió la puerta de su despacho y fue dando traspiés hasta la ventana, donde se quedó mirando hacia abajo, al cuadrado de cemento. Descubrió a alguien, subió la ventana y rugió:

—¡Kevin O'Brien! ¿Ya te han expulsado de clase?

—¡No ha sido culpa mía, señor! —gritó un jovencito—. ¡A mi pluma se le cayó la tapa dentro de mi mochila y echó a perder mis deberes! ¡Podría haberle ocurrido a cualquiera, señor! ¡No creo que deban expulsarme por…!

—¡Preséntate en mi despacho en tu próxima clase libre, O'Brien! —le interrumpió Mr. Chivers—. ¡Hay algunos suelos que fregar!

—¡Oooh, señor!

Mr. Chivers bajó bruscamente la ventana.

—¡Tú! —dijo, indicándome que me acercara con un gesto—. ¿Por qué estás aquí?

—Soy…

—No habrás roto una ventana, ¿verdad? —me cortó—. ¡Porque si lo has hecho, te costará sudor y sangre pagarla!

—No he roto ninguna ventana —respondí con brusquedad—. No he tenido tiempo de romper nada. He estado pegado a su puerta desde las ocho, esperándole. ¡Llega tarde!

—¿Eh? —Se sentó, sorprendido por mi actitud directa—. Lo siento. Se me desinfló un neumático. Fue el pequeño monstruo que

vive dos pisos más abajo. Él… —Se aclaró la garganta, recordando quién era y frunciendo el ceño—. Eso no es de tu incumbencia. ¿Quién eres y por qué me esperabas?

—Me llamo Darren Horston. Soy…

—… ¡el chico nuevo! —exclamó—. Lo siento… Había olvidado que vendrías. —Se levantó y me estrechó la mano, moviéndola de arriba a abajo—. Estuve fuera este fin de semana (haciendo senderismo), y no volví hasta anoche. Dejé una nota pegada a la nevera el viernes, pero debió perderse esta mañana.

—No pasa nada —dije, liberando mis dedos de su mano sudorosa—. Ya está aquí. Más vale tarde que nunca.

Me estudió con curiosidad.

—¿Así es como te dirigías a tu anterior director? —preguntó.

Recordé cómo me echaba a temblar cuando estaba ante la directora de mi antiguo colegio.

—No —dije, ahogando una risita.

—Bien, porque así tampoco debes dirigirte a mí. No soy un tirano, pero no tolero impertinencias. Sé respetuoso cuando me hables, y añade «señor» al final. ¿Entendido?

Inspiré profundamente.

—Sí. —Una pausa—. Señor.

—Mejor —gruñó, y luego me invitó a sentarme. Abrió un cajón, sacó un documento y lo examinó concienzudamente, en silencio—. Buenas notas —dijo, al cabo de un par de minutos, dejándolo a un lado—. Si consigues lo mismo aquí, no tendremos quejas.

—Lo haré lo mejor que pueda. Señor.

—Es todo lo que pedimos.

Mr. Chivers estudiaba mi rostro, fascinado por mis cicatrices y quemaduras.

—Lo has pasado mal, ¿verdad? —comentó—. Debió ser horrible estar atrapado en un edificio en llamas.

—Sí, señor.

Aquello figuraba en el informe que me había enseñado Mr. Blaws: según los formularios que había rellenado mi «padre», yo había sufrido serias quemaduras en el incendio de una casa, cuando tenía doce años.

—¡Tranquilo, bien está lo que bien acaba! Estás vivo y en activo,

y no importa nada más.

Se levantó, guardó el documento, se miró la parte delantera de su traje (tenía manchas de huevo y migas de tostada en la corbata, que se sacudió), y fue hacia la puerta, pidiéndome que lo siguiera.

Mr. Chivers me llevó a visitar rápidamente las instalaciones del colegio, señalándome el aula de Informática, la sala de reuniones, el gimnasio y las aulas principales. La escuela había sido una academia de música, de ahí su nombre (Mahler era un compositor famoso), pero la habían cerrado veinte años atrás, para reabrirla como escuela normal.

—Aún damos gran importancia a las dotes musicales —me dijo Mr. Chivers mientras echábamos un vistazo a una gran habitación con media docena de pianos—. ¿Tocas algún instrumento?

—La flauta —respondí.

—¡Un flautista! ¡Espléndido! No hemos tenido un flautista decente desde que Siobhan Toner se graduó hace tres (¿o cuatro?) años. Tendremos que ponerte a prueba para ver de qué estas hecho, ¿eh?

—Sí, señor —respondí débilmente. Imaginé que hablábamos de cosas distintas: él se refería a tocar flautas de verdad, mientras que yo sólo sabía emitir un silbido enlatado… pero no sabía si era un buen momento para aclarárselo. Al final mantuve la boca cerrada, esperando que se olvidara de mi supuesto talento como flautista.

Me explicó que cada clase duraba cuarenta minutos. Había un recreo de diez minutos a las once; cincuenta minutos para almorzar a la una y diez; las clases terminaban a las cuatro.

—Las retenciones, de cuatro y media a seis —me informó—, pero espero que, en tu caso, no sean necesarias, ¿eh?

—Espero que no, señor —respondí dócilmente.

La visita concluyó con el regreso a su oficina, donde me entregó mi horario. Era una lista espantosa: Lengua1, Historia, Geografía, Ciencias, Matemáticas, Dibujo Técnico, dos idiomas modernos, e Informática. Y doble dosis de Educación Física los miércoles. Tenía tres clases libres, una los lunes, otra los martes y otra los jueves. Mr. Chivers dijo que podían dedicarse a las actividades extra-escolares, como Música u otras lenguas, o a estudiar.

Volvió a estrecharme la mano, deseándome la mejor de las

suertes y diciéndome que lo llamara si me encontraba en alguna dificultad. Tras advertirme que no rompiera ninguna ventana ni les causara quebraderos de cabeza a los profesores, me acompañó hasta el pasillo, y allí me dejó. Eran las diez menos veinte. Sonó una campana. Era la hora de mi primera clase del día: Geografía.

La clase transcurrió bastante bien. Me había pasado los seis últimos años estudiando mapas minuciosamente y manteniéndome informado sobre el desarrollo de la Guerra de las Cicatrices, así que tenía una mejor noción de la forma del mundo que la mayoría de mis compañeros de clase. Pero no sabía nada sobre Geografía humana (gran parte de la clase giraba en torno a la economía y la cultura, y el modo en que los seres humanos daban forma a su entorno), y me sentía perdido cada vez que la charla se desviaba de las cordilleras y los ríos a los sistemas políticos y las estadísticas de población.

Pese a mi limitado conocimiento de los seres humanos, la Geografía fue un comienzo tan sencillo como habría podido desear. El profesor era amable, podía seguir el hilo de la mayoría de las cosas que explicaba, y pensé que podría alcanzar el mismo nivel que el resto de la clase en unas cuantas semanas.

Las Matemáticas, que era lo que venía a continuación, eran un asunto completamente distinto. Después de cinco minutos ya sabía que tendría problemas. Yo sólo había estudiado Matemáticas básicas en la escuela, y había olvidado la mayor parte de lo poco que había aprendido. Sabía dividir y multiplicar, pero hasta ahí llegaban mis conocimientos… los cuales, como enseguida descubrí, no eran suficientes.

—¿Quieres decir que nunca has hecho álgebra? —exclamó mi profesor, un hombre feroz llamado Mr. Smarts—. ¡Claro que la has hecho! ¡No me tomes por idiota, muchacho! ¡Ya sé que eres nuevo, pero no creas que eso te va a librar! Abre el libro por la página dieciséis y haz el primer grupo de problemas. Recogeré tu trabajo al salir de clase y veré en dónde te encuentras.

Donde yo me encontraba era fuera, al margen de todo, a cientos de kilómetros de distancia. ¡Ni siquiera podía leer los problemas de la página dieciséis, y mucho menos solucionarlos! Busqué en las páginas anteriores, intentando copiar los ejemplos, pero no tenía ni

idea de lo que estaba haciendo. Cuando Mr. Smarts recogió mi tarea diciendo que la revisaría durante el recreo y que me la devolvería esa tarde en la clase de Ciencias (que también tenía con él), me encontraba demasiado abatido para darle las gracias por su prontitud.

El recreo no fue mejor. Me pasé los diez minutos vagando solo, con todas las miradas del patio clavadas en mí. Intenté trabar amistad con algunas de las personas a las que había visto en mis dos primeras clases, pero no querían tener nada que ver conmigo. Mi aspecto, mi olor y mi forma de actuar les resultaban raros, y había algo en mí que no les encajaba. Los profesores aún no me habían calado, pero los chicos sí. Sabían que yo no pertenecía allí.

Aunque mis compañeros de estudios hubieran intentado hacerme sentir bienvenido, me habría costado adaptarme. No sabía nada de las películas y los programas de televisión de los que ellos hablaban, ni de estrellas de rock ni estilos de música, ni de libros ni comics. Su forma de hablar también era extraña: gran parte de su jerga era incomprensible para mí.

Tenía Historia después del recreo. Solía ser una de mis asignaturas favoritas, pero este programa de estudios era mucho más avanzado de lo que había sido el mío. La clase se centró en la Segunda Guerra Mundial, que había estado estudiando durante mis últimos meses como ser humano. Entonces sólo había tenido que aprenderme los principales eventos de la guerra y los líderes de los diversos países. Pero de un chico de quince años, que en teoría había avanzado con el sistema, se esperaba que conociera de cabo a rabo las batallas, los nombres de los generales, la gran repercusión de la guerra en la sociedad, y todo eso.

Le expliqué a mi profesora que nos habíamos centrado en Historia Antigua en mi antiguo colegio, y me felicité a mí mismo por haber dado una respuesta tan inteligente… pero entonces ella dijo que había una pequeña clase de Historia Antigua en Mahler, y que lo primero que haría al día siguiente sería trasladarme allí.

¡Ay, ay, ay, ay, ay!

La siguiente clase era Lengua. Le tenía pavor. Podía apañármelas con asignaturas como Geografía e Historia diciendo que había seguido un programa de estudios distinto. ¿Pero cómo iba a explicar

mi ignorancia en Lengua? Podía simular que no había leído los mismos libros y poemas que los demás, pero ¿qué ocurriría cuando el profesor me preguntara cuáles había leído? ¡Estaba perdido!

En el aula había una mesa libre cerca de la primera fila, y allí tuve que sentarme. Nuestro profesor se había retrasado. Debido a las dimensiones de la escuela, profesores y alumnos llegaban a menudo un poco tarde a clase. Pasé un par de minutos ojeando ansiosamente el libro de poesía que había comprado el viernes pasado, tratando de memorizar con desesperación algunos fragmentos de poemas al azar, con la esperanza de poder engañar al profesor con ellos.

La puerta del aula se abrió, el nivel del ruido descendió y todo el mundo se puso en pie.

—Sentaos, sentaos —dijo una profesora, dirigiéndose directamente hacia su mesa, donde puso su pila de libros. Se encaró con la clase, sonriendo y echándose hacia atrás los negros cabellos. Era una mujer negra, joven y bonita—. He oído que tenemos un nuevo alumno —dijo, buscándome con la mirada—. Por favor, ¿podrías ponerte en pie para que pueda identificarte?

Me levanté y alcé la mano, sonriendo con nerviosismo.

—Aquí —dije.

—Cerca de la primera fila —dijo con una sonrisa radiante—. Buena señal. Bueno, tengo tu nombre y los detalles anotados en alguna parte. Dame un minuto y…

Se estaba volviendo para echar un vistazo entre sus libros y sus papeles cuando se detuvo repentinamente, como si hubiera recibido una bofetada. Me miró intensamente y dio un paso al frente. Su rostro se iluminó, y exclamó:

—¿Darren Shan?

—Hum… Sí… —Sonreí nerviosamente. No tenía ni idea de quién era ella, y rebusqué en mi almacén de recuerdos (¿se alojaba en el mismo hotel que yo?), cuando algo en la forma de su boca y de sus ojos pulsó un interruptor en el interior de mi cerebro. Dejé mi mesa y avancé varios pasos hacia ella, hasta que sólo nos separó un metro, y estudié su rostro sin poder creérmelo.

—¿Debbie? —inquirí con voz ahogada—. ¿Debbie Hemlock?

CAPÍTULO 6

—¡Darren! —chilló Debbie, rodeándome con sus brazos.

—¡Debbie! —grité yo, abrazándola con fuerza.

¡Mi profesora de Lengua era Debbie Hemlock, mi ex novia!

—¡Apenas has cambiado! —dijo Debbie con voz ahogada.

—¡Tú estás tan distinta! —reí yo.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—¿Cómo te hiciste profesora?

Y luego, los dos juntos:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Nos detuvimos, con los ojos muy abiertos, sonriendo como locos. Ya no nos abrazábamos, pero estábamos cogidos de las manos. A nuestro alrededor, mis compañeros de clase nos miraban boquiabiertos, como si estuvieran presenciando el fin del universo.

—¿Dónde has…? —empezó a preguntar Debbie, y entonces echó un vistazo alrededor. Dándose cuenta de que éramos el centro de atención, me soltó las manos y sonrió tímidamente—. Darren y yo somos viejos amigos —explicó a la clase—. No nos habíamos visto desde…

Se detuvo de nuevo, esta vez con el ceño fruncido.

—Disculpadnos —murmuró.

Me tomó de la mano y me condujo bruscamente hacia la salida. Cerró la puerta y me apoyó contra una pared, y tras asegurarse de que nos encontrábamos solos en el pasillo, se inclinó sobre mí y siseó:

—¿Dónde diablos has estado metido todos estos años?

—Aquí y allá —sonreí, con mis ojos vagando por su rostro, pasmado ante lo mucho que había cambiado. También era más alta… Más de lo que yo era ahora.

—¿Por qué sigues teniendo la misma cara? —preguntó con brusquedad—. Estás casi exactamente igual a como te recordaba. Parece que tengas uno o dos años más… ¡pero han pasado trece años!

—Cómo vuela el tiempo. —Sonreí con satisfacción, y seguidamente le robé un beso fugaz—. Cuánto me alegro de volver a verla, señorita Hemlock.

Debbie se quedó inmóvil ante el beso, y luego dio un paso atrás.

—No hagas eso.

—Lo siento. Es que me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte. Pero si alguien me ve besando a un alumno…

—Oh, Debbie, en realidad yo no soy un alumno, y tú lo sabes. Soy lo bastante mayor como para ser… Bueno, ya sabes lo mayor que soy.

—Eso pensaba. Pero tu cara… —Observó la forma de mi mandíbula, y luego mis labios, mi nariz, y la pequeña cicatriz triangular sobre mi ojo derecho—. Has estado en la guerra —comentó.

—No me creerías si te dijera cuánta razón tienes —sonreí.

—Darren Shan. —Meneó la cabeza y repitió mi nombre—: Darren Shan.

¡Y entonces me dio una bofetada!

—¿A qué ha venido eso? —aullé.

—A que te marchaste sin despedirte y me arruinaste la Navidad —gruñó.

—Eso fue hace trece años. No es posible que aún estés enfadada.

—Los Hemlock podemos guardar rencor durante mucho, mucho tiempo —respondió, pero en sus ojos chispeaba una sonrisa.

—Te dejé un regalo de despedida —dije.

Por un momento se quedó en blanco. Luego lo recordó.

—¡El árbol!

Yo y Mr. Crepsley habíamos matado al vampanez loco (Murlough) en casa de Debbie, la víspera de Navidad, tras utilizarla como cebo para hacerlo salir de su guarida. Antes de irnos, yo había colocado y decorado para ella un pequeño árbol de Navidad junto a su cama (previamente había drogado a Debbie y a sus padres, así

que estaban inconscientes cuando Murlough atacó).

—Había olvidado lo del árbol —murmuró—. Lo cual nos lleva a otra cuestión: ¿qué ocurrió antes de eso? Estábamos sentados a la mesa y nos disponíamos a cenar, y de repente me desperté en mi cama, ya tarde, el día de Navidad. Mamá y papá también despertaron en sus camas, sin la menor idea de cómo habían llegado hasta allí.

—¿Cómo están Donna y Jesse? —inquirí, intentando eludir su pregunta.

—Bien. Papá sigue viajando por el mundo, yendo a donde su trabajo lo lleve, y mamá empezó una nueva… No —dijo, dándome un empujón en el pecho—. Olvídate de mí. Yo quiero saber lo que te ha pasado a ti. Durante trece años has sido un grato recuerdo. Intenté encontrarte unas cuantas veces, pero desapareciste sin dejar rastro. Ahora reapareces en mi vida como si nada, como si los años hubieran sido meses. Quiero saber qué pasó.

—Es una larga historia —suspiré—. Y compleja.

—Tengo tiempo —replicó, tomando aire.

—No, no lo tienes —la contradije, moviendo la cabeza hacia el aula cerrada.

—Maldita sea, los había olvidado.

Fue a zancadas hacia la puerta y la abrió. Dentro, los chicos estaban hablando en voz alta, pero se interrumpieron al ver a su profesora.

—¡Sacad los libros! —dijo secamente—. Estaré con vosotros enseguida.

Me encaró de nuevo, y dijo:

—Tienes razón, no tenemos tiempo. Y tengo la agenda llena para el resto del día. Tengo que acudir a una reunión de profesores durante el recreo. Pero tenemos que vernos pronto y hablar.

—¿Qué tal después de clase? —sugerí—. Volveré a casa, me cambiaré de ropa, y podremos vernos… ¿dónde?

—En mi casa —dijo Debbie—. Vivo en el tercer piso de un bloque de apartamentos. En el 3.ºC de Bungrove Drive. A pie, está a diez minutos de aquí.

—La encontraré.

—Pero dame un par de horas para corregir los deberes —dijo—.

No vengas antes de las seis y media.

—Por mí, perfecto.

—Darren Shan —susurró, con una pequeña sonrisa levantando las comisuras de sus labios—. ¿Quién lo hubiera creído? —Se inclinó hacia mí, y pensé (¡esperé!) que iba a besarme, pero entonces se detuvo, adoptó una expresión severa y me hizo retroceder delante de ella hacia la clase.

***

La clase transcurrió en un borrón. Debbie ponía todo su empeño en no dedicarme una atención especial, pero sus ojos no dejaban de buscarme y era incapaz de dejar de sonreír. Los otros chicos se dieron cuenta del evidente lazo que existía entre nosotros y ese fue el tema de conversación en la hora del recreo. Si los estudiantes me habían tratado con suspicacia al comenzar el día, ahora actuaban con absoluta cautela y todos se mantenían a distancia.

Las últimas clases pasaron rápidamente. No me importaban ni mi escasez de conocimientos ni mi ignorancia en aquellos temas. Dejé de preocuparme y de intentar actuar como si tuviera idea de algo. Sólo podía pensar en Debbie. Y cuando Mr. Smarts me arrojó mis deberes de Matemáticas en la clase de Ciencias, berreando rabiosamente, yo me limité a sonreír, asintiendo sin prestarle atención.

Al acabar la jornada volví a toda prisa al hotel. Me habían dado la llave de una taquilla, donde se suponía que debía dejar mis libros, pero estaba tan excitado que no me molesté en hacerlo, y volví a casa cargando con la mochila llena de libros. Mr. Crepsley aún estaba en la cama cuando llegué, pero Harkat estaba despierto, y le conté apresuradamente cómo había sido mi primer día y mi reencuentro con Debbie.

—¿No es maravilloso? —concluí sin aliento—. ¿No es increíble? ¿No es lo más…? —No se me ocurría ninguna manera de describirlo, así que simplemente lancé las manos al aire y grité—: ¡Yujuuu!

—Es genial —dijo Harkat, con su ancha boca desplegada en una

aserrada sonrisa, pero no parecía contento.

—¿Qué pasa? —pregunté, leyendo la inquietud en sus redondos ojos verdes.

—Nada —dijo—. Es genial. De veras. Me alegro mucho por ti.

—No me mientas, Harkat. Hay algo que te corroe. ¿Qué es?

Y me salió con esto:

—¿No parece un poquito… demasiado casual?

—¿Qué quieres decir?

—De todos los colegios a los que podías haber ido… y de todos los profesores del mundo… ¿acabas justo donde… tu antigua novia está enseñando? ¿Y en su clase?

—Así es la vida, Harkat. Ocurren cosas extrañas todo el tiempo.

—Sí —admitió la Personita—. Y a veces ocurren… por casualidad. Pero otras veces porque… han sido preparadas.

Me estaba desabotonando la camisa tras haberme quitado el jersey y la corbata, y en ese momento me detuve, con los dedos en los botones, escrutándole.

—¿De qué estás hablando?

—De que hay algo que huele a podrido. Si te hubieras encontrado con Debbie en la calle… habría sido distinto. Pero estás en su clase, y en un colegio donde… no deberías estar. Alguien lo arregló todo para que fueras a Mahler, alguien que… sabe lo de Murlough y conoce tu pasado.

—¿Crees que la persona que falsificó nuestras firmas sabía que Debbie estaba trabajando en Mahler? —pregunté.

—Eso es obvio —dijo Harkat—. Y sólo eso es motivo de preocupación. Pero hay algo más que… deberíamos tener en cuenta. ¿Y si la persona que te tendió la trampa no sólo conoce a Debbie? ¿Y si fuera Debbie?

CAPÍTULO 7

No podía creer que Debbie estuviera aliada con los vampanezes o con Mr. Tiny, ni que hubiera tomado parte en la trampa que me habían tendido para que fuera a Mahler. Le expliqué a Harkat lo atónita que se había quedado al verme, pero él dijo que podía haberlo fingido.

—Si se tomó tantas molestias para hacerte… ir allí, lo raro sería que no se hubiera mostrado sorprendida —señaló.

Meneé la cabeza con obstinación.

—Ella no haría algo así.

—No la conozco, así que no puedo formarme… una opinión. Pero en realidad, tú tampoco la conoces. Era una niña cuando… la viste por última vez. La gente cambia cuando crece.

—¿Piensas que no debería fiarme de ella?

—No estoy diciendo eso. Tal vez sea sincera. Tal vez no tenga nada que ver con la falsificación de los… formularios, o con que tú estés allí. Podría ser una… enorme coincidencia. Pero tenemos que ser cautelosos. Ve a verla, pero… vigílala. Ten cuidado con lo que dices. Hazle algunas preguntas trampa. Y lleva un arma.

—No podría hacerle daño —dije en voz baja—. Aunque estuviera conspirando contra nosotros, de ningún modo podría matarla.

—Llévala de todas formas —insistió Harkat—. Si está trabajando para los vampanezes, puede que… no sea ella contra quien tengas que usarla.

—¿Crees que los vampanezes puedan estar allí, a la espera?

—Tal vez. No alcanzamos a entender por qué… los vampanezes (si es que son ellos los que están detrás de los formularios falsos) querrían enviarte… al colegio. Si están trabajando con Debbie (o…

utilizándola), eso podría explicarlo.

—¿Quieres decir que pretenden que me quede a solas con Debbie para cogerme?

—Puede ser.

Asentí pensativamente. No creía que Debbie trabajara para nuestros enemigos, pero era posible que la estuvieran manipulando para atraparme.

—¿Cómo debemos manejar esto? —pregunté.

Los ojos verdes de Harkat traicionaron su incertidumbre.

—No estoy seguro. Sería una estupidez ir directos a… una trampa. Pero a veces hay que correr riesgos. Quizás esta sea nuestra forma de descubrir… a los que quieren atraparnos.

Me mordí el labio inferior, meditando sobre ello durante un rato, y luego tomé la decisión más razonable: ir a despertar a Mr. Crepsley.

***

Toqué el timbre del 3.ºC y esperé. Momentos después, la voz de Debbie sonó por el interfono.

—¿Darren?

—El único e inimitable.

—Llegas tarde. —Eran las siete y veinte. Se estaba poniendo el Sol.

—Estaba haciendo los deberes. La culpa es de mi profesora de Lengua: es un auténtico dragón.

—Ja-fuoooghs-ja.

Se oyó un zumbido y se abrió la puerta. Hice una pausa antes de entrar, mirando al otro lado de la calle, hacia el bloque de apartamentos de enfrente. Descubrí una sombra al acecho en el tejado: Mr. Crepsley. Harkat estaba detrás del edificio de Debbie. Ambos vendrían corriendo a rescatarme al primer indicio de problemas. Ese era el plan que habíamos trazado. Mr. Crepsley había sugerido una rápida retirada (las cosas se habían complicado demasiado para su gusto), pero cuando yo hice valer mi autoridad, aceptó sacar partido de la situación para intentar cambiar las tornas

con nuestros oponentes… si aparecían.

—Si se produce un enfrentamiento —me avisó antes de salir—, puede que no sea posible escoger los objetivos. Tú no estás preparado para levantar la mano contra tu amiga, pero yo sí, si trabaja para el enemigo. Si eso ocurre, no te interpongas en mi camino.

Asentí sombríamente. No estaba seguro de poder quedarme al margen y dejar que le hiciera daño a Debbie, aunque fuera cierto que estuviera conspirando en contra nuestra… pero lo intentaría.

Subí trotando por las escaleras, dolorosamente consciente de los dos cuchillos que llevaba, atados con una correa a mis pantorrillas para que no se vieran. Esperaba no tener que usarlos, pero era bueno saber que estaban ahí por si los necesitaba.

La puerta del 3.ºC estaba abierta, pero llamé antes de entrar.

—Entra —dijo Debbie—. Estoy en la cocina.

Cerré la puerta, pero sin echar el cerrojo. Escudriñé rápidamente el apartamento. Muy ordenado. Varias estanterías repletas de libros. Un reproductor de CDs y un mueble con un montón de ellos. Una televisión portátil. Un póster de la portada de El Señor de los Anillos en una pared, y una foto de Debbie con sus padres en otra.

Debbie salió de la cocina. Llevaba un largo delantal rojo y tenía harina en el pelo.

—Me aburrí de esperarte —dijo—, así que me puse a hacer bollos. ¿Te gustan con pasas o sin pasas?

—Sin pasas —respondí, y sonreí mientras volvía a meterse en la cocina. ¡Los asesinos y sus secuaces no vienen a recibirte con harina en el pelo! Cualquier duda que tuviera sobre Debbie se desvaneció rápidamente, y supe que no tenía nada que temer de ella. Pero no bajé la guardia: Debbie no suponía una amenaza, pero podría haber vampanezes en la habitación de al lado o merodeando por la escalera de incendios.

—¿Cómo te fue en tu primer día de clases? —preguntó Debbie, mientras yo deambulaba por la sala de estar.

—Fue extraño. No había estado en la escuela desde… Bueno, desde hace mucho tiempo. Han cambiado muchas cosas. Cuando estaba… —Me detuve. La portada de un libro había atraído mi atención: Los tres mosqueteros—. ¿Donna aún te hace leer eso?

Debbie asomó la cabeza por la entrada y miró el libro.

—Ah —rió—. Lo estaba leyendo cuando nos conocimos, ¿verdad?

—Sí. Lo odiabas.

—¿De veras? Es curioso… Ahora me encanta. Es uno de mis favoritos. Siempre se lo recomiendo a mis alumnos.

Meneé la cabeza con gesto irónico, dejando el libro a un lado y yendo a ver la cocina. Era pequeña, pero profesionalmente organizada. Había un delicioso olor a pasta fresca.

—Donna te enseñó bien —comenté. La madre de Debbie había sido cocinera.

—No dejó que me fuera de casa hasta que aprendí a manejarme en la cocina —sonrió Debbie—. Graduarme en la universidad fue más fácil que pasar sus pruebas.

—¿Fuiste a la universidad? —pregunté.

—Si no hubiera ido, no sería profesora.

Metió una bandeja de bollos crudos en un horno pequeño, apagó la luz y me indicó con un gesto que volviera a la sala de estar. Mientras me dejaba caer en una de sus mullidas butacas, fue hacia el mueble de los CDs y buscó algo que poner.

—¿Alguna preferencia?

—La verdad es que no.

—No tengo mucho pop ni rock. ¿Jazz o clásica?

—Me da lo mismo.

Escogió un CD, lo sacó de su carcasa, lo introdujo en el reproductor y lo puso en marcha. Se quedó parada ante el reproductor un par de minutos mientras una música fluida y animada llenaba el aire.

—¿Te gusta? —preguntó.

—No está mal. ¿Qué es?

—El Titán. ¿Sabes de quién es?

—¿De Mahler? —aventuré.

—Exacto. Escogí este para que te familiarizaras con él. A Mr. Chivers le disgusta que sus estudiantes no reconozcan a Mahler.

Debbie tomó asiento en la silla contigua a la mía y estudió mi rostro en silencio. Me sentí incómodo, pero no aparté la cara.

—Bien —suspiró—. ¿Quieres contarme qué ocurrió?

Había acordado con Mr. Crepsley y Harkat lo que le contaría, así que empecé a relatarle sin demora la historia que habíamos urdido. Le dije que padecía una enfermedad del crecimiento, que me hacía envejecer más lentamente que la gente normal. Le recordé al niño-serpiente, Evra Von, a quien ella había conocido, y le expliqué que los dos éramos pacientes de una clínica especial.

—¿No erais hermanos? —preguntó.

—No. Y el hombre con el que estábamos no era nuestro padre. Era un enfermero del hospital. Por eso nunca te lo presenté. Era divertido que pensaras que yo era una persona normal, y no quería que él me lo estropeara.

—Entonces, ¿qué edad tienes? —inquirió.

—No soy mucho mayor que tú —respondí—. La enfermedad no se manifestó hasta que cumplí los doce años. Hasta ese momento, no era muy distinto de los otros niños.

Reflexionó sobre aquello a su manera, meticulosa y meditabunda.

—Si eso es verdad —dijo—, ¿qué es lo que estás haciendo ahora en el colegio? ¿Y por qué escogiste el mío?

—No sabía que tú trabajabas en Mahler —repuse—. Fue una decisión inesperada. Volví a la escuela porque… Es difícil de explicar. No recibí una educación apropiada mientras crecía. Era rebelde y pasaba mucho tiempo pescando o jugando al fútbol en vez de estudiar. Últimamente me sentía como si me hubiera perdido algo. Hace unas semanas, conocí a un hombre que falsificaba papeles: pasaportes, certificados de nacimiento, y cosas así. Le pedí que me hiciera un DNI falso, para poder fingir que tenía quince años.

—Pero ¿por qué? —preguntó Debbie—. ¿Por qué no fuiste a una escuela nocturna para adultos?

—Porque, aparentemente, no soy un adulto. —Compuse una expresión afligida—. No sabes lo triste que es crecer tan despacio, tener que dar explicaciones a los extraños, saber lo que dicen de mí. No me relaciono mucho. Vivo solo y encerrado en casa la mayor parte del tiempo. Sentí que esta era una oportunidad para aparentar que era normal. Pensé que podría integrarme entre la gente a la que más me parecía: los quinceañeros. Esperaba que, si me vestía y

hablaba como ellos, e iba al colegio con ellos, tal vez me aceptarían y no me sentiría tan solo. —Bajé los ojos y añadí lastimeramente—: Supongo que aquí termina la farsa.

Se produjo un silencio significativo. Luego, Debbie dijo:

—¿Por qué habría de ser así?

—Porque tú lo sabes. Se lo dirás a Mr. Chivers y tendré que irme.

Debbie se acercó más y tomó mi mano entre las suyas.

—Creo que estás loco —dijo—. Prácticamente toda la gente que conozco no ve el momento de dejar la escuela, y aquí estás tú, desesperado por volver. Pero te admiro por eso. Pienso que es genial que quieras aprender. Creo que eres muy valiente, y no voy a decir nada.

—¿De veras?

—Creo que acabarán por descubrirte (es imposible ocultar algo así por mucho tiempo), pero yo no voy a chivarme.

—Gracias, Debbie. Yo… —Me aclaré la garganta y miré nuestras manos unidas—. Me gustaría darte un beso (de agradecimiento), pero no sé si querrás…

Debbie frunció el ceño, y supe lo que estaba pensando (¿estaba bien que una profesora se dejara besar por uno de sus alumnos?). Luego dejó escapar una risita y dijo:

—De acuerdo… pero sólo en la mejilla.

Levanté la cabeza, me incliné y rocé su mejilla con mis labios. Me habría gustado besarla como es debido, pero sabía que no podía. Aunque tuviéramos aproximadamente la misma edad, a sus ojos yo aún era un adolescente. Existía entre nosotros una línea que yo no podía traspasar… por más que el adulto que había en mi interior anhelara cruzarla.

***

Hablamos durante horas. Me enteré de todo lo que le había acontecido a Debbie, cómo había ido a la universidad después del colegio, estudiando Lengua y Sociología, graduándose y convirtiéndose en profesora. Tras algunos trabajos a tiempo parcial

en otros sitios, había solicitado un puesto permanente aquí; sus días escolares habían transcurrido en esta ciudad, y sentía que era lo más parecido a un hogar que podía encontrar. Y así fue a parar a Mahler. Había estado dos años allí y le encantaba. Había habido hombres en su vida (¡incluso había llegado a estar prometida!), pero en estos momentos no tenía pareja. Y añadió (con toda deliberación) que tampoco buscaba una.

Me preguntó por aquella noche de hacía trece años, y qué les había ocurrido a ella y a sus padres. Le mentí, echándole la culpa al vino.

—Os quedasteis dormidos a la mesa. Llamé al enfermero que nos cuidaba a Evra y a mí. Llegó, os examinó, dijo que no os pasaba nada y que os encontraríais bien cuando despertarais. Os llevamos a la cama a los tres y me marché. Nunca se me han dado bien las despedidas.

Le conté a Debbie que estaba viviendo solo. Si se lo preguntaba a Mr. Blaws, descubriría que era mentira, pero no creí que los profesores corrientes alternaran mucho con los inspectores.

—Va a ser muy raro tenerte en mi clase —murmuró. Nos habíamos sentado en el sofá—. Tendremos que andarnos con cuidado. Si alguien sospecha que hay algo entre nosotros, tendremos que decir la verdad. Si no, me juego mi carrera.

—Tal vez sea un problema del que no tengamos que preocuparnos por mucho tiempo —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que no estoy hecho para estudiar. Voy retrasado en todas las asignaturas. En algunas (Matemáticas y Ciencias) estoy totalmente perdido. Creo que tendré que dejar los estudios.

—Eso es absurdo —gruñó— y no voy a tolerarlo. —Metió uno de los bollos (de color marrón castaño, untados con mantequilla y mermelada) en mi boca y me hizo masticarlo—. Si no terminas lo que empiezas, te arrepentirás.

—Peho no pueho haceglo —farfullé, con la boca llena de bollo.

—Claro que puedes —insistió—. No será fácil. Tendrás que estudiar mucho, tal vez recibir algunas clases particulares… —Se detuvo, y su rostro se iluminó—. ¡Eso es!

—¿Qué? —pregunté.

—Yo puedo darte clases.

—¿Qué tipo de clases?

Me dio un puñetazo en un brazo.

—¡Clases de la escuela, tonto! Puedes venir una o dos horas cada día, después del colegio. Te ayudaré con tus deberes y te pondré al día con las cosas que te hayas saltado.

—¿No te importa? —pregunté.

—Claro que no —sonrió—. Será un placer.

***

Fue una velada agradable, pero se tuvo que acabar. Me había olvidado de la posible amenaza de los vampanezes, pero cuando Debbie se excusó para ir al lavabo, me puse a pensar en ellos, preguntándome si Mr. Crepsley o Harkat habrían visto alguno; no quería venir a recibir clases de Debbie sin con ello la involucraba en nuestros peligrosos asuntos.

Si esperaba a que volviera, podría olvidarme otra vez de la amenaza, así que le escribí una breve nota («Tengo que irme. Ha sido maravilloso volver a verte. Te veré mañana en la escuela. ¡Espero que no te importe que no haya hecho mis deberes!»), la dejé en el plato vacío que había contenido los bollos y me escabullí lo más silenciosamente posible.

Troté escaleras abajo, tarareando alegremente, salí, me detuve ante la puerta principal, y di tres largos silbidos, mi señal para hacerle saber a Mr. Crepsley que ya me iba. Luego di la vuelta al edificio y encontré a Harkat escondido tras un par de grandes cubos negros de basura.

—¿Algún problema? —pregunté.

—Ninguno —respondió—. Por aquí no se ha acercado nadie.

Mr. Crepsley llegó y se agachó tras los cubos, con nosotros. Parecía más solemne de lo habitual.

—¿Localizó a algún vampanez? —le pregunté.

—No.

—¿Y a Mr. Tiny?

—No.

—Entonces, las cosas marchan bien —sonreí.

—¿Y qué hay de Debbie? —preguntó Harkat—. ¿Es de fiar?

—Oh, sí.

Les hice un rápido resumen de mi conversación con Debbie. Mr. Crepsley no dijo nada, sólo gruñir mientras le informaba. Parecía muy taciturno y distante.

—… así que hemos quedado en encontrarnos cada tarde después de clase —concluí—. Aún no hemos establecido un horario. Primero quería comentarlo con los dos, por si queréis vigilarnos de cerca cuando nos veamos. No creo que haya ninguna necesidad (estoy seguro de que Debbie no forma parte de un complot), pero si queréis, podemos programar las clases para cuando sea completamente de noche.

Mr. Crepsley suspiró sin mucho entusiasmo.

—No creo que eso sea necesario. He inspeccionado el área a fondo. No hay evidencias de la presencia de los vampanezes. Sería preferible que fueras durante el día, aunque no esencial.

—¿Eso significa que está conforme?

—Sí. —De nuevo sonó inusualmente abatido.

—¿Qué pasa? —pregunté—. No seguirá sospechando de Debbie, ¿verdad?

—No tiene nada que ver con ella. Yo… —Nos miró tristemente —. Tengo malas noticias.

—¿Eh? —Yo y Harkat intercambiamos una mirada dubitativa.

—Mika Ver Leth me transmitió un breve mensaje telepático mientras estabas dentro.

—¿Es sobre el Señor de los Vampanezes? —pregunté con inquietud.

—No. Es sobre nuestro amigo, tu compañero, el Príncipe Paris Skyle. Él… —Mr. Crepsley volvió a suspirar, y luego dijo con voz apagada—: Paris ha muerto.

CAPÍTULO 8

La muerte del anciano Príncipe no debería haberme sorprendido tanto. Superaba los ochocientos años, la Guerra de las Cicatrices le había pasado factura, y recordé haber pensado en lo enfermo que parecía cuando dejé la Montaña de los Vampiros. Pero no esperaba que fuera a irse tan pronto, y la noticia me dejó sin aliento.

Por lo que Mr. Crepsley sabía, el Príncipe había muerto por causas naturales. No estaría seguro hasta ir a la Montaña de los Vampiros (ya que los vampiros sólo podían enviar mensajes telepáticos básicos), pero el mensaje de Mika no parecía indicar que se tratara de un engaño.

Quise ir con él al funeral (que sería un acontecimiento monumental, al que acudirían casi todos los vampiros del mundo), pero Mr. Crepsley me pidió que no lo hiciera.

—Un Príncipe debe permanecer siempre ausente de la Montaña de los Vampiros —me recordó—, por si les ocurriera algo a los otros. Sé que apreciabas mucho a Paris, pero Mika, Arrow y Vancha lo conocían desde hace más tiempo que tú. No sería justo pedirle a alguno de ellos que te cediera su lugar.

Me sentí decepcionado, pero acaté sus deseos. Habría sido egoísta por mi parte pretender pasar por encima de los Príncipes más viejos.

—Dígales que tengan cuidado —le advertí—. No quiero ser el único Príncipe que quede. Si todos ellos perecieran juntos, tendría que dirigir el clan yo solo, ¡y sería un desastre!

—Puedes estar seguro —rió Harkat, aunque no había alegría en su voz—. ¿Puedo ir contigo? —le pidió a Mr. Crepsley—. Me gustaría presentar… mis respetos.

—Preferiría que te quedaras con Darren —dijo Mr. Crepsley—.

No me gusta la idea de dejarlo y que se las arregle solo.

Harkat asintió inmediatamente.

—Tienes razón. Me quedaré.

—Gracias —dije en voz baja.

—Ahora —musitó Mr. Crepsley— nos queda la cuestión de si seguiréis aquí u os vais a otra parte.

—Nos quedaremos, por supuesto —respondí enseguida.

Huraño como era, el vampiro compuso una irónica sonrisa.

—Imaginaba que dirías eso. Te vi por la ventana besando a tu profesora en la mejilla.

—¡Me estaba espiando! —resoplé.

—Esa era la idea general, ¿no? —replicó. Farfullé indignado, pero, por supuesto, ese había sido el plan—. Tú y Harkat deberíais replegaros mientras yo esté fuera —continuó Mr. Crepsley—. Si os atacaran, os veríais obligados a defenderos solos.

—Yo estoy dispuesto a correr el riesgo si Harkat lo está —dije.

Harkat se encogió de hombros.

—La idea de quedarnos no… me asusta.

—Muy bien —suspiró Mr. Crepsley—. Pero prometedme que abandonareis la búsqueda de los asesinos durante mi ausencia, y que no haréis nada que os ponga en peligro.

—En ese sentido, no tiene que preocuparse —le dije—. Perseguir asesinos es lo último que tengo en mente. Debo enfrentarme a algo mucho más terrible: ¡los deberes!

Mr. Crepsley nos deseó buena suerte, y luego volvió deprisa al hotel para recoger sus pertenencias y partir. Ya se había ido cuando llegamos allí, y probablemente se hallaba ya en los límites de la ciudad, disponiéndose a corretear. Nos sentimos solos sin él, y un poquito asustados, pero no estábamos demasiado preocupados. Sólo estaría fuera unas pocas semanas, como mucho. ¿Qué podía ir mal en tan corto espacio de tiempo?

***

Las dos semanas siguientes fueron duras. Con Mr. Crepsley fuera de la ciudad, la cacería de vampanezes suspendida y el número de

muertos estabilizado (no habían matado a nadie más últimamente), pude concentrarme en las cosas del colegio… lo cual me venía de perlas, dada la cantidad de trabajo que tenía por hacer.

Debbie tiró de algunos hilos para aliviar mi carga. Aconsejado por ella, dije que sufría los efectos del incendio imaginario en el que me había visto atrapado, y que por eso había perdido muchas clases. Expliqué lo de mis buenas notas diciendo que mi padre había sido el mejor amigo del director de mi antiguo colegio. Mr. Chivers no quedó precisamente impresionado al oír eso, pero Debbie lo convenció para que no le diera mayor trascendencia al asunto.

Opté por abandonar los idiomas modernos y retroceder un par de años en Matemáticas y Ciencias. Me sentí más raro que nunca sentado entre un grupo de treceañeros, pero al menos podía seguir su ritmo. Seguía teniendo Ciencias con Mr. Smarts, pero era más comprensivo ahora que sabía que yo no había fingido mi ignorancia, y dedicó mucho tiempo a ayudarme a ponerme al día.

Tuve dificultades en Lengua, Historia y Geografía, pero con las clases libres que tenía en vez de idiomas, pude concentrarme en ellas y fui alcanzando gradualmente a los otros chicos de mi clase.

Disfrutaba con el Dibujo Técnico y la Informática. Mi padre me había enseñado las bases del Dibujo Técnico cuando era un niño (esperaba que yo fuera delineante de mayor), y asimilé rápidamente lo que había olvidado. Para mi sorpresa, me aficioné a las computadoras como un vampiro a la sangre, con la ayuda de mis dedos súper rápidos, que podían correr sobre el teclado a mayor velocidad que los de cualquier mecanógrafo humano.

Debía tener mucho cuidado con mis poderes. Me estaba resultando difícil hacer amigos (mis compañeros de clase seguían mirándome con suspicacia), pero sabía lo popular que podría volverme si tomara parte en las actividades deportivas en la hora del recreo. Podría destacar en cualquier deporte: fútbol, baloncesto, balonmano… y a todo el mundo le gusta un ganador. La tentación de lucirme, y de ganar unos cuantos amigos en el proceso, era fuerte.

Pero me aguanté. El riesgo era demasiado grande. No era sólo por la posibilidad de hacer algo sobrehumano (como saltar más alto que un jugador profesional de baloncesto), lo cual podría revelarle a

la gente mis poderes, sino también por el miedo a llegar a herir a alguien. Si alguien me diera un codazo en las costillas jugando al fútbol, podría perder el control y darle un puñetazo, y mis puñetazos podían mandar a un ser humano al hospital, o peor aún, ¡al depósito de cadáveres!

Educación Física era, por lo tanto, una asignatura frustrante: tenía que enmascarar deliberadamente mi fuerza tras una torpe y patética fachada. Lengua, por extraño que fuera, también era un problema. Era genial estar con Debbie, pero en clase nuestra relación tenía que ser la de una profesora y un alumno corrientes. No podía haber confianzas impropias. Manteníamos un aire frío y distante, que hacía que los cuarenta minutos (ochenta los miércoles y los viernes, cuando tenía clase doble de Lengua) transcurrieran con agonizante lentitud.

Después de clase y los fines de semana, cuando iba a su apartamento para las clases particulares, era diferente. Allí podíamos relajarnos y hablar de lo que quisiéramos; podíamos acurrucarnos en el sofá con una botella de vino y ver alguna película antigua en la tele, o escuchar música y charlar sobre el pasado.

Comía con Debbie casi todas las noches. Le encantaba cocinar, y experimentamos toda una variedad de recetas culinarias. Engordé enseguida, y tuve que hacer footing a altas horas de la noche para bajar de peso.

Pero no todo era relax y buena comida con Debbie. Estaba decidida a enseñarme hasta alcanzar un nivel satisfactorio y pasaba dos o tres horas cada tarde trabajando conmigo en mis asignaturas. No le resultaba fácil (aparte del cansancio que sentía después de un día de trabajo, no sabía mucho de Matemáticas, Ciencias y Geografía), pero se entregaba a ello y constituía un ejemplo que yo me sentía obligado a seguir.

—Tu gramática flojea —dijo una noche, leyendo una composición que yo había escrito—. Tu inglés es bueno, pero hay algunos malos hábitos que debes perder.

—¿Como cuáles?

—Esta frase, por ejemplo: «Yo y John fuimos a la tienda a comprar una revista». ¿Dónde está el error?

Reflexioné en ello.

—¿«Fuimos a comprar periódicos»? —sugerí inocentemente.

Debbie me lanzó la copia.

—En serio —me advirtió con una risita nerviosa.

Cogí la tarea y analicé la frase.

—¿Debería ser «John y yo»? —adiviné.

—Sí —asintió—. Utilizas el «yo y» todo el tiempo, y no es gramaticalmente correcto. Tienes que perder esa costumbre.

—Ya lo sé —suspiré—. Pero no va a ser fácil. Llevo un diario, y durante los últimos quince años he estado utilizando mucho el «yo y», porque así me parecía más natural.

—Nadie ha dicho nunca que el inglés sea natural —me regañó Debbie, y enarcando una ceja añadió—: No sabía que llevaras un diario.

—Llevo uno desde los nueve años. Todos mis secretos están ahí.

—Espero que no hayas escrito nada sobre mí. Si cayera en las manos equivocadas…

—Hum… —sonreí socarronamente—. Si quisiera, podría chantajearte, ¿verdad?

—Inténtalo —gruñó. Luego prosiguió, más seria—: De verdad, no creo que debas escribir nada sobre nosotros, Darren. Y si lo haces, utiliza un código, o invéntate un nombre para mí. Los diarios se pueden extraviar, y si se filtra una sola palabra de nuestra relación, me resultará muy difícil arreglar las cosas.

—De acuerdo. No he escrito nada nuevo últimamente. He estado demasiado ocupado… pero cuando lo haga, será con la mayor discreción. —Esa era una de las frases favoritas de Debbie.

—Y cuando escribas sobre nosotros asegúrate de poner «la señorita X y yo», y no «yo y la señorita X» —dijo pomposamente, y se puso a chillar cuando crucé la habitación de un salto y le hice cosquillas hasta que se le puso la cara roja.

CAPÍTULO 9

En mi tercer martes en el colegio, hice un amigo. Richard Montrose era un chico pequeño, de cabello ratonil, al que conocía de las clases de Lengua e Historia. Era un año más joven que la mayoría. No hablaba mucho, pero los profesores siempre estaban felicitándole. Y, claro está, eso le convertía en el objetivo perfecto para los matones.

Ya que yo no podía tomar parte en los juegos del patio, pasaba la mayor parte del recreo dando vueltas por allí, o en el aula de Informática de la tercera planta del edificio, en la parte trasera del colegio. Allí era donde estaba cuando escuché ruidos de pelea en el exterior, y al salir a investigar, descubrí a Richard inmovilizado contra la pared por Smickey Martin (el tipo que me había llamado gilipollas en mi primer día de colegio) y tres de sus amigos. Smickey estaba registrando los bolsillos del chico más joven.

—Ya sabes que tienes que pagar, Monty —reía—. Si no te cogemos las pelas nosotros, lo harán otros. Más vale malo conocido que bueno por conocer.

—Por favor, Smickey —sollozaba Richard—. Esta semana, no. Tengo que comprarme un atlas nuevo.

—Pues haber tenido más cuidado con el viejo —dijo Smickey, con una risita.

—¡Pero si fuiste tú quien me lo rompió…! —Richard estuvo a punto de llamarle a Smickey algo muy feo, pero se calló a tiempo.

Smickey se detuvo con aire amenazador.

—¿Q'ibas a llamarme, Monty?

—Nada —jadeó Richard, ahora realmente asustado.

—Sí, ibas a hacerlo —gruñó amenazadoramente Smickey—. Sujetadle, chicos. Voy a enseñarle a…

—Tú no vas a enseñarle nada —dije yo tranquilamente, a sus espaldas.

Smickey se volvió rápidamente. Al verme, se echó a reír.

—El pequeño Darsy Horston —dijo, riendo entre dientes—. ¿Q'aces aquí? —No respondí. Me limité a mirarlo fríamente—. Será mejor que te largues corriendo, Horsty —dijo Smickey—. Toavía no'mos ido a por tus pelas… ¡pero eso no quiere decir que no lo hagamos!

—A mí no me vais a sacar nada —le respondí—. Y tampoco volveréis a sacarle nada a Richard. Ni a nadie más.

—¿Eh? —Sus ojos se estrecharon—. Esas son palabras mayores, Horsty. Si las retiras enseguida, puede que m'olvide de que las has dicho.

Di un paso adelante, tranquilamente, encantado de tener la oportunidad de poner a aquel matón en su sitio. Smickey frunció el ceño (no se esperaba un abierto desafío), y luego, con una amplia sonrisa, agarró a Richard por un brazo y lo empujó hacia mí. Me aparté mientras Richard gritaba (yo estaba completamente concentrado en Smickey), pero entonces oí que chocaba contra algo duro. Al mirar hacia atrás, vi que se había estampado contra la barandilla de las escaleras y que caía por encima… ¡para precipitarse de cabeza desde tres pisos de altura!

Me lancé hacia atrás, intentando coger a Richard por los pies. Se me escapó el pie izquierdo, pero aferré con un par de dedos el tobillo derecho justo antes de que desapareciera por encima del pasamanos. Agarré con fuerza la tela de sus pantalones escolares y solté un gruñido cuando el peso de su cuerpo me lanzó bruscamente contra la barandilla. Oí que algo se rasgaba, y temí perderlo si se le habían roto los pantalones. Pero el tejido resistió, y mientras colgaba de la barandilla, gimoteando, tiré de él hacia arriba y lo puse de pie.

Cuando Richard estuvo a salvo, me di la vuelta para enfrentarme a Smickey Martin y a los demás, pero ya se habían dispersado como

los cobardes que eran.

—Mucho ruido y pocas nueces —murmuré, y luego le pregunté a Richard si estaba bien. Asintió débilmente, pero no dijo nada. Le dejé donde estaba y regresé al suave zumbido del aula de Informática.

Momentos después, Richard apareció en la entrada. Aún temblaba, pero también sonreía.

—Me has salvado la vida —dijo. Me encogí de hombros y miré fijamente la pantalla como si estuviera inmerso en ella. Richard esperó unos segundos, y entonces dijo—: Gracias.

—No fue nada. —Alcé la mirada hacia él—. Tres pisos no es una caída tan grande. Probablemente sólo te habrías roto algunos huesos.

—Creo que no —dijo Richard—. Iba a caer en picado, como un avión. —Se sentó junto a mí y contempló la pantalla—. ¿Creando un salva-pantallas?

—Sí.

—Sé dónde encontrar imágenes realmente buenas de películas de ciencia ficción y de terror. ¿Quieres que te lo enseñe?

Asentí.

—Eso sería genial.

Sonriendo, hizo volar sus dedos sobre el teclado, y pronto estuvimos charlando sobre el colegio, los deberes y las computadoras, y lo que quedaba del recreo se me pasó volando.

***

Richard se cambió de asiento en Lengua e Historia para poder sentarse a mi lado, y me dejó copiar sus apuntes: tenía su propio método de taquigrafía, que le permitía tomar nota velozmente de todo lo que se decía en clase. Además empezó a pasar la mayoría de sus clases libres y el recreo conmigo. Me sacó del aula de Informática y me presentó a otros amigos suyos. No me recibieron exactamente con los brazos abiertos, pero al menos ahora tenía algunas personas con las que hablar.

Era divertido pasar el rato con ellos, hablando de televisión,

cómics, música, libros y (¡por supuesto!) chicas. Yo y Harkat (Harkat y yo) teníamos televisiones instaladas en nuestras habitaciones del hotel, y empezamos a ver algunos programas por la noche. La mayoría de las cosas con las que disfrutaban mis nuevos amigos eran repetitivas y tediosas, pero fingí que me entusiasmaban tanto como a ellos.

La semana pasó rápidamente, y antes de darme cuenta ya tenía otro fin de semana por delante. Por primera vez me sentí ligeramente contrariado por tener dos días libres (Richard se iba a casa de sus abuelos), pero animado ante la idea de pasarlos con Debbie.

Había estado pensando mucho en Debbie, y en el vínculo que había entre nosotros. Habíamos estado muy unidos de adolescentes, y ahora me sentía más cerca que nunca de ella. Sabía que había obstáculos (especialmente mi apariencia), pero después de pasar tanto tiempo con ella, creía que ahora podríamos superar esos obstáculos y continuar donde lo dejamos trece años atrás.

Aquel viernes por la noche, me armé de todo mi valor cuando estábamos sentados juntos en el sofá, y me incliné sobre Debbie, intentando besarla. Ella me miró sorprendida, y me apartó suavemente, con una risa nerviosa. Cuando traté de besarla de nuevo, su sorpresa se convirtió en una furia helada y me empujó firmemente.

—¡No! —me espetó.

—¿Por qué no? —repliqué, contrariado.

—Soy tu profesora —dijo Debbie, levantándose—. Tú eres mi alumno. No estaría bien.

—No quiero ser tu alumno —gruñí, levantándome y yendo junto a ella—. Quiero ser tu novio.

De nuevo, me incliné hacia ella para besarla, pero antes de poder hacerlo, me abofeteó con fuerza. Parpadeé y me quedé mirándola, aturdido. Me dio otra bofetada, con más suavidad esta vez. Estaba temblando, y había lágrimas en sus ojos.

—Debbie… —gemí—. No pretendía…

—Quiero que te vayas ahora —dijo Debbie.

Me alejé un par de pasos, y entonces me detuve. Abrí la boca para protestar.

—No —dijo Debbie—. No digas nada. Sólo vete, por favor.

Asintiendo tristemente, le di la espalda y caminé hacia la puerta. Me detuve con los dedos en el picaporte y le dije, sin mirar atrás:

—Sólo quería estar más cerca de ti. No pretendía hacerte ningún daño.

Tras un breve silencio, Debbie suspiró y dijo:

—Ya lo sé.

Me arriesgué a echar un rápido vistazo atrás: Debbie tenía los brazos cruzados sobre el pecho y miraba hacia el suelo. Estaba a punto de llorar.

—¿Esto va a cambiar las cosas entre nosotros? —pregunté.

—No lo sé —respondió con franqueza. Levantó la vista hacia mí y pude ver que en sus ojos se mezclaban la confusión y las lágrimas —. Dejémoslo por un par de días. Hablaremos de esto el lunes. Necesito pensar en ello.

—De acuerdo. —Abrí la puerta, di un paso fuera y entonces dije precipitadamente—: Puede que no quieras oírlo, pero te amo, Debbie. Te amo más que a nadie en el mundo.

Y antes de que pudiera responder, cerré la puerta y me escabullí escaleras abajo como un perro apaleado.

CAPÍTULO 10

Paseé por las calles como si andar deprisa pudiera librarme de mis problemas, pensando en las cosas que podría haberle dicho a Debbie para hacer que me aceptara. Estaba seguro de que ella sentía por mí lo mismo que yo por ella. Pero mi apariencia la confundía. Tenía que encontrar un modo de lograr que me viera como a un adulto, y no como a un niño. ¿Y si le contaba la verdad? Me imaginé dándole la noticia:

> «Debbie, prepárate para algo muy fuerte: soy un vampiro».
>
> «Eso es estupendo, cariño».
>
> «¿No te asusta?».
>
> «¿Debería hacerlo?».
>
> «¡Bebo sangre! ¡Me deslizo en mitad de la noche en busca de humanos dormidos, y les abro las venas!».
>
> «Bueno… Nadie es perfecto».

La conversación imaginaria trajo una sonrisa fugaz a mis labios. La verdad es que no tenía ni idea de cómo reaccionaría Debbie. Nunca se lo había contado a un ser humano. No sabía por dónde ni cómo empezar, ni qué me diría esa persona en respuesta. Yo sabía que los vampiros no eran los monstruos asesinos e insensibles de las películas y los libros de terror… pero ¿cómo convencería a los demás?

—¡Malditos humanos! —rezongué, enojado, dándole una patada a un buzón—. ¡Malditos vampiros! ¡Deberíamos ser todos tortugas o algo así!

Mientras se me ocurría esa ridícula idea, miré a mi alrededor y me di cuenta de que no tenía ni idea de en qué parte de la ciudad

me hallaba. Busqué el nombre de alguna calle que me resultara familiar, para poder seguir el camino hasta mi casa. Las calles estaban, en gran parte, desiertas. Ahora que los misteriosos asesinos se habían detenido o marchado, los soldados se habían retirado, y aunque la policía local aún patrullaba las calles, se habían reducido las barreras y podías caminar sin tener que prestarles atención. Aun así, seguía en vigor en toque de queda, y la mayoría de la gente lo respetaba de buena gana.

Me encantaban las calles oscuras y silenciosas. Bajaba en soledad por los estrechos y enrevesados callejones, como podría haber recorrido los túneles de la Montaña de los Vampiros. Era reconfortante imaginarme de regreso con Seba Nile, Vanez Blane y los demás, sin vida amorosa, ni escuela, ni búsquedas inducidas por el destino de las que preocuparme.

Pensar en la Montaña de los Vampiros me llevó a pensar en Paris Skyle. Había estado tan ocupado con el colegio y con Debbie, que no había tenido tiempo de pensar en la muerte del Príncipe. Echaría de menos al viejo vampiro que tanto me había enseñado. También nos habíamos reído juntos. Mientras pasaba por encima de un montón de basura esparcida por el suelo en un callejón particularmente oscuro, recordé la vez, pocos años atrás, en que se inclinó demasiado sobre una vela y se le incendió la barba. Se puso a dar saltos por la Cámara de los Príncipes como un payaso, chillando y palmoteando las llamas hasta que…

Algo me golpeó la cabeza con fuerza desde atrás, y me derrumbé entre la inmundicia. Lancé un grito al caer, mientras los recuerdos de Paris se hacían añicos, y rodé en actitud defensiva, cubriéndome la cabeza con las manos. Mientras rodaba, un objeto plateado se estrelló contra el suelo, donde había estado mi cabeza, haciendo saltar chispas.

Ignorando la herida de mi cabeza, avancé sobre mis rodillas buscando algo con lo que defenderme. Había una tapa de plástico de un cubo de basura en el suelo, a mi alcance. No era gran cosa, pero fue lo único que pude encontrar. Me agaché velozmente, la agarré y, sosteniéndola frente a mí como un escudo, me volví para hacer frente a la acometida de mi atacante, que venía corriendo hacia mí a una velocidad que ningún ser humano hubiera podido

alcanzar.

Algo dorado centelleó y descendió en arco hacia mi improvisado escudo, cortando la tapa por la mitad. Alguien soltó una risita, que sonó a pura e insensata maldad.

Durante un instante terrible pensé que era el fantasma de Murlough, que venía en busca de venganza. Pero eso era una tontería. Yo creía en fantasmas (Harkat había sido uno, antes de que Mr. Tiny lo hiciera regresar de la muerte), pero este tipo era demasiado sólido para ser un espíritu.

—¡Te voy a cortar en pedazos! —fanfarroneó mi atacante, rodeándome cautelosamente. Había algo familiar en su voz, pero aunque lo intenté, no conseguí determinar qué era.

Estudié su figura mientras daba vueltas a mi alrededor. Llevaba ropas oscuras y el rostro ocultó tras un pasamontañas. Por debajo sobresalía el borde de una barba. Era grande y fornido (aunque no tan gordo como lo había sido Murlough), y pude ver dos ojos rojos refulgiendo por encima de sus dientes al descubierto. No tenía manos, sino dos accesorios metálicos (uno de oro, el otro de plata) acoplados a los extremos de sus codos. Había tres garfios en cada uno, afilados, curvados, mortales.

El vampanez (sus ojos y su velocidad lo delataban) atacó. Era rápido, pero esquivé los garfios asesinos, que se clavaron en la pared que había a mi espalda, produciendo un cráter considerable cuando tiró de ellos. Mi atacante tardó menos de un segundo en liberar la mano, pero yo aproveché ese tiempo para golpear, dándole una patada en el pecho. Sin embargo, él esperaba algo así, y bajó el otro brazo hacia mi espinilla, apartándome la pierna con un golpe despiadado.

Solté un chillido cuando el dolor se extendió por mi pierna. Dando un salto desesperado, le arrojé al vampanez las dos mitades de la tapa del cubo de basura. Las esquivó, riendo. Intenté correr… pero no pude. No podía apoyarme sobre mi pierna herida, y tras un par de zancadas caí al suelo, indefenso.

Giré sobre mi espalda y me quedé mirando fijamente al vampanez de los garfios, que se acercaba sin prisa. Balanceaba los brazos de un lado a otro mientras avanzaba, y sus garfios producían horribles chirridos al rozarse unos con otros.

—Voy a descuartizarte —siseó el vampanez—. Lenta y dolorosamente. Empezaré por los dedos. Te los cortaré uno por uno. Luego las manos. Luego los dedos de los pies. Luego…

Se oyó un chasquido agudo, seguido del silbido del aire al dividirse. Algo pasó junto a la cabeza del vampanez, fallando por poco. Le dio a la pared y quedó incrustada en ella: era una flecha, corta, gruesa y con punta de acero. El vampanez soltó una maldición y se agachó, ocultándose en las sombras del callejón.

Sentí el paso del tiempo como arañas correteando por mi espinazo. La furiosa respiración del vampanez y mis ahogados sollozos llenaban el aire. No se veía ni oía a la persona que había disparado la flecha. Mientras retrocedía arrastrándose, el vampanez clavó sus ojos en los míos y me enseñó los dientes.

—Ya te cogeré —juró—. Morirás lentamente, con gran agonía. Te descuartizaré. Primero los dedos. Uno por uno.

Luego se dio la vuelta y echó a correr. Una segunda flecha partió tras él, pero él se agachó y volvió a errar el blanco, enterrándose en una gran bolsa de basura. El vampanez alcanzó el final del callejón y desapareció rápidamente en la noche.

Hubo una larga pausa. Luego, pasos. Un hombre de estatura mediana surgió de la penumbra. Iba vestido de negro, con una larga bufanda alrededor del cuello, y unos guantes cubriendo sus manos. Tenía el pelo gris (aunque no era viejo) y una inflexible severidad en sus rasgos. Sostenía un arma en forma de pistola, en cuyo extremo sobresalía una flecha con punta de acero. Del hombro izquierdo le colgaba otra de aquellas armas que disparaban flechas.

Me senté con un gruñido, y me froté la pierna derecha, intentando devolverle algo de vida.

—Gracias —dije mientras el hombre se acercaba. No respondió, sino que siguió hasta el final del callejón, donde escudriñó el área, en busca de algún rastro del vampanez.

Volviéndose, el hombre del pelo gris regresó y se detuvo a un par de metros. Sostenía la pistola de las flechas con la mano derecha, pero no apuntaba inofensivamente al suelo: me estaba apuntando a mí.

—¿Le importaría bajar eso? —inquirí, obligándome a esbozar una tímida sonrisa—. Me acaba de salvar la vida. Sería una pena

que eso se le disparara por accidente y me matara.

No respondió inmediatamente. Ni bajó el arma. No había la menor calidez en su expresión.

—¿No te sorprende que te haya perdonado la vida? —preguntó. Y al igual que me había ocurrido con el vampanez, la voz de aquel hombre me resultó familiar, pero tampoco esta vez supe por qué.

—Yo… supongo… —dije con voz débil, mirando nerviosamente el arma que lanzaba flechas.

—¿Sabes por qué te he salvado?

Tragué saliva.

—¿Porque tiene buen corazón?

—Quizá. —Avanzó un paso. El extremo de su arma apuntaba ahora directamente a mi corazón. Si disparaba, haría un agujero del tamaño de una pelota de fútbol en mi pecho—. ¡O quizá te haya salvado para mí! —siseó.

—¿Quién es usted? —grazné, apretándome desesperadamente contra la pared.

—¿No me reconoces?

Sacudí la cabeza. Estaba seguro de haber visto antes su cara, pero no lograba ponerle nombre.

El hombre resopló por la nariz.

—Es extraño. Nunca pensé que pudieras llegar a olvidarte. Por otra parte, ha pasado mucho tiempo, y los años no me han tratado tan bien como a ti. Pero tal vez recuerdes esto.

Extendió la mano izquierda. El guante estaba cortado alrededor de la palma y dejaba la piel al descubierto. Era una mano corriente en todos los aspectos, salvo en uno: en el centro, había una tosca cruz grabada en la carne.

Mientras miraba fijamente aquella cruz, de aspecto suave y sonrosado, los años se evaporaron y me encontré de regreso a un cementerio, a mi primera noche como asistente de un vampiro, enfrentándome a un chico al que le había salvado la vida, un chico que tenía celos de mí, que pensaba que yo me había confabulado con Mr. Crepsley y le había traicionado.

—¡Steve! —exclamé con voz ahogada, mientras mis ojos se elevaban desde la cruz hasta su fría y dura mirada—. ¡Steve Leopard!

—Sí —asintió sombríamente.

Steve Leopard, el que una vez fuera mi mejor amigo. El chico furioso y confundido que había jurado convertirse en cazavampiros cuando se hiciera mayor, para poder perseguirme… ¡y matarme!

CAPÍTULO 11

Se encontraba lo bastante cerca de mí como para abalanzarme sobre el cañón de su arma y quizá desviarlo. Pero no podía moverme. Estaba tan aturdido que sólo podía limitarme a observar. Debbie Hemlock entrando en la clase de Lengua me había dejado anonadado… pero Steve Leopard (cuyo verdadero apellido era Leonard) apareciendo así de la nada fue diez veces más impactante.

Tras un puñado de angustiosos segundos, Steve bajó la pistola de las flechas y se la enfundó en un cinturón a la espalda. Extendió las manos, me cogió del brazo por encima del codo y tiró de mí. Me levanté dócilmente, como una marioneta en sus manos.

—Te has librado por los pelos, ¿eh? —dijo… y sonrió.

—¿Es que no vas a matarme? —jadeé.

—¡Ni pensarlo! —Me cogió la mano derecha y me la estrechó torpemente—. Hola, Darren. Me alegro de volver a verte, viejo amigo.

Miré fijamente nuestras manos enlazadas, y luego su rostro. Entonces le rodeé con mis brazos y le abracé con toda mi alma.

—¡Steve! —Empecé a sollozar sobre sus hombros.

—Deja eso —murmuró, y pude oír cómo se le quebraba la voz—. Como sigas, me vas a hacer llorar a mí.

Me apartó, se enjugó los ojos y esbozó una amplia sonrisa.

Yo me sequé las mejillas y sonreí radiantemente.

—¡Eres tú de verdad!

—Por supuesto. No creerás que pueda haber otra persona tan atractiva, ¿verdad?

—Tan modesto como siempre —observé con ironía.

—De modesto, nada. —Hizo una inspiración y luego se echó a reír—. ¿Puedes caminar?

—Creo que lo más que puedo hacer es andar a la pata coja —dije.

—Entonces, apóyate en mí. No quiero perder tiempo. Garfito podría regresar con sus amigos.

—¿Garfito? Ah, te refieres al vampa… —Me detuve, preguntándome cuánto sabría Steve acerca de las criaturas de la noche.

—El vampanez —concluyó él, con un parco asentimiento.

—¿Los conoces?

—Obviamente.

—¿El tipo que tenía esos garfios por manos es uno de los que han estado matando a la gente?

—Sí. Pero no está solo. Ya hablaremos de eso más tarde. Primero hay que sacarte de aquí y lavarte bien.

Dejando que me apoyara en él, Steve me hizo volver por el mismo camino por donde había venido, y mientras caminábamos no pude evitar preguntarme si me había quedado inconsciente en el callejón. Si no hubiera sido por el dolor de mi pierna (que era demasiado real), me habría sentido seriamente tentado a pensar que todo esto no era más que una alucinación.

***

Steve me hizo subir al quinto piso de un destartalado bloque de apartamentos. Muchas de las puertas ante las que pasábamos a lo largo del rellano estaban tapiadas con tablas o derribadas.

—Bonito vecindario —comenté con sarcasmo.

—Este edificio está desahuciado —dijo—. Hay unos pocos apartamentos ocupados (en su mayor parte, por viejos que no tienen ningún otro sitio a dónde ir), pero la mayoría están vacíos. Prefiero los lugares como este a hospedarme en casas o en hoteles. El espacio y la tranquilidad favorecen mis propósitos.

Steve se detuvo ante una maltratada puerta marrón que mantenía cerrada con un candado muy grueso y una cadena. Rebuscó en sus bolsillos y encontró una llave, abrió el candado, quitó la cadena y empujó la puerta. El aire en el interior estaba

viciado, pero él no pareció notarlo mientras me empujaba dentro y cerraba la puerta. El interior se quedó a oscuras hasta que encendió una vela.

—No hay electricidad —dijo—. En los apartamentos de abajo aún está conectada, pero se la cortarán en una semana.

Me ayudó a entrar en una desordenada sala de estar y me dejó sobre un sofá que había conocido días mejores: estaba raído, y los muelles, delgados pero duros, le asomaban por varios agujeros.

—Procura no empalarte —rió Steve.

—¿Tu decorador está en huelga? —pregunté.

—No te quejes —me regañó Steve—. Es una buena base en la que trabajar. Si hubiéramos tenido que regresar a algún hotel ostentoso, tendríamos que explicar lo de tu pierna y por qué estamos cubiertos de porquería. Por no hablar de esto… —Se desprendió despreocupadamente del par de pistolas de flechas y las dejó a un lado.

—¿Te importaría decirme qué está pasando, Steve? —pregunté quedamente—. ¿Cómo es que te encontrabas en ese callejón, y por qué llevas eso?

—Más tarde —dijo—, cuando hayamos atendido tus heridas. Y después —sacó un teléfono móvil y me lo tendió— de que hayas hecho una llamada.

—¿Y a quién se supone que debo llamar? —pregunté, mirando el teléfono con suspicacia.

—Garfito te siguió desde la casa de tu amiga…, la señorita de piel morena.

Me puse pálido.

—¿Sabe dónde vive Debbie? —jadeé.

—Si ese es su nombre…, sí. Dudo que vaya a ir a por ella, pero si no quieres correr riesgos, te aconsejo que la llames y le digas…

Antes de que acabara, yo ya estaba tecleando botones. El teléfono de Debbie sonó cuatro veces. Cinco. Seis. Siete. Ya estaba a punto de salir corriendo a rescatarla, a pesar de mi pierna herida, cuando lo cogió y dijo:

—¿Hola?

—¡Soy yo!

—¿Darren? ¿Qué estás…?

—Debbie… ¿Confías en mí?

Hizo una pausa alarmada.

—¿Es una broma?

—¿Confías en mí? —gruñí.

—Pues claro —respondió, percibiendo mi seriedad.

—Entonces, sal de ahí ahora. Mete en una maleta lo que necesites y lárgate. Busca un hotel para el fin de semana y quédate allí.

—Darren, ¿qué está pasando? ¿Has perdido el…?

—¿Quieres morir? —la interrumpí.

Una pausa silenciosa. Luego, en voz baja:

—No.

—Entonces, sal de ahí.

Apagué el móvil y recé para que hiciera caso a mi advertencia.

—¿Ese vampanez sabe dónde vivo yo? —pregunté, pensando en Harkat.

—Lo dudo —dijo Steve—. Si así fuera, te habría atacado allí. Por lo que he visto, se tropezó contigo esta noche por casualidad. Estaba observando a la multitud, seleccionando a su próxima víctima, cuando te vio y siguió tu rastro. Te siguió hasta la casa de tu amiga, esperó, fue detrás de ti cuando te marchaste y…

Ya conocía el resto.

Steve fue a buscar un botiquín de primeros auxilios que había en un estante detrás del sofá. Me dijo que me inclinara hacia delante y luego me examinó la nuca.

—¿Hay un corte? —pregunté.

—Sí, pero no es grave. No necesitará puntos. Te lo limpiaré y te pondré una venda.

Después de verme la cabeza, se concentró en mi pierna. Tenía un corte profundo y la sangre empapaba la tela de mis pantalones. Steve los cortó con un par de afiladas tijeras, dejando la piel al descubierto, y luego desinfectó la herida con un algodón. Cuando estuvo limpia, la examinó por un momento, y luego se fue y regresó con una bobina de hilo y una aguja.

—Esto te va a doler —dijo.

—No será la primera vez que me cosan —sonreí forzadamente.

Se puso manos a la obra e hizo un buen trabajo. Cuando el corte

estuviera completamente curado, sólo me quedaría una pequeña cicatriz.

—Ya habías hecho esto antes —comenté mientras él enrollaba el hilo.

—Hice un cursillo de primeros auxilios —dijo—. Supuse que no me vendría mal. Pero nunca imaginé quién sería mi primer paciente.

Me preguntó si me apetecía beber algo.

—Sólo un poco de agua.

Sacó una botella de agua mineral de una bolsa, en el fregadero, y llenó un par de vasos.

—Siento que no esté fría. El frigorífico no funciona sin electricidad.

—No importa —dije, tomando un trago largo. Luego señalé el fregadero con la cabeza—. ¿También han cortado el agua?

—No, pero no querrías bebértela… Está bien para lavar, pero estarías yendo al lavabo durante días si te la tragaras.

Nos sonreímos el uno al otro por encima de los vasos.

—¿Y bien? —dije—. ¿Te importaría contarme qué has estado haciendo los últimos quince años?

—Tú primero —dijo Steve.

—Nanay. Tú eres el anfitrión. Te toca empezar a ti.

—¿Lo echamos a suertes? —sugirió.

—De acuerdo.

Sacó una moneda y me dijo que escogiera.

—Cara.

Lanzó la moneda al aire, la atrapó y la cubrió de un manotazo. Luego retiró la mano e hizo una mueca.

—Nunca he tenido mucha suerte —suspiró, y empezó a hablar.

Fue una larga historia, y, antes de que acabara, ya nos habíamos bebido la botella de agua y encendido una segunda vela.

***

Steve nos había odiado a Mr. Crepsley y a mí durante mucho, mucho tiempo. Se levantaba bien avanzada la noche, planeando su

futuro, soñando con el día en que nos seguiría la pista y nos clavaría una estaca en el corazón.

—Estaba loco de rabia —murmuró—. No podía pensar en nada más. En la clase de Carpintería me dediqué a hacer estacas. En Geografía me aprendí los mapas del mundo de memoria, para conocer los caminos que recorriera en cualquier país donde os buscara.

Aprendió todo lo que había que saber sobre los vampiros. Poseía una gran colección de libros de terror cuando le conocí, pero la había duplicado, y luego triplicado en el espacio de un año. Descubrió qué tipo de clima nos gustaba más, donde preferíamos construir nuestros hogares, y el mejor modo de matarnos.

—Me puse en contacto con gente por Internet —dijo—. Te sorprendería saber la cantidad de cazavampiros que hay. Intercambiamos notas, historias, opiniones… La mayoría eran unos tarambanas, pero había unos pocos que sabían de lo que hablaban.

Cuando cumplió los dieciséis dejó el colegio y su hogar, y se puso a recorrer el mundo. Se mantuvo gracias a una serie de empleos variados, trabajando en hoteles, restaurantes y fábricas. A veces robaba, o asaltaba casas vacías y las ocupaba. Fueron unos años difíciles, duros y solitarios. Tenía muy pocos escrúpulos, aún menos amigos, y ningún interés verdadero, excepto el de aprender cómo llegar a ser un asesino de vampiros.

—Al principio, se me ocurrió fingir que quería ser su amigo —explicó—. Fui a buscar vampiros, actuando como si quisiera convertirme en uno de ellos. La mayor parte de lo que había leído en los libros o visto en Internet eran tonterías, así que decidí que la mejor forma de librarme de mis enemigos era llegar a conocerlos.

Naturalmente, cuando por fin encontró a unos cuantos vampiros y consultó los libros adecuados, comprendió que no éramos monstruos. Descubrió nuestro respeto a la vida, que no matábamos a los humanos cuando bebíamos, y que éramos gente de honor.

—Eso hizo que me analizara a mí mismo a conciencia —suspiró, con el rostro sombrío y triste a la luz de la vela—, y entendí que el monstruo era yo, como el capitán Ahab en Moby Dick, a la caza de un par de ballenas asesinas… ¡salvo que estas ballenas no eran asesinas!

Gradualmente, su odio cedió. Aún estaba resentido conmigo por irme con Mr. Crepsley, pero aceptaba el hecho de que yo no lo había hecho para fastidiarle. Cuando le echaba una mirada al pasado, veía que yo había renunciado a mi familia y a mi hogar para salvarle la vida, y que no le había engañado ni conspirado en su contra.

Fue entonces cuando detuvo su disparatada búsqueda. Dejó de buscarnos, expulsó de su mente toda idea de venganza y se sentó a pensar en lo que haría con el resto de su vida.

—Podría haber regresado —dijo—. Mi madre aún vive. Podría haber vuelto a casa, terminar mis estudios, encontrar un trabajo normal y labrarme una vida corriente. Pero la noche tiene una forma de reclamar a quienes la abrazan. Había descubierto la verdad sobre los vampiros…, pero también sobre los vampanezes.

Steve no había podido dejar de pensar en los vampanezes. Pensaba que era increíble que pudieran existir criaturas así, vagando y matando a su antojo. Eso le enfurecía. Quería poner fin a sus hábitos asesinos.

—Pero no podía acudir a la policía —sonrió tristemente—. Habría tenido que capturar a un vampanez vivo para demostrar su existencia, pero coger a un vampanez vivo es casi imposible, como tú bien sabes.

»Y aunque me creyeran, ¿qué podían hacer? Los vampanezes vienen, matan y se van. Para cuando hubiera convencido a la policía del peligro que corrían, los vampanezes se habrían esfumado, y el peligro con ellos. Lo único que podía hacer… ¡era encargarme de ellos yo mismo!».

Poniendo en práctica los conocimientos que había adquirido cuando se preparaba para ser un cazavampiros, Steve se impuso la tarea de encontrar y matar a cuantos vampanezes pudiera. No era fácil: los vampanezes son expertos en ocultar sus huellas (y los cuerpos de sus víctimas), sin apenas dejar pruebas de su existencia, pero entonces encontró gente que sabía algo de sus costumbres, y así se hizo una idea de los hábitos de los vampanezes, sus características y sus rutas, y finalmente se tropezó con uno.

—Matarlo fue lo más difícil que he hecho nunca —dijo Steve sombríamente—. Sabía que era un asesino, y que volvería a matar si

lo dejaba ir, pero mientras estaba allí de pie, observándole mientras dormía… —Se estremeció.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté en voz baja—. ¿Con una estaca?

Asintió amargamente.

—Tonto de mí…, sí.

—No lo entiendo —dije, frunciendo el ceño—. ¿Es que una estaca no es el mejor modo de matar a un vampanez, como a los vampiros?

Me miró fríamente.

—¿Alguna vez has matado a alguien con una estaca?

—No.

—¡No! —resopló—. Clavarla es bastante simple, pero entonces la sangre sale a chorros y te salpica la cara, los brazos y el pecho, y el vampanez no se muere enseguida, como hacen los vampiros en las películas. El que maté yo sobrevivió casi un minuto, sacudiéndose y chillando. Se arrastró fuera del ataúd y vino a por mí. Era lento, pero me resbalé en su sangre, y antes de que me diera cuenta ya lo tenía encima de mí.

—¿Qué hiciste? —pregunté con voz ahogada.

—Le di puñetazos y patadas, intentando matarlo. Afortunadamente, había perdido demasiada sangre y no tenía fuerzas para matarme. Pero murió encima de mí, empapándome con su sangre, y su cara junto a la mía mientras se estremecía y sollozaba y…

Steve desvió la mirada. No insistí en que me diera más detalles.

—Desde entonces, he aprendido a usar eso. —Movió la cabeza hacia las pistolas de flechas—. Son lo mejor que hay. Las hachas también están bien (si tienes la precisión y la fuerza necesarias para cortar limpiamente una cabeza), pero pasa de las armas ordinarias: no te servirán de nada contra los huesos extra duros y los músculos de los vampanezes.

—Lo tendré en cuenta —dije, forzando una débil sonrisa, y luego le pregunté a Steve cuántos vampanezes había matado.

—Seis, aunque dos de ellos estaban locos y de todos modos habrían muerto antes de que pasara mucho tiempo.

Yo estaba impresionado.

—Son más de los que logra matar la mayoría de los vampiros.

—Los humanos tenemos una ventaja sobre los vampiros —dijo Steve—. Podemos movernos y atacar durante el día. En un combate justo, un vampanez barrería el suelo conmigo. Pero si los coges de día, mientras están durmiendo…

»Aunque —añadió— eso está cambiando. Los últimos que seguí iban acompañados por humanos. No conseguí acercarme lo suficiente para matarlos. Es la primera vez que veo vampanezes viajando con asistentes humanos».

—Los llaman vampcotas —le expliqué.

Frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes? Pensaba que las razas nocturnas no se relacionaban unas con otras.

—Y así había sido, hasta hace poco —dije sombríamente, y entonces le eché un vistazo a mi reloj. Steve no había terminado su historia (aún tenía que explicarme cómo había llegado aquí), pero ya era hora de irme. Se me había hecho tarde y no quería que Harkat se preocupara.

—¿Quieres venir conmigo a mi hotel? Allí podrás acabar de hablarme de ti. Además, hay alguien con quien me gustaría que compartieras tu historia.

—¿Mr. Crepsley? —supuso Steve.

—No. Él está fuera, de… negocios. Es alguien más.

—¿Quién?

—Es demasiado largo de explicar. ¿Vienes?

Vaciló un momento, y luego dijo que sí. Pero se detuvo a coger sus pistolas de flechas antes de marcharnos. ¡Me dio la sensación de que Steve ni siquiera iba al lavabo sin sus armas!

CAPÍTULO 12

De camino al hotel, puse a Steve al tanto de lo que había sido mi vida. Fue una versión muy resumida, pero toqué los aspectos más importantes, y le conté lo de la Guerra de las Cicatrices y cómo había empezado.

—El Señor de los Vampanezes —murmuró—. Ya me parecía extraña la forma en que se están organizando.

Le pregunté a Steve por mi familia y mis amigos, pero él no había estado en casa desde los dieciséis años, y no sabía nada de ellos.

Ante el hotel, él se encaramó a mi espalda y yo escalé la pared exterior. Los puntos de mi pierna se tensaron por el esfuerzo, pero aguantaron. Golpeé suavemente la ventana, y enseguida apareció Harkat y nos dejó entrar. Se quedó mirando a Steve con suspicacia, pero no dijo nada hasta que hice las presentaciones.

—Steve Leopard —dijo con aire pensativo—. He oído hablar mucho… de ti.

—Apuesto a que nada bueno —rió Steve, frotándose las manos: no se había quitado los guantes, aunque se había aflojado ligeramente la bufanda. Desprendía un fuerte olor medicinal, cosa que yo sólo había notado ahora que nos encontrábamos en una habitación cálida y normal.

—¿Qué está haciendo él aquí? —me preguntó Harkat, con sus ojos verdes clavados en Steve.

Le hice un rápido informe. Harkat se relajó ligeramente al oír que Steve me había salvado la vida, pero no bajó la guardia.

—¿Crees que ha sido prudente traerlo… aquí?

—Es mi amigo —dije abruptamente—. Me salvó la vida.

—Pero ahora sabe dónde estamos.

—¿Y qué? —le espeté.

—Harkat tiene razón —dijo Steve—. Soy humano. Si caigo en manos de los vampanezes, podrían arrancarme el nombre de este sitio bajo tortura. Deberíais iros a otra parte por la mañana, sin decirme nada.

—No creo que sea necesario —contesté rígidamente, enfadado con Harkat por desconfiar de Steve.

Se produjo un incómodo silencio.

—¡Bueno! —rió Steve, rompiéndolo—. Sé que es una grosería preguntarlo, pero tengo qué hacerlo. ¿Qué diablos eres tú, Harkat Mulds?

La Personita sonrió abiertamente ante lo directo de la pregunta, y se mostró un poco más amable con Steve. Tras pedirle que se sentara, le habló de sí mismo, de cómo había sido un fantasma al que Mr. Tiny había traído nuevamente a la vida. Steve estaba pasmado.

—¡Nunca había oído algo así! —exclamó—. Los pequeños personajes de las túnicas azules me llamaron la atención cuando los vi en el Cirque du Freak. Presentía que había algo extraño en ellos. Pero con todo lo que ocurrió después, se me fueron completamente de la cabeza.

La revelación de Harkat (lo de que había sido un fantasma) inquietó a Steve.

—¿Eso te preocupa? —pregunté.

—Un poco —murmuró—. Nunca creí en la vida después de la muerte. Cuando mataba, pensaba que todo acababa ahí. Saber que la gente tiene alma, que pueden sobrevivir a la muerte e incluso volver… no es la mejor de las noticias.

—¿Temes que vuelvan a por ti los vampanezes que has matado? —dije, sonriendo burlonamente.

—Algo así.

Steve sacudió la cabeza, se tranquilizó y acabó la historia que había empezado a contarme esa noche en su apartamento.

—Vine aquí hace dos meses, tras oír ciertos informes que parecían indicar la presencia de un vampanez. Pensé que el asesino tenía que ser un vampanez loco, pues, normalmente, sólo los locos dejan los cuerpos donde puedan ser hallados. Pero lo que descubrí

era mucho más inquietante.

Steve era un investigador con muchos recursos. Se las arregló para examinar a tres de las víctimas, y encontró pequeñas diferencias respecto a la forma en que las habían matado.

—Los vampanezes (incluso los chiflados) tienen unos hábitos alimenticios altamente desarrollados. No hay dos que maten y desangren a su víctima exactamente igual, y ningún vampanez cambia su método. Tenía que haber más de uno actuando.

Y como los vampanezes locos son solitarios por naturaleza, Steve llegó a la conclusión de que los asesinos debían estar cuerdos.

—Pero eso no tenía sentido —suspiró—. Un vampanez cuerdo nunca dejaría los cuerpos donde se los pudiera encontrar. Sólo se me ocurre que le estén tendiendo una trampa a alguien, aunque no tengo ni idea de a quién.

Miré interrogativamente a Harkat. Vaciló, y luego asintió.

—Cuéntaselo —dijo, y le hablé a Steve de los formularios falsificados que habían enviado a Mahler.

—¿Van a por ti? —preguntó Steve con incredulidad.

—Es posible —dije—. O a por Mr. Crepsley. Pero no estamos completamente seguros. Alguien más podría estar detrás de todo esto, alguien que quiere enfrentarnos a los vampanezes.

Steve pensó en ello, en silencio.

—Aún no nos has dicho cómo es que estabas… allí para salvar a Darren esta noche —dijo Harkat, sacando a Steve de su ensimismamiento.

Steve se encogió de hombros.

—Por suerte. Había puesto la ciudad patas arriba, buscando vampanezes. Los asesinos no estaban en ninguno de sus escondites habituales: fábricas o edificios abandonados, criptas, teatros viejos… Hace ocho noches, descubrí a un hombre alto con garfios en lugar de manos saliendo de un túnel subterráneo.

—Era el tipo que me atacó —le expliqué a Harkat—. Tenía tres garfios en cada brazo. En una mano eran de oro, y en la otra, de plata.

—Lo he estado siguiendo desde esa noche —continuó Steve—. Para un humano no es fácil seguirle el rastro a un vampanez (ya que sus sentidos son mucho más agudos), pero he adquirido mucha

experiencia. A veces lo perdía, pero siempre volvía a encontrarlo saliendo de los túneles al anochecer.

—¿Sale del mismo sitio cada noche? —pregunté.

—Claro que no —resopló Steve—. Ni siquiera un vampanez loco haría eso.

—Entonces, ¿cómo lo encontraste?

—Por las conexiones en las tapas de las alcantarillas —sonrió orgullosamente Steve—. Los vampanezes no utilizan la misma salida noche tras noche, pero tienden a moverse en un área estrictamente definida cuando instalan sus bases. Conecté cada tapa de alcantarilla en un radio de doscientos metros… y luego lo extendí a medio kilómetro. Cada vez que se abre una, se enciende una luz en un equipo que tengo, y así, seguir a los vampanezes es cosa fácil.

»O al menos, lo era. —Hizo una pausa con aire abatido—. Después de esta noche, probablemente se irá a otro sitio. No sabe cuánto sé de él, pero se esperará lo peor. No creo que vuelva a utilizar esos túneles».

—¿Sabías que era a Darren a quien salvabas? —preguntó Harkat.

Steve asintió seriamente.

—De lo contrario, no habría acudido en su rescate.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Podría haber cogido a Garfito hace tiempo —dijo Steve—, pero sabía que no actuaba solo. Quería encontrar a sus compañeros. Había estado explorando los túneles durante el día, con la esperanza de seguir su rastro hasta su base. Al intervenir esta noche, he estropeado esa oportunidad. No lo habría hecho por nadie más que por ti.

—Si hubiera atacado a un ser humano corriente, ¿habrías permitido que lo matara? —pregunté con voz ahogada.

—Sí. —Los ojos de Steve se endurecieron—. Si sacrificar a una persona significa salvar a otras muchas, lo haría. Si no hubiera alcanzado a verte la cara cuando te fuiste de la casa de esa señorita amiga tuya, habría dejado que Garfito te matara.

Aquella era una perspectiva cruel, pero era una perspectiva que yo podía comprender. Los vampiros sabían que las necesidades del

grupo debían anteponerse a las individuales. Me sorprendía que Steve fuera capaz de pensar de ese modo (la mayoría de los humanos no pueden), pero supuse que tenías que aprender a ser despiadado si te dedicabas a cazar y matar a criaturas despiadadas.

—Y eso es lo principal —dijo Steve, envolviéndose mejor en su abrigo oscuro mientras reprimía un escalofrío—. Hay bastantes cosas que no he mencionado, pero os he contado los puntos más importantes.

—¿Tienes frío? —preguntó Harkat, notando los escalofríos de Steve—. Puedo encender la calefacción.

—No serviría de mucho —dijo Steve—. Cogí algún tipo de germen cuando Mr. Crepsley me probó hace muchos años. Pillo resfriados simplemente por ver a alguien gotearle la nariz. —Tiró de la bufanda alrededor de su garganta, y luego agitó sus dedos enguantados—. Por eso me abrigo tanto. Si no, acabaría postrado en la cama días y días, tosiendo y farfullando.

—¿Por eso apestas? —pregunté.

Steve se echó a reír.

—Sí. Es una mezcla especial de hierbas. Me la froto por encima cada mañana, antes de vestirme. Hace maravillas. El único inconveniente es el tufillo. Tengo que procurar no ponerme a favor del viento cuando sigo a los vampanezes; una vaharada de esto y se me echarían encima.

Conversamos un poco más sobre el pasado (Steve quería saber cómo había sido mi vida en el Cirque du Freak, y yo, dónde había estado y qué hacía cuando no iba de caza), y luego volvimos a hablar del presente y de lo que íbamos a hacer respecto a los vampanezes.

—Si Garfito estuviera actuando solo —dijo Steve—, mi ataque lo habría ahuyentado. Los vampanezes no corren riesgos cuando están solos. Si piensan que han sido descubiertos, huyen. Pero como es parte de una banda, dudo que lo haga.

—Estoy de acuerdo —dije yo—. Se han tomado demasiadas molestias preparando esta trampa para salir corriendo ante el primer contratiempo.

—¿Crees que los vampanezes sabrán que fuiste… tú quien salvó a Darren? —preguntó Harkat.

—No veo cómo —respondió Steve—. No saben nada de mí. Probablemente pensarán que fuiste tú o Mr. Crepsley. Tuve cuidado de no descubrirme ante Garfito.

—Entonces, aún podemos llevarles la delantera —dijo Harkat—. No hemos salido a cazarlos desde… que Mr. Crepsley se fue. Habría sido demasiado peligroso que hubiéramos ido sólo… los dos.

—Pero si voy yo con vosotros —dijo Steve, leyéndole el pensamiento a Harkat—, sería diferente. Tengo experiencia cazando vampanezes. Sé dónde buscarlos y cómo seguir su rastro.

—Y con nosotros ayudándote —añadí yo—, podrías trabajar más rápido de lo habitual y cubrir más terreno.

Nos miramos en silencio unos a otros.

—Corres un gran riesgo al mezclarte… con nosotros —le advirtió Harkat—. Quienquiera que nos haya tendido esta trampa lo sabe todo… de nosotros. Podrías revelarles tu existencia al… ayudarnos.

—También sería arriesgado para vosotros —rebatió Steve—. Aquí arriba estáis a salvo. Bajo tierra, estaréis en su terreno, y si bajamos, les estaremos invitando a atacar. Recordad que, aunque los vampanezes normalmente duerman durante el día, no necesitan hacerlo cuando se encuentran resguardados del Sol. Podrían estar despiertos y esperando.

Nos lo pensamos un poco más. Luego, alargué la mano derecha y la mantuve extendida ante mí, con la palma hacia abajo.

—Yo estoy dispuesto, si lo estás tú —dije.

Steve puso inmediatamente la mano izquierda (la de la cicatriz en la palma) sobre la mía y dijo:

—No tengo nada que perder. Estoy contigo.

Harkat tardó más en reaccionar.

—Desearía que Mr. Crepsley estuviera aquí —masculló.

—Yo también —dije—. Pero no está. Y cuanto más lo esperemos, más tiempo tendrán los vampanezes de planear un ataque. Si Steve tiene razón, y se asustan y cambian de base, les llevará un tiempo establecerse. Serán vulnerables. Esta podría ser la oportunidad perfecta para atacar.

Harkat suspiró tristemente.

—También podría ser la oportunidad perfecta para… ir directos

a una trampa. Pero —añadió, colocando una gran mano gris sobre las nuestras— la recompensa justifica el riesgo. Si podemos encontrarlos y matarlos, salvaremos… muchas vidas. Estoy contigo.

Sonriendo a Harkat, propuse un voto.

—¿Hasta la muerte? —sugerí.

—Hasta la muerte —aceptó Steve.

—Hasta la muerte —asintió Harkat, y luego añadió mordazmente—: ¡Aunque no la nuestra, espero!

CAPÍTULO 13

Pasamos el sábado y el domingo explorando los túneles. Harkat y Steve llevaban pistolas de flechas. Eran fáciles de usar: se cargaba una flecha, se apuntaba y se disparaba. Mortal a una distancia de veinte metros. Como vampiro, yo había jurado no utilizar tales armas, así que tuve que conformarme con mi habitual espada corta y mis cuchillos.

Empezamos por el área donde Steve había descubierto a Garfito por primera vez, con la esperanza de hallar alguna pista suya o de sus compañeros. Recorrimos los túneles uno por uno, examinando las paredes en busca de marcas de uñas de vampanezes o garfios, con el oído atento a cualquier indicio de vida, sin perdernos de vista unos a otros. Al principio nos movimos con rapidez (ya que Steve conocía esos túneles), pero cuando nuestra búsqueda se extendió a secciones nuevas y desconocidas, avanzamos con más cautela.

No encontramos nada.

Aquella noche, tras un largo baño y una cena sencilla, hablamos un poco más. Steve no había cambiado mucho. Seguía siendo tan alegre y divertido como siempre, aunque a veces aparecía en sus ojos una mirada distante y se quedaba callado, tal vez pensando en los vampanezes que había matado o en el camino que había escogido en la vida. Se ponía nervioso siempre que la conversación giraba en torno a Mr. Crepsley. Steve nunca había olvidado la razón por la que el vampiro le rechazó (Mr. Crepsley había dicho que Steve tenía mala sangre y que era malvado) y no creía que el vampiro fuera a alegrarse de verlo.

—No sé por qué pensó que yo era malo —refunfuñó Steve—. Yo era inquieto, como cualquier crío, por supuesto, pero malo, qué va… ¿Lo era, Darren?

—Claro que no —respondí.

—Puede que confundiera determinación con maldad —reflexionó Steve—. Cuando creo en una causa, me entrego a ella con todo mi corazón. Como mi cruzada para matar vampanezes. La mayoría de los humanos no podría matar a otro ser vivo, ni siquiera a un asesino. Prefiere entregarlo a la justicia. Pero yo me dedicaré a matar vampanezes hasta que me muera. Puede que Mr. Crepsley viera mi capacidad para matar y la confundiera con el deseo de matar.

Tuvimos muchas conversaciones sombrías como aquella, hablando del alma humana y de la naturaleza del Bien y del Mal. Steve había dedicado muchas horas a darle vueltas al cruel juicio de Mr. Crepsley. Estaba casi obsesionado con ello.

—No puedo esperar a demostrarle que se equivocó —sonrió—. Cuando comprenda que estoy de su lado, ayudando a los vampiros a pesar de su rechazo… Lo estoy deseando.

Cuando el fin de semana llegó a su fin, tuve que tomar una decisión respecto al colegio. No quería tener que preocuparme por Mahler (que me parecía una pérdida de tiempo), pero debía tener en cuenta a Debbie y a Mr. Blaws. Si me ausentaba repentinamente, sin una razón, el inspector vendría a buscarme. Steve dijo que eso no era un problema, que podíamos cambiarnos a otro hotel, pero yo no quería irme hasta que volviera Mr. Crepsley. La situación de Debbie era aún más complicada. Los vampanezes sabían ahora que ella estaba relacionada conmigo, y dónde vivía. De algún modo tendría que convencerla de que se mudara a un nuevo apartamento… pero ¿cómo? ¿Qué clase de historia podía inventar para persuadirla de abandonar su hogar?

Decidí ir al colegio aquel lunes por la mañana, principalmente para aclarar las cosas con Debbie. Con mis otros profesores, fingí que había pillado un virus, para que no sospecharan nada cuando no acudiera al día siguiente. No creía que a Mr. Blaws lo enviaran a investigar antes del fin de semana (desaparecer durante tres o cuatro días no era algo muy raro), y para cuando lo hiciera, esperaba que Mr. Crepsley ya hubiera regresado. Y cuando estuviera de vuelta, podríamos sentarnos a elaborar un plan concreto.

Steve y Harkat seguirían cazando vampanezes mientras yo

estaba en la escuela, pero acordaron ser cuidadosos, y prometieron que si encontraban alguno no se enfrentarían solos a él.

En Mahler, busqué a Debbie antes de que empezaran las clases. Iba a decirle que un enemigo del pasado había descubierto que yo me veía con ella, y que temía que planeara hacerle daño para fastidiarme a mí. Le diría que él no sabía dónde trabajaba ella, sólo dónde vivía, así que si se buscaba un sitio nuevo durante algunas semanas y no volvía a su antiguo apartamento, estaría a salvo.

Era una historia endeble, pero no se me ocurría nada mejor. Le suplicaría si era preciso, y haría todo lo que estuviera en mi mano para persuadirla de hacer caso a mi advertencia. Si eso no funcionaba, tendría que pensar en secuestrarla y encerrarla para protegerla.

Pero no había ni rastro de Debbie en el colegio. Fui a la sala de profesores durante el descanso, pero no había venido a trabajar y nadie sabía dónde estaba. Mr. Chivers se encontraba con los profesores y estaba furioso. Le sentaba fatal que la gente (profesores o estudiantes) no lo llamara antes de ausentarse.

Volví a clase con una sensación de vacío en las tripas. Deseé haberle pedido a Debbie que se pusiera en contacto conmigo desde su nueva dirección, pero no pensé en ello cuando le dije que se mudara. Ahora no tenía forma de saber de ella.

Las dos horas de clase y los primeros cuarenta minutos del recreo fueron uno de los momentos más desdichados de mi vida. Quería escaparme de la escuela y salir corriendo hacia el antiguo apartamento de Debbie, para ver si allí había algún rastro de ella. Pero comprendí que era mejor no hacer nada, que actuar llevado por el pánico. Eso me estaba destrozando, pero era mejor esperar a que se me aclarase la cabeza antes de ir a investigar.

Entonces, dos minutos después de las diez, ocurrió algo maravilloso: ¡llegó Debbie! Yo estaba deprimiéndome en el aula de Informática (Richard había notado que no estaba de buen humor y me había dejado solo) cuando la vi venir en un coche que se detuvo en la parte posterior del colegio, acompañada por dos hombres y una mujer… ¡los tres con uniforme de policía! Salió, y entró en el edificio con la mujer y uno de los hombres.

Salí corriendo y la alcancé de camino al despacho de Mr.

Chivers.

—¡Señorita Hemlock! —grité, alarmando al policía, que se volvió rápidamente, con la mano en busca del arma que pendía de su cinturón. Se detuvo al ver mi uniforme escolar y se relajó. Levanté una mano, saludando—. ¿Puedo hablar un minuto con usted, señorita?

Debbie preguntó a los oficiales si podía hablar un momento conmigo. Ellos asintieron, pero se quedaron vigilándonos de cerca.

—¿Qué está pasando? —susurré.

—¿Es que no lo sabes?

Había estado llorando y tenía la cara hecha un desastre. Meneé la cabeza.

—¿Por qué me dijiste que me fuera? —preguntó, y en su voz había una sorprendente amargura.

—Es complicado.

—¿Sabías lo que iba a ocurrir? ¡Si es así, te odiaré para siempre!

—Debbie, no sé de qué estás hablando, sinceramente.

Estudió mi rostro, buscando algún indicio que le probara que mentía. Al no hallar ninguno, su expresión se suavizó.

—Lo oirás pronto en las noticias —murmuró—, así que supongo que da igual que te lo cuente ahora, pero no se lo digas a nadie más. —Respiró profundamente—. Me fui el viernes, cuando tú me lo dijiste. Me registré en un hotel, pese a pensar que estabas loco.

Hizo una pausa.

—¿Y? —la insté.

—Alguien atacó a la gente de los apartamentos contiguos al mío —dijo—. A Mr. Andrews y a su esposa, y a Mr. Hugon. Nunca los conociste, ¿verdad?

—Vi una vez a la señora Andrews. —Me humedecí nerviosamente los labios—. ¿Los han matado?

Debbie asintió. Nuevas lágrimas acudieron a sus ojos.

—¿Y los desangraron? —pregunté con voz ronca, temiendo la respuesta.

—Sí.

Aparté la mirada, avergonzado. Nunca pensé que los vampanezes irían a por los vecinos de Debbie. Sólo pensaba en su seguridad y en la de nadie más. Debería haber vigilado el edificio,

anticipando lo peor. Tres personas estaban muertas porque no lo había hecho.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté débilmente.

—Entre la noche del sábado y la madrugada del domingo. Los cuerpos fueron descubiertos ayer por la tarde, pero la policía no me encontró hasta hoy. Lo han mantenido en secreto, pero creo que ya se conoce la noticia. Había grupos de periodistas pululando alrededor del edificio cuando venía hacia aquí.

—¿Por qué quería encontrarte la policía? —pregunté.

Me miró furiosa.

—Si mataran a la gente que vive a ambos lados del apartamento donde te alojas, y a ti no te encuentran por ninguna parte, ¿no crees que la policía también iría a buscarte? —me espetó.

—Lo siento. Fue una pregunta estúpida. No sé en qué estaba pensando.

Bajó la cabeza y preguntó con voz muy queda:

—¿Tú sabes quién lo hizo?

Vacilé antes de contestar.

—Sí y no. No conozco sus nombres, pero sé lo que son y por qué lo hicieron.

—Debes decírselo a la policía —dijo.

—No serviría de nada. Esto está más allá de sus posibilidades.

Mirándome a través de sus lágrimas, dijo:

—Me dejarán ir esta tarde. Ya me han tomado declaración, pero quieren revisarla unas cuantas veces más. Cuando me suelten, te haré algunas preguntas serias. Si no me satisfacen tus respuestas, te entregaré a ellos.

—Gra…

Se giró bruscamente y se alejó, reuniéndose con los agentes de policía y prosiguiendo su camino hacia el despacho de Mr. Chivers.

—… cias —concluí para mí mismo, y luego volví lentamente a clase. Sonó la campana, señalando el final del recreo… pero a mí me sonó como si tocara a difuntos.

CAPÍTULO 14

Había llegado la hora de contarle a Debbie toda la verdad, pero a Steve y Harkat no les gustaba mucho la idea.

—¿Y si se lo dice a la policía? —gritó Steve.

—Es peligroso —advirtió Harkat—. Los humanos son impredecibles en… el mejor de los casos. No puedes saber cómo va a reaccionar, ni lo que…hará.

—No me importa —dije obstinadamente—. Los vampanezes ya no jugarán más con nosotros. Saben que conocemos su existencia. Fueron a matar a Debbie, y como no la encontraron, asesinaron a la gente que vivía en los apartamentos contiguos. Las apuestas han subido. Ahora vamos en serio. Hay que explicarle a Debbie lo grave que es esto.

—¿Y si nos delata a la policía? —preguntó Steve en voz baja.

—Es un riesgo que tendremos que correr —repuse, tomando aire.

—Un riesgo que tú tendrás que correr —dijo Steve mordazmente.

—Pensaba que estábamos juntos en esto —suspiré—. Si me he equivocado, vete. No te detendré.

Steve se removió inquieto en su silla, y los dedos enguantados de su mano derecha recorrieron la cruz sobre la palma descubierta de su mano izquierda. Hacía eso a menudo, del mismo modo en que Mr. Crepsley se acariciaba la cicatriz cuando se ponía pensativo.

—No hace falta ponerse así —dijo Steve hoscamente—. Estaré contigo hasta el final, como prometí. Pero estás tomando una decisión que nos afecta a todos, y no es justo. Deberíamos someterlo a votación.

Meneé la cabeza.

—De votación, nada. No puedo sacrificar a Debbie, como tú no pudiste dejar que Garfito me matara en el callejón. Sé que estoy anteponiendo la seguridad de Debbie a nuestra misión, pero no puedo evitarlo.

—¿Tan fuerte es lo que sientes por ella? —preguntó Steve.

—Sí.

—Entonces, no discutiré más. Dile la verdad.

—Gracias.

Miré a Harkat, buscando su aprobación.

La Personita bajó la mirada.

—Esto no está bien. No puedo detenerte, así que no voy a intentarlo, pero… no lo apruebo. El grupo debería estar siempre antes que… el individuo.

Se subió la máscara (que necesitaba para filtrar el aire, que le resultaba tóxico) para cubrirse la boca, nos volvió la espalda y se sumió en un hosco silencio.

***

Debbie apareció poco antes de las siete. Se había duchado y cambiado de ropa (la policía le había traído algunos objetos personales de su apartamento), pero seguía teniendo un aspecto terrible.

—Hay un agente de policía en el vestíbulo —dijo al entrar—. Me preguntaron si quería un guardia personal y les dije que sí. Cree que he venido aquí a darte clase. Le he dicho tu nombre. Si no te parece bien… ¡te fastidias!

—Yo también me alegro de verte —sonreí, alargando las manos para coger su abrigo. Ella me ignoró y entró en el apartamento, y se detuvo en seco cuando reparó en Steve y Harkat (que estaban algo más allá).

—No dijiste que íbamos a tener compañía —dijo envaradamente.

—Ellos tienen que estar aquí —respondí—. Son parte de lo que tengo que contarte.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Este es Steve Leopard.

Steve hizo una breve reverencia.

—Y ese es Harkat Mulds.

Por un momento creí que Harkat no iba a mirarla. Entonces, se dio la vuelta lentamente.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Debbie con voz ahogada, impresionada por sus grises y antinaturales facciones llenas de cicatrices.

—Supongo que no ves a muchos como… yo en la escuela —sonrió Harkat nerviosamente.

—¿Es… —Debbie se humedeció los labios—… es de aquel centro del que me hablaste? ¿Donde vivíais Evra Von y tú?

—No hay ningún centro. Era mentira.

Me miró fríamente.

—¿En qué más me has mentido?

—En todo, más o menos —sonreí con aire culpable—. Pero las mentiras terminan aquí. Esta noche te contaré la verdad. Cuando acabe, pensarás que estoy loco, o desearás que no te lo hubiera contado nunca, pero tienes que escucharme: tu vida depende de ello.

—¿Es larga la historia? —preguntó.

—Una de las más largas que hayas oído jamás —respondió Steve con una carcajada.

—Entonces, será mejor que tome asiento —dijo ella. Escogió una silla, se quitó el abrigo, lo puso sobre su regazo y asintió abruptamente para indicarme que podía comenzar.

Empecé por el Cirque du Freak y Madam Octa, y seguí a partir de ahí. Le narré rápidamente mis años como asistente de Mr. Crepsley y mi época en la Montaña de los Vampiros. Le hablé de Harkat y del Señor de los Vampanezes. Luego le expliqué para qué habíamos venido aquí, lo de los formularios falsificados que se habían enviado a Mahler, cómo me había encontrado con Steve y qué papel jugaba él en esto. Terminé con los sucesos del fin de semana.

Cuando acabé, se produjo un largo silencio.

—Es una locura —dijo Debbie finalmente—. No puedes estar hablando en serio.

—Lo está —dijo Steve, riendo entre dientes.

—Vampiros… fantasmas… vampanezes… Es absurdo.

—Es la verdad —dije suavemente—. Puedo demostrarlo.

Levanté los dedos para enseñarle las cicatrices en las yemas.

—Las cicatrices no demuestran nada —sonrió con desdén.

Fui hacia la ventana.

—Ve hasta la puerta y mírame —dije.

Debbie no respondió. Pude ver la duda en sus ojos.

—Vamos —dije—. No te haré daño.

Sujetando el abrigo delante de ella, fue hacia la puerta y se quedó de pie frente a mí.

—Mantén los ojos abiertos —dije—. Ni siquiera pestañees, si puedes evitarlo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Ya lo verás… o, más bien, no.

Mientras ella me miraba atentamente, tensé los músculos de las piernas y seguidamente eché a correr, deteniéndome justo delante de ella. Me había movido tan rápido como pude, más rápido de lo que el ojo humano podía percibir. A Debbie debió parecerle que, simplemente, había desaparecido y reaparecido ante ella. Sus ojos se abrieron como platos y se apretó contra la puerta. Dándome la vuelta, me lancé hacia el punto de partida, nuevamente más rápido de lo que ella podía captar, y me detuve junto a la ventana.

—¡Tachán! —exclamó Steve, aplaudiendo secamente.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Debbie con voz temblorosa —. Tú… estabas allí… y luego estabas aquí…y luego…

—Puedo desplazarme a velocidades tremendamente altas. También soy muy fuerte: puedo atravesar con el puño cualquiera de estas paredes sin despellejarme los nudillos. Puedo saltar más alto y más lejos que ningún humano. Contengo la respiración durante largo tiempo y puedo vivir durante siglos. —Me encogí de hombros —. Soy un semi-vampiro.

—¡Pero eso es imposible! ¡Los vampiros no…! —Debbie avanzó unos cuantos pasos hacia mí, y luego se detuvo. Se debatía entre el deseo de no creerme y el convencimiento, en su fuero interno, de que le estaba diciendo la verdad.

—No puedo pasarme toda la noche demostrándotelo —dije—, ni tú pretendiendo que existe alguna otra explicación lógica. La verdad

es la verdad, Debbie. Aceptarla o no… es cosa tuya.

—Yo no… no puedo…

Estudió mis ojos durante un largo e inquisitivo momento. Luego asintió y se dejó caer otra vez en la silla.

—Te creo —gimió—. Ayer no lo hubiera hecho, pero vi las fotos de los Andrews y Mr. Hugon después de haber sido asesinados. No creo que ningún ser humano pudiera haber hecho eso.

—¿Entiendes ahora por qué tenía que decírtelo? —inquirí—. No sabemos por qué los vampanezes nos atrajeron aquí, ni por qué han estado jugando con nosotros, pero seguramente planean matarnos. El ataque a tus vecinos fue sólo el principio de la carnicería. No se detendrán ahí. Tú serás la siguiente si te encuentran.

—Pero ¿por qué? —preguntó débilmente—. Si es a ti y a ese Mr. Crepsley a quienes quieren, ¿por qué vienen a por mí?

—No lo sé. No tiene sentido. Eso es lo que lo hace tan espantoso.

—¿Qué vais a hacer para detenerlos? —preguntó.

—Seguir su rastro durante el día. Esperamos encontrarlos. Si lo hacemos, lucharemos. Y con suerte, ganaremos.

—Deberías contárselo a la policía —insistió—. Y al ejército. Ellos pueden…

—No —dije firmemente—. Los vampanezes son asunto nuestro. Seremos nosotros los que nos enfrentemos a ellos.

—¿Cómo puedes decir eso cuando están matando seres humanos? —Ahora estaba furiosa—. La policía se ha vuelto loca buscando a los asesinos porque no saben nada de ellos. Si les hubieras dicho lo que debían buscar, podrían haber acabado con esas criaturas hace meses.

—Esto no funciona así —dije—. No puede ser.

—¡Sí puede ser! —exclamó—. ¡Y va a ser! Voy a contárselo al agente del vestíbulo. Veremos qué…

—¿Y cómo vas a convencerlo? —la interrumpió Steve.

—Yo… —Se detuvo en seco.

—No te creería —la presionó Steve—. Pensaría que estás loca. Llamaría a un médico y te llevarían a… —Esbozó una amplia sonrisa—… curarte.

—Podría llevar a Darren conmigo —dijo ella, no muy convencida—. Él…

—… sonreiría encantadoramente y le preguntaría al amable policía por qué su profesora actúa de una forma tan extraña —rió Steve.

—Te equivocas —dijo Debbie temblorosamente—. Puedo convencer a la gente.

—Entonces, adelante —respondió Steve, sonriendo burlonamente—. Ya sabes dónde está la puerta. Te deseo la mejor de las suertes. Envíanos una postal contándonos cómo te ha ido.

—No me gustas —gruñó Debbie—. Eres un fanfarrón arrogante.

—No tengo por qué gustarte —replicó Steve—. Esto no es un concurso de popularidad. Es un asunto de vida o muerte. Yo he estudiado a los vampanezes y matado a seis. Darren y Harkat han luchado contra ellos y también los han matado. Sabemos qué tenemos que hacer para detenerlos. ¿Crees sinceramente que tienes algún derecho a venir aquí a decirnos cómo ocuparnos de nuestros asuntos? ¡Ni siquiera habías oído hablar de los vampanezes hasta hace unas horas!

Debbie abrió la boca para replicar, y luego la cerró.

—Tienes razón —admitió hoscamente—. Habéis arriesgado vuestras vidas por los demás, y sabéis de esto más que yo. No debería sermonearos. Supongo que es la profesora que hay en mí. —Se las arregló para esbozar una sonrisa muy débil.

—Entonces, ¿confiarás en nosotros y dejarás que nos ocupemos de esto? —pregunté—. ¿Buscarás un nuevo apartamento y te irás de la ciudad durante unas semanas, hasta que todo esto termine?

—Confío en vosotros —dijo—, pero si piensas que voy a huir, te estás engañando. Me quedaré a luchar.

—¿De qué estás hablando? —Fruncí el ceño.

—Os ayudaré a encontrar y a matar a los vampanezes.

Me quedé mirándola, atónito ante la simplicidad con la que lo decía, como si fuéramos en busca de un cachorro perdido.

—¡Debbie! —exclamé con voz ahogada—. ¿Es que no has escuchado nada? Se trata de criaturas que pueden moverse a extremada velocidad y haberte quitado ya del medio a mediados de la próxima semana con sólo chasquear un dedo. ¿Qué esperas conseguir tú, un ser humano corriente?

—Puedo explorar los túneles con vosotros —dijo—,

proporcionaros un par extra de piernas, ojos y oídos. Conmigo, podemos dividirnos en parejas y cubrir el doble de terreno.

—Tú no podrías seguirnos el paso —protesté—. Nos movemos demasiado rápido.

—¿A través de unos túneles oscuros, con la amenaza de los vampanezes siempre presente? —sonrió—. Lo dudo.

—De acuerdo —admití—, es probable que puedas seguir nuestro ritmo, pero no mantenerlo. Caminaremos durante todo el día, hora tras hora, sin pausa. Te cansarías y te quedarías atrás.

—Steve lo aguanta —observó.

—Steve se ha entrenado para perseguirlos. Y además —añadí—, Steve no tiene que presentarse en el colegio cada día.

—Ni yo tampoco —respondió—. Estoy de baja por asuntos personales. No me esperan de regreso hasta principios de la próxima semana, como mínimo.

—Debbie… tú… Eso es… —balbuceé, y me volví hacia Steve en busca de ayuda—. Dile que se lo quite de la cabeza —supliqué.

—La verdad es que yo creo que es una buena idea —dijo él.

—¡¿Qué?! —rugí.

—No nos vendría mal otro par de piernas ahí abajo. Si tiene agallas para ello, yo digo que le demos un voto de confianza.

—¿Y si encontramos vampanezes? —le reté—. ¿Tú ves a Debbie haciéndole frente a Garfito o a sus amigos?

—De hecho, sí —sonrió—. Por lo que he visto, tiene un temple de acero.

—Gracias —dijo Debbie.

—No hay de qué —rió él, y luego se puso serio—. Puedo equiparla con una pistola de flechas. En una escaramuza, nos vendría bien un cuerpo más. Al menos les daría a los vampanezes otro objetivo del que preocuparse.

—Yo estoy en contra —gruñí—. Harkat… Díselo.

Los ojos verdes de la Personita tenían una expresión pensativa.

—¿Decirles qué, Darren?

—¡Que eso es una locura! ¡Un disparate! ¡Una estupidez!

—¿Lo es? —inquirió tranquilamente—. Si Debbie fuera cualquier otra persona, ¿rechazarías tan… rápido su propuesta? Las probabilidades están en contra nuestra. Necesitamos aliados si

queremos triunfar.

—Pero… —empecé.

—Tú la has metido en esto —me interrumpió Harkat—. Te dije que no lo hicieras y no me hiciste caso. No puedes controlar a la gente una vez que te has… involucrado con ella. Ella conoce el peligro y… lo acepta. ¿Qué razones tienes para rechazar su ofrecimiento… más que el afecto que le tienes y… no querer que sufra ningún daño?

Visto así, no había nada que yo pudiera objetar.

—Muy bien —suspiré—. Esto no me gusta, pero si lo queréis así, supongo que tendré que aceptarlo.

—Qué galante es, ¿verdad? —comentó Steve.

—Desde luego, sabe cómo hacer que una chica se sienta a gusto —repuso Debbie con una sonrisa forzada, y luego dejó caer el abrigo y se inclinó hacia delante—. Ahora —dijo— dejemos de perder el tiempo y vayamos al grano. Quiero saberlo todo sobre esos monstruos. ¿Qué pinta tienen? Describidme su olor. ¿Qué clase de rastro dejan? ¿Dónde…?

—¡Cállate! —le espeté, cortándola en seco.

Se quedó mirándome, ofendida.

—¿Qué he…?

—Cállate —dije, esta vez con más calma, poniendo un dedo sobre mis labios. Avancé hacia la puerta y apreté una oreja contra ella.

—¿Problemas? —preguntó Harkat, situándose a mi lado.

—Oí unos pasos suaves en el pasillo hace un minuto… pero no se abrió ninguna puerta.

Nos retiramos, comunicándonos con los ojos. Harkat fue a buscar su hacha y luego, a mirar por la ventana.

—¿Qué está pasando? —preguntó Debbie. Pude oír los rápidos y violentos latidos de su corazón.

—Puede que nada… o puede que un ataque.

—¿Vampanezes? —preguntó Steve sombríamente.

—No lo sé. Puede que sólo sea una asistenta curiosa. Pero ahí fuera hay alguien. Puede que nos hayan estado escuchando, o puede que no. Más vale no correr riesgos.

Steve desenfundó su pistola de flechas y deslizó una flecha en

ella.

—¿Ves a alguien ahí fuera? —le pregunté a Harkat.

—No. Creo que tendremos vía libre si tuviéramos que… huir por ahí.

Desenvainé mi espada y probé la hoja mientras consideraba nuestro próximo movimiento. Irnos ahora sería lo más seguro (especialmente para Debbie), pero una vez que se empieza a correr, es difícil detenerse.

—¿Preparado para pelear? —le pregunté a Steve.

Dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Nunca he peleado contra un vampanez en pie —dijo—. Siempre les he atacado de día, mientras están durmiendo. No sé si te serviré de mucho.

—¿Harkat? —pregunté.

—Creo que tú y yo deberíamos ir a ver… qué está pasando —dijo—. Steve y Debbie pueden esperar junto a la ventana. Si oyen ruidos de lucha… deberían irse.

—¿Cómo? —pregunté—. No hay escalera de incendios y no pueden trepar por las paredes.

—No hay problema —repuso Steve.

Rebuscó bajo su chaqueta, y desenrolló una delgada cuerda que llevaba alrededor de la cintura.

—Siempre vengo preparado —dijo con un guiño.

—¿Eso os sostendrá a los dos? —preguntó Harkat.

Steve asintió y ató un extremo de la cuerda al radiador. Fue hacia la ventana, la abrió y lanzó hacia abajo el otro extremo.

—Por aquí —le dijo a Debbie, y ella fue hacia él sin objeciones.

La hizo subir al alféizar de la ventana y salir de espaldas, sujetándose a la cuerda, de modo que estuviera lista para descender con rapidez.

—Vosotros dos haced lo que debáis —dijo Steve, cubriendo la puerta con su pistola de flechas—. Nosotros saldremos si las cosas se ponen feas.

Miré a Harkat, y luego fui de puntillas hacia la puerta y agarré el picaporte.

—Iré yo primero —dije—, y bajaré despacio. Tú ve justo detrás de mí. Si ves a alguien que te parezca sospechoso… arráncale la

cabellera. Ya nos preocuparemos luego de pedir sus credenciales.

Abrí la puerta y me planté en el vestíbulo, sin molestarme en contar. Harkat salió detrás de mí, con la pistola de flechas en alto. Nadie a mi izquierda. Me volví hacia la derecha; tampoco nadie por allí. Me detuve, con el oído atento.

Transcurrieron unos instantes, largos y tensos. No nos movimos. El silencio nos roía los nervios, pero lo ignoramos y nos concentramos: cuando te enfrentas a los vampanezes, un segundo de distracción es lo único que necesitan.

Entonces alguien carraspeó sobre mi cabeza.

Me dejé caer al suelo, girando sobre la espalda y alzando mi espada, mientras Harkat levantaba su pistola de flechas.

La figura que se aferraba al techo se dejó caer antes de que Harkat pudiera disparar, y lo lanzó de un golpe al otro lado del pasillo, para luego arrebatarme de una patada la espada de las manos. Luché por alcanzarla, y entonces me detuve al escuchar una risita familiar.

—Juego, set y partido para mí, me parece.

Al volverme, me encontré con la visión de un hombre fornido vestido con pieles de animales de color púrpura, descalzo y con el pelo teñido de verde. Era mi compañero… ¡el Príncipe Vancha March!

—¡Vancha! —jadeé, mientras él me agarraba por el pescuezo y me ayudaba a ponerme en pie. Harkat se había levantado por sí solo y se frotaba la nuca, donde Vancha le había golpeado.

—Darren —dijo Vancha—, Harkat… —Meneó un dedo ante nosotros—. Deberíais comprobar siempre qué hay en las sombras cuando estéis buscando algún peligro. Si hubiera querido haceros daño, ahora estaríais muertos.

—¿Cuándo has vuelto? —grité, excitado—. ¿Por qué nos acechabas? ¿Dónde está Mr. Crepsley?

—Larten está en el tejado. Hemos vuelto hace unos quince minutos. Oímos voces desconocidas en la habitación, y por eso nos movimos con cautela. ¿Quién está ahí con vosotros?

—Pasa y te los presentaré —dije, sonriendo ampliamente, y luego le hice entrar en la habitación.

Les dije a Steve y a Debbie que estábamos a salvo, y me dirigí a

la ventana para llamar a un precavido, azotado por el viento y más que bienvenido Mr. Crepsley.

CAPÍTULO 15

Mr. Crepsley se mostró tan suspicaz hacia Steve como este había predicho. Incluso después de haberle hablado del ataque y de cómo Steve me salvó la vida, siguió contemplando al humano con mal disimulado desprecio y mantuvo las distancias.

—La sangre no cambia —gruñó—. Cuando probé la sangre de Steve Leonard, sabía a pura maldad. El tiempo no puede haber disuelto eso.

—Yo no soy malo —gruñó Steve en respuesta—. Usted es el cruel, haciendo esas horribles e infundadas acusaciones. ¿Se hace una idea de la baja opinión que acabé teniendo de mí mismo después de haberme rechazado como a un monstruo? ¡Su espantoso desprecio casi me condujo al mal!

—Creo que no habría sido un camino muy largo —dijo Mr. Crepsley tranquilamente.

—Pudiste haberte equivocado, Larten —dijo Vancha.

El Príncipe estaba tumbado en el sofá, con los pies apoyados sobre la televisión, que había arrastrado hacia sí. Su piel no estaba tan roja como la última vez que le vi (Vancha estaba convencido de que podía entrenarse para sobrevivir a la luz solar, y a menudo se paseaba de día durante una hora o así, dejando que el Sol le produjera serias quemaduras, para crear defensas en su cuerpo). Supuse que debió haber pasado los últimos meses a cubierto, en el interior de la Montaña de los Vampiros.

—No me equivoqué —insistió Mr. Crepsley—. Conozco el sabor de la maldad.

—Yo no apostaría por ello —dijo Vancha, rascándose un sobaco. Cayó un bicho y aterrizó en el suelo. Lo alejó con el pie—. La sangre no es tan fácil de adivinar como ciertos vampiros piensan.

Yo he encontrado trazas de sangre «maligna» en varias personas durante décadas, y he tenido cuentas con ellas. Tres eran malvadas, así que las maté. Las otras llevaban una vida normal.

—No todos los que nacen malvados cometen maldades —dijo Mr. Crepsley—, pero no estoy dispuesto a correr riesgos. No puedo confiar en él.

—Eso es absurdo —le espeté—. Tiene que juzgar a la gente por lo que hace, y no por lo que usted cree que podría hacer. Steve es mi amigo, y yo respondo por él.

—Yo también —dijo Harkat—. Al principio tenía mis dudas, pero ahora sé que… está de nuestro lado. No sólo salvó a Darren: también le aconsejó… llamar a Debbie y decirle que se fuera. De otro modo, ella estaría muerta.

Mr. Crepsley meneó la cabeza obstinadamente.

—Digo que deberíamos volver a probar su sangre. Vancha puede hacerlo. Así verá que estoy diciendo la verdad.

—Esa no es la cuestión —dijo Vancha—. Si dices que hay trazas de maldad en su sangre, estoy seguro de que es así. Pero la gente puede superar sus defectos naturales. No conozco de nada a este hombre, pero conozco a Darren y a Harkat, y tengo más fe en su juicio que en la calidad de la sangre de Steve.

Mr. Crepsley murmuró algo por lo bajo, pero sabía que estaba en desventaja.

—Muy bien —dijo mecánicamente—. No hablaré más de ello. Pero voy a vigilarte muy de cerca —le advirtió a Steve.

—Mejor a distancia —resolló Steve.

Para aligerar el ambiente, le pregunté a Vancha por qué había estado ausente durante tanto tiempo. Dijo que se había presentado ante Mika Ver Leth y Paris Skyle y contado lo del Lord Vampanez. Habría vuelto inmediatamente, pero vio lo cerca que Paris estaba de la muerte, y decidió acompañar al Príncipe en los últimos meses de su vida.

—Tuvo una buena muerte —dijo Vancha—. Cuando supo que ya no podía seguir desempeñando su papel, se escabulló en secreto. Encontramos su cuerpo pocas noches después, unido al de un oso en un abrazo mortal.

—¡Eso es horrible! —dijo Debbie con voz ahogada, y todos en la

habitación sonreímos ante aquella típica reacción humana.

—Hazme caso —le dije—, para un vampiro no hay peor forma de morir que en una cama, pacíficamente. Paris arrastraba más de ochocientos años a sus espaldas. Dudo que dejara este mundo con alguna queja.

—Aún así… —respondió, incómoda.

—Así son las costumbres de los vampiros —dijo Vancha, inclinándose hacia ella para tomarle la mano en un reconfortante apretón—. Ya te lo explicaré una de estas noches —agregó, reteniendo su mano entre las suyas algunos segundos más de lo necesario.

Si Mr. Crepsley iba a vigilar de cerca a Steve, ¡yo iba a vigilar aún más cerca a Vancha! Podía ver que se había encaprichado de Debbie. No creía que ella fuera a sentirse atraída por aquel Príncipe maleducado, apestoso y cubierto de barro…, ¡pero no iba a dejarlo a solas con ella para averiguarlo!

—¿Alguna noticia del Lord Vampanez o de Gannen Harst? —pregunté para distraerlo.

—No —dijo—. Les conté a los Generales que Gannen era mi hermano y les di una descripción detallada de él, pero ninguno lo ha visto recientemente.

—¿Y qué ha ocurrido por aquí? —preguntó Mr. Crepsley—. ¿Han asesinado a alguien, aparte de a los vecinos de la señorita Hemlock?

—Por favor —sonrió ella—, llámame Debbie.

—Si él no lo hace, te aseguro que yo sí —dijo Vancha con una amplia sonrisa, y volvió a inclinarse hacia ella para darle palmaditas en la mano. Tuve ganas de decirle algo grosero, pero me contuve. Vancha me vio resoplar y me guiñó un ojo sugestivamente.

Le contamos a Mr. Crepsley y a Vancha lo tranquilas que habían estado las cosas antes de que Garfito me atacara en el callejón.

—No me suena nada bien lo de ese Garfito —refunfuñó Vancha —. Nunca había oído hablar de un vampanez con garfios en las manos. Por tradición, un vampanez preferiría quedarse con una pierna o un brazo de menos antes que reemplazarlos por un miembro artificial. Es extraño.

—Lo que es extraño es que no haya vuelto a atacar —dijo Mr.

Crepsley—. Si ese vampanez está compinchazo con los que enviaron los datos de Darren a Mahler, conoce la dirección de este hotel…, así que ¿por qué no le atacó aquí?

—¿Crees que podría haber dos bandas de vampanezes actuando? —preguntó Vancha.

—Es posible. O puede que los vampanezes sean los responsables de los asesinatos, mientras que fue otro (tal vez Desmond Tiny) quien envió a Darren al colegio. Mr. Tiny también podría haber dispuesto que el vampanez de los garfios en las manos se cruzara en el camino de Darren.

—¿Pero cómo reconoció Garfito a Darren? —preguntó Harkat.

—Puede que por el olor de la sangre de Darren —dijo Mr. Crepsley.

—Esto no me gusta —rezongó Vancha—. Demasiados «y si» y «peros». Demasiado retorcido. Yo digo que nos marchemos y dejemos que los humanos se cuiden solos.

—Me inclino a darte la razón —dijo Mr. Crepsley—. Me duele decirlo, pero quizás una retirada sirva mejor a nuestros propósitos.

—¡Entonces retiraos e iros al diablo! —exclamó Debbie, y todos nos quedamos mirándola mientras se levantaba y se enfrentaba a Mr. Crepsley y a Vancha, con los puños apretados y los ojos llameantes—. ¿Qué clase de monstruos sois? —gruñó fieramente—. ¡Habláis de las personas como si fueran seres inferiores sin ninguna importancia!

—¿Debo recordarle, madam —replicó envaradamente Mr. Crepsley—, que vinimos aquí para luchar con los vampanezes y protegerla a usted y a su especie?

—¿Debería estar agradecida? —Sonrió con despreció—. Hicisteis lo que cualquiera con un mínimo de humanidad habría hecho. Y antes de que me salgas con eso de que «Nosotros no somos humanos», ¡no hay que ser un ser humano para ser humano!

—Tiene mal genio la moza, ¿eh? —me comentó Vancha en un aparte—. No me costaría nada enamorarme de una mujer así.

—Enamórate de otra —respondí rápidamente.

Debbie no prestó atención a nuestro breve dialogo. Sus ojos estaban clavados en Mr. Crepsley, que le devolvía fríamente la mirada.

—¿Nos estás pidiendo que nos quedemos y sacrifiquemos nuestras vidas? —dijo serenamente.

—No os estoy pidiendo nada —replicó ella—. Pero si os vais y continúan los asesinatos, ¿podréis vivir con ello? ¿Podréis hacer oídos sordos ante los gritos de los que morirán?

Mr. Crepsley sostuvo la mirada de Debbie durante algunos instantes más, y entonces apartó los ojos y murmuró suavemente:

—No.

Debbie se sentó, satisfecha.

—Pero no podemos perseguir sombras indefinidamente —dijo Mr. Crepsley—. Darren, Vancha y yo tenemos una misión, y ya la hemos aplazado durante demasiado tiempo. Debemos ir pensando en retomarla.

Se encaró con Vancha.

—Sugiero que nos quedemos una semana más, hasta que concluya el próximo fin de semana. Haremos todo lo que podamos para encontrar a los vampanezes, pero si continúan evitándonos, tendremos que admitir nuestra derrota y retirarnos.

Vancha asintió lentamente.

—Preferiría que nos marcháramos ahora, pero es razonable. ¿Darren?

—Una semana —acepté, y al reparar en la mirada de Debbie, me encogí de hombros—. Es lo más que podemos hacer —susurré.

—Yo sí puedo hacer más —dijo Harkat—. No estoy ligado a la misión como… vosotros tres. Me quedaré después de la fecha límite si este asunto… no se ha resuelto para entonces.

—Yo también —dijo Steve—. Me quedaré hasta el fin.

—Gracias —dijo Debbie suavemente—. Gracias a todos.

Y luego, ofreciéndome una débil sonrisa, dijo:

—¿Todos para uno y uno para todos?

Le devolví la sonrisa.

—Todos para uno y uno para todos —convine, y, seguidamente, todos los que estaban en la habitación lo repitieron, espontáneamente, uno por uno… ¡aunque Mr. Crepsley miró a Steve y gruñó irónicamente cuando le llegó el turno de pronunciar el juramento!

CAPÍTULO 16

Casi había amanecido antes de irnos a la cama (Debbie despidió a su vigilante a primeras horas de la noche). Todo el mundo se apretujó entre las dos habitaciones del hotel. Harkat, Vancha y yo dormimos en el suelo, Mr. Crepsley en su cama, Steve en el sofá, y Debbie en la cama de la otra habitación. Vancha se había ofrecido a compartir la cama con Debbie si quería a alguien que la mantuviera caliente.

—Gracias —había dicho ella tímidamente—, pero preferiría dormir con un orangután.

—¡Le gusto! —declaró Vancha cuando ella se fue—. ¡Siempre se hacen las duras cuando les gusto!

Al anochecer, Mr. Crepsley y yo pagamos la cuenta y nos marchamos del hotel. Ahora que se nos habían unido Vancha, Steve y Debbie, necesitábamos encontrar un sitio más tranquilo. El bloque de apartamentos casi desierto de Steve era ideal. Ocupamos los dos apartamentos contiguos al suyo y nos mudamos de inmediato. Tras un rápido y breve adecentamiento, las habitaciones estuvieron listas para ser ocupadas. No eran cómodas (eran frías y húmedas), pero bastarían.

Entonces llegó la hora de ir a cazar vampanezes.

Nos dividimos en tres equipos. Yo quería ir con Debbie, pero Mr. Crepsley dijo que sería mejor que la acompañara un vampiro completo. Inmediatamente, Vancha se ofreció para ser su compañero, pero yo rechacé la idea a toda prisa. Al final acordamos que Debbie iría con Mr. Crepsley, Steve con Vancha y Harkat conmigo.

Además de nuestras armas, cada uno de nosotros llevaba un teléfono móvil. A Vancha no le gustaban los teléfonos (un

tam-tam
era lo más cercano a los medios de telecomunicación modernos que conocía), pero le convencimos de su utilidad: con ellos, si alguno de nosotros se topaba con los vampanezes, podría llamar rápidamente a los demás.

Descartando los túneles que ya habíamos explorado y los que eran utilizados con regularidad por los humanos, dividimos el terreno subterráneo de la ciudad en tres sectores, asignando uno a cada equipo, y descendimos hacia la oscuridad.

Una noche larga y frustrante se extendió ante nosotros. Nadie encontró indicio alguno de los vampanezes, aunque Vancha y Steve descubrieron un cadáver humano que había sido abandonado por los chupasangre muchas semanas atrás. Anotaron dónde estaba, y Steve dijo que más tarde informaría a las autoridades, cuando hubiéramos terminado de buscar, para que el cuerpo pudiera ser reclamado y enterrado.

Debbie parecía un fantasma cuando nos encontramos en el apartamento de Steve a la mañana siguiente. Tenía el pelo mojado y sucio, la ropa rota, las mejillas arañadas y cortes en las manos, producidos por piedras afiladas y viejas cañerías. Mientras le limpiaba los cortes y le vendaba las manos, ella miraba fijamente la pared, con unos cercos oscuros alrededor de los ojos.

—¿Cómo podéis hacéis esto, noche tras noche? —preguntó con voz débil.

—Somos más fuertes que los humanos —respondí—. Mejor preparados y más rápidos. Intenté decirte esto antes, pero no me habrías escuchado.

—Pero Steve no es un vampiro.

—Él se ha entrenado. Y tiene años de experiencia.

Hice una pausa, estudiando sus cansados ojos marrones.

—No deberías haber venido con nosotros —dije—. Podrías coordinar la búsqueda desde aquí. Serías más útil aquí que…

—No —me interrumpió con firmeza—. Dije que iba a hacerlo, y lo haré.

—De acuerdo —suspiré.

Acabé de cubrir sus heridas y la ayudé a llegar hasta la cama. No habíamos dicho nada sobre nuestra discusión del viernes: no era

momento para tratar problemas personales.

Mr. Crepsley sonreía cuando volví.

—Lo hará —dijo.

—¿Usted cree? —pregunté.

Asintió.

—No le di tregua. Mantuve un paso firme y constante, y aún así, aguantó sin quejarse. Eso le ha pasado factura (es natural), pero se encontrará más fuerte después de un buen día de descanso. No nos fallará.

Debbie no parecía encontrarse mejor cuando despertó a última hora de la tarde, pero se animó después de una comida y una ducha calientes, y fue la primera en salir por la puerta para recorrerse las tiendas y comprarse un par de guantes resistentes, unas botas de agua y ropa nueva. Además, se hizo una coleta y se puso una gorra de béisbol, y, cuando partimos esa noche, no pude evitar admirar lo fiera (aunque hermosa) que parecía. ¡Me alegraba de no ser yo a quien persiguiera con la pistola de flechas que le había prestado Steve!

El miércoles fue otro fracaso, como el jueves. Sabíamos que los vampanezes estaban allí abajo, pero el entramado de túneles era vasto, y parecía que nunca íbamos a encontrarlos. El viernes, a primera hora de la mañana, mientras Harkat y yo regresábamos a la base, me detuve ante un puesto de periódicos para comprar algunos y ponerme al tanto de las noticias. Esta era la primera vez desde el fin de semana que me detenía a informarme del estado del mundo, y mientras recorría con el dedo el periódico de encima, un pequeño artículo atrajo mi atención y me detuve.

—¿Ocurre algo? —preguntó Harkat.

No respondí. Estaba demasiado ocupado leyendo. El artículo era sobre un chico al que buscaba la policía. Estaba desaparecido, presunta víctima de los asesinos que habían vuelto a atacar el martes, asesinando a una muchacha. ¿Y el nombre del chico al que buscaban? ¡Darren Horston!

***

Discutí el artículo con Mr. Crepsley y con Vancha después de que Debbie se hubiera ido a la cama (no quise alarmarla). Decía simplemente que había ido a clase el lunes y no me habían visto desde entonces. La policía me había investigado, como a todos los alumnos que se habían ausentado sin avisar de sus colegios (yo había olvidado telefonear para decir que estaba enfermo). Al no encontrarme, distribuyeron una descripción general y una petición para que se presentara cualquiera que supiera algo de mí. También estaban «interesados en hablar con "mi" padre, Vur Horston».

Propuse llamar a Mahler para decir que estaba bien, pero Mr. Crepsley pensó que lo mejor sería ir personalmente.

—Si llamas, podrían querer enviar a alguien para interrogarte. Y si ignoramos el problema, alguien podría descubrirte y alertar a la policía.

Acordamos que iría, fingiría haber estado enfermo y que mi padre me había llevado a casa de mi tío por el bien de mi salud. Acudiría a algunas clases (las suficientes para asegurarles a todos que estaba bien) y luego diría que volvía a sentirme mal y pediría a alguno de mis profesores que llamara a mi «tío» Steve para que viniera a recogerme. Él le comentaría al profesor que mi padre había acudido a una entrevista de trabajo, que sería la excusa que utilizaríamos el lunes: mi padre había conseguido el trabajo, y como tenía que empezar de inmediato, me había mandado a buscar para que me reuniera con él en otra ciudad.

Era una interrupción inoportuna, pero quería estar libre para lanzarme de lleno a la búsqueda de los vampanezes ese fin de semana, así que me puse mi uniforme escolar y me dirigí hacia allí. Me presenté en el despacho de Mr. Chivers veinte minutos antes del comienzo de las clases, pensando que el eterno rezagado me haría esperar, pero me sorprendió encontrarlo allí. Llamé a la puerta y entré cuando me dio permiso.

—¡Darren! —exclamó con voz ahogada al verme. Se levantó de un salto y me agarró por los hombros—. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no has llamado?

Repetí mi historia y me disculpé por no haberme puesto en contacto con él. Le dije que acababa de enterarme esa mañana de que esa gente me estaba buscando. También le conté que no había

seguido las noticias, y que mi padre estaba fuera, por negocios. Mr. Chivers me regañó por no hacerle saber dónde estaba, pero se sentía demasiado aliviado de verme sano y salvo para guardarme rencor.

—Ya casi te había dado por perdido —suspiró, pasándose una mano por el pelo, que no se había lavado últimamente. Se le veía envejecido y tembloroso—. ¿No habría sido terrible que también te hubieran cogido a ti? Dos en una semana… No quiero ni pensarlo.

—¿Dos, señor? —pregunté.

—Sí. Perder a Tara fue terrible, pero si te hubiéramos…

—¿Tara? —lo interrumpí bruscamente.

—Tara Williams. La chica que fue asesinada el martes. —Se quedó mirándome con incredulidad—. Seguro que lo has oído.

—Leí el nombre en el periódico. ¿Era una alumna de Mahler?

—Dios santo, muchacho, ¿es que no lo sabes? —tronó.

—¿Saber qué?

—¡Tara Williams era compañera tuya! Por eso estábamos tan preocupados: pensamos que tal vez los dos estabais juntos cuando atacó el asesino.

Rebusqué el nombre en mi memoria, pero no pude ponerle un rostro. Había visto a montones de personas desde mi llegada a Mahler, pero no había llegado a conocer a muchas, y muy pocas de ellas eran chicas.

—Debiste conocerla —insistió Mr. Chivers—. ¡Te sentabas a su lado en Lengua!

Me quedé helado: repentinamente había ubicado su rostro. Una chica bajita, con el pelo castaño claro, un corrector plateado en los dientes, muy callada. Se sentaba a mi izquierda en Lengua. Compartió conmigo su libro de poesía un día en que yo me dejé el mío en el hotel por accidente.

—Oh, no —gemí, con la certeza de que no había sido una coincidencia.

—¿Estás bien? —preguntó Mr. Chivers—. ¿Quieres beber algo?

Sacudí la cabeza, como adormecido.

—Tara Williams —murmuré débilmente, sintiendo un frío que se extendía por mi cuerpo desde el interior.

Primero, los vecinos de Debbie. Ahora, una de mis compañeras de clase. ¿Quién sería el próximo…?

—¡Oh, no! —gemí de nuevo, pero esta vez en voz más alta. Porque acababa de recordar quién se sentaba a mi derecha en Lengua: ¡Richard!

CAPÍTULO 17

Le pregunté a Mr. Chivers si podía tomarme el día libre. Le dije que aún no me sentía bien para empezar las clases, y que no podía afrontarlas teniendo a Tara en la cabeza. Él estuvo de acuerdo en que sería mejor que volviera a casa.

—Darren —dijo cuando me iba—, ¿te quedarás en casa este fin de semana y tendrás cuidado?

—Sí, señor —mentí, y luego corrí escaleras abajo en busca de Richard.

Smickey Martin y un par de amigos suyos estaban ganduleando en la entrada cuando irrumpí en la planta baja. No me había dicho nada desde nuestro encontronazo en las escaleras (al huir había demostrado su verdadero carácter), pero se puso a gritar burlonamente al verme:

—¡Vaya facha que traes! Lástima… Pensé que los vampiros te habían liquidado, como hicieron con
Ta-ta
Williams.

Me detuve y fui hacia él con paso firme para encararlo. Se puso en guardia.

—Ten cuidado, Horsty —gruñó—. Si me tocas las narices, te…

Lo agarré por el jersey, lo levanté del suelo y lo sostuve en alto por encima de mi cabeza. Chilló como un niño pequeño y me dio palmadas y patadas, pero no lo solté, sino que lo sacudí bruscamente hasta que se quedó quieto.

—Estoy buscando a Richard Montrose —dije—. ¿Lo has visto?

Smickey me miró con furia y no dijo nada. Le cogí la nariz con el pulgar y el índice izquierdos y se la apreté hasta hacerlo gimotear.

—¿Lo has visto? —le pregunté de nuevo.

—¡Seh! —chilló.

Le solté la nariz.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Hace unos minutos —farfulló—, yendo al aula de Informática.

Suspiré, aliviado, y bajé gentilmente a Smickey.

—Gracias —dije.

Smickey me dijo por dónde podía meterme mi gratitud. Sonriendo, me despedí del humillado matón agitando la mano sarcásticamente, y luego salí del edificio, alegrándome de que Richard estuviera a salvo… al menos hasta esa noche.

***

En casa de Steve, desperté a los vampiros y humanos durmientes (Harkat ya estaba despierto) y les hablé del último giro de los acontecimientos. Era lo primero que oía Debbie sobre la chica asesinada (no había visto los periódicos), y la noticia la afectó mucho.

—Tara —susurró, con lágrimas en los ojos—. ¿Qué clase de bestia se metería con una niña inocente como Tara?

Les hablé de Richard y les planteé la posibilidad de que pudiera ser el siguiente en la lista de los vampanezes.

—No necesariamente —dijo Mr. Crepsley—. Creo que irán tras otro de tus compañeros de clase (como cuando ejecutaron a los que vivían a cada lado de Debbie), pero podrían ir a por el chico o la chica que se sienten delante o detrás de ti.

—Pero Richard es mi amigo —señalé—. Apenas conozco a los otros.

—No creo que los vampanezes sean conscientes de eso —respondió—. Si lo fueran, habrían ido primero a por Richard.

—Tenemos que vigilarlos a los tres —dijo Vancha—. ¿Sabemos dónde viven?

—Yo puedo averiguarlo —dijo Debbie, enjugándose las lágrimas de sus mejillas. Vancha le arrojó un sucio trozo de tela, que ella aceptó con gratitud—. Los expedientes de los estudiantes son

accesibles por conexión remota. Yo conozco la contraseña. Iré a un ciber-café, me introduciré en los expedientes y conseguiré sus direcciones.

—¿Y qué hacemos cuando ataquen…, si es que lo hacen? —preguntó Steve.

—Lo mismo que ellos le hicieron a Tara —gruñó Debbie antes de que ninguno de nosotros pudiera responder.

—¿Crees que eso es inteligente? —respondió Steve—. Sabemos que hay más de uno operando, pero dudo que vengan todos a matar a un niño. ¿No sería más sensato seguir al atacante cuando regresara a…?

—Un momento —le interrumpió Debbie—. ¿Estás diciendo que les dejemos matar a Richard o a cualquiera de los otros?

—Eso nos convendría. Nuestro principal objetivo es…

Debbie le dio una bofetada antes de que dijera nada más.

—¡Animal! —siseó.

Steve se quedó mirándola con indiferencia.

—Soy como tengo que ser —dijo—. No detendremos a los vampanezes siendo civilizados.

—Eres… eres… —A ella no se le ocurrió nada lo bastante horrible para llamarlo.

—En eso, él tiene razón —intercedió Vancha.

Debbie se volvió hacia él, perpleja.

—Bueno, es que la tiene —rezongó Vancha, bajando los ojos—. No me gusta la idea de dejar que maten a otro niño, pero si sirve para salvar a los demás…

—No —dijo Debbie—. Sin sacrificios. No lo permitiré.

—Yo tampoco —dije yo.

—¿Tenéis alguna sugerencia alternativa? —preguntó Steve.

—Herirlo —respondió Mr. Crepsley cuando los demás nos quedamos callados—. Vigilamos las casas, esperamos al vampanez y le disparamos una flecha antes de que ataque. Pero no lo mataremos: apuntaremos a las piernas o a los brazos. Entonces lo seguimos, y si tenemos suerte, nos conducirá hasta sus compañeros.

—No me gusta —murmuró Vancha—. Ni tú, ni yo, ni Darren, podemos utilizar esas armas (va en contra de las costumbres de los vampiros), lo que significa que tendríamos que confiar en la

puntería de Steve, Harkat o Debbie.

—Yo no fallaré —prometió Steve.

—Yo tampoco —dijo Debbie.

—Ni yo —agregó Harkat.

—Puede que no —admitió Vancha—, pero si hay dos o más de ellos, no tendréis tiempo para apuntar al segundo. Las pistolas de flechas son de un solo tiro.

—Es un riesgo que tendremos que correr —dijo Mr. Crepsley—. Ahora, Debbie, deberías ir a uno de esos infierno-cafés y encontrar las direcciones lo más pronto posible, y luego te vas a la cama a dormir. Tendremos que estar listos para entrar en acción cuando llegue la noche.

***

Mr. Crepsley y Debbie vigilaron la casa de Derek Barry, el chico que se sentaba delante de mí en Lengua. Vancha y Steve se responsabilizaron de Gretchen Kelton (Gretch la Miserable*, como la llamaba Smickey Martin), que se sentaba detrás. Harkat y yo nos encargamos de la familia Montrose.

La noche del viernes era oscura, fría y húmeda. Richard vivía en una casa grande con sus padres y varios hermanos y hermanas. Había montones de ventanas superiores por las que los vampanezes podían entrar. No podíamos cubrirlas todas. Pero los vampanezes casi nunca matan a la gente en sus hogares (como en el mito de que los vampiros no pueden cruzar un umbral sin ser invitados primero), y aunque a los vecinos de Debbie los habían asesinado en sus apartamentos, todos los demás habían sido atacados en el exterior.

No ocurrió nada esa noche. Richard se quedó dentro todo el tiempo. Alcanzaba a verlo a él y a su familia a través de las cortinas de vez en cuando, y envidiaba sus sencillas vidas: ninguno de los Montrose tendría nunca que vigilar una casa para prevenir el ataque de unos desalmados monstruos de la noche.

Cuando toda la familia estuvo en la cama, con las luces apagadas, Harkat y yo subimos al tejado del edificio, donde

permanecimos el resto de la noche, ocultos entre las sombras, montando guardia. Nos marchamos al salir el Sol y nos encontramos con los demás al volver a los apartamentos. Ellos también habían tenido una noche tranquila. Nadie había visto ningún vampanez.

—El ejército ha vuelto —comentó Vancha, refiriéndose a los soldados que habían regresado para vigilar las calles, por el asesinato de Tara Williams—. Tendremos que procurar no cruzarnos en su camino: podrían confundirnos con los asesinos y abrir fuego.

Después de que Debbie se fuera a la cama, los demás discutimos nuestros planes para después del fin de semana. Aunque Mr. Crepsley, Vancha y yo habíamos acordado marcharnos el lunes si no atrapábamos a los vampanezes, yo opinaba que debíamos reconsiderarlo: las cosas habían cambiado con el asesinato de Tara y la amenaza que pendía sobre Richard.

A los vampiros, eso les traía sin cuidado.

—Una promesa es una promesa —insistió Vancha—. Establecimos una fecha límite, y debemos ceñirnos a ella. Si demoramos nuestra partida una vez, seguiremos demorándola.

—Vancha tiene razón —convino Mr. Crepsley—. Hayamos visto o no a nuestros oponentes, nos iremos el lunes. No es agradable, pero nuestra búsqueda tiene prioridad. Debemos hacer lo mejor para el clan.

Yo tenía que seguir con ellos. La indecisión es la fuente del caos, como solía decir Paris Skyle. No era el momento de arriesgarme a tener desavenencias con mis dos aliados más próximos.

Tal como salieron las cosas, no tendría que haberme preocupado, porque más tarde, aquel sábado, con densas nubes cubriendo una Luna casi llena, los vampanezes atacaron por fin… ¡y se desató el Infierno!

CAPÍTULO 18

Harkat lo vio primero. Eran las ocho y cuarto. Richard y uno de sus hermanos habían salido de casa para ir a una tienda cercana y volvían con las bolsas de la compra llenas. Los vigilamos de cerca durante todo el trayecto. Richard se estaba riendo de algún chiste que había hecho su hermano, cuando Harkat puso una mano en mi hombro y señaló hacia el horizonte. No tardé más de un segundo en descubrir la figura que cruzaba el tejado de un gran centro comercial, siguiendo a los chicos de abajo.

—¿Es Garfito? —preguntó Harkat.

—No lo sé —dije, forzando la vista—. No está lo bastante cerca del borde. No puedo verlo.

Los hermanos se estaban aproximando a la entrada de un callejón que tenían que atravesar para llegar a casa. Ese era el lugar lógico para que el vampanez atacara, así que Harkat y yo corrimos tras los chicos hasta que estuvimos a sólo unos cuantos metros de ellos cuando dejaron la calle principal. Volvimos a esperar mientras ellos empezaban a bajar por el callejón. Harkat sacó su pistola de flechas (a la que había quitado el aro que rodeaba el percutor para acomodarla a su gran dedo) y la cargó. Yo cogí un par de cuchillos arrojadizos (cortesía de Vancha) de mi cinturón, listo para respaldar a Harkat si él fallaba.

Richard y su hermano habían recorrido la mitad del callejón cuando apareció el vampanez. Primero vi sus garfios de oro y plata (¡era Garfito!), y a continuación su cabeza, cubierta por el pasamontañas, como siempre. Nos habría visto si hubiera estado atento, pero sólo tenía ojos para los humanos.

Garfito avanzó por el borde de la pared, y luego siguió furtivamente a los hermanos, sigiloso como un gato. Ofrecía un

blanco perfecto, y estuve tentado de decirle a Harkat que disparara a matar. Pero había otros peces en el mar de los vampanezes, y si no utilizábamos a este como cebo, nunca los cogeríamos.

—A la pierna izquierda —susurré—. Por debajo de la rodilla. Eso le hará ir más despacio.

Harkat asintió sin apartar los ojos del vampanez. Pude ver cómo Garfito se preparaba para saltar. Quise preguntarle a Harkat a qué estaba esperando, pero eso lo habría distraído. Entonces, mientras Garfito se agazapaba para saltar, Harkat apretó el gatillo y su flecha partió volando en la oscuridad. Le dio a Garfito exactamente donde yo le había sugerido. El vampanez aulló de dolor y cayó desmañadamente de la pared. Richard y su hermano pegaron un brinco y dejaron caer las bolsas. Se quedaron mirando a la persona que se retorcía en el suelo, dudando entre salir huyendo o ir en su ayuda.

—¡Marchaos de aquí! —rugí, dando un paso adelante, cubriéndome la cara con las manos para que Richard no pudiera identificarme—. ¡Corred ahora, si queréis vivir!

Eso los decidió. Dejaron las bolsas y salieron a toda pastilla. Para ser un par de humanos, era sorprendente lo rápido que podían correr.

Garfito, mientras tanto, había vuelto a ponerse en pie.

—¡Mi pierna! —rugía, tirando de la flecha.

Pero Steve era un astuto diseñador y no pudo quitársela. Garfito volvió a tirar, más fuerte, y se le partió en la mano, quedando la punta incrustada en los músculos de la zona inferior de su pierna.

—¡¡¡Aaayyyyyy!!! —chilló Garfito, lanzándonos el trozo inservible.

—Vamos —le dije a Harkat, deliberadamente más alto de lo necesario—. Lo atraparemos y acabaremos con él.

Garfito se envaró al oír eso, y el lamento murió en sus labios. Dándose cuenta del peligro en que se encontraba, intentó volver a subir de un salto a la pared. Pero la pierna izquierda no estaba bien y no pudo completar el salto. Maldiciendo, se sacó un cuchillo del cinturón y nos lo lanzó. Tuvimos que agacharnos bruscamente para esquivarlo, lo cual le dio a Garfito el tiempo que necesitaba para darse la vuelta y huir… ¡que era exactamente lo que queríamos!

Mientras nos disponíamos a ir tras el vampanez, Harkat telefoneó a los otros y les contó lo que estaba ocurriendo. Su trabajo era mantenerlos informados de lo que sucedía; yo tenía que concentrarme en Garfito y asegurarme de que no lo perdiéramos.

Había desaparecido de mi vista cuando llegué al final del callejón, y durante un terrible momento pensé que había escapado. Pero entonces vi gotas de sangre sobre el pavimento y las seguí hasta la entrada de otro callejón, donde lo descubrí escalando una pared baja. Lo dejé subir, y después trepar al tejado de una casa vecina, antes de ir tras él. Servía mucho mejor a mis propósitos tenerle por encima de las calles mientras durara la cacería, iluminado por el resplandor de las farolas y fuera del camino de la policía y los soldados.

Garfito me estaba esperando en el tejado. Había arrancado unas tejas flojas y me las lanzaba, aullando como un perro rabioso. Esquivé una, pero tuve que usar las manos para protegerme de las demás. Se hicieron pedazos contra mis nudillos, pero sin causar verdadero daño. El vampanez de los garfios en las manos avanzó, gruñendo amenazadoramente. Me quedé momentáneamente confundido cuando advertí que uno de sus ojos ya no tenía aquel brillo rojo (ahora era de un corriente color azul o verde), pero no tuve tiempo de pensar en ello. Saqué mis cuchillos y me preparé para hacer frente al reto del asesino. No quería matarlo antes de que tuviera ocasión de conducirnos hasta sus compañeros, pero si tenía que hacerlo, lo haría.

Antes de que él me pusiera a prueba, aparecieron Vancha y Steve. Steve le disparó una flecha al vampanez (fallando a propósito) y Vancha saltó sobre la pared. Garfito aulló de nuevo, hizo volar otras cuantas tejas hacia nosotros y luego subió por el tejado y bajó por el otro lado.

—¿Estás bien? —preguntó Vancha, deteniéndose junto a mí.

—Sí. Le dimos en la pierna. Está sangrando.

—Ya lo he notado.

Había un pequeño charco de sangre cerca. Sumergí un dedo en él y lo olfateé. Olía a sangre de vampanez, pero aún así le pedí a Vancha que lo comprobara.

—Es de vampanez —dijo, probándola—. ¿Por qué no habría de

serlo?

Le expliqué lo de los ojos de Garfito.

—Qué raro —gruñó, pero no dijo más.

Me ayudó a ponerme en pie, subió con sigilo a lo alto del tejado, se aseguró de que Garfito no estaba allí tumbado esperándonos, y luego me indicó que lo siguiera. ¡La cacería prosiguió!

***

Mientras Vancha y yo perseguíamos al vampanez a través de los tejados, Harkat y Steve nos seguían desde el suelo, disminuyendo la velocidad sólo para decidir qué camino tomar para rodear los controles y las patrullas policiales. Tras unos cinco minutos de cacería, Mr. Crepsley y Debbie se encontraron con nosotros. Debbie se unió a los de abajo y el vampiro se fue por los tejados.

Podríamos haber acorralado a Garfito (que lo tenía crudo, ralentizado por su pierna herida, el dolor y la pérdida de sangre), pero le permitimos seguir llevándonos la delantera. No había modo de que pudiera librarse de nosotros allí. Si hubiéramos querido matarlo, habría sido muy simple atraparlo. Pero no queríamos matarlo… ¡aún!

—No debemos dejar que sospeche —dijo Vancha, tras varios minutos en silencio—. Si nos quedamos detrás demasiado tiempo, imaginará que tramamos algo. Es hora de hacerle bajar a tierra.

Vancha se nos adelantó hasta que estuvo a una distancia adecuada para arrojarle sus shuriken al vampanez. Sacó una estrella arrojadiza de los cinturones que se cruzaban sobre su pecho, apuntó cuidadosamente y la envió rozando una chimenea, justo por encima de la cabeza de Garfito.

Girándose, el vampanez nos gritó algo ininteligible y agitó furiosamente un garfio dorado. Vancha lo hizo callar con otro shuriken, que pasó aún más cerca de su objetivo que el primero. Dejándose caer sobre el estómago, Garfito se deslizó por el borde del tejado, donde se sujetó al canalón con los garfios, deteniendo su caída. Colgó en el vacío un momento, examinando el área de abajo. Luego soltó los garfios del canalón y se dejó caer. Era una caída de

cuatro pisos, pero eso no era nada para un vampanez.

—Allá vamos —murmuró Mr. Crepsley, dirigiéndose a una escalera de incendios cercana—. Llama a los otros y adviérteles… que no los queremos corriendo tras él por las calles.

Así lo hice mientras bajaba trotando los peldaños de la escalera de incendios. Se encontraban a una manzana y media detrás de nosotros. Les dije que mantuvieran las posiciones hasta nuevo aviso. Mientras Mr. Crepsley y yo seguíamos al vampanez por el suelo, Vancha lo vigilaba desde los tejados para asegurarse de que no pudiera volver a subir, reduciendo sus opciones, de modo que tuviera que escoger entre las calles y los túneles.

Después de tres minutos de carrera delirante, escogió los túneles.

Encontramos tirada la tapa de una alcantarilla y un rastro de sangre que descendía hacia la oscuridad.

—Es por aquí —suspiré nerviosamente mientras nos deteníamos para esperar a Vancha.

Le di al botón de rellamada del móvil y llamé a los demás. Cuando llegaron, volvimos a formar las parejas habituales y bajamos a los túneles. Cada uno de nosotros sabía lo que tenía que hacer, y no intercambiamos palabras.

Vancha y Steve encabezaban la persecución. El resto iba detrás, cubriendo los túneles adyacentes, para que Garfito no pudiera volver por el mismo camino. No era fácil seguir a Garfito allí abajo. El agua de los túneles había diluido la mayor parte de su sangre, y la oscuridad hacía difícil ver mucho más allá de nuestras narices. Pero nos habíamos acostumbrado a esos espacios estrechos y oscuros, y nos movíamos con rapidez y eficiencia, manteniéndonos cerca y reparando en las más mínimas señales identificatorias.

Garfito nos condujo por los túneles a una profundidad mayor de la que habíamos estado nunca. Ni siquiera Murlough, el vampanez loco, se había adentrado tan profundamente en las entrañas de la ciudad. ¿Se dirigía Garfito hacia sus compañeros en busca de ayuda, o simplemente intentaba perdernos?

—Debemos de estar cerca de los límites de la ciudad —comentó Harkat mientras descansábamos un momento—. Los túneles deberían terminarse pronto, o si no…

—¿Qué? —pregunté, al ver que no seguía.

—Podrían abrirse al exterior —dijo—. Quizá esté buscando un camino… hacia la libertad. Si llega a campo abierto y… tiene vía libre, puede irse correteando a algún sitio seguro.

—¿Sus heridas no le impedirían hacer eso? —pregunté.

—Quizás. Pero si está lo bastante desesperado… quizá no.

Reanudamos la cacería y alcanzamos a Vancha y a Steve. Harkat le contó a Vancha lo que creía que estaba planeando Garfito. Vancha respondió que ya había pensado en ello, y que estaba cercando poco a poco al vampanez fugitivo: si Garfito se asomaba a la superficie, Vancha lo interceptaría y acabaría con él.

Pero, para sorpresa nuestra, en vez de dirigirse hacia arriba, el vampanez nos conducía cada vez más abajo. Yo no tenía ni idea de que aquellos túneles fueran tan profundos, y no podía imaginar por qué lo eran tanto: el diseño era moderno, y no mostraban signos de haber sido utilizados. Mientras reflexionaba sobre ello, Vancha se quedó parado y estuve a punto de chocar con él.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Se ha detenido —susurró Vancha—. Hay una estancia o una cueva más adelante, y ha hecho un alto.

—¿Nos espera para hacer un último alarde? —aventuré.

—Quizás —respondió Vancha, inquieto—. Ha perdido mucha sangre y el ritmo de la persecución debe estar minando sus energías. Pero ¿por qué detenerse ahora? ¿Por qué aquí? —Meneó la cabeza—. Esto no me gusta.

Cuando Mr. Crepsley y Debbie llegaron, Steve desató su pistola de flechas y prendió su antorcha.

—¡Cuidado! —siseé—. ¡Verá la luz!

Steve se encogió de hombros.

—¿Y qué? Ya sabe que estamos aquí. Podemos actuar tanto a la luz como en la oscuridad.

Aquello era razonable, así que todos encendimos las antorchas que habíamos traído, manteniendo las luces tenues para no crear demasiadas sombras que pudieran distraernos.

—¿Vamos a por él —preguntó Steve—, o nos quedamos aquí, esperando que ataque?

—Vamos —respondió Mr. Crepsley tras una brevísima pausa.

—Sí —dijo Vancha—. Adentro.

Observé a Debbie. Estaba temblando y parecía a punto de desmayarse.

—Puedes esperar aquí, si quieres —le dije.

—No —contestó—. Voy a ir. —Se detuvo, temblando—. Por Tara.

—Steve y Debbie se mantendrán en la retaguardia —dijo Vancha, desenganchando unos cuantos shuriken—. Larten y yo, delante. Darren y Harkat, en el medio.

Todos asentimos obedientemente.

—Si está sólo, yo me ocuparé de él —prosiguió Vancha—. Una pelea justa, uno contra uno. Si tiene compañía… —Sonrió forzadamente y sin humor—… que cada uno cuide de sí mismo.

Tras una última comprobación para asegurarse de que estábamos listos, avanzó, con Mr. Crepsley a su derecha, Harkat y yo detrás, y Steve y Debbie cerrando la marcha.

Nos encontramos en una estancia grande y abovedada, moderna, como los túneles. Un puñado de velas sobresalía de las paredes, arrojando una luz lóbrega y trémula. Había otro camino en la estancia que se extendía directamente ante nosotros, pero estaba sellado por una pesada y redonda puerta de metal, como las utilizadas en las cámaras de seguridad de los bancos. Garfito se había acuclillado a pocos metros de la puerta. Las rodillas le cubrían el rostro, y sus manos estaban ocupadas intentando arrancar la punta de la flecha de su pierna.

Nos desplegamos, Vancha al frente, y los demás detrás de él, formando un semicírculo protector.

—El juego ha terminado —dijo Vancha, conteniéndose, examinando las sombras en busca de algún signo que indicara la presencia de otros vampanezes.

—¿Tú crees? —gruñó Garfito, y elevó hacia nosotros un ojo rojo y otro verdiazul—. Yo creo que sólo acaba de empezar.

El vampanez entrechocó sus garfios. Una vez. Dos. Tres.

Y alguien cayó del techo.

El alguien aterrizó junto a Garfito. Se incorporó y se encaró con nosotros. Su rostro era púrpura, y sus ojos, rojo sangre: un vampanez. Cayó otro más. Y otro. Y otro. Sentí nauseas mientras veía caer vampanezes. También había vampcotas humanos entre

ellos, vestidos con camisas marrones y pantalones negros, con las cabezas afeitadas, una V tatuada por encima de cada oreja y círculos rojos pintados alrededor de los ojos. Llevaban rifles, pistolas y ballestas.

Conté nueve vampanezes y catorce vampcotas, sin incluir a Garfito. Habíamos caído en una trampa, y mientras veía a mi alrededor a todos aquellos guerreros armados de rostros ceñudos, supe que necesitaríamos toda la suerte de los vampiros para salir de aquella con vida.

CAPÍTULO 19

Con lo escasas que eran de por sí nuestras posibilidades, aún se pusieron peor. Mientras permanecíamos allí parados esperando el asalto, la gran puerta que había tras Garfito se abrió y cuatro vampanezes más pasaron a través de ella para unirse a los demás. Eso hacía veintiocho contra seis. No teníamos esperanza.

—Ya no estáis tan contentos, ¿verdad? —se mofó Garfito, avanzando alegremente unos cuantos pasos renqueantes.

—A mí me da igual —dijo Vancha, tomando aire—. Esto sólo significa que a cada uno nos tocará matar a más.

La sonrisa de Garfito se desvaneció.

—¿Eres un arrogante o un ignorante? —espetó.

—Ni una cosa ni otra —dijo Vancha, mirando fija y tranquilamente a nuestros enemigos—. Soy un vampiro.

—¿De verdad piensas que tenéis alguna oportunidad contra nosotros? —dijo Garfito, sonriendo con desprecio.

—Sí —respondió Vancha suavemente—. Si fuéramos a luchar con vampanezes honestos y nobles, pensaría de otro modo. Pero un vampanez que envía a humanos armados a librar sus batallas es un cobarde sin honor. No tengo ningún miedo a bestias tan despreciables.

—Ten cuidado con lo que dices —gruñó el vampanez que se encontraba a la izquierda de Garfito—. No nos tomamos bien los insultos.

—Los insultados somos nosotros —replicó Vancha—. Es honorable morir a manos de un digno oponente. Si enviarais contra nosotros a vuestros mejores guerreros y nos mataran, moriríamos con una sonrisa en los labios. Pero enviar a estos… estos… —Escupió en el suelo polvoriento—. No hay una palabra lo

suficientemente vil para describirlos.

Los vampcotas se encresparon ante aquello, pero los vampanezes parecían incómodos, casi avergonzados, y comprendí que no les tenían más afecto que nosotros a los vampcotas. Vancha también advirtió eso, y, lentamente, se soltó los cinturones con los shuriken.

—Tirad las pistolas —les dijo a Steve, Harkat y Debbie.

Ellos se quedaron mirándolo sin decir palabra.

—¡Hacedlo! —insistió bruscamente, y ellos obedecieron.

Vancha levantó las manos desnudas.

—Hemos dejado nuestras armas de largo alcance. ¿Vais a ordenarles a vuestras mascotas que hagan lo mismo para que se enfrenten honorablemente a nosotros… o nos disparareis a sangre fría como los perros cobardes que creo que sois?

—¡Disparadles! —chilló Garfito, con la voz rezumante de odio —. ¡Disparadles a todos!

Los vampcotas levantaron sus armas y apuntaron.

—¡No! —bramó el vampanez que estaba a la izquierda de Garfito, y los vampcotas se detuvieron—. ¡Por todas las sombras de la noche, he dicho que no!

Garfito se giró hacia él.

—¿Estás loco?

—Ten cuidado —le advirtió el vampanez—. No me desafíes o te mato aquí mismo.

Garfito dio un paso atrás, aturdido. El vampanez se encaró con los vampcotas.

—Tirad las armas —ordenó—. Lucharemos con nuestras armas tradicionales. Con honor.

Los vampcotas obedecieron la orden. Vancha se volvió y nos guiñó un ojo mientras dejaban sus armas a un lado. Luego volvió a enfrentarse a los vampanezes.

—Antes de que empecemos —dijo—, me gustaría saber qué clase de criatura es esa cosa con garfios.

—¡Soy un vampanez! —respondió Garfito, indignado.

—¿De veras? —Vancha sonrió burlonamente—. Nunca había visto a uno que tuviera un ojo distinto del otro.

Los ojos de Garfito giraron explorativamente.

—¡Maldición! —exclamó—. Se me debió escurrir cuando caí…

—¿Qué se te escurrió? —preguntó Vancha.

—Una lentilla —respondí yo suavemente—. Lleva lentillas rojas.

—¡No, no las llevo! —chilló Garfito—. ¡Es mentira! Díselo, Bargen. Mis ojos son tan rojos como los tuyos, y mi piel igual de púrpura.

El vampanez a la izquierda de Garfito arrastró los pies con embarazo.

—Es un vampanez —dijo—, pero de conversión reciente. Quiere parecerse al resto de nosotros, así que lleva lentillas y… —Bargen carraspeó detrás del puño—… se pinta la cara y el cuerpo de púrpura.

—¡Traidor! —aulló Garfito.

Bargen lo miró con repugnancia, y luego escupió en el suelo polvoriento como Vancha había hecho momentos antes.

—¿A qué ha llegado el mundo, cuando los vampanezes convierten a maniacos como este y reclutan humanos para luchar por ellos? —preguntó Vancha tranquilamente, sin asomo de burla en su voz: era una pregunta genuina y desconcertada.

—Los tiempos cambian —respondió Bargen—. No nos gustan esos cambios, pero los aceptamos. Nuestro Señor ha dicho que así debe ser.

—¿Y esto es lo que el gran Señor de los Vampanezes ha traído a su pueblo? —ladró Vancha—. ¿Matones humanos y monstruos locos con garfios por manos?

—¡Yo no estoy loco! —gritó Garfito—. ¡Sólo de rabia! —Me señaló y gruñó ferozmente—: ¡Y todo es culpa suya!

Vancha se volvió y se quedó mirándome, como si no hubiera nadie más en la estancia.

—¿Darren? —inquirió Mr. Crepsley en voz baja.

—No sé de qué está hablando —dije.

—¡Mentiroso! —Garfito se echó a reír y empezó a bailotear—. ¡Mentiroso, mentiroso, cara de oso!

—¿Conoces a esta criatura? —preguntó Mr. Crepsley.

—No —insistí—. La primera vez que lo vi fue cuando me atacó en el callejón. Nunca…

—¡Mientes! —chilló Garfito, dejando de bailar y mirándome con ira—. ¡Finge todo lo que quieras, tío, pero tú sabes quién soy! ¡Y

sabes lo que hiciste para conducirme a esto!

Levantó los brazos y los garfios centellearon a la luz de las velas.

—Sinceramente —juré—, no tengo ni idea de a qué te refieres.

—¿No? —sonrió burlonamente—. Es fácil mentirle a una máscara. Veamos si sigues manteniendo tu mentira cuando te enfrentes… —Se quitó el pasamontañas con un veloz barrido de los garfios de la izquierda, revelando su rostro—… ¡a esto!

Era un rostro redondo, duro, barbudo, manchado de pintura púrpura. Durante unos segundos no logré emplazarlo. Entonces, uniéndolo a las manos perdidas y a la familiaridad que previamente había notado en su voz, lo reconocí por fin.

—¿Reggie Verdureggie? —exclamé con voz ahogada.

—¡No me llames así! —chilló—. ¡Soy R. V… de Recto Vampanez!

No supe si reír o llorar. R. V. era un hombre al que había conocido no mucho después de haberme unido al Cirque du Freak, un eco-guerrero que había dedicado su vida a proteger los campos. Habíamos sido amigos hasta que me descubrió matando animales para alimentar a las Personitas. Se empeñó en liberar al hombre-lobo (él pensaba que lo maltratábamos) pero aquella bestia salvaje le arrancó los brazos de un bocado. La última vez que lo vi, iba huyendo en la noche, chillando con todas sus fuerzas: «¡Mis manos! ¡Mis manos!».

Y ahora estaba aquí. Con los vampanezes. Y comencé a entender por qué me habían tendido una trampa y quién estaba detrás de ello.

—¡Tú enviaste aquellos formularios a Mahler! —lo acusé.

Sonrió maliciosamente, y meneó la cabeza.

—¿Con unas manos como estas? —Agitó los garfios ante mí—. Son buenas para trocear, rebanar y destripar, pero no para escribir. Yo hice mi parte haciéndote bajar aquí, pero fue alguien con mucha más astucia que yo quien ideó el plan.

—No entiendo nada —interrumpió Vancha—. ¿Quién es este lunático?

—Es una larga historia —dije yo—. Te la contaré más tarde.

—Optimista hasta el final —rió Vancha para sus adentros.

Me acerqué paso a paso a R. V., ignorando las amenazas de

vampanezes y vampcotas, hasta que estuve a sólo un metro de él. Estudié su rostro en silencio. Se removió inquieto, pero no se apartó.

—¿Qué te ocurrió? —le pregunté, perplejo—. Tú amabas la vida. Eras amable y bondadoso. ¡Eras vegetariano!

—Ya no —dijo R. V., con una risita—. Ahora como mucha carne, ¡y me gusta chorreante de sangre!

Su sonrisa se ensombreció.

—Tú fuiste lo que me ocurrió, tú y tu banda de bichos raros. Tú arruinaste mi vida, tío. Vagué por el mundo solo, asustado e indefenso, hasta que fui acogido por los vampanezes. Ellos me dieron fuerza. Me equiparon con unas nuevas manos. A cambio, ayudé a entregarte a ellos.

Meneé la cabeza tristemente.

—Te equivocas. Ellos no te han hecho fuerte. Te han convertido en una abominación.

Su rostro se oscureció.

—¡Retira eso! ¡Retira eso o te…!

—Antes de que esto vaya más lejos —lo interrumpió Vancha con sequedad—, ¿puedo preguntar una cosa más? Es la última.

R. V. lo miró fijamente, en silencio.

—Si tú no nos tendiste esta trampa, ¿quién lo hizo?

R. V. no dijo nada. Ni tampoco los otros vampanezes,

—¡Vamos! —exclamó Vancha—. No seáis tímidos. ¿Quién fue el listillo?

Durante unos momentos más, se guardó silencio. Luego, detrás de nosotros, alguien dijo con voz suave y perversa:

—Fui yo.

Me giré en redondo para ver quién había hablado. También lo hicieron Vancha, Harkat y Mr. Crepsley. Pero no Debbie, porque estaba quieta, con un cuchillo apoyado sobre la suave piel de su garganta. Y tampoco Steve Leopard, porque estaba detrás de ella… ¡sosteniendo el cuchillo!

Nos quedamos mirando a la pareja boquiabiertos, sin decir palabra. Parpadeé dos veces, lentamente, pensando que tal vez así podría devolverle la cordura al mundo. Pero no fue así. Steve aún estaba allí, apoyando su cuchillo contra el cuello de Debbie, con

una amplia y oscura sonrisa.

—Quítate los guantes —dijo Mr. Crepsley con voz tensa—. Quítatelos y enséñanos tus manos.

Steve sonrió con complicidad, y se llevó a la boca las puntas de los dedos de la mano izquierda (con la que rodeaba la garganta de Debbie), sujetó los extremos enguantados con los dientes y liberó la mano. Lo primero que vieron mis ojos fue la cruz grabada en la palma, la cruz que se había hecho la noche que juró perseguirme y matarme. Luego mis ojos se deslizaron desde la palma hasta los extremos de sus dedos, y comprendí por qué Mr. Crepsley le había pedido que se quitara los guantes.

Había cinco pequeñas cicatrices en las yemas de sus dedos: el signo de que era una criatura de la noche. Pero Steve no se había convertido en un vampiro. Le había convertido uno de los otros. ¡Era un semi-vampanez!

CAPÍTULO 20

Mientras se me pasaba la impresión inicial, un odio helado y oscuro creció en el fondo de mi estómago. Olvidé a los vampanezes y a los vampcotas y centré toda mi atención en Steve. Mi mejor amigo. El chico cuya vida había salvado. El hombre al que había recibido con los brazos abiertos. Había respondido por él. Confiaba en él. Le había incluido en nuestros planes.

Y todo el tiempo había estado conspirando en contra nuestra.

Habría ido a por él en aquel mismo momento para hacerlo pedazos, si no fuera porque estaba utilizando a Debbie como escudo. Pese a mi rapidez, no sería capaz de impedir que le hundiera el cuchillo en la garganta. Si le atacaba, Debbie moriría.

—Sabía que no podíamos confiar en él —dijo Mr. Crepsley, que parecía sólo un poco menos iracundo de lo que yo me sentía—. La sangre no cambia. Debería haberlo matado hace años.

—Hay que saber perder —rió Steve, apretando aún más a Debbie contra él.

—Todo fue un complot, ¿verdad? —comentó Vancha—. El ataque del de los garfios y que tú rescataras a Darren estaba preparado.

—Por supuesto —dijo Steve, sonriendo burlonamente—. Todo el tiempo supe dónde estaban. Yo los atraje, enviando a R. V. a esta ciudad para sembrar el pánico entre los humanos, sabiendo que eso haría volver al Espeluznante Crepsley.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Mr. Crepsley, atónito.

—Investigando —dijo Steve—. Averigüé todo lo que pude sobre usted. Le convertí en la profesión de mi vida. No fue fácil, pero seguí su pista hasta el final. Encontré su certificado de nacimiento. Le relacioné con esté lugar. Trabajé con mis buenos amigos, los

vampanezes, en el transcurso de mis viajes. Ellos no me rechazaron como hizo usted. Por ellos me enteré de que uno de sus camaradas (el pobre y trastornado Murlough) había desaparecido aquí hacía algunos años. Con lo que yo sabía sobre usted y sus movimientos, no fue difícil atar cabos.

—¿Qué pasó con Murlough? —preguntó Steve—. ¿Lo mató, o simplemente lo ahuyentó?

Mr. Crepsley no contestó. Ni yo.

—Da igual —dijo Steve—. No tiene importancia. Pero me figuré que si volvió una vez para ayudar a esta gente, volvería a hacerlo.

—Muy inteligente —gruñó amenazadoramente Mr. Crepsley. Sus dedos se movían nerviosamente a los costados como las patas de una araña, y supe que se moría de ganas de cerrarlos en torno a la garganta de Steve.

—Lo que no comprendo —comentó Vancha— es lo que están haciendo aquí todos estos. —Movió la cabeza hacia Bargen y los otros vampanezes y vampcotas—. Seguro que no están aquí para ayudarte en tu loca búsqueda de venganza.

—Claro que no —dijo Steve—. Yo sólo soy un humilde semi-vampanez. No soy quién para mandar sobre mis superiores. Les conté lo de Murlough, lo cual les interesó, pero están aquí por otras razones, siguiendo instrucciones de alguien más.

—¿Quién? —preguntó Vancha.

—Tendría que decíroslo. Y no estamos aquí para hablar: ¡estamos aquí para matar!

Detrás de nosotros, los vampanezes y los vampcotas avanzaron. Vancha, Mr. Crepsley y Harkat se dieron la vuelta para hacerles frente. Yo no. No podía apartar los ojos de Steve y Debbie. Ella sollozaba, pero se mantenía firme, mirando implorantemente en mi dirección.

—¿Por qué? —pregunté con voz ronca.

—¿Por qué, qué? —replicó Steve.

—¿Por qué nos odias? No te hicimos ningún daño.

—¡Él dijo que yo era malo! —aulló Steve, moviendo la cabeza hacia Mr. Crepsley, que no se volvió para discutir con él—. ¡Y tú lo elegiste a él antes que a mí! ¡Me echaste encima aquella araña y trataste de matarme!

—¡No! ¡Yo te salvé! ¡Renuncié a todo para que tú pudieras vivir!

—¡Zarandajas! —bufó—. ¡Yo sé lo que ocurrió realmente! Conspiraste con él contra mí, para poder ocupar mi legítimo lugar entre los vampiros. ¡Me tenías envidia!

—No, Steve —gemí—. Esto es una locura. Tú no sabes lo que…

—¡Ahórratelo! —me interrumpió Steve—. No me interesa. Además, ahí viene el invitado de honor: un hombre al que estoy seguro que todos os morís por conocer.

No quería apartar la vista de Steve, pero tenía que ver de quién estaba hablando. Miré por encima de mi hombro y vi dos vagas formas detrás de la masa de vampanezes y vampcotas. Vancha, Mr. Crepsley y Harkat ignoraron las chanzas de Steve y a la pareja del fondo, y en vez de eso se concentraron en los enemigos que se hallaban directamente frente a ellos, desviando las primeras estocadas tanteadoras. Entonces los vampanezes se apartaron ligeramente y tuve una clara visión de los dos que se hallaban detrás de ellos.

—¡Vancha! —exclamé.

—¿Qué? —me espetó.

—Al fondo… Es… —Me humedecí los labios. El más alto de la pareja me había descubierto y me miraba fijamente con una expresión neutral e inquisitiva.

El otro iba vestido con una túnica verde oscura, su rostro cubierto por una capucha.

—¿Quién? —gritó Vancha, apartando la espada de un vampcota con las manos desnudas.

—Es tu hermano, Gannen Harst —dije con voz queda, y Vancha dejó de luchar. También lo hicieron Mr. Crepsley y Harkat. Y también, desconcertados, los vampanezes.

Vancha se alzó en toda su estatura para mirar por encima de las cabezas de los que tenía frente a él. Los ojos de Gannen Harst se apartaron de los míos para clavarse en los de Vancha. Los hermanos se miraron fijamente el uno al otro. Entonces, la mirada de Vancha se desvió hacia la persona de la túnica y la capucha: ¡el Señor de los Vampanezes!

—¡¿Él?! ¡¿Aquí?! —exclamó con voz ahogada.

—Deduzco que ya os habíais visto antes —comentó Steve con

sorna.

Vancha ignoró al semi-vampanez.

—¡Aquí! —exclamó de nuevo, con los ojos clavados en el líder de los vampanezes, el hombre al que habíamos jurado matar. Y entonces hizo lo último que los vampanezes habrían esperado: con un rugido cargado de pura adrenalina, ¡se lanzó a la carga!

Era un disparate, un vampiro desarmado arremetiendo contra veintiocho oponentes armados y preparados, pero ese disparate jugó a su favor. Antes de que vampanezes y vampcotas tuvieran tiempo de asimilar la chifladura de la embestida de Vancha, él había arrollado a nueve o diez de ellos, lanzándolos al suelo o al camino de los demás, y antes de que supieran lo que estaba ocurriendo, ya estaba casi encima de Gannen Harst y el Lord Vampanez.

Aprovechando el momento, Mr. Crepsley reaccionó más rápido que nadie y se lanzó detrás de Vancha. Se zambulló entre vampanezes y vampcotas, con los cuchillos al descubierto en sus brazos extendidos como un par de espolones en los extremos de las alas de un murciélago, y tres de nuestros adversarios cayeron con la garganta o el pecho abiertos.

Mientras Harkat balanceaba su hacha detrás de los vampiros y la enterraba en el cráneo de un vampcota, los últimos de la línea de los vampanezes cerraron filas en torno a Vancha, bloqueándole el camino hacia su Señor. El Príncipe los azotó con sus manos como si fueran espadas, pero ahora ellos sabían lo que hacían, y aunque mató a uno, los demás avanzaron en tropel y le obligaron a detenerse.

Yo debería haber ido tras mis compañeros (matar al Lord Vampanez era más importante que cualquier otra cosa), pero mis sentidos gritaban un solo nombre, y era un nombre que me hacía reaccionar impulsivamente:

—¡Debbie!

Le di la espalda a la batalla, y, rogando que aquel repentino estallido hubiera distraído a Steve, le arrojé un cuchillo. No pretendía alcanzarle (no podía arriesgarme a darle a Debbie), sólo hacer que se agachara.

Funcionó. Sobresaltado por la velocidad de mi movimiento, Steve ocultó bruscamente la cabeza detrás de la de Debbie para

protegerse. Su brazo izquierdo se aflojó alrededor de su garganta, y su mano derecha (la que sostenía el cuchillo) descendió durante una fracción de segundo. Mientras corría hacia ellos a toda velocidad, supe que aquel momentáneo giro de la fortuna no sería suficiente: él aún tendría tiempo de recuperarse y matar a Debbie antes de que yo le alcanzara. Pero entonces Debbie, actuando como una guerrera adiestrada, hundió bruscamente el codo izquierdo en las costillas de Steve y se liberó de su presa, arrojándose al suelo.

Antes de que Steve pudiera lanzarse tras ella, yo ya estaba encima de él. Lo agarré por la cintura y lo empujé contra la pared. Chocó con violencia y soltó un grito. Me separé de él y estrellé el puño derecho en su cara. La fuerza del golpe lo abatió, y también estuvo a punto de romperme a mí un par de huesecillos de los dedos, pero no me importó. Caí sobre él, lo agarré por las orejas, tiré hacia arriba de su cabeza y luego la estrellé contra el duro suelo de hormigón. Soltó un gruñido y en sus ojos se apagó la luz. Estaba aturdido e indefenso: ¡a mi merced!

Mi mano fue hacia la empuñadura de mi espada. Entonces vi el propio cuchillo de Steve caído muy cerca de su cabeza, y decidí que sería más apropiado matarlo con él. Lo recogí, lo puse sobre su oscuro y monstruoso corazón y lo empujé a través del tejido de su camisa para asegurarme de que no estaba protegido por una coraza o algún otro tipo de armadura. Entonces levanté el cuchillo por encima de mi cabeza y lo bajé lentamente, decidido a clavarlo en mi objetivo y poner fin a la vida del hombre al que una vez consideré mi más querido amigo.

CAPÍTULO 21

—¡ALTO! —chilló R. V. mientras mi acero descendía, y algo en su voz me hizo detenerme y mirar atrás.

Se me encogió el corazón: ¡tenía a Debbie! La sujetaba como lo había hecho Steve, con los garfios dorados del brazo derecho presionando su mandíbula. Un par de garfios habían pinchado ligeramente la piel, y unos finos riachuelos de sangre chorreaban por las hojas doradas.

—¡Tira el cuchillo o la rajo como a un cerdo! —siseó R. V.

Si tiraba el cuchillo, Debbie moriría de todas formas, junto con el resto de nosotros. Sólo podía hacer una cosa: tenía que intentar quedar en tablas. Agarrando a Steve por sus largos cabellos grises, apreté el cuchillo contra su garganta.

—Si ella muere, él muere —gruñí, y vi los ojos de R. V. llenarse de duda.

—No juegues conmigo —advirtió el vampanez de los garfios en las manos—. Suéltalo o la mataré.

—Si ella muere, él muere —repetí.

R. V. soltó una maldición, y luego echó un vistazo por encima del hombro, en busca de ayuda. La batalla se estaba decantando a favor de los vampanezes. Los que habían caído durante los primeros segundos de lucha habían vuelto a ponerse en pie, y ahora rodeaban a Vancha, Mr. Crepsley y Harkat, que peleaban espalda contra espalda, protegiéndose unos a otros, incapaces de avanzar o retroceder. Más allá del follón, Gannen Harst y el Señor de los Vampanezes observaban.

—Olvídate de ellos —dije—. Esto es entre tú y yo. No tiene que ver con nadie más. —Compuse una débil sonrisa—. ¿O es que tienes miedo de enfrentarte a mí tú solo?

R. V. sonrió con desprecio.

—No tengo miedo de nada, tío. Excepto… —Se detuvo.

Imaginando lo que había estado a punto de decir, eché hacia atrás la cabeza y aullé como un lobo. Los ojos de R. V. se ensancharon de terror ante aquel sonido, pero luego recobró la compostura y se mantuvo firme.

—Aullar no salvará a tu apetitosa noviecita —me provocó.

Tuve una extraña sensación de déjà vu: Murlough solía hablar de esa forma sobre Debbie, y por un momento fue como si el espíritu del vampanez muerto estuviera vivo en el interior de R. V. Entonces deseché tan macabros pensamientos y me concentré.

—Dejemos de perder el tiempo —dije—. Tú sueltas a Debbie, yo suelto a Steve, y zanjamos esto de hombre a hombre. El ganador se lo lleva todo.

R. V. esbozó una amplia sonrisa y meneó la cabeza.

—No hay trato. No necesito arriesgar mi cuello. Yo tengo todas las cartas.

Manteniendo a Debbie frente a él, se dirigió hacia la salida del lado opuesto de la estancia, rodeando a los vampanezes.

—¿Qué estás haciendo? —exclamé, intentando cerrarle el paso.

—¡Atrás! —rugió, clavando más profundamente sus garfios en la mandíbula de Debbie, provocándole un jadeo de dolor.

Me detuve, vacilante.

—Deja que se vaya —dije con voz queda, desesperadamente.

—No —respondió—. Me la llevo conmigo. Si intentas detenerme, la mataré.

—Y yo mataré a Steve si lo haces.

Se echó a reír.

—No me importa tanto Steve como a ti tu preciosa Debbita. Sacrificaré a mi amigo si tú estás dispuesto a sacrificar a la tuya. ¿Qué te parece, Shan?

Observé los ojos de Debbie, redondos y aterrorizados, y di un paso atrás, despejando el camino para que pasara R. V.

—Sabia decisión —gruñó, pasando fácilmente, sin volverme la espalda.

—Si le haces daño… —sollocé.

—No se lo haré —dijo él—. Por el momento. Antes quiero ver

cómo te retuerces. Pero si matas a Steve o me persigues… —Sus fríos ojos disparejos me dijeron lo que ocurriría.

Riendo, el monstruo de los garfios en las manos se escabulló, pasando junto a los vampanezes, y luego junto a Gannen Harst y su Señor, desvaneciéndose más allá en la lóbrega oscuridad del túnel, llevándose a Debbie con él y dejándome a mí y a los demás a merced de los vampanezes.

***

Ahora que Debbie se encontraba más allá de la salvación, tenía claras mis opciones. Podía intentar ayudar a mis amigos, que estaban atrapados en medio de los vampanezes, o ir a por el Lord Vampanez. No perdí el tiempo decidiéndome. No podía rescatar a mis amigos (había demasiados vampanezes y vampcotas), y aunque pudiera, no lo habría hecho: el Lord Vampanez era lo primero. Lo había olvidado momentáneamente cuando Steve cogió a Debbie, pero ahora mi convicción se reafirmó. Al otro lado, Steve seguía inconsciente. No había tiempo de acabar con él: lo haría más tarde, si era posible. Rodeé furtivamente a los vampanezes, desenvainando mi espada, con la intención de atrapar a Gannen Harst y a la figura que protegía.

Harst me descubrió, se llevó los dedos a la boca y silbó con fuerza. Los cuatro vampanezes de la retaguardia lo miraron, y luego siguieron la dirección de su dedo, que señalaba hacia mí. Se alejaron del jaleo, y, cerrándome el paso, avanzaron.

Podría haber tratado de abrirme camino a través e ellos, por desesperado que fuera, pero entonces vi a Gannen Harst ordenar a otros dos vampanezes que abandonaran la lucha. Les confió al Lord Vampanez y salieron por el túnel por el que había huido R. V. Gannen Harst cerró la enorme puerta tras ellos e hizo girar la gran válvula circular del centro. Sin la combinación, sería imposible atravesar una puerta tan gruesa como aquella.

Gannen Harst se acercó a los cuatro vampanezes que venían hacia mí. Chasqueó la lengua y los vampanezes se detuvieron. Harst me miró a los ojos, e hizo el signo del toque de la muerte

presionando el dedo corazón en medio de la frente, el índice y el anular sobre los ojos, y el pulgar y el meñique extendidos hacia fuera.

—Hasta en la muerte, saldrás triunfante —dijo.

Eché un rápido vistazo a mi alrededor, calibrando la situación. A mi derecha, proseguía la batalla. Mr. Crepsley, Vancha y Harkat presentaban cortes en muchos sitios y sangraban profusamente, aunque ninguno había recibido heridas fatales. Seguían en pie, armas en mano (excepto Vancha, cuyas armas eran sus manos), manteniendo a raya al círculo de vampanezes y vampcotas.

No lo entendía. Dada la superioridad numérica de nuestros enemigos, ya deberían haber arrollado y despachado al trío. Cuanto más duraba la batalla, más daño nos infligían: al menos seis vampcotas y tres vampanezes habían muerto, y unos cuantos más presentaban heridas graves. Aún así, peleaban con cautela, calculando cuidadosamente sus golpes, casi como si no quisieran matarnos.

Llegué a una súbita conclusión y supe lo que tenía que hacer. Me enfrenté a Gannen Harst y grité desafiante:

—¡Saldré triunfante en la vida!

Entonces saqué un cuchillo y se lo arrojé a los vampanezes, lanzándolo deliberadamente alto. Mientras los cinco vampanezes que estaban ante mí esquivaban el cuchillo, me di la vuelta balanceando mi espada hacia los vampanezes y los vampcotas estrechamente amontonados en torno a Mr. Crepsley, Vancha y Harkat. Ahora que el Señor de los Vampanezes estaba fuera de mi alcance, era libre de ayudar a mis amigos o perecer con ellos. Momentos antes, seguramente habríamos perecido, pero la balanza se había inclinado ligeramente a nuestro favor. La cuadrilla se había reducido a media docena de miembros: dos se habían marchado con su Señor, y cuatro más permanecían junto a Gannen Harst. Los vampanezes y vampcotas restantes se habían diseminado para cubrir los lugares abandonados por sus camaradas desaparecidos.

Mi espada alcanzó al vampanez de mi derecha y estuvo a punto de degollar a un vampcota a mi izquierda. El vampanez y el vampcota se hicieron a un lado al mismo tiempo, instintivamente, en direcciones opuestas, creando un hueco.

—¡Hacia mí! —le grité al trío atrapado en medio del tumulto.

Antes de que el hueco volviera a llenarse, Harkat irrumpió en él, cortando el aire con su hacha. Retrocedieron más vampanezes y vampcotas, y Mr. Crepsley y Vancha corrieron tras Harkat, desplegándose en torno a él, de manera que pudieran hacer frente al enemigo en fila, en lugar de tener que luchar espalda contra espalda.

Nos retiramos rápidamente hacia el túnel que conducía fuera de la caverna.

—¡Rápido! ¡Bloquead la salida! —gritó uno de los cuatro vampanezes que estaban con Gannen Harst, avanzando para cerrarnos el paso.

—Quieto —respondió en voz baja Gannen Harst, y el vampanez se detuvo. Se volvió a mirar a Harst, confundido, pero este se limitó a mover la cabeza sombríamente.

No estaba seguro de por qué Harst había impedido que sus hombres bloquearan nuestra vía de escape, pero no me detuve a pensar en ello. Mientras retrocedíamos hacia la salida, golpeando a los vampanezes y los vampcotas que venían tras nosotros empujándonos, pasamos junto a Steve. Estaba recobrando el sentido y se encontraba medio sentado. Al pasar junto a él me detuve, lo agarré por el pelo y tiré de él, poniéndolo en pie. Lanzó un grito y forcejeó, pero apoyé el filo de mi espada en su garganta y se quedó quieto.

—¡Tú te vienes con nosotros! —siseé en su oído—. Si nosotros morimos, tú también.

Le habría matado allí mismo, si no hubiera recordado lo que R. V. había dicho: que mataría a Debbie si yo mataba a Steve.

Cuando llegamos a la boca del túnel, un vampcota balanceó un corto trozo de cadena hacia Vancha. El vampiro la agarró, tiró del vampcota, lo agarró por la cabeza y la hizo girar bruscamente a la derecha con la intención de romperle el cuello y matarlo.

—¡Ya es suficiente! —bramó Gannen Harst, y los vampanezes y vampcotas que se nos echaban encima dejaron instantáneamente de pelear y retrocedieron dos pasos.

Vancha aflojó su presa, pero no liberó al vampcota, y miró airadamente a su alrededor con suspicacia.

—¿Y ahora, qué? —murmuró.

—No lo sé —dijo Mr. Crepsley, enjugándose el sudor y la sangre del ceño—. Pero pelean de una forma muy extraña. Nada de lo que hagan me sorprendería ya.

Gannen Harst se abrió paso a empujones entre los vampanezes hasta detenerse ante su hermano. No había parecido entre ambos (Vancha era corpulento, rudo y tosco, mientras que Gannen era esbelto, elegante y comedido), pero tenían una forma muy similar de quedarse parados con la cabeza ladeada.

—Vancha —saludó Gannen al hermano del que se había distanciado.

—Gannen —respondió Vancha, sin soltar al vampcota y vigilando a los demás vampanezes como un halcón, por si hacían algún movimiento repentino.

Gannen nos miró a Mr. Crepsley, a Harkat y a mí.

—Volvemos a encontrarnos —dijo—, como estaba escrito. La última vez, me derrotasteis. Ahora han cambiado las tornas.

Hizo una pausa y echó un vistazo en torno a la estancia, hacia los silenciosos vampanezes y vampcotas, y después a sus camaradas muertos o moribundos. Luego, al túnel que había a nuestra espalda.

—Podríamos mataros aquí, en este túnel, pero os llevaríais con vosotros a muchos de los nuestros —suspiró—. Estoy cansado de innecesarios derramamientos de sangre. ¿Hacemos un trato?

—¿Qué clase de trato? —gruñó Vancha, intentando ocultar su turbación.

—Para nosotros sería más sencillo mataros en los túneles más grandes que están más allá de este. Podríamos liquidaros uno por uno, sin prisas, y posiblemente, sin perder más hombres.

—¿Quieres que te hagamos el trabajo más fácil? —rió Vancha.

—Déjame acabar —continuó Gannen—. Tal como están las cosas, no tenéis ninguna posibilidad de volver a la superficie con vida. Si os atacamos ahora, sufriremos muchas bajas, pero los cuatro moriréis sin duda alguna. Si, por otra parte, os diéramos una ventaja…

Guardó silencio, y luego prosiguió:

—Quince minutos, Vancha. Soltad a los rehenes (podréis ir más rápido sin ellos) y huid. Durante quince minutos nadie os

perseguirá. Tenéis mi palabra.

—Es un truco —gruñó Vancha—. No nos dejaríais ir así como así.

—No te miento —respondió Gannen con rigidez—. Las probabilidades siguen estando a nuestro favor. Conocemos estos túneles mejor que vosotros, y probablemente os cogeríamos antes de que alcanzarais la libertad. Pero de esta forma tendréis una posibilidad… y yo no quiero tener que enterrar a más amigos míos.

Vancha intercambió una mirada furtiva con Mr. Crespley.

—Y Debbie, ¿qué? —exclamé, antes de que ninguno de los vampiros pudiera responder—. ¡Yo quiero llevarla también!

Gannen Harst meneó la cabeza.

—Yo dirijo a los que están en esta estancia —dijo—, pero no al de los garfios. Ella es suya ahora.

—Eso no me vale —resoplé—. Si Debbie no viene, yo tampoco. Me quedaré aquí y mataré a tantos de vosotros como pueda.

—Darren… —comenzó a protestar Vancha.

—No discutas —intervino Mr. Crepsley—. Conozco a Darren. Gastarías saliva. No se irá sin ella. Y si él no se va, yo tampoco.

Vancha soltó una maldición, y miró a su hermano a los ojos.

—Ya lo ves. Si ellos no se van, yo tampoco.

Harkat se aclaró la garganta.

—Estos idiotas no hablan… por mí. Yo me voy.

Luego sonrió para demostrar que bromeaba.

Gannen escupió entre sus pies, disgustado. Entre mis brazos, Steve se agitó y rezongó. Gannen lo observó por un instante, y luego volvió a mirar a su hermano.

—Entonces, hagamos esto —dijo—. R. V. y Steve Leonard son amigos íntimos. Leonard diseñó los garfios de R. V. y nos persuadió para convertirle. No creo que R. V. mate a la mujer si eso implica la muerte de Leonard, a pesar de sus amenazas. Cuando os vayáis, podéis llevaros a Leonard con vosotros. Si escapáis, quizá podáis utilizarle para intercambiar su vida por la de la mujer más tarde.

Volvió hacia mí los ojos, en señal de advertencia:

—Es lo mejor que puedo ofreceros… y más de lo que tenéis derecho a esperar.

Pensé en ello, comprendiendo que era la única esperanza real

que tenía Debbie, y asentí imperceptiblemente.

—¿Eso es un sí? —preguntó Gannen.

—Sí —respondí con voz ronca.

—¡Pues entonces, vamos! —exclamó—. Desde el momento en que empecéis a andar, comenzará a contar el reloj. Dentro de quince minutos, iremos nosotros… y si os cogemos, moriréis.

A una señal de Gannen, vampanezes y vampcotas retrocedieron y se reagruparon en torno a él. Gannen permaneció en pie frente a todos ellos, con los brazos cruzados bajo el pecho, esperando a que nos fuéramos.

Fui hacia mis tres amigos arrastrando los pies, empujando a Steve delante de mí. Vancha aún sujetaba al vampcota capturado, y lo agarraba del mismo modo que yo a Steve.

—¿Habla en serio? —le pregunté en un susurro.

—Eso parece —respondió, aunque me dio la impresión de que a él también le costaba creerlo.

—¿Por qué está haciendo esto? —preguntó Mr. Crepsley—. Sabe que nuestra misión es matar al Señor de los Vampanezes. Al ofrecernos esta oportunidad, nos deja libres para, quizá, recuperarnos y atacar de nuevo.

—Es una locura —admitió Vancha—, pero también lo sería mirarle el diente al caballo regalado. Salgamos antes de que cambie de idea. Ya lo discutiremos más tarde… si sobrevivimos.

Vancha retrocedió, manteniendo al vampcota frente a él, como un escudo. Yo lo seguí, rodeando con un brazo a Steve, que ahora estaba completamente consciente, pero demasiado aturdido para intentar escapar. Mr. Crepsley y Harkat venían detrás de nosotros. Vampanezes y vampcotas nos vieron partir. Muchos ojos rojos o bordeados de rojo rebosaban de aversión y disgusto… pero ninguno nos persiguió.

Retrocedimos de espaldas por el túnel durante un rato, hasta estar seguros de que no iban a seguirnos. Luego nos detuvimos e intercambiamos miradas de incertidumbre. Abrí la boca para decir algo, pero Vancha me hizo callar.

—No perdamos tiempo.

Se dio la vuelta, puso a su vampcota delante de él y empezó a trotar. Harkat salió tras él, encogiéndose de hombros con

impotencia al pasar junto a mí. Mr. Crepsley me indicó que, a continuación, siguiera yo con Steve. Empujando a Steve al frente, lo pinché en la espalda con la punta de mi espada, instándolo rudamente a avanzar a paso ligero.

Ascendimos lentamente a través de los largos y oscuros túneles, cazadores y prisioneros, golpeados, ensangrentados, magullados y aturdidos. Pensé en el Lord Vampanez, en el chiflado R. V. y en su desdichada prisionera, Debbie. Se me desgarraban las entrañas por tener que dejarla atrás, pero no tenía elección. Más tarde, si sobrevivía, volvería a por ella. Ahora sólo debía pensar en salvar mi propia vida. Con gran esfuerzo, expulsé de mi cabeza todo pensamiento sobre Debbie y me concentré en la senda que se extendía ante mí. En el fondo de mi mente, un reloj se puso en marcha espontáneamente, y a cada paso podía oír las manecillas contando los segundos, acortando nuestro periodo de gracia, acercándonos implacablemente al momento en que Gannen Harst enviaría a vampanezes y vampcotas tras nosotros… liberando a los sabuesos del Infierno.

LIBRO III

Asesinos del alba.

Para:
Bas, mi ave madrugadora.
Maiko «la Guardaespaldas» Enomoto y Megumi «la Picajosa» Hashimoto, de la OES (Orden de las Entrañas Sangrientas).
Gillie Rusell y Zoe Clark, las hermanas Grimm.
Los Amos del Troll del clan de Christopher Little

PRÓLOGO

Fue una época de engaños. Todos sospechaban de todos… ¡y con mucha razón! Nunca sabías cuándo un aliado en quien confiabas se daría la vuelta para enseñarte los colmillos y hacerte pedazos.

Los vampiros y los vampanezes estaban en guerra (la Guerra de las Cicatrices), y el resultado dependía de encontrar y matar al Señor de los Vampanezes. Si los vampiros lo lograban, la victoria sería suya. De lo contrario, la noche pertenecería a sus primos de piel púrpura, que conducirían a los vampiros a la extinción.

Tres vampiros fueron enviados por Mr. Tiny a perseguir al Lord Vampanez: Vancha March, Larten Crepsley y yo, Darren Shan. Soy un semi-vampiro.

Mr. Tiny nos dijo que ningún otro vampiro podía ayudarnos en la persecución, pero sí podían hacerlo los no-vampiros. Así que el único que nos acompañó fue una Personita llamada Harkat Mulds, aunque una bruja conocida como Lady Evanna también viajó con nosotros durante un corto espacio de tiempo durante nuestra búsqueda.

Después de permitir que el Lord Vampanez se nos escurriera de entre los dedos sin darnos cuenta en el primero de los cuatro encuentros predichos, viajamos a la ciudad natal de Mr. Crepsley. No esperábamos encontrar allí al Señor de los Vampanezes: fuimos para perseguir y detener a una banda de vampanezes que estaban asesinando a seres humanos.

En la ciudad se nos unieron dos compañeros más: mi ex novia Debbie Hemlock, y Steve Leopard. Steve solía ser mi mejor amigo. Dijo que se había convertido en cazador de vampanezes, y juró que nos ayudaría a acabar con los vampanezes asesinos. Mr. Crepsley sospechaba de Steve (creía que Steve tenía sangre malvada), pero lo

persuadí para que le concediera a mi viejo amigo el beneficio de la duda.

Nuestro objetivo era un vampanez chiflado con garfios por manos. Resultó ser otro de mis viejos conocidos: R. V., iniciales que originalmente correspondían a Reggie Verdureggie, aunque ahora proclamaba que eran la abreviatura de Recto Vampanez. Una vez había sido un eco-guerrero, hasta que el hombre lobo del Cirque du Freak le arrancó las manos de un mordisco. Me culpaba a mí del accidente, y se había unido a los vampanezes para exigir venganza.

Podríamos haber matado a R. V., pero sabíamos que estaba aliado con otros vampanezes, y en vez de eso decidimos engañarle para que nos condujera hasta ellos. Lo que no sabíamos fue que, en realidad, éramos nosotros las moscas atrapadas en la tela, no las arañas. A gran profundidad, bajo las calles de la ciudad, docenas de vampanezes nos estaban esperando. Entre ellos se encontraban el Señor de los Vampanezes y su protector, Gannen Harst, el hermano del que Vancha March se había alejado.

En una caverna subterránea, Steve Leopard reveló su verdadera cara. Era un semi-vampanez, y había conspirado con R. V. y el Lord Vampanez para conducirnos a la perdición. Pero Steve nos subestimó. Lo derroté, y lo habría matado… si R. V. no hubiera capturado a Debbie y amenazado con matarla en represalia.

Mientras eso ocurría, mis aliados persiguieron al Lord Vampanez, pero las posibilidades estaban en su contra, y se les escapó. Los vampanezes podrían habernos masacrado a todos, pero nosotros habríamos matado a muchos de ellos en el proceso. Para evitar tal derramamiento de sangre, Gannen Harst nos dejó ir, dándonos quince minutos de ventaja: a los vampanezes les resultaría más fácil matarnos en los túneles.

Conmigo reteniendo a Steve Leopard como rehén, y Vancha agarrando a un vampcota (un humano entrenado según las costumbres de los vampanezes), nos retiramos, dejando a R. V. libre de hacer con Debbie cualquier cosa espantosa que se le ocurriera. Corrimos a través de los túneles, exhaustos y afligidos, sabiendo que los vampanezes pronto se lanzarían como un enjambre tras nosotros y que nos matarían si nos cogían…

CAPÍTULO 1

Nos escurrimos a través de los túneles, con Mr. Crepsley abriendo la marcha, Vancha y yo en el medio y Harkat en la retaguardia. Hablamos lo menos posible, y hacía callar a Steve de un manotazo cada vez que empezaba a hablar: no estaba de humor para escuchar sus insultos o amenazas.

No llevaba reloj, pero había estado contando los segundos en el interior de mi cabeza. Calculé que habrían pasado unos diez minutos. Habíamos salido de los túneles modernos, y nos encontrábamos de regreso en el laberinto de los viejos y húmedos conductos. Aún nos quedaba un largo camino por delante: tiempo de sobra para que los vampanezes nos pillaran.

Llegamos a un cruce de caminos y Mr. Crepsley tomó el que iba hacia la izquierda. Vancha comenzó a seguirle, pero entonces se detuvo.

—¡Larten! —llamó.

Cuando Mr. Crepsley se volvió, Vancha se acuclilló. Era casi invisible en la oscuridad de los túneles.

—Tenemos que intentar sacárnoslos de encima —dijo—. Si vamos derechos a la superficie, caerán sobre nosotros antes de que estemos a medio camino.

—Pero si nos desviamos, podríamos perdernos —dijo Mr. Crepsley—. No conocemos esta área. Podríamos toparnos con un callejón sin salida.

—Sí —suspiró Vancha—, pero es un riesgo que tendremos que correr. Yo haré de señuelo y regresaré por donde hemos venido. Los demás intentareis encontrar una ruta alternativa de salida. Volveré con vosotros más tarde, si la suerte de los vampiros me acompaña.

Mr. Crepsley se lo pensó un momento, y luego asintió

rápidamente.

—Suerte, Alteza —dijo.

Pero Vancha ya se había ido, desapareciendo en la oscuridad en un instante, moviéndose con el silencio casi perfecto de los vampiros.

Descansamos un momento, y luego tomamos el túnel de la derecha y continuamos, con Harkat ahora a cargo del vampcota que Vancha había secuestrado. Nos movíamos rápida pero cautelosamente, intentando no dejar señal alguna de nuestro paso por allí. Al final del túnel, nos desviamos otra vez a la derecha. Al entrar en un fresco tramo de túnel, Steve tosió ruidosamente. Mr. Crepsley cayó sobre él al instante.

—¡No vuelvas a hacer eso o te mato! —le espetó, y sentí la hoja de su cuchillo apretarse contra la garganta de Steve.

—Era una tos de verdad… no una señal —replicó Steve en un furioso gruñido.

—¡No importa! —siseó Mr. Crepsley—. La próxima vez, te mataré.

Steve se quedó en silencio después de eso, como el vampcota. Caminamos con paso firme hacia arriba, navegando instintivamente por los túneles, vadeándolos a través del agua y los desechos. Me sentía fatal, agotado y demacrado, pero no aminoré la marcha. Ya debía haber amanecido allá arriba, o estar a punto de hacerlo. Nuestra única esperanza era salir de los túneles antes de que nos encontraran los vampanezes: la luz del Sol les impediría perseguirnos mucho más lejos.

Poco después, oímos a los vampanezes y a los vampcotas. Subían por los túneles a gran velocidad, sin tener que preocuparse ya del sigilo. Mr. Crepsley retrocedió un poco, para comprobar si nos estaban siguiendo, pero al parecer no habían encontrado nuestro rastro: todos parecían ir detrás de Vancha.

Continuamos subiendo, acercándonos cada vez más a la superficie. Nuestros perseguidores entraban y salían de nuestro campo auditivo. Por los ruidos que hacían, se habían dado cuenta de que no estábamos volviendo por la ruta más corta, y se habían detenido y desplegado para buscarnos. Imaginé que estábamos al menos a media hora del nivel del suelo. Si nos localizaban antes de

tiempo, estaríamos condenados, sin lugar a dudas. Los túneles eran tan estrechos como oscuros: un vampcota solo y bien situado no tendría dificultad alguna en abatirnos con un rifle o una pistola de flechas.

Nos estábamos abriendo camino entre un montón de escombros en un túnel derruido cuando fuimos finalmente descubiertos. Un vampcota con una antorcha entró en el túnel por el otro extremo, nos distinguió bajo una fuerte chispa de luz y rugió triunfalmente:

—¡Los he encontrado! ¡Están aquí! ¡Están…!

No logró seguir. Detrás de él, una figura salió de entre las sombras, le agarró la cabeza y se la giró bruscamente a la izquierda y luego a la derecha. El vampcota cayó al suelo. Su atacante se detuvo el tiempo justo para apagar la antorcha, y luego pasó corriendo por encima. Supimos, sin necesidad de verlo, que se trataba de Vancha.

—Justo a tiempo —murmuró Harkat cuando el desaliñado Príncipe se reunió con nosotros.

—Os he estado vigilando durante un rato —dijo Vancha—. No es el primero que me cargo. Este sólo llegó un poco más cerca de vosotros que los demás.

—¿Alguna idea de lo lejos que estamos de la superficie? —pregunté.

—No —dijo Vancha—. Antes iba por delante de vosotros, pero he estado retrocediendo durante el último cuarto de hora para cubriros y dejar unas cuantas pistas falsas.

—¿Qué hay de los vampanezes? —inquirió Mr. Crepsley—. ¿Están cerca?

—Sí —fue la respuesta de Vancha, y seguidamente volvió a escabullirse, para seguir cubriéndonos.

Un poco más adelante nos encontramos en unos túneles familiares. Habíamos explorado una vasta porción de la infraestructura de la ciudad cuando buscábamos a los vampanezes, y estado en esta sección tres o cuatro veces. No estábamos a más de seis o siete minutos de la salvación. Mr. Crepsley dio un silbido, haciéndole señas a Vancha. El Príncipe se reunió velozmente con nosotros y seguimos adelante con renovadas energías ante aquella nueva esperanza.

—¡Van por ahí!

El grito vino del túnel que estaba a nuestra izquierda. No nos detuvimos a comprobar lo cerca que estaban: agachando las cabezas, empujamos a Steve y al vampcota al frente y corrimos.

Los vampanezes no tardaron mucho en surgir detrás de nosotros. Vancha retrocedió y los mantuvo a raya con sus shuriken: estrellas arrojadizas con múltiples bordes afilados que resultaban letales cuando las lanzaba alguien tan experimentado como Vancha March. Por la histeria de sus voces, supimos que la mayoría (si no todos) de los vampanezes y vampcotas se habían congregado ahora detrás de nosotros, pero el túnel por el que huíamos discurría en línea recta, sin apenas túneles laterales por los que entrar o salir de él. Nuestros enemigos eran incapaces de escurrirse alrededor para atacarnos desde los lados o de frente: se veían obligados a seguirnos desde atrás.

Cuanto más nos acercábamos al nivel de la calle, más luminosos se volvían los túneles, y mis ojos de semi-vampiro se adaptaron rápidamente a la tenue luz. Ahora podía ver a los vampanezes y vampcotas persiguiéndonos… ¡y ellos podían vernos a nosotros! Los vampanezes, como los vampiros, habían jurado no utilizar armas de largo alcance, como pistolas o arcos, pero los vampcotas no estaban limitados por ese juramento. Comenzaron a disparar en cuanto tuvieron un campo visual claro, y tuvimos que correr el doble. Si hubiéramos tenido que cubrir una larga distancia agachados de aquella forma tan incómoda, seguramente nos habrían liquidado uno por uno, pero al cabo de un minuto de empezar a disparar, llegamos a una escalera de acero que ascendía hacia una boca de alcantarilla.

—¡Vamos! —ladró Vancha, arrojando una granizada de shuriken hacia los vampcotas.

Mr. Crepsley me agarró y me empujó escaleras arriba. No protesté por ser el primero. Era lo más sensato: si los vampanezes nos alcanzaban, Mr. Crepsley estaba mejor preparado para rechazarlos.

En lo alto de la escalera, me sujeté bien y seguidamente lancé los hombros contra la tapadera de la alcantarilla. Salió disparada, despejando la salida. Me icé hacia fuera e inspeccioné rápidamente

los alrededores. Estaba en medio de una pequeña calle; era por la mañana temprano y no había nadie por allí. Inclinándome sobre la boca de la alcantarilla, grité:

—¡Vía libre!

Segundos más tarde, Steve Leopard salió arrastrándose de la alcantarilla, haciendo una mueca ante la luz del Sol (casi cegador después de haber pasado tanto tiempo en los túneles). Luego vino Harkat, seguido del vampcota. Después de eso, se produjo una breve demora. Bajo el túnel resonaron furiosos disparos. Temiéndome lo peor, estuve a punto de bajar por la escalera para ver qué había pasado con Mr. Crepsley y con Vancha, cuando el vampiro de pelo naranja salió como una exhalación por la boca de la alcantarilla, jadeando furiosamente. Casi de inmediato, Vancha salió disparado tras él. La pareja debió haber saltado consecutivamente.

En cuanto Vancha estuvo fuera de la alcantarilla, crucé la calle a trompicones, recogí la tapadera de la alcantarilla, regresé arrastrándola y la coloqué en su sitio. Luego, los cuatro nos reunimos alrededor, Vancha empuñando varios shuriken, Mr. Crepsley sus cuchillos, Harkat su hacha, y yo mi espada. Esperamos diez segundos. Veinte. Medio minuto. Un minuto entero. Mr. Crepsley y Vancha exhalaban un sudor ardiente bajo el débil fulgor del Sol de la mañana.

No salió nadie.

Vancha miró a Mr. Crepsley, enarcando una ceja.

—¿Crees que han renunciado?

—Por el momento —asintió Mr. Crepsley, retrocediendo cautelosamente, y volviendo su atención hacia Steve y el vampcota para asegurarse de que no intentaban escapar.

—Deberíamos salir de… esta ciudad —dijo Harkat, limpiándose una costra de sangre seca de su rostro gris lleno de costuras. Al igual que Mr. Crepsley y Vancha, presentaba rasguños en muchos sitios después de su combate con los vampanezes, pero no eran cortes serios—. Sería un suicidio quedarse.

—Corred, conejos, corred —murmuró Steve, y volví a darle un manotazo en la oreja, haciéndole callar.

—No abandonaré a Debbie —dije—. R. V. es un asesino

desquiciado. No voy a dejarla con él.

—¿Qué le hiciste a ese maniaco para enfurecerlo tanto? —preguntó Vancha, mirando de reojo hacia uno de los agujeritos de la tapadera de la alcantarilla, aún no del todo convencido de que estuviéramos fuera. Las pieles púrpura que vestía colgaban en jirones de su cuerpo, y su cabello teñido de verde estaba veteado de sangre.

—Nada —suspiré—. Tuvo un accidente en el Cirque du Freak. Él…

—No tenemos tiempo para recuerdos —me interrumpió Mr. Crepsley, arrancándose la manga izquierda de su camisa roja, que había sufrido tantos desgarrones como las pieles de Vancha. Entornó los ojos hacia el Sol—. En nuestro estado, no podremos soportar permanecer mucho tiempo al Sol. Decidamos lo que decidamos, debe ser pronto.

—Darren tiene razón —dijo Vancha—. No podemos irnos. Y no por Debbie (que aunque me guste mucho, no me sacrificaría por ella), sino por el Señor de los Vampanezes. Sabemos que está ahí abajo. Debemos ir tras él.

—Pero está demasiado bien protegido —protestó Harkat—. Esos túneles están llenos de vampanezes… y vampcotas. Pereceríamos sin lugar a dudas si volviéramos… a bajar. Yo digo que huyamos y volvamos… más tarde, con ayuda.

—Olvidas la advertencia de Mr. Tiny —dijo Vancha—. No podemos pedir ayuda a otros vampiros. No me importa lo escasas que sean las posibilidades: debemos intentar atravesar sus defensas y matar a su Señor.

—Estoy de acuerdo —dijo Mr. Crepsley—. Pero ahora no es el momento. Estamos heridos y exhaustos. Deberíamos descansar y preparar un plan de acción. La cuestión es a dónde retirarnos: ¿a los apartamentos que hemos estado utilizando, o a algún otro sitio?

—A otro sitio —respondió Harkat al instante—. Los vampanezes saben dónde… hemos estado viviendo. Si nos quedamos, tendríamos que estar locos para volver donde… pueden venir a atacarnos cuando quieran.

—No sé —murmuré—. Es extraña la forma en que nos dejaron ir. Ya sé que Gannen dijo que quería preservar las vidas de sus

compañeros, pero si nos hubieran matado, habrían garantizado su victoria en la Guerra de las Cicatrices. Creo que hay algo más de lo que dijo. Si nos perdonaron cuando nos tenían atrapados en su terreno, dudo que ahora vayan a subir hasta aquí para luchar en nuestro territorio.

Mis compañeros reflexionaron en silencio.

—Creo que deberíamos volver a nuestra base e intentar sacar algo en claro de todo esto —dije—. Y aunque no lo consigamos, podremos descansar un poco y atender nuestras heridas. Luego, cuando se haga de noche, atacaremos.

—A mí me parece bien —dijo Vancha.

—Es un plan tan bueno como cualquier otro —suspiró Mr. Crepsley.

—¿Harkat? —pregunté a la Personita.

Sus redondos ojos verdes estaban llenos de duda, pero hizo una mueca y asintió.

—Creo que estamos locos al quedarnos, pero si… vamos a hacerlo, supongo que al menos allí tendremos armas… y provisiones.

—Además —añadió Vancha lúgubremente—, la mayoría de los apartamentos están vacíos. Es un lugar tranquilo. —Deslizó un dedo amenazador a lo largo del cuello del vampcota que había capturado, un hombre con la cabeza afeitada y la oscura V de los vampcotas tatuada por encima de cada oreja—. Hay algunas preguntas que quiero hacer, pero el interrogatorio no va a ser agradable. Será mejor que no haya nadie alrededor para escucharlo.

El vampcota miró despectivamente a Vancha como si aquello no le impresionara, pero pude ver el miedo en sus ojos bordeados de sangre. Los vampanezes poseían fortaleza suficiente para resistir horribles torturas, pero los vampcotas eran humanos. Un vampiro podía hacerle cosas terribles a un humano.

Mr. Crepsley y Vancha se enrollaron ropas y pieles alrededor de la cabeza y los hombros para protegerse del Sol. Luego, empujando a Steve y al vampcota delante de nosotros, subimos a los tejados para orientarnos, y nos dirigimos fatigadamente hacia la base.

CAPÍTULO 2

La «base» se encontraba en el quinto piso de un antiguo y en gran parte abandonado bloque de apartamentos. Ahí era donde Steve había instalado su campamento. Nos habíamos mudado allí cuando entró a formar parte de nuestro equipo. Ocupamos tres apartamentos de la misma planta. Mientras Mr. Crepsley, Harkat y yo metíamos a Steve en el apartamento del medio, Vancha agarró al vampcota por las orejas y lo arrastró al apartamento de la derecha.

—¿Va a torturarle? —le pregunté a Mr. Crepsley, deteniéndome en la puerta.

—Sí —respondió el vampiro con franqueza.

No me gustaba la idea, pero las circunstancias requerían respuestas rápidas y verdaderas. Vancha sólo hacía lo que tenía que hacerse. En la guerra a veces no hay lugar para la compasión o la humanidad.

Entré en nuestro apartamento y corrí hacia la nevera. No funcionaba (el apartamento no tenía electricidad), pero allí guardábamos nuestras bebidas y alimentos.

—¿Alguien tiene hambre o sed? —pregunté.

—Yo tomaré un filete (muy poco hecho) con patatas fritas y una Coca-Cola
para acompañar —bromeó Steve.

Se había acomodado en el sofá, y nos sonreía como si fuéramos una gran familia feliz.

Lo ignoré.

—¿Mr. Crepsley? ¿Harkat?

—Agua, por favor —dijo Mr. Crepsley, despojándose de su andrajosa capa roja para poder examinar sus heridas—. Y vendas —añadió.

—¿Estás herido? —preguntó Harkat.

—En realidad, no. Pero los túneles por los que nos arrastramos están repletos de bacterias. Todos deberíamos desinfectarnos las heridas para prevenir infecciones.

Me lavé las manos y luego preparé algo de comer. No tenía hambre, pero sentía que debía comer: mi cuerpo estaba trabajando únicamente con un exceso de adrenalina, y necesitaba alimentarlo. Harkat y Mr. Crepsley también se abalanzaron sobre la comida y pronto estuvimos dando cuenta de las últimas migajas.

No le ofrecimos nada a Steve.

Mientras atendíamos nuestras heridas, me quedé contemplando con una mirada llena de odio a Steve, que me devolvió una amplia y burlona sonrisa.

—¿Cuánto tardaste en prepararlo? —pregunté—. Atraernos aquí, arreglar esos papeles falsos para enviarme a la escuela, conducirnos a los túneles… ¿Cuánto?

—Años —respondió Steve con orgullo—. No fue fácil. No sabes ni la mitad. Esa caverna donde os tendimos la trampa… la construimos de la nada, al igual que los túneles que entran y salen de ella. También construimos otras cavernas. Hay una de la que estoy especialmente orgulloso. Espero tener ocasión de enseñártela alguna vez.

—¿Te tomaste todas estas molestias sólo por nosotros? —preguntó Mr. Crepsley, inquieto.

—Sí —respondió Steve, engreídamente.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿No habría sido más sencillo enfrentaros a nosotros en los viejos túneles ya existentes?

—Más sencillo, sí —admitió Steve—, pero no tan divertido. He desarrollado una pasión por el drama a lo largo de los años. Un poco como Mr. Tiny. Deberíais apreciar eso, habiendo trabajado en un circo durante tanto tiempo.

—Lo que no comprendo —reflexionó Harkat— es qué… estaba haciendo allí el Lord Vampanez, ni por qué los otros vampanezes… te ayudaron en tus locos planes.

—No tan locos como pensáis —replicó Steve—. El Lord Vampanez sabía que vendríais. Mr. Tiny se lo contó todo sobre los cazadores que seguirían sus pasos. También dijo que huir o

esconderse no eran una opción: si nuestro Señor no hacía frente a sus perseguidores, la Guerra de las Cicatrices estaría perdida.

—Cuando supo de mi interés por ti (y el de R. V.), nos consultó, y juntos ideamos este plan. Gannen Harst estuvo en contra (es de la vieja escuela y habría preferido una confrontación directa), pero el Lord Vampanez comparte mi afición por el teatro.

—Ese Señor vuestro —dijo Mr. Crepsley—, ¿cómo es?

Steve se echó a reír y meneó un dedo ante el vampiro.

—Vaya, vaya, Larten. Honestamente, no esperarás que te lo describa, ¿verdad? Ha tenido mucho cuidado de no mostrar su rostro, ni siquiera a sus más allegados.

—Podríamos sacártelo bajo tortura —gruñí.

—Lo dudo —sonrió burlonamente Steve—. Soy un semi-vampanez. Puedo soportar cualquier cosa que me hagáis. Me dejaría matar antes que traicionar al clan.

Se despojó de la pesada chaqueta que había llevado desde que nos encontramos. Un fuerte olor a productos químicos se desprendió de él.

—Ya no tiembla —dijo súbitamente Harkat.

Steve nos había dicho que tenía tendencia a pillar resfriados, por lo que debía llevar mucha ropa y untarse lociones para protegerse.

—Claro que no —respondió—. Todo eso era parte de la función.

—Tienes la astucia de un demonio —gruñó Mr. Crepsley—. Al alegar que eras propenso a los resfriados, podías llevar guantes para ocultar las cicatrices en las puntas de tus dedos, y bañarte en lociones de olor empalagoso para enmascarar tu hedor a vampanez.

—El olor fue la parte difícil —rió Steve—. Sabía que vuestras sensitivas narices olfatearían mi sangre, así que tenía que despistarlas. —Hizo un mohín—. Pero no ha sido fácil. Mi sentido del olfato también está altamente desarrollado, así que los vapores han hecho estragos en mis fosas nasales. Las jaquecas son espantosas.

—Me rompes el corazón —gruñí sarcásticamente, y Steve rió encantado. Se lo estaba pasando en grande, aunque fuera nuestro prisionero. Sus ojos estaban iluminados por un maligno regocijo—. No sonreirías así si R. V. se negara a intercambiar a Debbie por ti —le dije.

—Muy cierto —admitió—. Pero sólo vivo para veros sufrir a ti y al Espeluznante Crepsley. Moriría feliz sabiendo el tormento que tendrías que soportar si R. V. descuartiza a tu querida novia profesora.

Meneé la cabeza, perplejo.

—¿Cómo es que te has vuelto tan retorcido? —pregunté—. Éramos amigos, casi como hermanos. Entonces no eras malo. ¿Qué te ocurrió?

El rostro de Steve se ensombreció.

—Fui traicionado —dijo en voz baja.

—Eso no es cierto —respondí—. Te salvé la vida. Renuncié a todo para que pudieras vivir. Yo no quería convertirme en un semi-vampiro. Yo…

—¡Cállate! —me espetó Steve—. Tortúrame si lo deseas, pero no me insultes con mentiras. Sé que te confabulaste con el Espeluznante Crepsley para fastidiarme. Yo podría haber sido un vampiro, poderoso, longevo, majestuoso. Pero tú me dejaste como un humano, para tener que arrastrarme a través de una vida penosamente corta, débil y temeroso como todos los demás. Bien, ¿pues sabes qué? ¡Fui más astuto que tú! ¡Busqué a los del otro bando y me gané mis legítimos poderes y privilegios de todos modos!

—Para lo que te van a servir —resopló Mr. Crepsley.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Steve.

—Has desperdiciado tu vida con el odio y la venganza —dijo Mr. Crepsley—. ¿Qué hay de bueno en una vida sin alegría ni un propósito creativo? Habrías estado mejor viviendo cinco años como humano que quinientos como un monstruo.

—¡Yo no soy un monstruo! —gruñó fieramente Steve—. ¡Soy…!

Se detuvo y gruñó algo para sí mismo.

—Ya basta de tonterías —declaró en voz alta—. Me estáis aburriendo. Si no tenéis nada más inteligente que decir, mantened la boca cerrada.

—¡Perro insolente! —rugió Mr. Crepsley, y el dorso de su mano cruzó la mejilla de Steve, haciéndole sangrar.

Steve miró despectivamente al vampiro, se limpió la sangre con los dedos, y se los llevó a los labios.

—Una noche no muy lejana, será tu sangre la que yo pruebe —susurró, y seguidamente se sumergió en el silencio.

Exasperados y agotados, Mr. Crepsley, Harkat y yo también nos quedamos callados. Acabamos de limpiar nuestras heridas, y luego nos tumbamos y descansamos. Si hubiéramos estado solos, nos habríamos adormilado…, pero ninguno de nosotros se atrevió a cerrar los ojos con una bestia destructiva como Steve Leopard en la habitación.

***

Más de una hora después de haberse llevado aparte a su vampcota cautivo, Vancha regresó. Tenía el rostro sombrío, y aunque se había lavado las manos antes de entrar, no había podido quitarse todos los restos de sangre. Alguna era suya, de las heridas recibidas en los túneles, pero la mayor parte procedía del vampcota.

Vancha encontró una botella de cerveza tibia en la nevera fuera de servicio, quitó la tapa de un tirón y tragó ansiosamente. Normalmente, nunca bebía otra cosa que agua fresca, leche y sangre…, pero estos difícilmente podían considerarse tiempos normales.

Se secó la boca con el dorso de la mano al acabar, y luego se quedó mirando las débiles manchas rojas sobre su piel.

—Era un hombre valiente —dijo en voz baja—. Resistió más tiempo del que yo habría creído posible. Tuve que hacerle cosas terribles para hacerle hablar. Yo…

Se estremeció y abrió otra botella. Había lágrimas de amargura en sus ojos mientras bebía.

—¿Está muerto? —pregunté con voz temblorosa.

Vancha suspiró y desvió la mirada.

—Estamos en guerra. No podemos permitirnos perdonar la vida a nuestros enemigos. Además, para cuando acabé, habría sido una crueldad dejarle vivo. Al final, matarlo fue lo más piadoso.

—Alabemos a los dioses de los vampiros por los pequeños actos de misericordia —rió Steve, pero se acobardó cuando Vancha se giró, cogió un shuriken y lo mandó volando hacia él. La afilada

estrella arrojadiza se hundió en la tela del sofá, a menos de un centímetro por debajo de la oreja derecha de Steve.

—No fallaré con el próximo —juró Vancha, y por fin la sonrisa se borró del rostro de Steve, al comprender que el Príncipe iba en serio.

Mr. Crepsley se levantó y apoyó una mano tranquilizadora sobre el hombro de Vancha, conduciéndole hacia una silla.

—¿Valió la pena el interrogatorio? —preguntó—. ¿Reveló el vampcota algo nuevo?

Vancha no respondió inmediatamente. Aún miraba ferozmente a Steve. Luego asimiló la pregunta y se secó los grandes ojos con el extremo de una de sus pieles.

—Tenía mucho que decir —gruñó Vancha.

Entonces se sumergió en el silencio y se quedó mirando la botella de cerveza que tenía en las manos, como si no supiera qué hacía aquello allí.

—¡El vampcota! —dijo en voz alta tras un minuto de silencio, levantando bruscamente la cabeza y centrando la mirada—. Sí. Para empezar, averigüé por qué Gannen no nos mató y por qué los otros luchaban con tanta cautela.

Se inclinó hacia delante y le arrojó la botella de cerveza vacía a Steve, que se hizo a un lado, y luego volvió a mirar arrogantemente al Príncipe.

—Sólo el Lord Vampanez puede matarnos —dijo Vancha suavemente.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Está atado a las reglas de Mr. Tiny, al igual que nosotros —explicó Vancha—. Como nosotros no podemos pedir ayuda a los demás para buscarle y combatirle, él tampoco puede pedirles a sus subordinados que nos maten. Mr. Tiny le dijo que tenía que matarnos él mismo para asegurarse la victoria. Puede convocar a todos los vampanezes que quiera para luchar con nosotros, pero si alguno nos golpea demasiado fuerte y nos inflige una herida mortal, estarán destinados a perder la guerra.

Esas eran unas noticias sensacionales y las comentamos con entusiasmo. Hasta ahora, pensábamos que no teníamos ninguna posibilidad contra los acólitos del Lord Vampanez… Simplemente,

eran demasiados para abrirnos paso a través de ellos. Pero si no les estaba permitido matarnos…

—No nos exaltemos —advirtió Harkat—. Aunque no puedan matarnos, pueden… acorralarnos y reducirnos. Si nos capturan y nos entregan a… su Señor, él no tendría más que… clavarnos una estaca en el corazón.

—¿Cómo te van a matar a ti? —le pregunté a Harkat—. No eres uno de los tres cazadores.

—Tal vez no sepan eso —dijo Harkat.

Steve murmuró algo entre dientes.

—¿Qué dices? —exclamó Vancha, empujándole bruscamente con un pie.

—¡Digo que no lo sabíamos antes, pero lo sabemos ahora! —se mofó Steve—. O al menos —añadió hoscamente— lo sé yo.

—¿No sabías quiénes eran lo tres cazadores? —preguntó Mr. Crepsley.

Steve meneó la cabeza.

—Sabíamos que erais tres de vosotros, y Mr. Tiny nos dijo que uno sería un niño, así que dimos por sentado que Darren era uno. Pero al presentarse cinco (vosotros tres, Harkat y Debbie), no estábamos seguros de quiénes serían los otros. Supusimos que los cazadores serían vampiros, pero no quisimos correr riesgos innecesarios.

—¿Por eso fingiste ser nuestro aliado? —pregunté—. ¿Querías acercarte a nosotros para descubrir quiénes eran los cazadores?

—Eso era parte del plan —asintió Steve—, aunque lo que principalmente quería era jugar con vosotros. Fue divertido, estar tan cerca que habría podido mataros cuando quisiera, aplazando el golpe de gracia hasta que fuera el momento adecuado.

—Este es tonto —bufó Vancha—. El que no mata a su enemigo a la primera oportunidad, es que está pidiendo problemas.

—Steve Leonard es muchas cosas —dijo Mr. Crepsley—, pero tonto, no.

Se acarició la larga cicatriz que recorría el lado izquierdo de su rostro, profundamente pensativo.

—Ideaste este plan con toda minuciosidad, ¿verdad? —le preguntó a Steve.

—Tenlo por seguro —sonrió él, burlonamente.

—¿Tuviste en cuenta cada posible contratiempo?

—Tantos como pude imaginar.

Mr. Crepsley hizo una pausa, acariciándose la cicatriz, y sus ojos se estrecharon.

—Entonces, habrás pensado en lo que ocurriría si escapábamos.

La sonrisa de Steve se ensanchó, pero no dijo nada.

—¿Cuál era el plan B? —preguntó Mr. Crepsley con voz tensa.

—¿El plan B? —repitió inocentemente Steve.

—¡No juegues conmigo! —siseó Mr. Crepsley—. Tuviste que haber discutido planes alternativos con R. V. y Gannen Harst. Una vez que nos hubierais revelado vuestra localización, no podíais permitiros sentaros a esperar. El tiempo es precioso ahora que sabemos dónde está escondido vuestro Señor y que los que están con él no pueden quitarnos la vida.

Mr. Crepsley dejó de hablar y se puso bruscamente en pie. Vancha lo hizo sólo un segundo después de él. Sus ojos se encontraron y exclamaron a un tiempo:

—¡Una trampa!

—Ya decía yo que iba demasiado tranquilo por los túneles —gruñó Vancha, corriendo hacia la puerta del apartamento, abriéndola e inspeccionando el pasillo—. Desierto.

—Miraré por la ventana —dijo Mr. Crepsley, yendo hacia allí.

—No te molestes —dijo Vancha—. Los vampanezes no atacarían al descubierto durante el día.

—No —admitió Mr. Crepsley—, pero los vampcotas sí.

Alcanzó la ventana y subió la pesada persiana que bloqueaba los dañinos rayos del Sol. Se quedó sin aliento.

—¡Por las entrañas de Charna! —jadeó.

Vancha, Harkat y yo corrimos a ver qué era lo que le había inquietado (Vancha agarró a Steve por el camino). Lo que vimos provocó que todos lanzáramos una maldición, excepto Steve, que se echó a reír como un loco.

En el exterior, la calle estaba llena de coches patrulla, furgonetas militares, policías y soldados. Se alineaban frente al edificio y se desplegaban por los flancos. Muchos llevaban rifles. En el edificio de enfrente vislumbramos figuras en las ventanas, también armadas.

Mientras observábamos, un helicóptero descendió zumbando sobre nuestras cabezas y se quedó suspendido en el aire un par de pisos por encima de nosotros. En el helicóptero iba un soldado con un rifle tan grande que podría haber sido utilizado para cazar elefantes.

Pero el tirador no estaba interesado en los elefantes. Apuntaba al mismo objetivo que los del edificio y el suelo: ¡nosotros!

CAPÍTULO 3

Cuando enfocaron un potente reflector hacia la ventana para deslumbrarnos, todos nos hicimos a un lado, dejando que la persiana volviera a su lugar. Retrocediendo, Vancha soltó el más escandaloso y grosero de sus tacos, mientras los demás nos mirábamos con inquietud, esperando que alguien propusiera algún plan.

—¿Cómo han logrado acercarse sin… que los oyéramos? —preguntó Harkat.

—No estábamos prestando atención a lo que estaba ocurriendo fuera —dije yo.

—Aún así —insistió Harkat—, deberíamos haber… oído las sirenas.

—No utilizaron las sirenas —rió Steve—. Se les advirtió que se acercaran en silencio. Y, antes de que perdáis el tiempo comprobándolo, han cubierto la parte trasera del edificio y el tejado, así como la parte delantera.

Mientras nos quedábamos mirándolo inquisitivamente, añadió:

—Yo no estaba distraído. Yo sí les oí llegar.

Vancha lanzó un furioso bramido y saltó hacia Steve. Mr. Crepsley se interpuso en su camino para intentar razonar con él, pero Vancha lo hizo a un lado sin contemplaciones y arremetió contra Steve, con el asesinato escrito en sus ojos.

En el exterior, una voz amplificada por un megáfono le detuvo.

—¡Los de ahí dentro! —bramó—. ¡Asesinos!

Vancha vaciló, con los puños cerrados, y luego señaló a Steve y gruñó ferozmente:

—¡Más tarde!

Se dio la vuelta, corrió hacia la ventana y apartó la persiana con

el codo. La luz del Sol y la del reflector inundaron la habitación. Dejando a la persiana volver a su posición, Vancha rugió:

—¡Apagad la luz!

—¡Ni hablar! —respondió riendo la persona del megáfono.

Vancha se quedó allí parado un momento, y luego hizo un gesto con la cabeza hacia Mr. Crepsley y Harkat.

—Inspeccionad los pasillos arriba y abajo. Averiguad si están dentro del edificio. No os enfrentéis a ellos: si todos los de ahí fuera empiezan a disparar, nos harán pedazos.

Mr. Crepsley y Harkat obedecieron sin hacer preguntas.

—Tráeme aquí a esa penosa imitación de perro —me dijo Vancha, y arrastré a Steve hacia la ventana.

Vancha rodeó el cuello de Steve con un brazo y le gruñó al oído:

—¿Por qué están ellos aquí?

—Creen que sois los asesinos —respondió Steve con una risita—. Los que mataron a todos esos humanos.

—¡Hijo de perra! —rugió Vancha.

—Por favor —replicó Steve engreídamente—. Dejemos lo personal.

Mr. Crepsley y Harkat regresaron.

—Los dos pisos de abajo… están abarrotados —informó Harkat.

—Lo mismo en los dos pisos de arriba —dijo sombríamente Mr. Crepsley.

Vancha maldijo de nuevo, y pensó rápidamente.

—Nos abriremos paso a través del suelo —decidió—. Los humanos estarán en los pasillos. No se esperarán que bajemos directamente a través de los apartamentos.

—Sí que lo harán —discrepó Steve—. Se les ha advertido que ocupen cada una de las habitaciones de abajo, las de arriba y las contiguas.

Vancha miró fijamente a Steve, buscando el más mínimo signo de engaño. Al no hallar ninguno, sus facciones se suavizaron, y un fantasmal atisbo de derrota asomó a sus ojos. Entonces sacudió la cabeza e hizo a un lado la autocompasión.

—Tenemos que hablar con ellos —dijo—. Averiguar dónde estamos parados y quizá ganar algo de tiempo para pensar qué hacemos. ¿Alguien se ofrece voluntario?

Como nadie respondió, gruñó:

—Supongo que eso significa que yo seré el negociador. Pero no me echéis la culpa si todo sale mal.

Subió la persiana, rompió un cristal, se inclinó sobre el hueco y les gritó a los humanos de abajo:

—¿Quiénes sois los de ahí abajo, y qué diablos queréis?

Se produjo una pausa, y luego se oyó la misma voz que nos había hablado antes por el megáfono.

—¿Con quién hablo? —preguntó aquella persona. Ahora que prestaba atención a su voz, me di cuenta de que pertenecía a una mujer.

—¡Eso no es de tu incumbencia! —rugió Vancha.

Otra pausa. Y luego:

—¡Sabemos vuestros nombres! ¡Larten Crepsley, Vancha March, Darren Shan y Harkat Mulds! ¡Sólo quiero saber a cuál de vosotros me estoy dirigiendo!

Vancha se quedó boquiabierto.

Steve se tronchaba de risa.

—Diles quién eres —susurró Harkat—. Saben demasiado. Será mejor actuar como si estuviéramos… cooperando.

Vancha asintió y gritó a través del agujero abierto en la ventana:

—¡Vancha March!

Mientras tanto, yo miré furtivamente a través de un hueco en un lado de la persiana, buscando puntos débiles en las defensas de abajo. No encontré ninguno, pero logré entrever a la mujer que nos hablaba: alta y corpulenta, con el cabello corto y blanco.

—¡Escucha, March! —gritó la mujer mientras yo me apartaba de la ventana—. ¡Soy la Inspectora Jefe Alice Burgess! ¡Estoy a cargo de este espectáculo de freaks!

Una irónica elección de palabras, aunque ninguno de nosotros lo comentó.

—¡Si queréis negociar, negociaréis conmigo! ¡Y os lo aviso! ¡No he venido aquí a jugar! ¡Tengo a más de doscientos hombres y mujeres aquí fuera y en el interior del edificio, muriéndose de ganas de meteros un montón de balas en vuestra negra imitación de corazón! ¡Al primer indicio de jaleo, ordenaré que abran fuego! ¿Entendido?

Vancha enseñó los dientes y gruñó:

—Entendido.

Luego lo repitió en voz más alta, para que ella pudiera oírlo.

—¡Entendido!

—¡Bien! —respondió la Inspectora Jefe Burgess—. Antes que nada, ¿están vuestros rehenes vivos e indemnes?

—¿Rehenes? —contestó Vancha.

—¡Steve Leonard y Mark Ryter! ¡Sabemos que los tenéis, así que no te hagas el inocente!

—Mark Ryter debía de ser el vampcota —comenté.

—¡Eres taaaaan observador! —rió Steve, y entonces, empujando a un lado a Vancha, levantó la cara y la acercó a la ventana—. ¡Soy Steve Leonard! —chilló, fingiendo terror—. ¡Aún no me han matado, pero se han cargado a Mark! ¡Y lo torturaron primero! ¡Fue horrible! ¡Ellos…!

Se detuvo como si le hubiéramos cortado en mitad de la frase, y dio un paso atrás, realizando una autoindulgente reverencia.

—¡Hijos de…! —maldijo la oficial por el megáfono, pero recuperó la compostura y se dirigió a nosotros con serena sequedad —: ¡De acuerdo! ¡Así es como funciona esto! ¡Liberad al rehén que queda! ¡Cuando esté a salvo con nosotros, bajaréis después de él, de uno en uno! ¡Cualquier intento de sacar un arma o hacer un movimiento inesperado, y sois historia!

—¡Vamos a hablarlo! —gritó Vancha.

—¡De hablarlo, nada! —espetó Burgess.

—¡No vamos a liberarlo! —rugió Vancha—. ¡No sabéis lo que es, ni lo que ha hecho! ¡Déjame…!

Un rifle disparó y una lluvia de balas impactó en el exterior del edificio. Nos tiramos al suelo, maldiciendo y aullando, aunque no había motivo de alarma: los tiradores estaban apuntando deliberadamente alto.

Cuando cesaron los aullidos de las balas, la Inspectora Jefe volvió a dirigirse a nosotros:

—¡Esto fue un aviso! ¡El último! ¡La próxima vez tiraremos a matar! ¡Nada de pactos, ni de intercambios, ni de charlas! ¡Habéis aterrorizado a esta ciudad durante más de un año, pero esto termina aquí! ¡Estáis acabados! ¡Dos minutos! —dijo—. ¡Luego, entraremos

a buscaros!

Se produjo un embarazoso silencio.

—No hay nada que hacer —murmuró Harkat tras unos largos segundos—. Estamos acabados.

—Tal vez —suspiró Vancha. Entonces, su mirada cayó sobre Steve, y esbozó una amplia sonrisa—. Pero no moriremos solos.

Vancha juntó los dedos de la mano derecha y los extendió formando una hoja de carne y hueso. Levantó la mano sobre su cabeza como un cuchillo y avanzó.

Steve cerró los ojos y esperó la muerte con una sonrisa en el rostro.

—Espera —dijo suavemente Mr. Crepsley, deteniéndole—. Hay una forma de salir.

Vancha se detuvo.

—¿Cómo? —inquirió suspicazmente.

—Por la ventana —dijo Mr. Crepsley—. Saltemos. No se esperarán eso.

Vancha consideró el plan.

—La caída no es problema —reflexionó—. No para nosotros, en todo caso. ¿Y para ti, Harkat?

—¿Cinco pisos? —sonrió Harkat—. Podría hacerlo… dormido.

—Pero ¿qué hacemos una vez que estemos abajo? —preguntó Vancha—. El lugar está lleno de policías y soldados.

—Corretearemos —dijo Mr. Crepsley—. Yo llevaré a Darren. Tú llevarás a Harkat. No será fácil (podrían dispararnos antes de que podamos alcanzar la velocidad del correteo), pero se puede hacer. Con suerte.

—Es una locura —gruñó Vancha, y luego nos guiñó un ojo—. ¡Me gusta!

Señaló a Steve.

—Pero le mataremos antes de irnos.

—¡Un minuto! —gritó Alice Burgess a través del megáfono.

Steve no se había movido. Aún tenía los ojos cerrados. Y aún sonreía.

Yo no quería que Vancha matara a Steve. Aunque nos hubiera traicionado, una vez fue mi amigo, y la idea de que lo asesinaran a sangre fría me perturbaba. Además, había que pensar en Debbie: si

matábamos a Steve, seguro que R. V. mataría a Debbie en represalia. Era una insensatez preocuparse por ella, teniendo en cuenta el problema en el que estábamos metidos, pero no podía evitarlo.

Estaba a punto de pedirle a Vancha que le perdonara la vida a Steve (aunque no creía que fuera a escucharme), cuando Mr. Crepsley se me adelantó.

—No podemos matarlo —dijo con disgusto.

—¿Otra vez con eso? —parpadeó Vancha.

—No se acabará el mundo porque nos capturen —dijo Mr. Crepsley.

—¡Treinta segundos! —chilló Burgess con voz tensa.

Mr. Crepsley ignoró la interrupción.

—Si nos capturan vivos, puede que tengamos ocasión de escapar más tarde. Pero si matamos a Steve Leonard, no creo que nos perdonen la vida. Esos humanos están dispuestos a masacrarnos en cuanto caiga un alfiler.

Vancha meneó dubitativamente la cabeza.

—No me gusta. Preferiría matarlo y correr el riesgo.

—Yo también —reconoció Mr. Crepsley—. Pero debemos tener en cuenta al Lord Vampanez. Hemos de anteponer la cacería a nuestros deseos personales. Perdonarle la vida a Steve Leonard es…

—¡Diez segundos! —bramó Burgess.

Vancha miró furiosamente a Steve unos segundos más, indeciso, y luego soltó un taco, giró la mano y le dio un porrazo en la nuca con la palma plana. Steve se desplomó en el suelo. Pensé que Vancha lo había matado, pero el Príncipe sólo lo había dejado inconsciente.

—Eso le mantendrá callado durante un rato —gruñó Vancha, revisando sus cinturones de shuriken y ajustándose bien sus pieles —. Si más tarde tenemos oportunidad, lo atraparemos y acabaremos con él.

—¡Se acabó el tiempo! —nos advirtió Alice Burgess—. ¡Salid inmediatamente o abrimos fuego!

—¿Listos? —preguntó Vancha.

—Listo —respondió Mr. Crepsley, sacando sus cuchillos.

—Listo —respondió Harkat, probando el filo de su hacha con un

grueso dedo gris.

—Listo —respondí yo, desenvainando mi espada y sosteniéndola sobre mi pecho.

—Harkat saltará conmigo —dijo Vancha—. Larten y Darren… Vosotros seréis los siguientes. Dadnos uno o dos segundos para rodar fuera de vuestro camino.

—Suerte, Vancha —dijo Mr. Crepsley.

—Suerte —repuso Vancha, y luego, con una amplia y salvaje sonrisa, le dio una palmada en la espalda a Harkat y saltó por la ventana, haciendo añicos la persiana y los cristales, con Harkat a poca distancia de él.

Mr. Crepsley y yo esperamos los segundos convenidos, y entonces saltamos detrás de nuestros amigos a través de los aristados restos de la ventana, y nos precipitamos velozmente al suelo como un par de murciélagos sin alas, al interior de la infernal caldera que nos esperaba abajo.

CAPÍTULO 4

Mientras el suelo ascendía vertiginosamente a mi encuentro, junté las piernas, arqueé la parte superior del cuerpo, extendí los brazos y aterricé en cuclillas. Mis huesos extra fuertes absorbieron el choque sin romperse, aunque la fuerza del impacto me hizo rodar hacia delante, y estuve a punto de clavarme mi propia espada (lo cual habría sido una embarazosa forma de morir).

Se oyó un agudo grito de dolor a mi izquierda, y mientras me ponía en pie de un salto, vi a Mr. Crepsley tirado en el suelo, sujetándose el tobillo derecho, incapaz de levantarse. Ignorando a mi amigo herido, alcé mi espada en actitud defensiva y busqué a Vancha y a Harkat.

Nuestro salto a través de la ventana había tomado a policías y soldados por sorpresa. Caían unos sobre otros y se interponían en el camino de los demás, lo que hacía imposible para cualquiera realizar un disparo certero.

Harkat había agarrado a un joven soldado en medio de la confusión y lo apretaba contra su pecho, girando velozmente en círculo para que nadie tuviera tiempo de dispararle por la espalda. Vancha, mientras tanto, le había echado el ojo al pez gordo. Mientras yo observaba, cargó contra varios agentes y soldados, saltó sobre un coche y tiró al suelo a la Inspectora Jefe Burgess con un placaje perfectamente calculado.

Mientras todos los ojos humanos se clavaban en Vancha y la Inspectora Jefe, corrí junto a Mr. Crepsley y le ayudé a incorporarse. Sus dientes rechinaron de dolor, y supe al instante que su tobillo no le sostendría.

—¿Está roto? —grité, arrastrándole detrás de un coche antes de que alguien se recuperase de golpe de la primera impresión y nos

pegara un tiro.

—Creo que no —jadeó—, pero el dolor es intenso.

Se derrumbó detrás del coche y se masajeó el tobillo, intentando aliviar el dolor.

Al otro lado, Vancha estaba en pie, aferrando la garganta de Alice Burgess con una mano y el megáfono con la otra.

—¡Oíd esto! —rugió por el megáfono a policías y soldados—. ¡Si disparáis, vuestra jefa morirá!

Por encima de nosotros, la hélice del helicóptero zumbaba como las alas de un millar de abejas furiosas. Por lo demás…, silencio absoluto.

Burgess lo rompió.

—¡Olvidaos de mí! —rugió—. ¡Acabad con estos mierdas, ahora!

Varios tiradores levantaron obedientemente sus armas.

Vancha apretó los dedos en torno a la garganta de la jefa de policía. La inquietud agrandó sus ojos. Los tiradores vacilaron, y luego bajaron ligeramente sus armas. Vancha aflojó su presa, pero sin soltarla por completo. Sujetando a la mujer del pelo blanco frente a él, la arrastró hasta donde se alzaba Harkat con su escudo humano. Los dos se colocaron espalda contra espalda, y luego, lentamente, fueron hacia donde nos refugiábamos Mr. Crepsley y yo. Parecían un enorme y torpe cangrejo mientras se movían, pero funcionó. Nadie disparó.

—¿Cómo está de mal? —preguntó Vancha, agachándose junto a nosotros, y haciendo que Burgess se agachara con él. Harkat hizo lo mismo con su soldado.

—Mal —dijo sobriamente Mr. Crepsley, mirando a Vancha a los ojos.

—¿No puedes corretear? —preguntó Vancha en voz baja.

—Así, no.

Se miraron en silencio el uno al otro.

—Entonces tendremos que dejarte atrás —dijo Vancha.

—De acuerdo —respondió Mr. Crepsley con una prieta sonrisa.

—Yo me quedo con él —dijo yo al instante.

—Este no es momento para heroicidades —gruñó Vancha—. Tú vienes, y se acabó.

Sacudí la cabeza.

—Al infierno las heroicidades. Estoy siendo práctico. No puedes corretear conmigo y con Harkat a la espalda. Tardarías demasiado en alcanzar la velocidad. Nos habrían matado a tiros antes de llegar al final de la calle.

Vancha abrió la boca para protestar, pero comprendió que mi argumento era válido y la cerró.

—Yo también me quedo —dijo Harkat.

Vancha rezongó:

—¡No tenemos tiempo para tonterías!

—No son tonterías —dijo Harkat tranquilamente—. Yo viajo con Darren. Donde él vaya, iré yo. Donde él se quede, me quedo yo. Además, tendrás más posibilidades… sin mí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Vancha.

Harkat señaló a Alice Burgess, que aún jadeaba a consecuencia de la apretada presa de Vancha.

—Yendo solo, te la puedes llevar a ella, y utilizarla como… escudo hasta que empieces a corretear.

Vancha suspiró abatidamente.

—Sois todos demasiado inteligentes para mí. No voy a quedarme aquí sentado, intentando convenceros.

Asomó la cabeza por el capó del coche para vigilar a las tropas que nos rodeaban, bizqueando con fuerza ante la luz del día.

—¡Quedaos atrás —advirtió—, o estos dos morirán!

—Nunca… lograreis… escapar —graznó Burgess, con sus claros ojos azules llenos de odio, y su piel, fantasmagóricamente blanca, teñida de un profundo y furioso rubor—. ¡En cuanto… tengan oportunidad… acabarán con vosotros!

—Entonces, tendremos que procurar no darles ninguna —rió Vancha, cubriéndole la boca con la mano antes de que ella pudiera replicar. Su sonrisa se desvaneció—. No podré volver a buscaros —nos dijo—. Si os quedáis, tendréis que arreglároslas solos.

—Lo sabemos —dijo Mr. Crepsley.

Vancha le echó un vistazo al Sol.

—Será mejor que os rindáis enseguida y roguéis a los dioses que os metan en una celda sin ventanas.

—De acuerdo. —Los dientes de Mr. Crepsley castañeteaban, en parte por el dolor del tobillo, en parte por el miedo a los mortíferos

rayos del Sol.

Inclinándose hacia delante, Vancha susurró para que Burgess y el soldado no pudieran oírle:

—Si escapo, volveré a por el Lord Vampanez. Esperaré en la caverna donde luchamos la última noche. Os daré hasta la medianoche. Si no estáis allí para entonces, iré yo solo tras él.

Mr. Crepsley asintió.

—Haremos lo que podamos para escapar. Si yo no puedo andar, Darren y Harkat huirán sin mí. —Nos miró intensamente—: ¿Sí?

—Sí —dijo Harkat.

Le devolví la mirada en silencio durante un rato más, y luego bajé los ojos.

—Sí —murmuré a regañadientes.

Vancha gruñó y extendió la mano libre. Todos colocamos una mano sobre la suya.

—Suerte —dijo, y uno tras otro repetimos lo mismo.

Entonces, sin esperar más, Vancha se incorporó y se alejó, con Burgess firmemente sujeta delante de él. Había dejado caer el megáfono por el camino. Ahora lo recogió y volvió a dirigirse a las tropas.

—¡Voy a marcharme! —bramó jovialmente—. ¡Sé que vuestro trabajo es detenerme, pero si disparáis, vuestra jefa también morirá! ¡Si sois inteligentes, esperareis a que cometa algún error! ¡Después de todo —rió entre dientes—, vosotros tenéis coches y helicópteros! ¡Yo voy a pie! ¡Estoy seguro de que podréis seguir mi paso hasta que encontréis el momento justo para atraparme!

Tirando el megáfono a un lado, Vancha levantó del suelo a la Inspectora Jefe, sujetándola ante él como a una muñeca, y echó a correr.

Un oficial veterano se lanzó hacia el megáfono, lo agarró y se puso a dar órdenes.

—¡No abráis fuego! —gritó—. ¡No rompáis filas! ¡Esperad a que tropiece o la deje caer! ¡No puede escapar! ¡Mantenedlo en el punto de mira, esperad a tenerlo a tiro, y entonces dejadlo…!

Se detuvo abruptamente. Había visto a Vancha correr hacia el bloqueo del final de la calle mientras estaba hablando, pero, en un abrir y cerrar de ojos, el vampiro había desaparecido. Vancha había

alcanzado la velocidad del correteo, y para los humanos era como si, sencillamente, se hubiera desvanecido en el aire.

Mientras policías y soldados se apiñaban allí delante con incredulidad, amartilladas las armas, mirando fijamente al suelo como si pensaran que Vancha y su jefa se habían hundido en él, Mr. Crepsley, Harkat y yo nos miramos con una gran sonrisa.

—Al menos uno de nosotros ha escapado —dijo Mr. Crepsley.

—Nosotros también lo habríamos hecho si no fuera usted tan cabestro —gruñí.

Mr. Crepsley echó un vistazo al Sol, y su sonrisa se desvaneció.

—Si me dejan en una celda donde dé el Sol —dijo en voz baja—, no esperaré a arder hasta la muerte. Escaparé o moriré intentándolo.

Asentí sombríamente.

—Nosotros también.

Harkat le dio la vuelta a su soldado y este quedó frente a nosotros. El rostro del joven estaba verde de terror, y era incapaz de pronunciar palabra.

—¿Lo soltamos o… lo utilizamos para hacer un trato? —preguntó Harkat.

—Suéltalo —dije—. Es menos probable que nos disparen si nos entregamos voluntariamente. Si intentáramos hacer un trato ahora que Vancha se ha escapado con su jefa, creo que nos acribillarían.

—También debemos soltar nuestras armas —dijo Mr. Crepsley, dejando a un lado sus cuchillos.

No quería desprenderme de mi espada, pero prevaleció el sentido común y la dejé junto al montón formado por los cuchillos de Mr. Crepsley, el hacha de Harkat y las otras cosas que llevábamos. Luego nos arremangamos las mangas, levantamos las manos sobre la cabeza, gritamos que nos rendíamos y salimos (Mr. Crepsley saltando sobre una pierna) para ser arrestados y encarcelados por unos agentes de la ley de rostros oscuros y dedos ansiosos por disparar, que nos esposaron, nos insultaron, nos metieron en furgonetas y nos condujeron a prisión.

CAPÍTULO 5

Me encontraba en una celda de no más de cuatro metros cuadrados y tal vez unos tres metros de altura. No había ventanas (aparte de una pequeñita en la puerta) ni espejos unidireccionales. Había dos cámaras de vigilancia en los rincones de encima de la puerta, una mesa grande con una grabadora sobre ella, tres sillas, yo… y tres agentes de policía de rostro sombrío.

Uno de los agentes estaba de pie junto a la puerta, sosteniendo firmemente un rifle sobre su pecho, con ojos vigilantes. No me había dicho su nombre (no había dicho una palabra), pero podía leerlo en su placa: William McKay.

Los otros dos agentes no llevaban placas, pero me habían dicho sus nombres: Con e Iván. Con era alto, de rostro oscuro y muy enjuto, modales bruscos y tendencia al sarcasmo. Iván era más viejo y más delgado, con el pelo gris. Parecía cansado y hablaba suavemente, como si las preguntas le dejaran exhausto.

—¿Darren Shan es tu verdadero nombre, como nos han dicho? —inquirió por vigésima vez desde que me metieran en la celda de interrogatorios. Me habían estado haciendo las mismas preguntas una y otra vez, y no daban muestras de que fueran a dejarlo.

No respondí. Hasta ahora no había dicho nada.

—¿O es Darren Horston, el nombre que has estado utilizando recientemente? —preguntó Iván tras unos segundos de silencio.

No hubo respuesta.

—¿Qué nos dices de tu compañero de viaje… Larten Crepsley o Vur Horston?

Bajé los ojos hacia mis manos esposadas y no dije nada. Examiné la cadena que unía las esposas: de acero, corta, gruesa. Pensé que podría romperla si tuviera que hacerlo, pero no estaba seguro.

Mis tobillos también estaban esposados. La cadena que los unía era corta cuando fui arrestado. La policía me dejó con la cadena corta mientras me tomaban las huellas dactilares y las fotos, pero me la quitaron y la reemplazaron por otra más larga en cuanto estuve a buen recaudo en la celda.

—¿Qué nos dices del freak? —preguntó el agente llamado Con—. Ese monstruo de piel gris. ¿Qué es…?

—¡No es un monstruo! —exclamé, rompiendo mi código de silencio.

—¿Ah, no? —se burló Con—. ¿Qué es entonces?

Meneé la cabeza.

—No me creerían si se los dijera.

—Inténtalo —me animó Iván, pero me limité a mover otra vez la cabeza.

—¿Qué hay de los otros dos? —preguntó Con—. Vancha March y Larten Crepsley. Nuestros informantes nos dijeron que eran vampiros. ¿Qué tienes que decir sobre eso?

Sonreí sin humor.

—Los vampiros no existen —dije—. Todo el mundo lo sabe.

—Es verdad —dijo Iván—. No existen.

Se inclinó sobre la mesa como si fuera a contarme un secreto.

—Pero esos dos no son normales del todo, Darren, como tú bien sabes. March desapareció como por arte de magia, mientras que Crepsley… —Carraspeó—. Bueno, no hemos sido capaces de fotografiarle.

Sonreí cuando dijo eso, y miré hacia las cámaras de video. Los vampiros completos tenían átomos peculiares, que hacían que fuera imposible fotografiarlos o filmarlos. La policía podía tomar instantáneas a Mr. Crepsley desde todos los ángulos imaginables, con las mejores cámaras disponibles… sin ningún efecto visible.

—¡Mira cómo sonríe! —espetó Con—. ¡Cree que es divertido!

—No —dije, borrando la sonrisa de mi rostro—. No lo creo.

—Entonces, ¿de qué te ríes?

Me encogí de hombros.

—Pensaba en otra cosa.

Iván se recostó en su silla, decepcionado por mis respuestas.

—Hemos tomado una muestra de sangre de Crepsley —dijo—.

También de la cosa llamada Harkat Mulds. Descubriremos lo que son cuando lleguen los resultados. Sería ventajoso para ti decírnoslo ahora.

No respondí. Iván esperó un momento, y luego se pasó una mano por el pelo gris. Suspiró abatidamente, y volvió a empezar con las preguntas.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? ¿Cuál es tu relación con los otros? ¿Dónde…?

***

Pasó más tiempo. Era incapaz de discernir exactamente cuánto tiempo había estado encerrado. Me sentía como si hubiera pasado un día o más, pero en realidad era posible que sólo hubieran transcurrido cuatro o cinco horas, tal vez menos. Lo más probable era que el Sol aún brillara en el exterior.

Pensé en Mr. Crepsley y me pregunté cómo le iría. Si se encontraba en una celda como la mía, no tendría de qué preocuparse. Pero si lo habían puesto en una celda con ventanas…

—¿Dónde están mis amigos? —pregunté.

Con e Iván habían estado discutiendo algo en voz baja. Ahora me miraron, con expresión reservada.

—¿Te gustaría verlos? —preguntó Iván.

—Sólo quiero saber dónde están —dije.

—Si respondes a nuestras preguntas, se podría arreglar un encuentro —prometió Iván.

—Sólo quiero saber dónde están —repetí.

—Están cerca —gruñó Con—. Encerrados a buen recaudo, como tú.

—¿En celdas como esta? —pregunté.

—Exactamente iguales —dijo Con.

Entonces miró las paredes que nos rodeaban, y sonrió al comprender qué era lo que me preocupaba.

—Celdas sin ventanas —rió por lo bajo, dándole a su compañero un codazo en las costillas—. Pero eso podría cambiar, ¿verdad, Iván? ¿Y si trasladáramos al «vampiro» a una celda rodeada de

encantadoras ventanas? Una celda con vistas al exterior… al cielo… al Sol.

No dije nada, pero miré a Con a los ojos y le devolví una mirada furiosa.

—No te gusta cómo suena eso, ¿verdad? —siseó Con—. La idea de que metamos a Crepsley en una habitación con ventanas te horroriza, ¿eh?

Me encogí de hombros con indiferencia y aparté los ojos.

—Quiero hablar con un abogado —dije.

Con estalló en carcajadas. Iván ocultó una sonrisa detrás de una mano. Incluso el guardia del rifle sonrió socarronamente, como si acabara de contarles el mejor chiste del mundo.

—¿Qué les hace tanta gracia? —espeté—. Conozco mis derechos. Tengo derecho a una llamada y a un abogado.

—Por supuesto —cacareó Con—. Hasta los asesinos tienen derechos.

Golpeteó la mesa con los nudillos, y luego apagó la grabadora.

—Pero imagina que… te negamos tus derechos. Más tarde se nos caerá el pelo, pero no nos importa. Te tendremos aquí encerrado, y no dejaremos que hagas uso de tus derechos hasta que nos des algunas respuestas.

—Eso es ilegal —gruñí—. No pueden hacerlo.

—Normalmente, no —reconoció él—. Normalmente, nuestra Inspectora Jefe irrumpiría aquí y nos montaría un cirio si escuchara algo así. Pero nuestra jefa no está aquí, ¿verdad? Fue secuestrada por tu compañero asesino, Vancha March.

El color abandonó mis labios al oír eso y comprender lo que significaba. Con su jefa fuera de juego, se tomarían la justicia por su mano, y harían lo que fuera para descubrir dónde estaba y rescatarla. Podría costarles sus carreras, pero eso no les preocupaba. Era algo personal.

—Tendréis que torturarme para hacerme hablar —dije envaradamente, poniéndolos a prueba para ver hasta dónde estaban dispuestos a llegar.

—La tortura no está entre nuestros métodos —dijo Iván de inmediato—. Nosotros no hacemos las cosas así.

—No como otros que yo me sé —añadió Con, y me tiró una foto

a través de la mesa. Intenté ignorarla, pero mis ojos volaron automáticamente hacia la imagen que mostraba. Vi que era el vampcota al que habíamos tomado como rehén aquella mañana en los túneles, el llamado Mark Ryter…, a quien Vancha había torturado y matado.

—Nosotros no somos malos —dije en voz baja. Pero podía ver las cosas desde su punto de vista y comprender lo monstruosos que debíamos parecerles—. Hay aspectos en todo esto que ustedes desconocen. Nosotros no somos los asesinos que buscan. Estamos intentando detenerlos, igual que ustedes.

Con soltó una carcajada.

—Es cierto —insistí—. Mark Ryter era uno de los malos. Tuvimos que hacerle daño para averiguar cosas de los otros. No somos sus enemigos. Ustedes y yo estamos del mismo lado.

—Es la mentira más endeble que he oído jamás —espetó Con—. ¿Tan tontos nos crees?

—No creo que sean tontos en absoluto —dije—. Pero van por mal camino. Les han engañado. Ustedes… —Me incliné ansiosamente hacia delante—. ¿Quién les dijo dónde encontrarnos? ¿Quién les dijo nuestros nombres, que éramos vampiros, que éramos sus asesinos?

Los policías intercambiaron una breve e inquieta mirada, y entonces, Iván dijo:

—Fue un soplo anónimo. El informante llamó desde una cabina, no dio su nombre y ya se había ido cuando llegamos.

—¿Y eso no les resulta sospechoso? —pregunté.

—Recibimos llamadas anónimas todo el tiempo —dijo Iván, pero parecía nervioso, y supe que tenía sus dudas. Si hubiera estado él solo, tal vez podría haberle hecho ver las cosas desde mi punto de vista, y persuadido para que me concediera el beneficio de la duda. Pero antes de que pudiera decir nada más, Con me lanzó otra foto, y luego otra. Primeros planos de Mark Ryter, que captaban detalles aún más espantosos que la anterior.

—La gente que está de nuestro lado no mata a otras personas —dijo fríamente—. Ni aunque les gustara hacerlo —añadió significativamente, apuntándome con un dedo.

Lancé un suspiro y lo dejé estar, sabiendo que no podría

convencerlos de mi inocencia. Transcurrieron unos segundos de silencio, mientras se tranquilizaban después de la discusión y recuperaban la compostura. Luego encendieron la grabadora y el interrogatorio volvió a empezar. ¿Quién era yo? ¿De dónde venía? ¿Adónde había ido Vancha March? ¿A cuánta gente habíamos matado? Una vez, y otra, y otra, y otra…

***

La policía no sacaba nada de mí, y eso les frustraba. A Iván y Con se les había unido otro agente llamado Morgan, de ojos penetrantes y cabello castaño oscuro. Se sentaba con la espalda recta y las manos extendidas sobre la mesa, sometiéndome a una fría e inalterable mirada. Tuve la sensación de que Morgan estaba allí para mostrarse desagradable, aunque hasta ahora no había hecho ningún movimiento violento contra mí.

—¿Qué edad tienes? —me estaba preguntando Con—. ¿De dónde eres? ¿Cuánto tiempo has estado aquí? ¿Por qué escogisteis esta ciudad? ¿A cuántos otros habéis matado? ¿Dónde están los cuerpos? ¿Qué habéis…?

Se detuvo cuando llamaron a la puerta. Se levantó y fue a ver quién era. Los ojos de Iván siguieron a Con mientras se iba, pero los de Morgan permanecieron clavados en mí. Pestañeaba una vez cada cuatro segundos, ni más, ni menos, como un robot.

Con mantuvo una conversación entre murmullos con una persona al otro lado de la puerta, y luego se volvió y le indicó con un gesto al guardia del rifle que se apartara. El guardia se hizo a un lado y me apuntó con el arma para asegurarse de que no intentaba nada raro.

Esperaba que fuera otro policía, o tal vez un soldado (no había visto a nadie del ejército desde que fui arrestado), pero el hombrecillo de aspecto inofensivo que entró me cogió totalmente por sorpresa.

—¿Mr. Blaws? —exclamé con voz ahogada.

El inspector escolar que me había obligado a ir a Mahler parecía nervioso. Portaba el mismo maletín enorme de siempre, y llevaba el

mismo bombín pasado de moda. Avanzó medio metro, y luego se detuvo, reacio a acercarse más.

—Gracias por venir, Walter —dijo Iván, levantándose para estrechar la mano al visitante.

Mr. Blaws asintió débilmente y respondió con voz aguda:

—Encantado de servir de ayuda.

—¿Quieres una silla? —preguntó Iván.

Mr. Blaws meneó la cabeza rápidamente.

—No, gracias. Preferiría no detenerme más tiempo del necesario. Vueltas que dar, lugares a los que ir… Ya sabes cómo es esto.

Iván asintió comprensivamente.

—Está bien. ¿Has traído los papeles?

Mr. Blaws asintió.

—Los formularios que rellenó, todos los documentos que tenemos de él. Sí. Se los dejé al hombre que está en recepción. Los está fotocopiando para devolverme los originales antes de irme. Tengo que guardar los originales para los registros del colegio.

—Bien —volvió a decir Iván, y, haciéndose a un lado, me señaló con un brusco movimiento de la cabeza—. ¿Puedes identificar a este chico? —preguntó oficiosamente.

—Sí —dijo Mr. Blaws—. Es Darren Horston. Se inscribió en Mahler el… —Se detuvo y frunció el ceño—. He olvidado la fecha exacta. Debería acordarme, porque la estaba mirando en la entrada.

—Está bien —sonrió Iván—. Ya la buscaremos en las fotocopias. Pero ¿es este, definitivamente, el chico que se hace llamar Darren Horston? ¿Estás seguro?

Mr. Blaws asintió firmemente.

—Oh, sí —dijo—. Nunca olvido la cara de un alumno, especialmente de uno que ha hecho novillos.

—Gracias, Walter —dijo Iván, tomando del brazo al inspector escolar—. Si volvemos a necesitarte, te…

Se detuvo. Mr. Blaws no se había movido. Me miraba fijamente, con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos.

—¿Es verdad… —preguntó—… lo que dicen los medios? ¿Que él y sus amigos son los asesinos?

Iván vaciló.

—La verdad es que, por ahora, no podemos afirmarlo, pero en

cuanto…

—¿Cómo has podido? —me gritó Mr. Blaws—. ¿Cómo has podido matar a toda esa gente? Y a la pobrecita Tara Williams…, ¡tu compañera de clase!

—Yo no he matado a Tara —dije cansinamente—. No he matado a nadie. No soy un asesino. La policía ha arrestado a las personas equivocadas.

—¡Ja! —bufó Con.

—Eres una bestia —gruñó Mr. Blaws, levantando su maletín en el aire, como si pretendiera lanzármelo—. Deberían… deberían… deberían…

No pudo decir más. Apretó los labios y cerró de golpe la mandíbula. Me volvió la espalda y echó a andar hacia la puerta. Cuando la estaba cruzando, me dejé llevar por un impulso infantil y lo llamé.

—¡Mr. Blaws! —grité.

Se detuvo y me miró inquisitivamente por encima del hombro. Yo adopté una expresión inocente y consternada.

—Esto no afectará a mis calificaciones, ¿verdad, señor? —inquirí dulcemente.

El inspector escolar se quedó mirándome con la boca abierta, y luego con un destello de furia al comprender que le estaba tomando el pelo. Levantó la nariz, me mostró un limpio par de talones y se alejó por el pasillo con paso repiqueteante.

Me eché a reír a carcajadas mientras Mr. Blaws se iba, encontrando un absurdo consuelo en la expresión iracunda del molesto hombrecillo. Con, Iván y el guardia del arma también sonrieron, a su pesar, pero no Morgan. Su rostro permaneció tan pétreo como siempre, con una terrible y silenciosa amenaza en sus penetrantes y mecánicos ojos.

CAPÍTULO 6

Iván fue reemplazado por un corpulento agente llamado Dave poco después de la partida de Mr. Blaws… Dave se comportaba de forma amistosa (lo primero que hizo cuando llegó fue preguntarme si quería comer o beber algo), pero no me engañó. Yo había visto demasiadas series de televisión y conocía bien la rutina del poli bueno/poli malo.

—Estamos aquí para ayudarte, Darren —me aseguró Dave, abriendo una bolsita de azúcar y vertiéndola en un vaso de plástico lleno de café humeante. Se le derramó un poco de azúcar por un lado, sobre la mesa. Estuve seguro, al noventa por ciento, de que el derramamiento había sido deliberado: Dave quería hacerme pensar que era un atolondrado.

—Quitarme estas esposas y dejarme en libertad sería una gran ayuda —bromeé, observando cautamente a Dave mientras rasgaba otra bolsita de azúcar. Morgan era el que más me preocupaba (Con podría llegar a golpearme un poco si las cosas se ponían feas, pero creía que Morgan era capaz de algo peor), pero había tenido que ser especialmente cuidadoso con Dave, o habría acabado sacándome mis secretos. Había estado despierto durante mucho tiempo. Estaba agotado y aturdido. Propenso a los descuidos.

—Quitarte las esposas y dejarte en libertad —sonrió socarronamente Dave, guiñándome un ojo—. Esa es buena. Naturalmente, ambos sabemos que eso no va a ocurrir, pero hay cosas que puedo hacer. Conseguirte un abogado, por ejemplo. Un baño. Una muda de ropa. Una litera cómoda para pasar la noche. Vas a estar con nosotros durante mucho tiempo, me temo, pero no tiene por qué ser una estancia desagradable.

—¿Qué tengo que hacer para hacerla agradable? —pregunté

cautelosamente.

Dave se encogió de hombros y tomó un sorbo de café.

—¡Auch! ¡Demasiado caliente!

Se abanicó los labios con una mano para aliviarlos, y sonrió.

—No mucho —dijo en respuesta a mi pregunta—. Decirnos tu verdadero nombre, de dónde vienes, qué hacías aquí… Esa clase de cosas.

Sacudí sarcásticamente la cabeza: cara nueva, las mismas preguntas de siempre.

Dave vio que no iba a responder, así que cambió de táctica.

—Esta rutina ya está muy pasada, ¿verdad? Intentemos otra cosa. Tu amigo, Harkat Mulds, dice que necesita su máscara para sobrevivir, que morirá si está expuesto al aire durante más de diez o doce horas. ¿Es eso cierto?

Asentí cautamente.

—Sí.

Dave parecía triste.

—Eso es malo —murmuró—. Muy, muy malo.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Esto es una prisión, Darren. Tú y tus amigos sois sospechosos de asesinato. Hay reglas…, pautas…, cosas que debemos hacer. Quitarles objetos como cinturones, corbatas y máscaras a los supuestos asesinos cuando ingresan aquí es una de las reglas.

Me envaré en mi silla.

—¿Le han quitado a Harkat su máscara? —espeté.

—Así es —dijo Dave.

—¡Pero morirá sin ella!

Dave estiró los hombros despreocupadamente.

—Sólo tenemos tu palabra al respecto, y no es suficiente. Pero si nos dices lo que es él y por qué le resulta mortal el aire normal…, y nos hablas de tus otros amigos, Crepsley y March…, tal vez podamos hacer algo.

Miré al policía con ojos llenos de odio.

—¿Así que, si no delato a mis amigos, dejarán morir a Harkat? —Sonreí con desprecio.

—Esa es una forma horrible de expresarlo —protestó Dave acaloradamente—. No tenemos intención de dejar morir a ninguno

de vosotros. Si tu pequeño e insólito amigo se pusiera peor, le bajaríamos corriendo a la enfermería y le atenderíamos, como hemos hecho con el hombre al que tomasteis como rehén. Pero…

—¿Steve está aquí? —le interrumpí—. ¿Han metido a Steve Leopard en el ala médica?

—Steve Leonard —me corrigió, ignorante del apodo de Steve—. Le trajimos aquí para que se recuperara. Así es más fácil protegerle de los medios.

Esas eran grandes noticias. Pensaba que habíamos perdido a Steve. Si pudiéramos cogerlo cuando escapáramos y llevarlo con nosotros, podríamos utilizarlo para intentar salvar la vida de Debbie.

Estiré mis manos encadenadas por encima de la cabeza y bostecé.

—¿Qué hora es? —pregunté casualmente.

—Lo siento —sonrió Dave—. Eso es información confidencial.

Bajé los brazos.

—¿Recuerda que antes me preguntó si quería algo?

—Ajá —respondió Dave, estrechando los ojos esperanzadamente.

—¿Podrían dejarme caminar durante unos minutos? Tengo calambres en las piernas.

Dave pareció decepcionado. Había esperado una petición más compleja.

—No puedes salir de esta habitación —dijo.

—No le estoy pidiendo eso. Un par de minutos paseando de un lado a otro me bastarían.

Dave miró a Con y a Morgan para ver qué opinaban.

—Déjalo —dijo Con—, mientras se quede al otro lado de la mesa.

Morgan no dijo nada, tan sólo asintió una vez para demostrar su aprobación.

Empujé hacia atrás la silla, me levanté, me aparté de la mesa, me aflojé las cadenas que unían mis tobillos con un ruido disonante, y luego anduve de una pared a otra, estirando las piernas, liberando la tensión de mis músculos, preparando un plan de escape.

Al cabo de un rato, me detuve ante una de las paredes y apoyé

la frente contra ella. Empecé a patear ligeramente la parte baja de la pared con el pie izquierdo, como si me sintiera nervioso y claustrofóbico. En realidad, la estaba probando. Quería saber lo gruesa que era esa pared y si podría pasar a través de ella.

El resultado de la prueba fue desalentador. Por el tacto de la pared y el apagado eco de mis patadas, deduje que estaba hecha de sólido hormigón, con un grosor de dos o tres ladrillos. Podría acabar atravesándola, pero me llevaría mucho trabajo y (lo más importante) tiempo. El guardia de la puerta tendría sobrada oportunidad de levantar su arma y disparar.

Me aparté de la pared y empecé a andar de nuevo, con los ojos yendo velozmente de la puerta a la pared frontal de la celda. La puerta parecía bastante sólida (acero), pero tal vez la pared en donde estaba no fuera tan gruesa como las demás. Quizá podría atravesarla más rápido que las de los lados o la de atrás. Esperar hasta que se hiciera definitivamente de noche, confiar en que la policía me dejara solo en la celda, y entonces abrirme paso a golpes y…

No. Aunque la policía me dejara solo, las cámaras de video instaladas en los rincones por encima de la puerta, no. Alguien estaría observando todo el tiempo. La alarma sonaría en cuanto atacara la pared, y el pasillo exterior se llenaría de policías en cuestión de segundos.

Tendría que ser por el techo. Desde donde estaba parado, no tenía ni idea de si estaba reforzado o era normal, ni si podría abrirme camino a golpes o no. Pero era la única vía de escape lógica. Si me dejaran solo, podría inutilizar las cámaras, ir por las vigas y, con suerte, despistar a mis perseguidores por el camino. No tendría tiempo de ir a buscar a Harkat y a Mr. Crepsley, así que tendría que confiar en que lograran escapar por sí mismos.

No era un plan muy elaborado: aún no se me había ocurrido lo que haría para conseguir que los policías se marcharan. No creía que fueran a retirarse durante la noche para permitirme dormir como un angelito… pero al menos era un comienzo. El resto ya iría encajando por el camino.

¡Eso esperaba!

Anduve durante unos minutos más, luego Dave me pidió que

volviera a sentarme, y volvimos a empezar con las preguntas. Esta vez iban más deprisa que antes, con mayor urgencia. Me dio la impresión de que su paciencia estaba llegando a su fin. La violencia no tardaría en llegar.

***

La policía incrementó la presión. No hubo más ofertas de comida y bebida, y la sonrisa de Dave era una débil sombra de la que lucía en un principio. El enorme agente se había aflojado el nudo de la corbata y sudaba profusamente mientras me bombardeaba con una pregunta tras otra. Había renunciado a preguntarme mi nombre y mi procedencia. Ahora quería saber a cuánta gente había matado, dónde estaban los cuerpos, y si era sólo un cómplice o un miembro activo de la banda de asesinos.

En respuesta a sus preguntas, yo me limitaba a decir:

—No he matado a nadie. No soy su enemigo. Han detenido a las personas equivocadas.

Con no era tan cortés como Dave. Había empezado a aporrear la mesa con los puños y a inclinarse amenazadoramente hacia delante cada vez que se dirigía a mí. Pensé que sería sólo cuestión de minutos que empezara a agredirme con sus puños, y me preparé para los golpes que parecían inevitables.

Morgan no había cambiado. Se sentaba callado e inmóvil, mirándome implacablemente, parpadeando cada cuatro segundos.

—¿Hay otros? —gruñó Dave—. ¿Sólo sois vosotros cuatro, o hay en la banda más asesinos que no conocemos?

—No somos asesinos —suspiré, frotándome los ojos, intentando permanecer alerta.

—¿Los matasteis primero y luego les bebisteis la sangre, o al revés? —me presionó Dave.

Meneé la cabeza y no respondí.

—¿De verdad os creéis vampiros, o se trata de una tapadera, o de algún juego enfermizo que os hace disfrutar?

—Déjenme en paz —susurré, bajando los ojos—. Se equivocan en todo. Nosotros no somos sus enemigos.

—¿A cuántos habéis matado? —rugió Dave—. ¿Dónde están…?

Se detuvo. Fuera, la gente había invadido el pasillo durante los últimos segundos, y ahora estaba abarrotado de policías y personal, todos gritando furiosamente.

—¿Qué diablos está pasando? —espetó Dave.

—¿Quieren que vaya a comprobarlo? —preguntó William McKay (el guardia del rifle).

—No —respondió Con—. Iré yo. Tú sigue vigilando al chico.

Con fue hacia la puerta, la aporreó y pidió que la abrieran. Como no hubo una respuesta inmediata, volvió a llamar, en voz más alta, y esta vez le abrieron. Al salir, el sombrío agente agarró a una mujer que pasaba a toda prisa y le sacó rápidamente algunas respuestas.

Con tuvo que inclinarse sobre la mujer para oír lo que decía. Cuando lo entendió, la soltó y volvió a entrar a toda prisa en mi celda, con los ojos desorbitados.

—¡Es una fuga! —gritó.

—¿Cuál de ellos? —chilló Dave, levantándose de un salto—. ¿Crepsley? ¿Mulds?

—¡Ninguno de los dos! —jadeó Con—. ¡Es el rehén…, Steve Leonard!

—¿Leonard? —repitió Dave, dubitativamente—. Pero él no es un prisionero. ¿Por qué iba a querer escapar…?

—¡No lo sé! —gritó Con—. ¡Aparentemente, recobró la consciencia hace unos minutos, analizó la situación, y luego mató a un guardia y a dos enfermeras!

El color abandonó el rostro de Dave, y William McKay estuvo a punto de dejar caer el rifle.

—Un guardia y dos… —murmuró Dave.

—Y eso no es todo —dijo Con—. Ha matado o herido a otros tres en la huida. Creen que aún está en el edificio.

El rostro de Dave se endureció. Empezó a andar hacia la puerta, y entonces se acordó de mí, se detuvo y me miró por encima del hombro.

—No soy un asesino —dije en voz baja, mirándole directamente a los ojos—. No soy el que están buscando. Yo estoy de su lado.

Esta vez, pensé que me creía a medias.

—¿Y yo qué hago? —preguntó William McKay mientras los dos agentes salían—. ¿Voy o me quedo?

—Ven con nosotros —espetó Con.

—¿Y qué pasa con el chico?

—Yo me encargaré de él —dijo Morgan suavemente. Sus ojos no se habían apartado de mi rostro, ni siquiera cuando Con le estaba contando a Dave lo de Steve. El guardia salió a toda prisa en pos de los otros, cerrando de un portazo la puerta tras de sí.

Al fin me quedé solo… con Morgan.

El agente, con sus ojos diminutos y vigilantes, se sentaba mirándome fijamente. Cuatro segundos: un parpadeo. Ocho segundos: un parpadeo. Doce segundos: un parpadeo.

Se inclinó hacia delante, apagó la grabadora, y luego se levantó y se desperezó.

—Pensé que nunca nos libraríamos de ellos —dijo.

Se paseó hasta la puerta, echó un vistazo por la pequeña ventana situada en lo alto y habló suavemente, con el rostro oculto a las cámaras que se hallaban sobre su cabeza.

—Tendrás que ir por el techo, pero ya habías pensado en ello, ¿verdad?

—¿Perdón? —dije, sobresaltado.

—Vi cómo examinabas la habitación mientras hacías «ejercicio» —sonrió—. Las paredes son demasiado gruesas. No tienes tiempo para abrirte paso a través de ellas.

No dije nada, pero me quedé mirando duramente al agente del cabello castaño, preguntándome de qué iba.

—Voy a atacarte dentro de un minuto —dijo Morgan—. Montaré un numerito ante las cámaras, simulando que pierdo los estribos y te cojo por el cuello. Golpéame en la cabeza con los puños, fuerte, y quedaré fuera de combate. Después será cosa tuya. No tengo la llave de las esposas, así que tendrás que sacártelas tú. Si no puedes…, te fastidias. Ni siquiera puedo garantizarte que dispongas de mucho tiempo, pero con el pánico que reina en los pasillos, deberías tener de sobra.

—¿Por qué está haciendo esto? —pregunté, aturdido ante el inesperado giro de los acontecimientos.

—Ya lo verás —dijo Morgan, volviéndose para enfrentarse a mí,

y avanzando de una manera que, ante la cámara, debía parecer violenta y amenazadora—. Estaré a tu merced cuando caiga al suelo —dijo, agitando furiosamente los brazos—. Si decidieras matarme, sería incapaz de detenerte. Pero, por lo que he oído, no eres de los que matan a un oponente indefenso.

—¿Por qué iba a querer matarlo, si me está ayudando a escapar? —pregunté, desconcertado.

Morgan esbozó una amplia y desagradable sonrisa.

—Ya lo verás —volvió a decir, y entonces se lanzó hacia mí por encima de la mesa.

Yo estaba tan sorprendido por lo que estaba ocurriendo, que, cuando rodeó mi garganta con sus manos, no hice nada, aparte de devolverle una mirada indecisa. Entonces apretó con fuerza, y el instinto de conservación se impuso al fin. Echando bruscamente hacia atrás la cabeza, levanté mis manos esposadas y le empujé. Él me golpeó las manos y vino otra vez hacia mí. Me levanté tambaleándome y empujé su cabeza hacia abajo, sujetándola entre mis rodillas, levanté los brazos juntando las manos y las descargué sobre su nuca.

Con un gruñido, Morgan se deslizó de la mesa, cayó al suelo y allí se quedó, inmóvil. Me preocupaba haberle hecho daño de verdad. Rodeé la mesa a toda prisa, y me agaché para tomarle el pulso. Al inclinarme, me encontré lo suficientemente cerca de su cabeza para ver su cuero cabelludo a través una rala capa de pelo. Lo que vi hizo que un ramalazo helado recorriera mi espinazo. Bajo el pelo, tatuada sobre la piel, había una V grande y tosca: ¡la marca de los vampcotas!

—E-e-e-es… —tartamudeé.

—Sí —dijo Morgan suavemente. Había aterrizado con el brazo izquierdo sobre la cara, con lo que su boca y sus ojos quedaban ocultos al objetivo de la cámara—. Y orgulloso se servir a los legítimos gobernantes de la noche.

Me alejé tambaleante del policía vampcota, más desconcertado que nunca. Había pensado que los vampcotas ejercían su servidumbre junto a sus amos. Nunca se me ocurrió que algunos pudieran estar trabajando encubiertos como humanos corrientes.

Morgan abrió el ojo izquierdo y me echó un vistazo sin moverse.

—Será mejor que te muevas —siseó—, antes de que llegue la caballería.

Recordando dónde estaba y lo que había en juego, me incorporé intentando no dejarme distraer por la impresión de haber encontrado un vampcota entre la policía. Quería saltar sobre la mesa y escapar por el techo, pero primero tenía que ocuparme de las cámaras. Me incliné, recogí la grabadora, crucé rápidamente la habitación y utilicé la base de la grabadora para destrozar las videocámaras, inutilizándolas.

—Muy bien —susurró Morgan mientras volvía sobre mis pasos —. Muy inteligente. Y ahora, vuela, murcielaguillo. Vuela como si te persiguiera el diablo.

Me detuve junto al vampcota, mirándolo con rabia, eché hacia atrás el pie derecho tanto como me lo permitió la cadena y le di una fuerte patada en un lado de la cabeza. Lanzó un gruñido, se dio la vuelta y se quedó quieto. No sabía si estaba realmente inconsciente o si eso formaba parte de su actuación, y no me quedé a averiguarlo.

Brinqué sobre la mesa y junté las manos, hice una pausa, y luego separé bruscamente las muñecas con toda la fuerza que pude, usando todo mi poder vampírico. Estuve a punto de dislocarme los antebrazos, y lancé un rugido de dolor, pero funcionó: la cadena que unía mis esposas se partió por la mitad, liberando mis manos.

Me incliné entre ambos extremos de la cadena que aprisionaba mis tobillos, la agarré por el medio y tiré rápido hacia arriba. Demasiado rápido: ¡caí de espaldas de la mesa y acabé despatarrado en el suelo!

Gimiendo, me di la vuelta, me incorporé y agarré otra vez la cadena, apoyé la espalda contra una pared y le di un segundo tirón. Esta vez tuve éxito y se partió en dos. Enrollé las dos mitades de la cadena en torno a mis tobillos, para evitar que se engancharan en los rincones, y luego hice lo mismo con las cadenas que colgaban de mis muñecas.

Ya estaba listo. Volví a brincar sobre la mesa, me agaché, inspiré profundamente y entonces salté, con los dedos de ambas manos extendidos y rectos.

El techo, afortunadamente, estaba hecho de baldosas de yeso

corrientes, y mis dedos las atravesaron sin apenas resistencia. Las aparté a manotazos mientras seguía en el aire, hasta que mis antebrazos conectaron con las vigas del otro lado. Extendiendo los dedos, me agarré de los travesaños de madera cuando la gravedad me arrastró hacia el suelo, y me sujeté firmemente, frenando mi caída.

Me quedé allí colgado un momento, hasta que dejé de balancearme, y luego saqué las piernas y el cuerpo fuera de la celda, elevándome hacia la oscuridad y la libertad que prometía.

CAPÍTULO 7

Había un hueco de medio metro entre las vigas sobre las que me hallaba tumbado y las de encima. No era mucho, y resultaba muy incómodo, pero era mejor de lo que había esperado.

Tendido de bruces, presté atención a cualquier sonido de persecución que pudiera llegar desde la celda de abajo. No se oía nada. Podía oír a la gente chocando entre sí y ladrando órdenes en el pasillo, así que, o la policía no se había dado cuenta de mi huida, o la muchedumbre aterrorizada les bloqueaba el paso.

Cualquiera que fuera la respuesta, el tiempo jugaba a mi favor; un tiempo que no había esperado tener, y del que podría hacer buen uso. Había planeado huir lo más rápido posible, dejando atrás a Mr. Crepsley y a Harkat, pero ahora podía permitirme ir a buscarlos.

¿Pero dónde buscar? Allí arriba, la iluminación era buena (había muchas grietas entre las baldosas de yeso por donde se filtraba la luz procedente de las habitaciones y pasillos de abajo), y podía ver hasta diez o doce metros en cualquier dirección que mirara. Era un edificio grande, y si retenían a mis amigos en otro piso, no tendría la menor oportunidad de encontrarlos. Pero si estuvieran cerca y me daba prisa…

Me escabullí sobre las vigas y llegué hasta el techo de la celda contigua a la mía, me detuve y agucé el oído. Mi agudo sentido auditivo detectaría cualquier sonido por encima del latido del corazón. Esperé unos segundos, pero no oí nada. Seguí adelante.

Las dos celdas siguientes estaban vacías. En la tercera oí que alguien se rascaba. Pensé en llamar a gritos a Mr. Crepsley y Harkat, pero si había policías en la celda, darían la alarma. Sólo podía hacer una cosa. Respiré hondo, me sujeté a las vigas que tenía

a cada lado con las manos y los pies, y entonces atravesé el delgado material del techo con la cabeza.

Soplé y parpadeé para quitarme el polvo de los labios y los párpados, y luego me concentré en el escenario de abajo. Estaba listo para dejarme caer del techo si cualquiera de mis amigos estuviera dentro, pero el único ocupante era un viejo barbudo que se quedó mirándome con la boca abierta, parpadeando rápidamente.

—Lo siento —dije, forzando una breve sonrisa—. Me equivoqué de habitación.

Me retiré y seguí avanzando con pasos breves y rápidos, dejando atrás al sobresaltado prisionero.

Otras tres celdas vacías. La siguiente estaba ocupada, pero por dos hombres que hablaban en voz alta, a los que habían atrapado intentando robar en una tienda de la esquina. No me detuve a comprobar quiénes eran: era muy poco probable que la policía encerrara a un supuesto asesino con un par de ladrones.

Otra celda vacía. Pensé que la siguiente también lo estaría, y estuve a punto de pasar de largo cuando mis oídos percibieron el débil crujido de la tela. Hice un alto y escuché atentamente, pero no hubo más sonidos. Arrastrándome hacia atrás, con la piel picándome a causa de las escamas aisladas que se desprendían como nieve de las baldosas del techo, me coloqué, respiré hondo otra vez y volví a atravesar las baldosas con la cabeza.

Un receloso Harkat Mulds saltó de la silla en la que había estado sentado, levantando los brazos en actitud defensiva cuando surgió mi cabeza haciendo caer nubes de polvo. Entonces la Personita vio quién era, se incorporó, se arrancó la máscara (obviamente, Dave había mentido al decir que se la habían quitado) y gritó mi nombre con franca alegría.

—¡Darren!

—Hola, colega —sonreí, utilizando las manos para ensanchar el agujero. Me sacudí el polvo del pelo y las cejas.

—¿Qué estás haciendo… ahí arriba? —preguntó Harkat.

Lancé un gruñido ante la estupidez de la pregunta.

—¡Turismo! —espeté, y bajé una mano—. Vamos… No tenemos mucho tiempo, y debemos encontrar a Mr. Crepsley.

Estaba seguro de que Harkat quería hacerme mil preguntas (y yo también, como por qué se encontraba solo, y por qué no estaba esposado), pero comprendió lo peligrosa que era nuestra situación, se agarró a la mano que le tendía, y dejó que lo izara sin decir nada.

Le costó más que a mí apretujarse entre las vigas (ya que su cuerpo era mucho más orondo que el mío), pero finalmente se encontró tumbado junto a mí, y avanzamos arrastrándonos, lado a lado, sin discutir nuestra situación.

Las ocho o nueve celdas siguientes estaban vacías u ocupadas por humanos. Mi inquietud crecía a medida que pasaba el tiempo. Pese a lo que había ocurrido con Steve Leopard, no tardarían en darse cuenta de mi huida, y cuando eso ocurriera, tendría lugar una feroz persecución. Me estaba preguntando si sería más prudente abandonar mientras estuviéramos a tiempo, cuando alguien habló desde algún sitio de la celda de abajo, justo delante de mí.

—Estoy dispuesto a declarar —dijo la voz, y a la segunda sílaba ya sabía quién había hablado: ¡Mr. Crepsley!

Alcé una mano para indicarle a Harkat que se detuviera, pero él también lo había oído, y ya había hecho un alto (o más bien, una agachada).

—Ya era hora —dijo un policía—. A ver si funciona la grabadora…

—Olvide su infernal artilugio de grabación —resopló Mr. Crepsley—. No pienso dirigirme a una máquina inanimada. Ni gastar saliva con bufones. No hablaré ni con usted ni con su compañero, el que está a mi izquierda. Ni con ese cretino de la puerta con el rifle…

Tuve que contener una risita nerviosa. ¡Viejo zorro astuto! Debió oírnos mientras nos arrastrábamos por allá arriba, y nos estaba haciendo saber exactamente la situación en la celda en esos momentos, cuántos policías había presentes y dónde estaban.

—Más vale que te controles —espetó el policía—. No me hace falta mucho para…

—A usted no le hace falta nada de nada —lo interrumpió Mr. Crepsley—. Usted es un imbécil. El agente que estuvo aquí antes, por el contrario (Matt) me pareció un hombre sensible. Tráiganlo y confesaré. Si no, mis labios permanecerán sellados.

El agente soltó una maldición y luego se levantó a regañadientes y empezó a andar hacia la puerta.

—No le quitéis el ojo de encima —les advirtió a los otros dos—. Al más mínimo movimiento, ¡dadle duro! Recordad quién es y lo que es. No corráis riesgos.

—De paso, averigua por qué hay tanto jaleo ahí fuera —dijo otro de los agentes mientras su colega se marchaba—. Por la forma en que corre la gente, debe tratarse de alguna emergencia.

—Lo haré —dijo el agente, llamando a la puerta para que abrieran y le dejaran salir.

Le indiqué a Harkat que fuera hacia la izquierda, donde debía estar el guardia de la puerta. Avanzó deslizándose silenciosamente, y se detuvo al determinar la posición del policía. Me puse a escuchar al agente más próximo a Mr. Crepsley, captando su pesada respiración, retrocedí cerca de un metro, y levanté la mano izquierda, con el pulgar y los dos primeros dedos extendidos. Conté hasta dos y bajé el dedo medio. Tras otro par de segundos, incliné el dedo índice. Finalmente, dirigiéndole a Harkat un rápido cabeceo, bajé el pulgar.

A la señal, Harkat se soltó de las vigas y cayó a través del techo de baldosas de yeso, haciéndolas añicos en el proceso. Yo lo seguí casi al instante, con las piernas por delante, aullando como un lobo para provocar mayor efecto.

Los policías no supieron qué hacer ante nuestra repentina aparición. El guardia de la puerta intentó levantar el rifle, pero el pesado cuerpo de Harkat cayó sobre sus brazos y le hizo soltarlo. Mi agente, mientras tanto, se limitaba a mirarme con la boca abierta, sin hacer ningún movimiento para protegerse.

Mientras Harkat se ponía de pie, dándole puñetazos al guardia, eché el puño hacia atrás para dejarle estampados los cinco nudillos en la cara al agente. Mr. Crepsley me detuvo.

—Por favor —dijo cortésmente, levantándose y dándole unos golpecitos en el hombro al oficial—. Déjame a mí.

El agente se volvió como hipnotizado. Mr. Crepsley abrió la boca y exhaló sobre él el gas especial noqueador de los vampiros. Una simple bocanada y los ojos del agente rodaron en sus cuencas. Lo cogí mientras caía y lo deposité suavemente en el suelo.

—No os esperaba tan pronto —dijo coloquialmente Mr. Crepsley, hurgando en la cerradura de la esposa que aprisionaba su mano izquierda con los dedos de la derecha.

—No queríamos hacerle esperar —respondí con tirantez, ansioso por salir de allí, pero sin querer parecer menos compuesto que mi viejo amigo y mentor, que aparentaba estar completamente tranquilo.

—No deberíais haber corrido tanto por mí —dijo Mr. Crepsley, mientras sus esposas se abrían con un chasquido. Se inclinó para manipular las cadenas que rodeaban sus tobillos—. Estaba absolutamente tranquilo. Son esposas antiguas. Me libraba de ellas antes de que los agentes que me vigilaban hubieran nacido. Nunca fue cuestión de si conseguiría escapar, sino de cuándo.

—A veces, puede ser un… irritante sabelotodo —comentó Harkat con sequedad. Había dejado fuera de combate al guardia y se arrastraba sobre la mesa para regresar a la seguridad del techo.

—Podemos dejarle atrás y volver a buscarle más tarde —le sugerí al vampiro mientras él sacaba una pierna de las esposas.

—No —respondió—. Me iré ahora que estáis aquí. —Dio un respingo al avanzar un paso—. Pero la verdad es que no me habría importado pasar unas cuantas horas más aquí. Mi tobillo ha mejorado considerablemente, pero no al cien por cien todavía. Le habría venido bien un poco más de reposo.

—¿Podrá andar? —pregunté.

Asintió.

—No ganaré una carrera, pero tampoco seré un estorbo. Me preocupa más el Sol… Tendré que soportarlo durante unas dos horas y media.

—Ya nos preocuparemos por eso en su momento —espeté—. Ahora, ¿está listo para seguir, o quiere quedarse aquí papando moscas hasta que vuelva la policía?

—¿Nervioso? —preguntó Mr. Crepsley, con un destello en los ojos.

—Sí —contesté.

—Pues no lo estés —me dijo—. Lo peor que los humanos nos pueden hacer es matarnos. —Se subió a la mesa e hizo una pausa—. Para cuando acabe esta noche, la muerte podría ser una bendición.

Con aquel deprimente comentario, subió detrás de Harkat, internándose en el sombrío mundo intermedio de las vigas. Esperé hasta ver desaparecer sus piernas, y luego subí de un salto tras él. Nos separamos para no entorpecernos mutuamente el camino, y entonces Mr. Crepsley preguntó qué dirección debíamos tomar.

—A la derecha —respondí—. Lleva a la parte trasera del edificio, creo.

—Muy bien —dijo Mr. Crepsley, contorsionándose delante de nosotros—. Arrastraos lentamente —susurró por encima del hombro—, y procurad no clavaros ninguna astilla.

Harkat y yo compartimos la misma mirada afligida (la frase «tan pancho» podría haberse inventado pensando en Mr. Crepsley), y luego nos apresuramos tras el vampiro antes de que se alejara demasiado y nos dejara atrás.

CAPÍTULO 8

Nos abrimos paso a patadas a través de la pared que daba a la parte trasera del edificio y nos encontramos en el segundo piso, por encima de un callejón desierto.

—¿Puede saltar? —le pregunté a Mr. Crepsley.

—No —dijo—, pero puedo bajar agarrándome.

Mientras Mr. Crepsley colgaba del borde del agujero de la pared, con las uñas hundidas en los ladrillos, Harkat y yo nos dejamos caer al suelo y nos agachamos, escudriñando las sombras en busca de algún signo de vida. Cuando Mr. Crepsley se reunió con nosotros, corrimos hasta el final del callejón, donde nos detuvimos a inspeccionar el terreno.

Mr. Crepsley miró fugazmente hacia el Sol. No era muy fuerte (un débil resplandor otoñal en el atardecer), pero dos horas de exposición podían resultar fatales para el vampiro. Si hubiera llevado su capa, podría habérsela puesto sobre la cabeza, escudándose tras ella, pero se la había quitado en el apartamento y dejado allí.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Harkat, mirando dubitativamente a su alrededor.

—Encontrar una alcantarilla y seguir bajo tierra —respondí—. No podrán seguir nuestro rastro a través de los túneles, y Mr. Crepsley no tendrá que preocuparse por el Sol.

—Un plan admirable —dijo Mr. Crepsley, frotándose el dolorido tobillo derecho y buscando la tapa de alguna alcantarilla. No había ninguna en las inmediaciones, así que proseguimos, Harkat y yo sirviendo de apoyo al vampiro, pegados a las paredes del callejón.

El callejón se bifurcaba al final. A la izquierda conducía a una concurrida calle principal, y a la derecha, a otro callejón oscuro. Me

volví hacia la derecha por impulso y empecé a andar hacia el callejón, cuando Harkat me detuvo.

—Espera —siseó—. Veo un camino ahí detrás.

Miré hacia atrás y vi a un gato rebuscando entre un montón de desperdicios, desparramados en el suelo al volcarse un cubo de basura, que ocultaban a medias la tapa redonda de una alcantarilla. Corrimos hacia allí, espantando al gato (los gatos no son grandes amantes de los vampiros, y este nos dedicó un furioso siseo antes de huir), y apartamos la basura de la tapa con los pies. Luego, Harkat y yo tiramos de ella y la dejamos a un lado.

—Yo iré primero —dije, comenzando a bajar la escalera hacia la bienvenida oscuridad—. Mr. Crepsley el siguiente, y Harkat el último.

Ninguno cuestionó mi orden. Como Príncipe Vampiro, me correspondía a mí tomar el control de la situación. Mr. Crepsley habría puesto objeciones de haber estado en desacuerdo con mi decisión, pero, tal como estaban las cosas, estaba satisfecho de seguir mis órdenes.

Descendí por la escalera. Los peldaños estaban fríos y su contacto hacía que me hormiguearan los dedos. Al acercarme al fondo, bajé la pierna izquierda de la escalera…

… ¡y la volví a subir rápidamente cuando sonó un disparo y una bala arrancó un trozo de pared junto a mi espinilla!

Con el corazón desbocado, me aferré a la escalera, con el eco de la bala resonando en mis oídos, preguntándome cómo había llegado allí tan rápido la policía, y cómo sabían el camino que habíamos tomado.

Entonces, alguien soltó una risita en la oscuridad, y dijo:

—Saludos, vampiros. Os estábamos esperando.

Mis ojos se estrecharon. Ese no era un policía… ¡Era un vampcota! A pesar del peligro, me acuclillé bajo la escalera y escudriñé el túnel. Había un hombre alto de pie entre las sombras, demasiado lejos para identificarlo.

—¿Quiénes sois? —pregunté secamente.

—Seguidores del Señor de los Vampanezes —respondió.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Bloquearos el paso —dijo, riendo entre dientes.

—¿Cómo sabíais que vendríamos por este camino?

—No lo sabíamos. Pero supusimos que escaparíais y bajaríais a los túneles. Nuestro Señor no quiere que bajéis aquí todavía (el día es largo, y le divierte la idea de que tú y tu amigo vampiro tengáis que pasarlas moradas mientras dure), así que hemos bloqueado todas las entradas al subsuelo. Cuando caiga la noche, nos retiraremos, pero hasta entonces, estos túneles están restringidos.

Dicho esto, volvió a dispararme. Era un disparo de aviso, como el primero, pero no me quedé a comprobar su puntería por más tiempo. Trepé por la escalera y salí disparado por la boca de la alcantarilla como si me hubieran propulsado, maldiciendo en voz alta mientras mandaba de una patada una gran lata vacía al otro lado del callejón.

—¿La policía? —preguntó hoscamente Mr. Crepsley.

—No. Los vampcotas. Han bloqueado todas las entradas a los túneles hasta la caída de la noche. Quieren que suframos.

—No pueden haber cubierto cada… entrada, ¿verdad? —preguntó Harkat.

—Las suficientes —respondió Mr. Crepsley—. Los túneles como este, próximos a la superficie, están cuidadosamente conectados. Si escoge el lugar apropiado, un hombre puede bloquear el camino en seis o siete entradas. Si tuviéramos tiempo, podríamos buscar otro camino, pero no lo tenemos. Debemos olvidarnos de los túneles.

—¿Por dónde iremos, entonces? —pregunté.

—Correremos —dijo simplemente el vampiro—. O cojearemos, llegado el caso. Trataremos de evitar a la policía, de encontrar algún sitio donde meternos y esperar a que se haga de noche.

—No será fácil —señalé.

Mr. Crepsley se encogió de hombros.

—Si hubieras esperado hasta el ocaso para huir, habría sido más fácil. Como no lo hiciste, tendremos que arreglárnoslas como podamos. Vamos —dijo, volviendo la espalda a la alcantarilla—. No dejemos pistas.

Me detuve para escupir amargamente al agujero, y luego me fui detrás de Mr. Crepsley y Harkat, dejando a un lado la decepción de hallar los túneles bloqueados y concentrándome en la huida.

***

Menos de tres minutos después, la policía ya estaba sobre nuestra pista.

Los oímos esparcirse desde la comisaría, gritándose unos a otros, amontonándose en los coches, dando bocinazos y poniendo las sirenas a todo volumen. Habíamos avanzado a buen paso, pero sin conseguir alejarnos mucho de la comisaría: habíamos estado evitando las calles principales, manteniéndonos en las calles traseras, que tenían la molesta peculiaridad de girar sobre sí mismas. Habríamos ido por los tejados si eso no hubiera significado exponer completamente a Mr. Crepsley a los rayos del Sol.

—Es inútil —dijo el vampiro cuando nos acercamos a un edificio, pasando por alto el hecho de encontrarnos en una concurrida calle llena de comercios—. No estamos haciendo ningún progreso. Deberíamos subir.

—Pero el Sol… —aduje yo.

—Olvídalo —espetó—. Si me quemo, me quemo. No me matará inmediatamente… ¡pero la policía sí lo hará si nos cogen!

Asentí, y busqué un camino que subiera a los tejados. Entonces se me ocurrió una idea. Eché un vistazo a la calle abarrotada, y luego a mi ropa. Estaba sucio y desgreñado, pero mi aspecto no era mucho peor que el de cualquier adolescente normal pasando por una etapa grunge o heavy metal.

—¿Tenemos dinero? —pregunté, frotándome la cara para limpiarme la máxima suciedad posible, y atusándome el pelo con una mano ensalivada. Luego remetí las cadenas de las esposas bajo las mangas de mi camisa y el dobladillo de los pantalones para ocultarlas a la vista.

—¡Vaya momento elige para ir de compras! —rezongó Harkat.

—Sé lo que estoy haciendo —repuse con una amplia sonrisa—. ¿Tenemos dinero, o no?

—Tenía algunos billetes, pero la policía me los quitó —dijo Mr. Crepsley—. Estoy… ¿cómo decís los humanos? ¿Despellejado?

—Pelado —reí—. No importa. Me arreglaré sin él.

—¡Espera! —dijo Harkat cuando empecé a alejarme—. ¿Adónde vas? No podemos separarnos… ahora. Debemos permanecer juntos.

—No tardaré mucho —respondí—. Y no correré riesgos estúpidos. Esperadme aquí. Si no vuelvo en cinco minutos, iros sin mí, que ya os alcanzaré más tarde, en los túneles.

—¿Adónde…? —empezó a preguntar Mr. Crepsley, pero no tenía tiempo para discutirlo, así que me deslicé fuera del callejón antes de que acabara y caminé rápidamente a lo largo de la calle, buscando un mercadillo.

Me mantuve ojo avizor por si aparecían policías o soldados, pero no había ninguno por allí. Al cabo de unos segundos, descubrí una tienda al otro lado de la calle, esperé a que la luz del semáforo se pusiera verde, y entonces crucé tranquilamente y entré. Una mujer de mediana edad y un hombre joven con el pelo largo atendían a la clientela detrás del mostrador. La tienda estaba bastante llena (había seis o siete clientes), lo cual era bueno. Eso significaba que no llamaría la atención. Una televisión en el lado izquierdo de la entrada estaba emitiendo un canal de noticias, pero habían bajado el volumen. Había una cámara de seguridad por encima de la televisión, explorando y grabando, pero no me importaba: ¡con todos los crímenes de los que me acusaban, no me iba a hacer sudar la idea de que me ficharan por un insignificante robo!

Recorrí lentamente los pasillos, buscando artículos de verano. No era la época del año indicada para usar gorras o gafas de sol, pero estaba seguro de que tendrían algunos cachivaches en alguna parte.

Tras pasar una hilera de productos para el cuidado de los bebés, los encontré: varios botes de loción bronceadora, alineados tristemente sobre un viejo y maltratado estante. No había mucho donde elegir, pero servirían. Leí rápidamente las etiquetas, en busca del protector solar más potente que pudiera encontrar. Factor diez… doce… quince… Escogí el bote con el número más alto (que era para la piel de los bebés, ¡pero no se lo diría a Mr. Crepsley!), y luego me quedé mirándolo dubitativamente en mi mano, preguntándome qué debía hacer a continuación.

Yo no era un raterillo de tiendas experimentado. Había robado algunas golosinas con mis amigos cuando era niño, y una vez mangué un montón de pelotas de golf con un primo mío, pero nunca había disfrutado haciendo eso y no volví a coger nada más.

Estaba seguro de que mi cara me delataría si me guardaba el bote en el bolsillo e intentaba salir directamente de la tienda.

Pensé en ello unos segundos, y luego deslicé astutamente el bote en la cintura de mis pantalones cubriéndolo con el dobladillo de la camisa, cogí otro bote, me di la vuelta y fui hacia el mostrador.

—Disculpe —le dije a la dependienta mientras esta atendía a otro de sus clientes—, ¿tiene loción Sun Undone? —Me había inventado el nombre, confiando en que ninguna marca auténtica lo hubiera registrado ya.

—Sólo lo que hay en los estantes —espetó la mujer con voz irritada.

—Ah —sonreí—. Está bien. Gracias. La pondré en su sitio.

Me estaba dando la vuelta cuando el joven del pelo largo dijo:

—¡Eh! ¡Espera!

Con el estómago encogido, miré hacia atrás con expresión interrogante, listo para salir corriendo.

—¿No será Sunnydun lo que buscas? —preguntó—. Tenemos una caja en la trastienda. Puedo ir a buscarte un bote si…

—No —le interrumpí, relajándome—. Es Sun Undone. Mi madre no usa ninguna otra.

—Como quieras. —Se encogió de hombros, se desentendió de mí, y se puso a atender a otro cliente.

Regresé al estante, dejé el bote en él, y me encaminé hacia la puerta tan despreocupadamente como pude. Asentí amablemente hacia el joven al pasar, que correspondió a mi saludo agitando fugazmente una mano. Ya tenía un pie fuera de la tienda, complacido conmigo mismo, cuando alcancé a ver una cara familiar en la televisión y me detuve, paralizado.

¡Era yo!

Debían haberme tomado esa foto esa mañana, mientras me detenían. Aparecía pálido, ojeroso y asustado, con las manos esposadas, la mirada cautelosa, y policías a ambos lados.

Volví a entrar en la tienda, me acerqué y subí el volumen.

—¡Eh! —refunfuñó el dependiente—. ¡No puedes…!

Lo ignoré y me concentré en lo que decía el locutor.

—… puede parecer inofensivo, pero la policía aconseja a la ciudadanía que no se fíe de su apariencia. Darren Shan (o Darren

Horston, como también se le conoce) es un adolescente, pero está asociado con brutales asesinos, y puede que él también lo sea.

Mi fotografía desapareció para ser reemplazada por una locutora de expresión sombría. Tras un par de segundos, reapareció mi foto, esta vez más pequeña, en el extremo superior derecho de la pantalla. La de Harkat apareció en el izquierdo, y los retratos robots de Mr. Crepsley y Vancha entre nosotros.

—Volvemos con nuestra increíble historia de última hora —dijo la locutora—. Cuatro supuestos miembros de la banda de asesinos conocida como los Vampiros fueron rodeados por la policía esta mañana. Uno de ellos, Vancha March —la línea que enmarcaba el dibujo de Vancha brilló—, escapó, llevándose como rehén a la Inspectora Jefe Alice Burgess. Los otros tres fueron arrestados y detenidos para interrogarles, pero llevaron a cabo una violenta fuga hace menos de veinte minutos, matando o hiriendo gravemente a un número no especificado de agentes y enfermeras. Se les considera armados y excesivamente peligrosos. Si los descubren, no deben acercarse a ellos. En vez de eso, llamen a los siguientes números…

Me aparté de la televisión, aturdido. Debería haber sabido que los medios retransmitirían exhaustivamente una historia tan importante, pero ingenuamente había asumido que sólo tendría que preocuparme de la policía y del ejército. Nunca me había detenido a pensar en las alertas que se extenderían por toda la ciudad, y en cómo nos afectarían.

Mientras estaba allí parado, digiriendo este nuevo giro de los acontecimientos y reflexionando en el hecho de que ahora también nos acusaban de los asesinatos cometidos por Steve en la comisaría, la señora de mediana edad que estaba tras el mostrador me señaló y exclamó con voz ahogada:

—¡Es él! ¡El chico! ¡El asesino!

Sobresaltado, levanté la mirada y vi que cada una de las personas de la tienda me miraba fijamente, con los rostros desencajados de miedo y horror.

—¡Es el llamado Darren Shan! —gritó un cliente—. ¡Dicen que mató a aquella chica, Tara Williams… y que se bebió su sangre y se la comió!

—¡Es un vampiro! —chilló un viejo arrugado—. ¡Que alguien traiga una estaca! ¡Tenemos que matarlo!

Todo aquello podría haber sido divertido si yo hubiera estado en una película (la idea de aquel hombrecillo atravesando con una estaca el endurecido corazón de un vampiro era ridícula), pero no tenía tiempo de ver el lado divertido de las cosas. Levantando las manos para demostrar que iba desarmado, salí de espaldas por la puerta.

—¡Derek! —le gritó la dependienta al joven—. ¡Coge el arma y dispárale!

Eso fue suficiente para mí. Girándome bruscamente, me lancé por la puerta y crucé la carretera a la carrera, sin detenerme ante el tráfico, apartándome de los coches mientras frenaban chirriando, e ignorando a los conductores que aporreaban el claxon y gritaban insultos detrás de mí.

Me detuve en la entrada del callejón, donde unos preocupados Harkat y Mr. Crepsley estaban esperando. Saqué el bote de loción bronceadora y se lo tendí al vampiro.

—Póngase esto, rápido —jadeé, encorvado y sin aliento.

—¿Qué…? —empezó a preguntar él.

—¡No discuta! —grité—. ¡Hágalo!

El vampiro quitó de un tirón la tapa del bote, vertió la mitad del contenido en sus manos y se lo untó por la cara, el cuero cabelludo y otras áreas expuestas. Se frotó la loción, vertió el resto, se lo frotó también, y luego arrojó el bote a un desagüe.

—Listos —dijo.

—Desde luego que lo estamos —murmuré, incorporándome—. No os vais a creer…

—¡Ahí están! —aulló alguien, cortándome en seco—. ¡Son ellos…, los Vampiros!

Los tres miramos a nuestro alrededor y vimos al viejecillo arrugado de la tienda forcejeando con el dependiente del pelo largo por la posesión de un gran rifle.

—¡Dámelo! —gritaba—. ¡Cazaba ciervos cuando era joven!

Tirando a un lado su bastón, el jubilado se volvió, levantó el rifle con notable rapidez, y disparó.

Nos tiramos al suelo mientras la pared estallaba en pedazos

sobre nuestras cabezas. El viejo disparó otra vez, aún más cerca. Pero entonces tuvo que detenerse para cargar. Mientras lo hacía, nos levantamos de un salto, nos dimos media vuelta y huimos, con Mr. Crepsley balanceando la pierna herida hacia delante y hacia atrás, como un enloquecido John Silver el Largo.

La muchedumbre que venía detrás de nosotros se detuvo un momento, dividida entre el miedo y la excitación. Entonces, con un rugido de rabia, la gente agarró palos, barras de hierro y tapas de cubos de basura, y se lanzó a por nosotros. Ya no era una simple multitud, sino una turba sedienta de sangre.

CAPÍTULO 9

Al principio, llevábamos ventaja a la turba (los humanos no pueden competir con los vampiros o las Personitas en velocidad), pero entonces a Mr. Crepsley se le hinchó el tobillo y su paso empezó a disminuir sin cesar.

—No… me encuentro bien —jadeó, cuando nos detuvimos en una esquina a descansar—. No puedo… seguir. Debéis iros… sin mí.

—No —dije al instante—. Le llevaremos con nosotros.

—No puedo… mantenerme en pie —gruñó, rechinando los dientes de dolor.

—Entonces, nos quedaremos a luchar —le dije—. Pero seguiremos juntos. Es una orden.

El vampiro forzó una débil sonrisa.

—Cuidado, Darren —dijo—. Podrás ser un Príncipe, pero aún eres mi asistente. Puedo inculcarte sentido común a bofetones si tengo que hacerlo.

—Por eso tengo que seguir a su lado —repliqué con una amplia sonrisa.

—No dejes que se me suba a la cabeza.

Mr. Crepsley suspiró y se inclinó para frotarse el tobillo, donde la piel había adquirido un tono púrpura.

—¡Por aquí! —dijo Harkat, y levantamos la mirada. La Personita había tirado de una escalera de incendios que se alzaba sobre su cabeza—. Les resultará difícil seguirnos… si vamos por los tejados. Debemos subir.

Mr. Crepsley asintió.

—Harkat tiene razón.

—¿La loción bronceadora le protegerá del Sol? —pregunté.

—En gran parte —dijo—. Al ocaso estaré rojo, pero evitará

quemaduras serias.

—¡Entonces, vamos!

Subí yo primero por la escalera, seguido de Mr. Crepsley, y por último, Harkat. La turba irrumpió en el callejón cuando Harkat estaba subiendo las piernas, y los que iban delante estuvieron a punto de atraparle. Tuvo que patear con fuerza sus manos para soltarse, y luego se apresuró a subir tras nosotros.

—¡Dejadme disparar! —gritaba el viejecito del rifle—. ¡Fuera de mi camino! ¡Puedo cogerlos!

Pero había demasiada gente en el callejón. Apretujado entre ella, no podía levantar el rifle para apuntar.

Mientras los humanos se peleaban por tomar la escalera, nosotros la subimos. Mr. Crepsley se movía más rápido ahora que tenía una barandilla donde apoyarse. Dio un respingo cuando salimos de las sombras y recibimos de lleno la luz del Sol, pero eso no le hizo ir más despacio.

Me detuve en lo alto de la escalera de incendios y esperé a Mr. Crepsley. Mientras estaba allí parado, sintiéndome más confiado de lo que había estado un par de minutos antes, un helicóptero descendió del cielo y alguien me chilló por un megáfono:

—¡Quieto donde estás o disparamos!

Solté una maldición y urgí a Mr. Crepsley:

—¡Rápido! ¡Tenemos que irnos de aquí ya o…!

No logré seguir. Sobre mi cabeza, un tirador abrió fuego. A mi alrededor, el aire se llenó con el zumbido de las balas, silbando estruendosamente entre las barras de la escalera de incendios. Gritando salvajemente, me tiré por las escaleras, chocando con Mr. Crepsley y Harkat. Si Mr. Crepsley no hubiera estado tan bien agarrado a la barandilla para aligerar la presión sobre el tobillo herido, ¡todos podríamos habernos caído por el costado!

Bajamos rápidamente un par de tramos, donde el tirador no pudiera vernos, y nos apretujamos en un rellano, asustados… deprimidos… atrapados.

—Puede que tengan que ir… a repostar —dijo Harkat, esperanzadamente.

—Claro —bufé—. ¡Dentro de una o dos horas!

—¿A qué distancia están los humanos de abajo? —preguntó Mr.

Crepsley.

Asomé la cabeza por un lado y miré hacia abajo.

—Algunos ya están subiendo. Los tendremos encima en un minuto, o menos.

—Aquí contamos con una buena posición para defendernos —consideró el vampiro—. Tendrán que atacarnos en pequeños grupos. Podríamos empujarlos.

—Claro —bufé de nuevo—, pero ¿qué ganaremos con eso? Dentro de unos minutos llegarán la policía y los soldados. No tardarán mucho en subir al edificio de enfrente y liquidarnos con los rifles.

—Jodidos por arriba y jodidos por abajo —dijo Harkat, enjugándose unas gotas de sudor verde de su redonda y calva cabeza—. Eso nos deja… —Señaló la ventana que teníamos detrás, y que llevaba al interior del edificio.

—Otra trampa —rechacé—. La policía sólo tendría que rodear el edificio, hacer entrar grupos armados que nos sacarían fuera… y estaríamos acabados.

—Cierto —coincidió pensativamente Mr. Crepsley—. Pero ¿y si tuvieran que luchar para entrar? ¿Y si ya no estuviéramos aquí cuando llegaran?

Nos quedamos mirando inquisitivamente a Mr. Crepsley.

—Seguidme —dijo, abriendo la ventana y deslizándose en el interior—. ¡Tengo un plan!

Dando la espalda a los humanos que se acercaban por abajo y al helicóptero que planeaba por arriba, Harkat y yo nos zambullimos a través de la ventana, entrando en el vestíbulo, donde se alzaba Mr. Crepsley sacudiéndose tranquilamente los restos de roña de su camisa, como si estuviera esperando el autobús un pacífico domingo por la mañana.

—¿Listos? —preguntó cuando estuvimos de pie junto a él.

—¿Listos para qué? —repliqué, exasperado.

—Listos para soltar al zorro en el gallinero —rió.

Avanzó a zancadas hasta la puerta más próxima, se detuvo un instante, y luego la aporreó con la palma de la mano.

—¡Vampiros! —aulló—. ¡Vampiros en el edificio! ¡Todo el mundo fuera!

Se alejó un paso, se volvió hacia nosotros y empezó a contar.

—Uno. Dos. Tres. Cua…

La puerta se abrió de golpe y una mujer, vestida con un breve camisón y sin zapatos, salió corriendo al pasillo, chillando y agitando las manos por encima de la cabeza.

—¡Rápido! —gritó Mr. Crepsley, cogiéndola por un brazo y señalándole las escaleras—. ¡Hay que ir a la planta baja! ¡Tenemos que salir! ¡Nos matarán si nos quedamos! ¡Los vampiros están aquí!

—¡¡¡Aaaaaaaaah!!! —chilló ella, corriendo con asombrosa velocidad hacia las escaleras.

—¿Lo veis? —sonrió radiantemente Mr. Crepsley.

—Lo veo —respondí con una sonrisa afectada.

—Y yo —dijo Harkat.

—Pues entonces, manos a la obra —dijo Mr. Crepsley, dando un salto hacia la puerta siguiente y aporreándola mientras rugía—: ¡Vampiros! ¡Vampiros! ¡Cuidado con los muertos vivientes!

Harkat y yo corrimos delante de él, imitando sus golpes y sus gritos, y en unos segundos el pasillo estuvo atestado de humanos aterrorizados que corrían en todas direcciones, derribándose unos a otros, y que bajaban casi volando por las escaleras en pos de la salvación.

Al llegar al final del pasillo, eché un vistazo por encima de la barandilla de las escaleras y vi a los que la bajaban precipitadamente chocando con los miembros de la turba, que habían irrumpido en el edificio en un intento de seguirnos por el interior. Los que huían no podían salir, y los que nos perseguían no podían entrar.

¡Qué maquiavélico!

—Deprisa —dijo Harkat, dándome una palmada en la espalda—. Están entrando por la… escalera de incendios.

Miré hacia atrás y vi al primero de nuestros perseguidores asomar la cabeza por la ventana. Me volví hacia la izquierda y subí corriendo al siguiente zaguán con Harkat y Mr. Crepsley, extendiendo la falsa alarma, vaciando los apartamentos de sus habitantes humanos y atascando el pasillo a nuestra espalda.

Mientras la vanguardia de la turba chocaba con los aterrorizados vecinos, nos fuimos por otro pasillo, huimos hacia la escalera de

incendios del lado opuesto del edificio, salimos con sigilo y cruzamos de un salto hacia el bloque de apartamentos colindante. Nos lanzamos al interior, extendiendo el mismo aviso, aporreando puertas, gritando que venían los vampiros y causando estragos.

Nos abrimos paso hacia la parte trasera del edificio, saltamos hacia el tercer bloque de apartamentos y provocamos que un nuevo grupo de humanos saliera corriendo para salvar la vida. Pero cuando llegamos al final en este, nos detuvimos y echamos un vistazo abajo, hacia el callejón, y hacia el cielo, por encima de nuestras cabezas. No había rastro de la turba, y el helicóptero planeaba en el cielo dos edificios más atrás. Podíamos oír las sirenas de la policía acercándose.

—Ahora es el momento de perdernos —dijo Mr. Crepsley—. El caos de ahí detrás durará unos minutos, como mucho. Tenemos que aprovechar el tiempo.

—¿Por dónde vamos? —pregunté, examinando los edificios circundantes.

Los ojos de Mr. Crepsley volaron de un edificio a otro, posándose en una estructura de escasa envergadura a nuestra derecha.

—Por ahí —señaló—. Parece desierto. Intentémoslo, y recemos para que la suerte de los vampiros nos acompañe.

No había escalera de incendios donde estábamos, así que bajamos deprisa las escaleras de la parte trasera del edificio, y nos internamos en el callejón. Pegados a las paredes, nos acercamos sigilosamente al edificio en el que habíamos puesto el ojo, rompimos una ventana para entrar (no sonó ninguna alarma), y nos encontramos en el interior de una vieja fábrica abandonada.

Subimos vacilantemente un par de pisos, y corrimos lo más rápido que pudimos hacia la parte de atrás. Allí descubrimos el cascarón de un decrépito bloque de apartamentos que esperaba la demolición. Nos abrimos paso por la planta baja, emergiendo por el otro lado a un laberinto de callejones estrechos, oscuros y poco frecuentados. Nos detuvimos, aguzando el oído en busca de algún ruido de persecución. No oímos nada.

Intercambiamos una sonrisa breve y temblorosa, y luego Harkat y yo rodeamos con un brazo a Mr. Crepsley. Levantó el dolorido

tobillo derecho y avanzamos con él cojeando entre nosotros a un ritmo más lento que el de antes, disfrutando de aquel momento de respiro, pero suficientemente escarmentados para saber que aún no habíamos escapado de la sartén. Ni mucho menos.

Huimos a través de los callejones. Pasamos junto a algunas personas, pero ninguna nos prestó atención; unas densas nubes iban oscureciendo la tarde, sumergiendo los ya sombríos callejones en lóbregas charcas de sombras. Podíamos ver claramente gracias a nuestra aventajada vista, pero para los humanos no éramos más que figuras vagamente definidas entre la penumbra. Ni la turba ni la policía nos seguían. Aún podíamos oír el jaleo que armaban, pero no había salido de los límites de los tres bloques de apartamentos que habíamos sumido en el terror. Por ahora, teníamos vía libre.

Nos detuvimos en la parte trasera de un supermercado para recuperar el aliento. Ahora, la pierna derecha de Mr. Crepsley estaba morada hasta la rodilla, y debía de estar sintiendo un inmenso dolor.

—Necesitamos hielo —dije—. Podría colarme en el supermercado y…

—¡No! —ladró el vampiro—. Ya has provocado una turba con tus payasadas en las tiendas. Podemos hacerlo con más discreción, sin necesidad de provocar otra.

—Sólo intentaba ayudar —refunfuñé.

—Ya lo sé —suspiró—, pero los riesgos imprudentes sólo empeoran las cosas. Mi lesión no es tan seria como parece. Unas cuantas horas de reposo y estaré como nuevo.

—¿Qué os parecen estos cubos? —preguntó Harkat, golpeteando con los dedos sobre un par de grandes cubos negros de basura—. Podríamos meternos dentro y esperar a… que anochezca.

—No —dije yo—. La gente usa esos cubos todo el tiempo. Nos descubrirían.

—Entonces, ¿dónde? —inquirió Harkat.

—No lo sé —espeté—. Puede que encontremos algún piso vacío o un edificio abandonado. Podríamos escondernos en el de Debbie si estuviéramos lo bastante cerca, pero estamos demasiado lejos de…

Me detuve, posando los ojos en el nombre de una calle que

había enfrente del supermercado.

—

Baker's

Lane —murmuré, frotándome el puente de la nariz—. Conozco este lugar. Ya hemos estado aquí antes, cuando buscábamos a los vampanezes asesinos, antes de descubrir lo de R. V. y Steve.

—Recorrimos casi todos los lugares buscando a los asesinos —comentó Mr. Crepsley.

—Sí, pero recuerdo este sitio porque… porque…

Fruncí el ceño, y entonces me acordé y chasqueé los dedos.

—¡Porque Richard vive cerca!

—¿Richard? —inquirió Mr. Crepsley, arrugando el entrecejo—. ¿Tu amigo del colegio?

—Sí —respondí, excitado—. Su casa está sólo a tres o cuatro minutos de aquí.

—¿Crees que nos daría refugio? —preguntó Harkat.

—Tal vez, si se lo explico todo.

Los otros me miraron dubitativamente.

—¿Alguien tiene una idea mejor? —les reté—. Richard es un amigo. Confío en él. Lo peor que puede hacer es echarnos.

Mr. Crepsley reflexionó un momento, y asintió.

—Muy bien. Le pediremos ayuda. Como tú dices, no tenemos nada que perder.

Dejamos el supermercado y nos dirigimos a casa de Richard, y esta vez mis pasos eran mucho más alegres. Estaba seguro de que Richard nos ayudaría. Después de todo, ¿no le había salvado en las escaleras de Mahler?

Llegamos a la casa de Richard en sólo cuatro minutos. Sin pérdida de tiempo, trepamos al tejado y nos ocultamos a la sombra de una gran chimenea. Había visto luz en la habitación de Richard desde el suelo, así que en cuanto me aseguré de que Harkat y Mr. Crepsley estaban bien instalados, repté por el borde del tejado y me dispuse a bajar…

—Espera —susurró Mr. Crepsley, deslizándose junto a mí—. Iré contigo.

—No —susurré a mi vez—. Si le ve a usted, podría asustarse. Déjeme ir solo.

—Muy bien —dijo él—, pero esperaré junto a la ventana, por si encuentras algún problema.

No sabía qué clase de problema podía encontrar, pero en los ojos de Mr. Crepsley había una expresión obstinada, así que me limité a asentir y me balanceé agarrado al tejado, busqué un apoyo con la punta de los pies, clavé las uñas en la pared de piedra, y luego bajé hasta la habitación de Richard como una araña.

Las cortinas estaban corridas, pero no del todo, así que pude mirar directamente al interior del dormitorio de mi amigo. Richard estaba tumbado en la cama, con un paquete de palomitas de maíz y un vaso de zumo de naranja apoyados sobre el pecho, viendo una reposición de La familia Adams en una televisión portátil.

Richard se reía de las payasadas de los monstruos televisivos, y no pude reprimir una sonrisa ante lo extravagantemente apropiado que resultaba que estuviera viendo aquello, cuando tres auténticos monstruos de la noche acababan de llegar. El destino tiene un extraño sentido del humor.

Pensé en golpear el cristal de la ventana, pero eso podría sobresaltarle. Estudié el sencillo pasador en forma de gancho a través de los cristales, y luego se lo señalé a Mr. Crepsley (que había escalado pared abajo hasta situarse junto a mí) y alcé una ceja en muda interrogación: «¿Puede abrirlo?».

El vampiro frotó entre sí el pulgar, el índice y el dedo medio de la mano derecha muy, pero que muy deprisa. Cuando hubo producido una fuerte carga de energía estática, bajó la mano, apuntó los dedos hacia el pasador, e hizo un suave movimiento ascendente.

No ocurrió nada.

El vampiro frunció el ceño, se inclinó hacia delante para verlo mejor, y soltó un bufido.

—¡Es de plástico!

Volví el rostro para ocultar una sonrisa.

—No importa —dijo Mr. Crepsley, e hizo un pequeño agujero en el cristal con la uña del dedo índice. La acción produjo sólo un levísimo chirrido, inaudible para Richard con el ruido de la televisión. Mr. Crepsley empujó el cristal hacia dentro, levantó el pasador con el dedo, lo destrabó y con un ademán me indicó que

adelante.

Respiré hondo para tranquilizarme, abrí la ventana y entré en la habitación con la mayor naturalidad posible.

—Hola, Richard —dije.

Richard volvió bruscamente la cabeza. Cuando vio quién era, se le abrió la boca y empezó a temblar.

—No pasa nada —dije, dando un paso hacia su cama y levantando las manos en un gesto de amistad—. No voy a hacerte daño. Estoy en un lío, Richard, y necesito tu ayuda. Sé que tengo mucha cara al pedírtelo, pero ¿podrías acogernos a mí y a un par de amigos durante unas horas? Nos esconderemos en el armario o debajo de la cama. No seremos ninguna molestia, palabra.

—Va-va-va… —tartamudeó Richard, con los ojos desorbitados por el terror.

—¿Richard? —pregunté, preocupado—. ¿Estás bien?

—¡Va-va-vampiro! —graznó él, señalándome con un dedo tembloroso.

—Ah —dije—. Lo has oído. Sí, soy un semi-vampiro, pero no es lo que tú piensas. No soy malo, ni soy un asesino. Déjame llamar a mis amigos, nos pondremos cómodos y te contaré todo lo que…

—¡Vampiro! —gritó Richard, esta vez en voz alta, y se volvió hacia la puerta de la habitación, aullando a todo pulmón—: ¡Mamá! ¡Papá! ¡Vampiros! ¡Vampiros! ¡Vampiros! ¡Vam…!

Sus gritos fueron cortados en seco por Mr. Crepsley, que se balanceó hacia el interior de la habitación, pasó como una flecha junto a mí, cogió al chico por la garganta, y le echó bruscamente el aliento en el rostro. El gas se introdujo por la nariz y la boca de Richard. Forcejeó un segundo, aterrado. Luego, sus facciones se relajaron, cerró los ojos y se desplomó de espaldas sobre la cama.

—¡Vigila la puerta! —siseó Mr. Crepsley, rodando sobre la cama y agachándose en el suelo en actitud defensiva.

Obedecí inmediatamente, a pesar de que la reacción de Richard me había revuelto el estómago. Abrí la puerta una rendija y esperé a oír los ruidos producidos por la familia de Richard al venir corriendo a investigar el motivo de sus gritos. No vinieron. La televisión más grande de la sala de estar estaba encendida y el ruido debía de haber enmascarado los gritos de Richard.

—Todo bien —dije, cerrando la puerta—. Estamos a salvo.

—Pues menuda amistad —espetó Mr. Crepsley, sacudiéndose unos fragmentos de palomitas de la ropa.

—El miedo no le dejó ni razonar —dije con pesar, mirando fijamente a Richard—. Éramos amigos… Me conocía… Le salvé la vida… y a pesar de todo, pensó que había venido a matarle…

—Cree que eres un monstruo sediento de sangre —dijo Mr. Crepsley—. Los humanos no entienden a los vampiros. Su reacción era previsible. Tendríamos que habérnoslo imaginado y dejado en paz, si hubiéramos pensado con claridad.

Mr. Crepsley se dio la vuelta lentamente y examinó la habitación.

—Este sería un buen sitio para esconderse —dijo—. La familia del chico probablemente no lo molestará cuando vean que está dormido. Hay bastante espacio en el armario. Creo que cabríamos los tres.

—No —dije firmemente—. No me aprovecharé de él. Si me hubiera ofrecido su ayuda…, estupendo. Pero no lo hizo. Tenía miedo de mí. No estaría bien que nos quedáramos.

La expresión de Mr. Crepsley reflejaba su opinión al respecto, pero respetó mis deseos y salió por la ventana sin objetar nada. Me disponía a ir tras él, cuando vi que, durante el breve forcejeo, las palomitas se habían desparramado sobre las sábanas, y el vaso de zumo de naranja se había volcado. Me detuve para devolver las palomitas al paquete, encontré una caja de pañuelos de papel, saqué unos cuantos y los utilicé para absorber la mayor parte del zumo de naranja. Me aseguré de que Richard estaba bien, apagué la televisión, me despedí de mi amigo en silencio y me marché sin hacer ruido, huyendo una vez más de los confundidos humanos que deseaban matarme.

CAPÍTULO 10

Fuimos por los tejados. No había helicópteros cerca, y las sombras de la tarde cada vez más oscura nos ponían a cubierto de la visión general, por lo que parecía más seguro mantenerse en las alturas, donde podíamos avanzar a buen paso.

Moviéndonos cautamente pero con rapidez, buscamos las zonas más alejadas del caos que había a nuestra espalda, donde pudiéramos escondernos hasta la noche. Durante quince minutos, saltamos y nos deslizamos de un tejado a otro, sin que nadie nos viera, alejándonos cada vez más de los humanos que nos perseguían.

Finalmente, llegamos a un viejo silo derrumbado, un edificio que una vez había almacenado grano. Una escalera de caracol se alzaba aún en el exterior, aunque la sección inferior se había podrido y desmoronado. Saltamos sobre la mitad superior de la escalera desde un tejado, subimos hasta arriba, derribamos de una patada la puerta cerrada y entramos.

Cerramos la puerta y nos adentramos más en el silo, caminando a lo largo de una estrecha cornisa, hasta llegar a una plataforma semicircular, donde nos tumbamos. Había muchas grietas y agujeros en el tejado, por encima de nuestras cabezas, y la tenue luz que se filtraba era lo bastante fuerte para permitirnos ver.

—¿Creéis que estaremos… a salvo aquí? —preguntó Harkat, bajándose la máscara. Regueros de sudor verde resbalaban por las cicatrices y costurones de su cara gris.

—Sí —respondió Mr. Crepsley confiadamente—. Tendrán que organizar una búsqueda exhaustiva. No dejarán ni una piedra sin levantar. Eso les hará ir más despacio. No llegarán hasta esta zona de la ciudad hasta mañana o pasado.

El vampiro cerró los ojos y se masajeó los párpados. Incluso empapada de loción bronceadora, su piel se había puesto de color rosado oscuro.

—¿Cómo lo lleva? —pregunté.

—Mejor de lo que me habría atrevido a esperar —dijo, aún frotándose los párpados—. Estoy empezando a sentir una jaqueca atroz, pero ahora que estoy fuera del alcance de la luz del Sol, tal vez se me alivie.

Bajó los dedos, abrió los ojos, estiró la pierna derecha y miró con expresión sombría la carne hinchada desde el tobillo hasta la rodilla. Se había quitado los zapatos antes, lo cual era bueno, ya que yo dudaba que hubiera logrado quitarse el zapato derecho ahora.

—Sólo espero que esto también se me alivie —murmuró.

—¿Cree que lo hará? —pregunté, estudiando el feo cardenal.

—Eso espero —dijo, frotándose con cuidado la mitad inferior de la pierna—. Si no, tendríamos que hacer un sangrado.

—¿Quiere decir hacer un corte para dejar salir la sangre? —pregunté.

—Sí —respondió—. Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Pero esperaremos a ver qué pasa… Con suerte, mejorará por sí solo.

Mientras Mr. Crepsley atendía su tobillo, desenrollé las cadenas de mis muñecas y piernas e intenté forzar los cierres. Mr. Crepsley me había enseñado los fundamentos del forzamiento de cerraduras, pero yo nunca había acabado de cogerle el truco.

—Ven aquí —dijo al cabo de un par de minutos, al ver que yo no conseguía nada.

El vampiro manipuló rápidamente los cierres, y, segundos después, esposas y cadenas se amontonaban en el suelo. Me froté con gratitud la piel liberada, y luego le eché una ojeada a Harkat, que utilizaba el extremo de su túnica para secarse el sudor verde de la cara.

—¿Cómo es que a ti no te pusieron esposas? —pregunté.

—Lo hicieron —respondió—, pero me las quitaron… en cuanto me metieron en la celda.

—¿Por qué?

La ancha boca de la Personita se abrió en una espantosa sonrisa de suficiencia.

—No sabían qué era yo, ni… qué hacer conmigo. Me preguntaron si sentía… dolor, y les dije que sí. Me preguntaron si las esposas… me hacían daño, y les dije que sí. Así que me las quitaron.

—¿Así de fácil? —pregunté.

—Pues sí —repuso con una risita.

—Cabroncete afortunado —suspiré.

—Parecer algo creado por el doctor Frankenstein… a veces tiene sus ventajas —me informó Harkat—. Por eso también estaba… solo. Me daba cuenta de que se sentían incómodos… en mi presencia, así que al poco tiempo de que empezaran a interrogarme… les dije que no me tocaran…, que tenía una… enfermedad contagiosa. ¡Deberíais haber visto cómo… corrieron!

Los tres reímos a carcajadas.

—Deberías haberles dicho que eras un cadáver resucitado —reí entre dientes—. ¡Se habrían desmayado!

Después de eso nos relajamos y nos recostamos contra la pared del silo, sin decir casi nada, con los ojos entrecerrados, reflexionando sobre los acontecimientos del día y la noche que nos esperaba. Yo estaba sediento, así que al cabo de un rato bajé las escaleras interiores y fui a buscar agua. No la encontré, pero sí algunas latas de judías sobre un estante en una de las oficinas delanteras. Me las traje, las abrí con las uñas, y me las zampé con Mr. Crepsley. Harkat no tenía hambre; podía resistir sin comer durante días y días, si era necesario.

Las judías se asentaron agradablemente en mi estómago (pese a estar frías) y me recosté durante una hora, callado y pensativo. No teníamos ninguna prisa. Teníamos hasta la medianoche para reunirnos con Vancha (asumiendo que viniera), y no nos llevaría más de un par de horas de marcha a través de los túneles llegar hasta la caverna donde habíamos luchado con los vampanezes.

—¿Cree que Steve habrá escapado? —pregunté por fin.

—Estoy seguro de ello —respondió Mr. Crepsley—. Ese tiene la suerte de un demonio, y por si fuera poco, es astuto.

—Mató a gente, policías y enfermeras, mientras huía —dije.

Mr. Crepsley lanzó un suspiro.

—No creí que atacara a los que le ayudaron. Lo habría matado antes de que nos capturaran si hubiera sabido lo que planeaba.

—¿Por qué cree usted que se habrá vuelto tan malo? —pregunté—. No era así cuando lo conocí.

—Sí que lo era —discrepó Mr. Crepsley—. Sólo que aún no había desarrollado su verdadera personalidad. Nació malvado, como ciertas personas. Los humanos te dirían que cualquiera puede evitarlo, que todo el mundo puede elegir. Mi experiencia me dice lo contrario. La gente buena a veces elige el mal camino, pero la gente mala no puede elegir el bueno.

—Yo no creo eso —dijo suavemente Harkat—. Creo que existe el bien y el mal… en todos nosotros. Podemos nacer más inclinados hacia… uno u otro, pero la capacidad de elección está ahí. Tiene que estarlo. De otro modo, sólo seríamos meras… marionetas del destino.

—Quizás —gruñó Mr. Crepsley—. Muchos piensan como tú. Pero yo no. La mayoría de la gente nace con libertad de elección. Pero hay quienes desafían las reglas, quienes son perversos desde el principio. Tal vez ellos sí sean marionetas del destino, que han nacido así por alguna razón, para ponernos a prueba al resto de nosotros. No lo sé. Pero los monstruos naturales existen. En ese punto, nada de lo que digas me hará cambiar de opinión. Y Steve Leonard es uno de ellos.

—Pero entonces no es culpa suya —dije yo, frunciendo el ceño—. Si nació malo, no se le puede culpar por haberse vuelto maligno.

—No más que al león por ser un depredador —admitió Mr. Crepsley.

Pensé en ello.

—En ese caso, no deberíamos odiarle… sino compadecerle.

Mr. Crepsley meneó la cabeza.

—No, Darren. No debes odiar ni compadecer a un monstruo; simplemente, temerlo, y hacer todo cuanto puedas para acabar con él antes de que te destruya.

Se inclinó hacia delante, golpeteando la dura plataforma con los nudillos.

—Pero recuerda esto —dijo severamente—: Cuando nos

adentremos en los túneles esta noche, Steve Leonard no será nuestro principal enemigo… sino el Señor de los Vampanezes. Si se presenta la oportunidad de matar a Leonard, aprovéchala, por supuesto. Pero si has de elegir entre él o el Señor al que sirve, ataca primero al segundo. Debemos dejar a un lado nuestros sentimientos personales y concentrarnos en nuestra misión.

Harkat y yo asentimos, de acuerdo con el vampiro, pero él no había acabado. Apuntándome con un dedo largo y huesudo, me advirtió:

—Eso va también por la señorita Hemlock.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Los vampanezes podrían atraerte con ella —dijo—. Sabemos que no pueden matarnos; sólo su Señor puede eliminarnos. Pero podrían intentar separarnos, para capturarnos más fácilmente. Aunque te duela, tendrás que quitarte a Debbie de la cabeza hasta que nuestro objetivo, matar al Lord Vampanez, esté cumplido.

—No sé si podré hacerlo —dije, bajando los ojos.

Mr. Crepsley me miró con dureza, y luego bajó la mirada.

—Eres un Príncipe —dijo serenamente—. No puedo darte órdenes. Si tu corazón se inclina hacia Debbie y no puedes resistir su llamada, síguelo. Sólo te pido que te acuerdes de los vampiros a los que sirves, y de lo que le ocurrirá a nuestro clan si fracasamos.

Asentí parcamente.

—No lo he olvidado. Es sólo que no estoy seguro de si, en el calor del momento, seré capaz de abandonarla.

—Pero sabes que debes hacerlo, ¿verdad? —insistió—. ¿Comprendes la importancia de tu elección?

—Sí —susurré.

—Con eso me basta —dijo—. Confío en que tomarás la decisión correcta.

Enarqué una ceja.

—Cada año que pasa, se parece más a Seba Nile —comenté secamente. Seba era el vampiro que había instruido a Mr. Crepsley en las costumbres del clan.

—Me lo tomaré como un cumplido —sonrió, y luego se tumbó de espaldas, cerró los ojos y reposó en silencio, dejando que pensara en Debbie y en el Señor de los Vampanezes, y considerase la

desesperada elección que podría verme obligado a hacer.

CAPÍTULO 11

El tobillo de Mr. Crepsley había mejorado ostensiblemente cuando abandonamos el silo para enfrentarnos a nuestro destino. Su piel aún presentaba un desagradable matiz púrpura, pero la hinchazón se había reducido en su mayor parte. Forzó el tobillo lo menos posible durante nuestra expedición a través de los túneles, pero podía mantenerse en pie sin ayuda cuando era necesario.

No hubo discusión sobre nuestro descenso hacia la amenazadora oscuridad. Cuando llegó la hora, simplemente bajamos por las escaleras del silo, salimos por una puerta precintada con tablas, buscamos la boca de una alcantarilla, nos escurrimos bajo las calles y avanzamos. No encontramos ni vampanezes ni emboscadas.

No dijimos nada durante el trayecto. Cada uno sabía lo seria que era la situación, y que las posibilidades estaban en nuestra contra. La victoria era poco probable, y aunque la obtuviéramos, escapar parecía imposible. Si lográbamos matar al Señor de los Vampanezes, sus seguidores seguramente acabarían con nosotros en venganza, sin sentir ya sus manos atadas por la profecía de Mr. Tiny. Íbamos hacia nuestra perdición, y uno tiende a morderse la lengua en momentos así, por muy valiente que sea.

Tras un largo recorrido sin incidentes, llegamos a los túneles de construcción más reciente, secos y cálidos en comparación con las conexiones más viejas, y desde allí sólo restaba un corto paseo hasta la caverna donde nos habíamos enfrentado a los vampanezes hacía menos de veinticuatro horas.

Veinticuatro horas… ¡Parecían años!

Había varias velas encendidas colocadas en los rincones a lo largo de las paredes, y su luz revelaba una caverna aparentemente desierta. Los cuerpos de los vampanezes que habíamos matado la

noche anterior habían sido retirados, pero aún seguían allí los charcos de sangre seca. La enorme puerta al otro lado de la caverna estaba cerrada.

—Pisad con cuidado —dijo Mr. Crepsley, deteniéndose en la entrada—. Mantened bajas las armas y…

Se interrumpió abruptamente y dejó caer la cabeza. Se aclaró la garganta y dijo con un tono de voz sorprendentemente desvalido:

—¿Alguno de vosotros ha traído un arma?

—Pues claro que… —empecé a decir, antes de interrumpirme tan repentinamente como Mr. Crepsley, mientras mi mano volaba hacia mi cintura, donde normalmente llevaba mi espada. Pero ahora no. La había abandonado cuando fui arrestado, y con todo lo que había sucedido desde entonces, nunca se me ocurrió reemplazarla—. Ejem… No os lo vais a creer… —farfullé.

—¿Tú también te has olvidado? —gimió Mr. Crepsley.

Miramos apelativamente a Harkat.

La Personita sacudió la cabeza gris carente de cuello.

—Lo siento.

—¡Genial! —exclamó Mr. Crepsley—. ¡El combate más importante de nuestras vidas, y venimos desarmados! ¿Pero qué clase de imbéciles somos?

—Los más grandes que han caminado nunca entre las sombras de la noche —dijo alguien desde el interior de la caverna.

Nos quedamos helados, mirando fijamente la oscuridad y agitando los dedos con impotencia a los costados. Entonces, una cabeza asomó en lo alto de la entrada y el corazón nos dio un vuelco.

—¡Vancha! —exclamamos alegremente.

—El único e inimitable —dijo el Príncipe con una ancha sonrisa.

Se balanceó desde donde había estado colgando del techo, aterrizó de pie y se volvió hacia nosotros para saludarnos. Harkat y yo nos adelantamos a la carrera y nos abrazamos al desaliñado y maloliente hombre de cabellos teñidos de verde y pieles de animales. Los enormes ojos de Vancha se ensancharon con sorpresa. Luego, su pequeña boca se abrió en una sonrisa.

—Llorones idiotas —dijo riendo para sus adentros, mientras nos devolvía el abrazo. Extendió los brazos hacia Mr. Crepsley—: ¿Tú

no quieres que te abrace, Larten, viejo amigo? —graznó.

—Ya sabes dónde puedes meterte tus abrazos —replicó Mr. Crepsley.

—¡Oh, qué ingratitud! —gimió Vancha, y nos soltó, dando un paso atrás e indicándonos que entráramos en la caverna—. ¿Es verdad lo que he oído? —preguntó—. ¿Habéis venido sin armas?

—Hemos tenido una tarde difícil —resopló Mr. Crepsley, con las orejas coloradas.

—Ha debido ser la tarde más jodida y espantosa de la historia si habéis olvidado venir armados a la pelea del siglo —dijo Vancha riendo entre dientes, y luego se puso serio—. ¿Escapasteis sin problemas? ¿Pasó algo desagradable?

—Nuestra huida fue relativamente fácil —dijo Mr. Crepsley—. Hubo ciertos contratiempos por el camino (hacía mucho tiempo que no huía de una turba enfurecida), pero considerándolo todo, nos fue bastante bien. Nuestros captores, sin embargo, no fueron tan afortunados…

Le contamos a Vancha lo de Steve, y los guardias y enfermeras que había matado. La cara enrojecida de Vancha (que había mantenido un duelo privado con el Sol durante muchas décadas) se oscureció al escuchar las noticias.

—Tiene un apodo de lo más apropiado —gruñó—. Si alguna vez ha habido un humano ligado al espíritu de un leopardo, ese es él. Sólo le pido a los dioses tener la oportunidad de rebanarle la garganta esta noche.

—Tendrás que ponerte a la cola —dije yo. Nadie se rió; sabían que no estaba bromeando.

—En fin —dijo Vancha con una sonrisa radiante—, cada cosa a su tiempo. No me importa enfrentarme a los vampanezes con las manos vacías (es mi técnica de combate favorita), pero vosotros tres necesitareis algo más que los puños y los pies si queremos tener alguna oportunidad de salir de esta con vida. Afortunadamente, el tío Vancha no ha estado ocioso. Seguidme.

Vancha nos llevó hasta uno de los rincones más oscuros de la caverna, donde un pequeño montón de armas se apilaba cerca de una forma grande e inmóvil.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó Harkat, saltando

sobre las armas antes de que Mr. Crepsley o yo tuviéramos oportunidad de hacerlo. Se puso a rebuscar entre ellas, encontrando un cuchillo aserrado y una pequeña hacha doble que balanceó sobre su cabeza, encantado.

—Las dejaron los vampanezes cuando retiraron a sus muertos —explicó Vancha—. Imagino que asumieron que vendríamos armados. Si hubieran sabido que teníais la cabeza tan hueca, habrían sido más cuidadosos.

Ignorando las chanzas del Príncipe, Mr. Crepsley y yo registramos el montón. Él cogió un par de cuchillos largos y unos cuantos cortos para lanzar. Yo encontré una espada corta y curva cuyo contacto me gustó. Embutí un cuchillo en la parte trasera de mis pantalones, de reserva, y ya estuve listo.

—¿Qué es eso? —preguntó Harkat, señalando con la cabeza la gran silueta del suelo.

—Mi invitada —dijo Vancha, dándole la vuelta a la figura.

El pálido rostro de la Inspectora Jefe Alice Burgess, atada, amordazada y enfurecida, quedó a la vista.

—¡Urfl, guffle, snurf! —gritó tras los pliegues de su mordaza, y tuve la certeza de que no nos estaba diciendo hola ni interesándose por nuestra salud.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —exclamé.

—Acompañarme —respondió Vancha con una sonrisita tonta—. Además, no sabía qué me iba a encontrar cuando volviera. Si la policía hubiera tomado los túneles y las alcantarillas, podría haberla necesitado para que me dejaran pasar.

—¿Y ahora qué piensas hacer con ella? —preguntó fríamente Mr. Crepsley.

—No estoy seguro —dijo Vancha frunciendo el ceño mientras se acuclillaba ante la Inspectora Jefe y la estudiaba—. Intenté explicarle las cosas mientras pasábamos el día en un bosque a unas cuantas millas de la ciudad, pero me parece que no me creyó. De hecho, por lo que me dijo que hiciera con mis cuentos de vampiros y vampanezes, sé que no lo hizo. —El Príncipe hizo una pausa—. Por la forma en que se expresa, sería genial tenerla de nuestra parte. Puede que necesitemos otro par de manos en la batalla que se avecina.

—¿Podemos confiar en ella? —pregunté.

—No lo sé —dijo Vancha—. Pero hay un modo de averiguarlo.

Vancha empezó a desatar los nudos de la mordaza de la Inspectora Jefe. Se detuvo en el último nudo y se dirigió a ella con severidad:

—Sólo te lo diré una vez, así que presta atención. Estoy seguro de que tu primer impulso, cuando te haya soltado, será gritar, insultarnos y decirnos que nos hemos metido en un buen lío. Y cuando estés de pie, con un arma en la mano, podrías sentir el deseo de clavárnosla y largarte.

—¡No lo hagas! —Su mirada era sombría—. Sé lo que piensas de nosotros, pero estás equivocada. Nosotros no matamos a tu gente. Salimos a detener a los asesinos. Si quieres poner fin a este azote, ven con nosotros y pelea. No ganas nada atacándonos. Aunque no te lo creas, actúa como si lo hicieras. De lo contrario, te dejaré aquí, atada como un pavo.

—¡Animal! —escupió la Inspectora Jefe cuando Vancha le quitó la mordaza—. ¡Os haré colgar a todos por esto! ¡Os raparé al cero, os untaré de alquitrán, os cubriré de plumas y luego os prenderé fuego mientras os balanceáis en el aire!

—¿No es magnífica? —dijo Vancha con una radiante sonrisa, mientras le soltaba las piernas y los brazos—. Ha estado así toda la tarde. Creo que me estoy enamorando.

—¡Salvaje! —gritó ella, atacándole.

Vancha le quitó el arma y la sostuvo en el aire con expresión grave.

—¿Recuerdas lo que he dicho, Alice? No quiero dejarte aquí, a merced de nuestros enemigos, pero lo haré si me obligas.

La Inspectora Jefe lo fulminó con la mirada, y luego volvió la cabeza con disgusto, mordiéndose la lengua.

—Mejor —dijo Vancha, soltándola—. Ahora, coge un arma (o dos, o tres, si lo prefieres), y prepárate. Tenemos que enfrentarnos a un ejército de la oscuridad.

La Inspectora Jefe nos miró uno por uno con expresión insegura.

—Chicos, estáis locos —murmuró—. ¿De verdad esperáis que me crea que sois vampiros, pero no asesinos? ¿Que estáis aquí para coger a una banda de… como los llaméis?

—Vampanezes —dijo Vancha alegremente.

—¿Que esos vampanezes son los malos y que estáis aquí para liquidarlos, aunque haya docenas de ellos y vosotros sólo seáis cuatro?

—En líneas generales, sí —dijo Vancha, sonriendo con afectación—, excepto que somos cinco, lo cual marca toda una diferencia.

—Locos —gruñó ella, pero se agachó y recogió un gran cuchillo de caza, lo probó y reunió varios más—. Está bien —dijo, incorporándose—. No me creo vuestra historia, pero os seguiré el juego, por el momento. Si nos encontramos a esos vampanezes, y son todo lo que habéis dicho, me uniré a vosotros. Si no… —Apuntó a la garganta de Vancha con el cuchillo más grande y describió con él un brusco movimiento hacia un lado.

—Me encanta cuando te expresas de esa forma tan amenazadora —rió Vancha, y tras comprobar que todos estábamos listos, se ajustó los cinturones de sus shuriken alrededor del pecho y nos llevó en busca de la guarida de los vampanezes.

CAPÍTULO 12

No llegamos muy lejos antes de encontrar nuestro primer obstáculo. La enorme puerta que conducía al exterior de la caverna estaba cerrada a cal y canto y no se abría. Era el tipo de puerta que te encuentras en las cámaras de seguridad de los bancos. Una larga hilera de cerraduras con combinación la recorría por el centro, por debajo de la válvula circular.

—Me peleé con esto durante más de una hora —dijo Vancha, golpeteando con los dedos la hilera de pequeñas cerraduras con ventanas—. No le encontré ni pies ni cabeza.

—Déjame echarle un vistazo —dijo Mr. Crepsley, dando un paso adelante—. No soy un experto en cerraduras de este tipo, pero ya he desvalijado cajas fuertes antes. Puede que consiga… —Su voz disminuyó gradualmente mientras estudiaba las cerraduras, y al cabo de un minuto soltó un taco y le dio una patada a la puerta.

—¿Ocurre algo? —le pregunté con indulgencia.

—No podemos ir por aquí —espetó—. Tiene una combinación demasiado enrevesada. Debemos encontrar un camino que la rodee.

—Decirlo es fácil —replicó Vancha—. He registrado la caverna en busca de pasajes y túneles ocultos… y no encontré nada. Este lugar ha sido construido así a propósito. Creo que este es el único camino.

—¿Y qué hay del techo? —pregunté—. Los vampanezes llegaron por ahí la última vez que estuvimos aquí.

—Hay paneles extraíbles en lo alto de la cueva —dijo Vancha—, pero el espacio que hay encima sólo es accesible desde aquí abajo, no a través del túnel.

—¿No podemos abrirnos paso a través de la pared… rodeando la puerta? —preguntó Harkat.

—Lo he intentado —dijo Vancha, moviendo la cabeza hacia un agujero que había abierto a puñetazos a unos cuantos metros a la izquierda—. Está rodeada de acero. Acero grueso. Hasta un vampiro tiene sus límites.

—Esto no tiene sentido —rezongué—. Sabían que íbamos a venir. Quieren que vengamos. ¿Por qué retenernos aquí? Debe haber un camino.

Me arrodillé y examiné las hileras de diminutas ventanitas, cada una de las cuales contenía dos números.

—Explíqueme qué son estas cerraduras —le dije a Mr. Crepsley.

—Son cerraduras con combinación. Bastante sencillas. Los diales están debajo. —Señaló una serie de delgadas ruedecillas bajo las ventanitas—. Los giras en el sentido de las agujas del reloj para hacer que los números vayan hacia delante, o en sentido contrario para que vayan hacia atrás. Cuando has introducido los números correctos en las quince ventanitas, la puerta se abre.

—¿Y cada número es distinto? —pregunté.

—Supongo que sí —suspiró—. Quince cerraduras distintas, quince números distintos. Podría acabar descubriendo la clave, pero tardaría varios días.

—Esto no tiene sentido —repetí, mirando fijamente los números carentes de significado de las ventanitas—. Steve ayudó a diseñar esta trampa. No habría construido algo que no pudiéramos sortear. Debe ser…

Me interrumpí. Las tres últimas ventanitas estaban en blanco. Se las indiqué a Mr. Crepsley y le pregunté por qué.

—No deben formar parte de la clave —dijo.

—¿Así que sólo tenemos que preocuparnos de doce números?

Sonrió tristemente.

—Eso nos ahorrará media noche, más o menos.

—¿Por qué doce? —reflexioné en voz alta, y luego cerré los ojos y traté de pensar como lo habría hecho Steve (lo cual no era una grata experiencia). Había hecho gala de una gran paciencia engañándonos y haciéndonos caer en la trampa que nos había tendido, pero ahora que nos hallábamos cerca del fin, no podía imaginármelo poniendo en nuestro camino una piedra que tardaríamos una semana en remover. Estaba ansioso por atraparnos.

La clave que había puesto debía ser una que fuéramos capaces de descifrar con bastante rapidez, así que tenía que ser simple, algo que pareciera imposible resolver, pero que en realidad estuviera tan claro como…

Lancé un gruñido y luego empecé a contar.

—Pruebe con los números que voy a decirle —le dije a Mr. Crepsley con los ojos aún cerrados—. Diecinueve… Veinte… Cinco…

Continué hasta llegar a dieciocho-cuatro. Me detuve y abrí los ojos. Mr. Crepsley hizo girar el último contador en sentido contrario a las agujas del reloj hasta el cuatro. Se oyó un chasquido y la válvula circular se adelantó. Sobresaltado, el vampiro la cogió y la giró. Se movió fácilmente bajo su contacto, y la puerta redonda se abrió.

Mr. Crepsley, Harkat y Vancha se quedaron mirándome, sobrecogidos.

—¿Cómo…? —jadeó Vancha.

—¡Oh, por favor! —bufó Alice Burgess—. ¿No es obvio? Sólo ha convertido el alfabeto en números, empezando con el uno y terminando con el veintiséis. Es la clave más simple que se utiliza. Hasta un niño podría hacerlo.

—Ah —dijo Harkat—. Ahora lo entiendo. A es 1, B es… 2, y así sucesivamente.

—Correcto —sonreí—. Utilizando esa clave, introduje el nombre de Steve Leopard. Sabía que tenía que ser algo así de fácil.

—¿No es maravillosa la educación, Larten? —dijo Vancha, sonriendo como un tonto—. Tendremos que asistir a clases nocturnas cuando esto acabe.

—¡Silencio! —espetó Mr. Crepsley, sin participar de su buen humor. Miraba fijamente la oscuridad que había al otro lado del túnel—. Recuerda dónde estamos y a quién nos enfrentamos.

—No puedes hablarle así a un Príncipe —rezongó Vancha, pero se puso serio y se concentró en el tramo de túnel que se extendía ante él—. En fila —dijo, poniéndose al frente—. Yo iré primero, Harkat segundo, Alice en el medio, Darren detrás y Larten en la retaguardia.

Nadie discutió con él. Aunque yo compartía su rango, Vancha

tenía mucha más experiencia, y no había dudas en cuanto a quién estaba al mando.

Entramos en el túnel y avanzamos. Aunque el techo no era alto, el túnel era ancho, y podíamos caminar con bastante comodidad. Había antorchas sujetas a las paredes a intervalos regulares. Busqué otros túneles que condujeran fuera de este, pero no vi ninguno. Continuamos en línea recta.

Habíamos recorrido tal vez unos cuarenta metros, cuando un sonido agudo y metálico que venía de atrás nos hizo pegar un brinco. Nos volvimos velozmente, y vimos a alguien parado junto a la puerta que acabábamos de cruzar. Cuando dio un paso hacia la luz de la antorcha más próxima, levantó unos garfios sobre su cabeza y supimos al instante quién era: ¡R. V.!

—¡Dama y caballeros! —tronó—. ¡Bienvenidos! ¡Los propietarios de la Caverna de la Retribución desean que se encuentren bien y que disfruten de su estancia! ¡Si tienen alguna queja, por favor, no duden en…!

—¿Dónde está Debbie, monstruo? —grité, intentando apartar de un empujón a Mr. Crepsley. El vampiro me sujetó con brazo firme y meneó rígidamente la cabeza.

—¿Recuerdas lo que hablamos en el silo? —siseó.

Forcejeé un instante, y luego di un paso atrás, mirando con furia al vampanez chiflado, que daba saltitos de un pie a otro, riendo locamente.

—¿Dónde está? —gruñí.

—No muy lejos de aquí —respondió con una risita, su voz resonando en los estrechos confines del túnel—. Bastante cerca de donde el cuervo vuela. Y aún más cerca de donde el cuervo muere.

—¡Qué pésimo juego de palabras! —exclamó Harkat.

—No soy poeta, no lo sé —replicó R. V. Luego dejó de bailar y nos miró fríamente—. Debbie está cerca, tío —siseó—. Y está viva. Pero no lo estará por mucho tiempo, si no vienes conmigo ahora mismo, Shan. Si abandonas a tus desagradables amigos y te entregas a mí, la soltaré. Si te quedas con ellos y persistes en tu abominable misión… ¡la mataré!

—Si lo haces… —gruñí.

—¿Qué? —se mofó—. ¿Me matarás a mí también? Primero

tendrás que cogerme, pequeño Shanny, y decirlo es mucho más fácil que hacerlo. R. V. tiene pies ligeros, sí, de verdad de la buena, ligeros como los de una gacela.

—Se parece mucho a Murlough —susurró Mr. Crepsley, refiriéndose al vampanez loco que habíamos matado muchos años atrás—. Es como si su espíritu hubiera sobrevivido y encontrado un hogar en el interior de R. V.

No tenía tiempo para preocuparme por espíritus del pasado. Mientras pensaba en la oferta, R. V. se lanzó dentro de un agujero que había a su izquierda (que había estado cubierto por un panel cuando pasamos) y luego asomó la cabeza, sonriendo salvajemente.

—¿Qué me dices, Shanny? Tu vida por la de Debbie. ¿Cerramos el trato, o la hago chillar?

Había llegado el momento decisivo. Habría dado gustosamente mi vida si con ello podía salvar la de Debbie. Pero si el Señor de los Vampanezes triunfara sobre nosotros, haría que su pueblo obtuviera la victoria sobre los vampiros. Me debía a aquellos que habían puesto su fe en mí. No podía pensar sólo en mí mismo. Y aunque me dolió inmensamente, bajé la cabeza en respuesta a la oferta de R. V. y respondí en voz baja:

—No.

—¿Qué has dicho? —gritó R. V.—. Habla más alto, no puedo oírte.

—¡NO! —rugí, sacando el cuchillo y lanzándoselo, aun sabiendo que no podría alcanzarle desde donde yo estaba.

El odio desencajó el rostro de R. V.

—¡Cretino! —gruñó fieramente—. Los otros decían que no te cambiarías por ella, pero yo estaba seguro de que lo harías. Muy bien. Hagámoslo a tu modo, tío. ¡Habrá estofado de Debbie para desayunar!

Riéndose de mí, se retiró cerrando de golpe el panel sobre el pasadizo. Quise correr tras él, aporrear el panel y gritarle que trajera a Debbie. Pero sabía que no lo haría, así que me contuve… a duras penas.

—Has hecho bien, Darren —dijo Mr. Crepsley, poniendo una mano sobre mi hombro.

—Hice lo que debía —suspiré, sin sentirme complacido por su

cumplido.

—¿Ese era uno de los vampanezes de los que hablabais? —preguntó Burgess, visiblemente estremecida.

—Uno de nuestros chicos de labios de rubí, tal como esperábamos —respondió Vancha alegremente.

—¿Son todos así? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos y los blancos cabellos erizados de miedo.

—Oh, no —dijo Vancha, componiendo una expresión inocente—. ¡La mayoría es mucho peor!

Luego, el Príncipe le guiñó un ojo, se volvió hacia delante y continuó, haciéndonos bajar cada vez más por la garganta del túnel, para adentrarnos en el estómago de la monstruosa trampa de los vampanezes, donde el destino y la muerte yacían a la espera.

CAPÍTULO 13

El túnel descendió en línea recta unos quinientos o seiscientos metros, antes de abrirse a una enorme caverna excavada por el hombre, de paredes lisas y techo extremadamente alto. Tres pesadas lámparas de plata colgaban del techo, cada una adornada con docenas de gruesas velas rojas encendidas.

Al entrar en la caverna, vi que tenía forma ovalada, ancha en el centro, estrechándose hacia los extremos. Había una plataforma situada junto a la pared que había frente a nosotros, suspendida sobre unos robustos pilares de acero, de quince metros de altura. Nos acercamos, con las armas bien sujetas, desplegándonos para formar una línea ordenada, con Vancha ligeramente adelantado, moviendo rápidamente los ojos de izquierda a derecha y hacia arriba, en busca de vampanezes.

—Quietos —dijo Vancha al aproximarnos a la plataforma.

Nos detuvimos instantáneamente. Pensé que había visto un vampanez, pero tenía la mirada clavada en el suelo, perplejo, pero no alarmado.

—Echad un vistazo a esto —murmuró, indicándonos que nos acercáramos.

Al llegar junto a él, sentí que se me congelaban las entrañas. Estábamos parados al borde de un foso (ovalado como la caverna), que habían llenado de estacas con puntas de acero de dos o tres metros de largo. Me recordó al foso de la Cámara de la Muerte, en la Montaña de los Vampiros, sólo que este era mucho más grande.

—¿Una trampa para que caigamos… dentro? —preguntó Harkat.

—Lo dudo —dijo Vancha—. Los vampanezes lo habrían cubierto si querían que pasáramos por encima.

Miró hacia arriba. La plataforma estaba construida directamente

sobre el foso, con los pilares que la sustentaban alzándose de entre las estacas. Ahora que estábamos cerca, pudimos ver un tablón largo que conectaba la parte posterior derecha de la plataforma a un agujero en la pared que había detrás. También había una gruesa cuerda que iba desde la parte anterior izquierda hasta nuestro lado del foso, donde estaba atada a una gran estaca que le servía de sujeción.

—Parece que sólo se puede seguir adelante por este camino —observé, sin gustarme ni una pizca aquel tinglado.

—Podríamos rodear el foso y trepar por la pared —sugirió Mr. Crepsley.

Vancha meneó la cabeza.

—Mirad otra vez —dijo.

Miré la pared con más atención, como Mr. Crepsley. Él reparó antes que yo en lo que estábamos viendo, y masculló una grosería entre dientes.

—¿Qué hay? —preguntó Harkat, cuyos redondos ojos verdes no eran tan agudos como los nuestros.

—Marcas de agujeros diminutos en la pared —dije yo—. Ideales para disparar dardos o balas a través de ellos.

—Acabarían con nosotros en cuestión de segundos si intentáramos trepar —dijo Vancha.

—Esto es absurdo —murmuró la Inspectora Jefe Burgess. Nos volvimos hacia ella—. ¿Por qué iban a tender una trampa aquí y no en el túnel? —preguntó—. Las paredes del túnel podrían haber estado acribilladas de agujeros como estos. No podíamos dar la vuelta ni correr hacia ningún sitio. Éramos como los patos del tiro al blanco. ¿Por qué esperar hasta ahora?

—Porque no es una trampa —le explicó Vancha—. Es un aviso. No quieren que vayamos por ese camino. Quieren que utilicemos la plataforma.

La jefa de policía frunció el ceño.

—Pensaba que querían mataros.

—Y así es —dijo Vancha—, pero primero quieren jugar con nosotros.

—Absurdo —murmuró de nuevo, sujetando con fuerza el cuchillo junto al pecho y volviéndose lentamente para inspeccionar

la caverna entera, como si esperara que unos demonios saltaran de las paredes y el suelo.

—¿Oléis eso? —preguntó Mr. Crepsley, arrugando la nariz.

—Petróleo —asentí—. Proviene del foso.

—Tal vez debamos retroceder —sugirió Vancha, y nos apartamos rápidamente, sin que hubiera que repetírnoslo.

Examinamos la cuerda amarrada a la estaca. Estaba prietamente entretejida, tensa, profesionalmente atada. Vancha la probó trepando por ella unos cuantos metros, mientras los demás permanecíamos con las armas dispuestas, cubriéndole.

El Príncipe tenía una expresión pensativa al volver.

—Es fuerte —dijo—. Creo que nos soportaría a todos a la vez. Pero no correremos riesgos. Cruzaremos de uno en uno, en el mismo orden en que atravesamos el túnel.

—¿Y que hay de la plataforma? —preguntó Harkat—. Podría estar preparada para… derrumbarse cuando estemos encima.

Vancha asintió.

—Cuando yo esté arriba, correré hacia la apertura a la que lleva el tablón. No subas hasta que me veas a salvo. Cuando lo hagas, vete derecho hacia el túnel. Lo mismo va para los demás. Si echan abajo la plataforma mientras la estamos cruzando, sólo moriría uno de nosotros.

—Genial —bufó la Inspectora Jefe—. Así que tengo una posibilidad entre cinco de cruzar con vida.

—Es una buena posibilidad —dijo Vancha—. Mucho mejor que las que tendremos cuando aparezcan los vampanezes.

Vancha se aseguró de que sus shuriken estuvieran bien sujetos, se agarró de la cuerda, subió unos metros y luego se puso de espaldas, de manera que quedó colgando al revés. Comenzó a cruzar, una mano tras la otra, un pie detrás del otro. La cuerda se torcía en un ángulo abrupto, pero el Príncipe era fuerte y no desfalleció.

Estaba casi a medio camino, colgando sobre el foso de mortíferas estacas, cuando una figura apareció en la boca del túnel. Burgess la vio primero.

—¡Eh! —gritó, levantando una mano para señalarla—. ¡Ahí arriba hay alguien!

Nuestros ojos (y los de Vancha) se volvieron bruscamente hacia la entrada del túnel. La luz era escasa, y era imposible decir si la figura era grande o pequeña, masculina o femenina. Entonces avanzó un paso sobre el tablón, y el misterio quedó resuelto.

—¡Steve! —siseé, con los ojos llenos de odio.

—¿Qué tal, chicos? —tronó el semi-vampanez, cruzando el tablón a zancadas, sin el más mínimo temor a caer y quedar empalado en las estacas de abajo—. ¿Algún problema por el camino? Hace siglos que os espero. Pensé que os habíais perdido. Ya estaba preparando un grupo de búsqueda para traeros.

Steve llegó a la plataforma y caminó hacia la barandilla alta hasta la cintura que la recorría de un lado a otro. Se inclinó para observar a Vancha y le sonrió radiantemente, como si diera la bienvenida a un viejo amigo.

—Volvemos a encontrarnos, Mr. March —lo saludó con una risita, agitando sarcásticamente una mano.

Vancha gruñó como un animal y comenzó a trepar más deprisa que antes. Steve lo contempló, divertido, y luego se metió una mano en el bolsillo, sacó una cerilla y la sostuvo en alto ante nuestros ojos, para que la viéramos. Nos guiñó uno ojo, se agachó y frotó la cerilla contra el suelo de la plataforma. La protegió con una mano ahuecada junto a su rostro durante un momento, mientras se avivaba la llama, y luego la arrojó despreocupadamente por la barandilla… al interior del foso empapado de petróleo.

Hubo un rugido explosivo que estuvo a punto de reventarme los tímpanos. Las llamas se dispararon fuera del foso como enormes y violentos dedos. Se ondularon sobre los bordes de la plataforma, pero sin amenazar a Steve, que reía a carcajadas a través de la rojiamarilla pared de fuego. Las llamas chamuscaron el techo y la pared del fondo… y consumieron completamente la cuerda y a Vancha, tragándose al Príncipe en un flameante parpadeo.

CAPÍTULO 14

Me lancé hacia delante impulsivamente cuando vi desaparecer a Vancha en medio de las llamas, pero me vi obligado a retroceder rápidamente ante las olas de fuego que rodaron hacia mí. Mientras se dispersaban por el suelo de la caverna o se elevaban en el aire por encima de nuestras cabezas, el sonido de las carcajadas de Steve Leopard llenó mis oídos. Protegiéndome los ojos con las manos, eché un vistazo a lo alto de la plataforma y le vi dar saltos, sosteniendo una pesada espada por encima de su cabeza, mientras vitoreaba y vociferaba con perverso regocijo.

—¡Buen viaje, Vancha! —aullaba—. ¡Que le vaya bien, Mr. March! ¡Adiós, Principito! ¡Hasta nunca, vamp…!

—¡No escribas mi esquela aún, Leonard! —rugió una voz desde el interior de la cortina de fuego, y cuando Steve bajó la cabeza, las llamas cedieron ligeramente, revelando a un Vancha March chamuscado, tiznado, pero muy vivo, que colgaba de la cuerda con una mano mientras se golpeaba furiosamente las llamas del pelo y las pieles con la otra.

—¡Vancha! —grité, encantado—. ¡Estás vivo!

—Pues claro que lo estoy —respondió, sonriendo doloridamente mientras extinguía la última llama.

—Eres un viejo tejón duro de pelar, ¿verdad? —observó agriamente Steve, mirando al Príncipe con ojos iracundos.

—Sí, señor —gruñó Vancha, con un destello en los ojos—. Y aún no has visto nada… ¡Espera a que ponga mis manos en tu esmirriado y endemoniado pescuezo!

—¡Me das taaaanto miedo! —bufó Steve.

Y mientras Vancha empezaba a trepar de nuevo, corrió al extremo de la plataforma donde estaba atada la cuerda y le dio

unos golpecitos con la espada.

—No lo hagas —rió alegremente—. Un centímetro más y te enviaré derechito al infierno.

Vancha se detuvo y estudió a Steve y el tramo de cuerda que aún le quedaba por recorrer, calculando sus posibilidades. Steve emitió una risita seca.

—Déjalo, March. Hasta un zoquete como tú sabe cuándo ha perdido. No quiero cortar la cuerda (aún), pero si me lo propusiera, no podrías hacer nada para detenerme.

—Ya lo veremos —gruñó Vancha, y seguidamente extrajo una de sus estrellas voladoras, lanzándosela al semi-vampanez.

Steve ni se inmutó cuando el shuriken se clavó inofensivamente bajo la plataforma de acero.

—No es el ángulo adecuado —bostezó con indiferencia—. No puedes alcanzarme desde donde estás, por muy buen lanzador que seas. Ahora, ¿quieres bajar y reunirte con tus amigos en el suelo, o debo ponerme desagradable?

Vancha escupió hacia Steve (el salivazo no logró alcanzar su objetivo), y después pasó los brazos y las piernas alrededor de la cuerda y se deslizó rápidamente por encima de las llamas, alejándose de la plataforma, hacia donde nosotros esperábamos.

—Sabia decisión —dijo Steve mientras Vancha volvía a afianzarse sobre sus pies y examinábamos su espalda y su pelo en busca de rescoldos ardientes.

—Si tuviera un arma —murmuró Burgess—, quitaría del medio a ese gilipollas.

—Ya estás empezando a ver las cosas desde nuestro punto de vista —observó Vancha con ironía.

—Aún no sé qué pensar de vosotros —contestó la Inspectora Jefe—, pero reconozco a un cabrón redomado cuando lo veo.

—Pues bien —anunció Steve en voz alta—, si ya estamos todos listos, que empiece la función.

Introdujo dos dedos entre sus labios y lanzó tres fuertes silbidos. Por encima de nosotros, los paneles del techo se abrieron, y vampanezes y vampcotas descendieron por unas cuerdas. Paneles similares se abrieron en las paredes de la caverna, y más enemigos nuestros los atravesaron y avanzaron. Conté veinte…, treinta…,

cuarenta…, y más. La mayoría iban armados con espadas, hachas y garrotes, pero algunos vampcotas portaban rifles, pistolas y ballestas.

Retrocedimos hasta el borde del foso mientras los vampanezes y los vampcotas nos rodeaban, para que no pudieran atacarnos por la espalda. Miramos fijamente las filas de soldados de rostros sombríos, contándolos en silencio, mientras nuestras esperanzas se desvanecían al reparar en su abrumadora mayoría.

Vancha se aclaró la garganta.

—Calculo que nos tocan diez o doce a cada uno —comentó—. ¿Alguien ha elegido ya a sus favoritos, o nos los repartimos al azar?

—Puedes quedarte con todos los que quieras —dije yo al descubrir un rostro familiar entre la multitud agolpada a mi izquierda—, pero déjame a mí a ese tipo de ahí.

La Inspectora Jefe Burgess emitió un grito ahogado al ver a quién estaba señalando.

—¿Morgan James?

—Buenas noches, doña —la saludó burlonamente el policía/vampcota de ojos agudos. Se había quitado el uniforme. Ahora llevaba la camisa marrón y los pantalones negros de los vampcotas, y unos círculos rojos de sangre embadurnados alrededor de los ojos.

—¿Morgan es uno de ellos? —preguntó la Inspectora Jefe, escandalizada.

—Sí —dije yo—. Él me ayudó a escapar. Sabía que Steve mataría a sus compañeros… y se lo permitió.

Su rostro se ensombreció.

—Shan —gruñó—, si lo quieres, tendrás que luchar conmigo. ¡Ese bastardo es mío!

Me volví hacia ella para discutírselo, pero vi el brillo feroz de sus ojos y accedí con un cabeceo.

Los vampanezes y los vampcotas se detuvieron a unos tres metros de nosotros, balanceando sus armas, con los ojos alerta, esperando la orden de atacar. Sobre la plataforma, Steve gruñó alegremente y dio unas palmadas. Por el rabillo del ojo vi aparecer a alguien en la boca del túnel que se abría a nuestra espalda. Al echar un vistazo por encima del hombro, reparé en que eran dos las personas que habían aparecido, y que estaban cruzando el tablón

hacia la plataforma. Las dos me resultaban familiares: ¡Gannen Harst y el Señor de los Vampanezes!

—¡Mirad! —siseé a mis compañeros.

Vancha profirió un sonoro gemido al ver a la pareja, se volvió rápidamente extrayendo tres shuriken, apuntó y lanzó. La distancia no era un problema, pero el ángulo (como cuando colgaba de la cuerda y había apuntado a Steve) no era favorable, y las estrellas golpearon y rebotaron en la parte inferior de la plataforma.

—Saludos, hermano —dijo Gannen Harst, inclinando la cabeza hacia Vancha.

—¡Tenemos que conseguir llegar hasta ahí! —exclamó Vancha, buscando un camino por el que abrirse paso.

—Si puedes guiarnos, te seguiré con gusto —dijo Mr. Crepsley.

—La cuerda… —empezó Vancha, pero se interrumpió al ver a un grupo de vampanezes alzarse entre nosotros y la estaca donde la cuerda estaba amarrada. Hasta el salvaje y siempre optimista Príncipe comprendió que no podría abrirse paso entre tantos enemigos. Si hubiéramos contado con el elemento sorpresa, podríamos habernos lanzado a través de ellos, pero, después de nuestro último encuentro, estaban preparados para hacer frente a un ataque insensato y fulgurante.

—Aunque pudiéramos llegar hasta la… cuerda —dijo Harkat—, los de la plataforma podrían cortarla antes… de que lográramos pasar.

—Entonces, ¿qué hacemos? —gruñó Vancha, frustrado.

—¿Morir? —sugirió Mr. Crepsley.

Vancha dio un respingo.

—No temo a la muerte —dijo—, pero no pienso correr a sus brazos. Aún no estamos acabados. No estaríamos aquí parados hablando si así fuera; hasta ahora, sólo nos han hecho correr. Cubridme.

Dicho esto, dio medio vuelta y se dirigió al trío de la plataforma, que ahora estaban parados hombro con hombro, junto al tablón.

—¡Gannen! —gritó Vancha—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué tus hombres no nos han atacado aún?

—Ya sabes por qué —respondió Harst—. Temen mataros en el calor de la batalla. Según Desmond Tiny, se supone que sólo nuestro

Señor puede matar a los cazadores.

—¿Eso significa que no se defenderían si les atacáramos? —preguntó Vancha.

Steve soltó una carcajada perruna.

—Sigue soñando, viejo estúpido…

—¡Ya basta! —gritó Gannen Harst, haciendo callar al semi-vampanez—. ¡No interrumpas cuando estoy hablando con mi hermano!

Steve miró con rabia al protector del Lord Vampanez, pero acabó por bajar la cabeza y contener su lengua.

—Claro que se defenderían —dijo Harst, dirigiéndose nuevamente a Vancha—, pero esperamos evitar una situación así. Aparte de que correríamos el riesgo de mataros, ya hemos perdido a demasiados hombres buenos y no deseamos sacrificar a ninguno más. Tal vez sea posible llegar a un acuerdo.

—Te escucho —dijo Vancha.

Gannen Harst miró brevemente a Steve. Este ahuecó las manos en torno a la boca y gritó hacia el techo.

—¡Bájala, R. V.!

Hubo una pausa, y a continuación, un panel se abrió violentamente en el techo, y alguien descendió a través del hueco colgando de una cuerda: ¡Debbie!

Mi corazón se desbocó al verla, y elevé los brazos, como si pudiera alcanzarla a través de la gran distancia que nos separaba y cogerla. No parecía haber sufrido a manos (garfios) del chiflado de R. V., aunque tenía un corte en la frente, la ropa desgarrada y un aspecto increíblemente cansado. Tenía las manos atadas a la espalda, pero las piernas libres, y lanzó una patada hacia Steve y los otros cuando estuvo a la altura de la plataforma. Ellos se limitaron a reír, y R. V. la bajó un metro más, para que no pudiera alcanzarles.

—¡Debbie! —grité desesperadamente.

—¡Darren! —chilló—. ¡Sal de aquí! ¡No confíes en ellos! ¡Dejan que Steve y R. V. hagan lo que les plazca! ¡Siempre siguen sus órdenes! ¡Huye rápido antes de que…!

—Si no te callas —gruñó ferozmente Steve—, te haré callar yo.

Extendió su espada y tocó con la parte plana la delgada cuerda que la ataba por la cintura…, que era todo lo que había entre

Debbie y una caída mortal al interior del foso.

Debbie se dio cuenta del peligro en el que se encontraba y se mordió la lengua.

—Bueno —dijo Gannen Harst cuando volvió a haber silencio—. Ahora…, nuestra oferta. Sólo nos interesáis los cazadores. Debbie Hemlock, Alice Burgess y la Personita no nos importan. Os superamos en número, Vancha. Nuestra victoria está asegurada. No podéis ganar, sólo herirnos, y tal vez provocarnos para morir a manos de alguien que no sea nuestro Señor.

—Para mí es más que suficiente —resolló Vancha.

—Tal vez —asintió Harst—. Y estoy seguro de que Larten Crepsley y Darren Shan sienten lo mismo. Pero ¿y los demás? ¿Entregarán sus vidas tan alegremente por el clan de los vampiros?

—¡Yo lo haré! —tronó Harkat.

Gannen Harst sonrió.

—Esperaba que lo hicieras, grisáceo. Pero no tienes que hacerlo. Ni las mujeres tampoco. Si Vancha, Larten y Darren deponen sus armas y se entregan, liberaremos al resto. Podréis marcharos conservando la vida.

—¡Ni hablar! —gritó Vancha de inmediato—. No me entregaría para que me matarais ni en el mejor de los casos… ¡y de ninguna manera voy a hacerlo ahora, cuando hay tanto en juego!

—Yo tampoco aceptaré semejante trato —dijo Mr. Crepsley.

—¿Y qué hay de Darren Shan? —preguntó Harst—. ¿Aceptará nuestro trato, o condenará a sus amigos a morir con el resto de vosotros?

Todas las miradas se clavaron en mí. Alcé los ojos hacia Debbie, que colgaba de la cuerda, asustada, ensangrentada, desolada. En mi mano estaba liberarla. Aceptar el trato de los vampanezes, hacer frente a una muerte rápida en lugar de otra tal vez lenta y dolorosa, y salvar la vida de la mujer que amaba. Habría sido inhumano por mi parte rechazar un trato así…

… pero yo no era humano. Era un semi-vampiro. Más aún: un Príncipe Vampiro. Y los Príncipes no hacían tratos, cuando el destino de su gente estaba en juego.

—No —dije tristemente—. Lucharemos y moriremos. Todos para uno y uno para todos.

Gannen Harst asintió comprensivamente.

—Ya me lo esperaba, pero siempre se ha de empezar con la oferta menos atractiva. Muy bien… Dejad que os haga otra propuesta. Es un planteamiento igual de básico que el primero. Tirad las armas, rendíos, y dejaremos ir a las humanas. Sólo que esta vez, Darren Shan tendrá un cara a cara con nuestro Señor y con Steve Leonard.

La cara de Vancha se arrugó suspicazmente.

—¿De qué estás hablando?

—Si tú y Larten os entregáis sin luchar —dijo Harst—, permitiremos que Darren se enfrente en duelo a nuestro Señor y a Steve Leonard. Serán dos contra uno, pero dispondrá de armas. Si Darren gana, os dejaremos libres a los tres, junto a los demás. Si pierde, os ejecutaremos a ti y a Larten, pero las humanas y Harkat Mulds podrán irse.

—Pensadlo —nos apremió—. Es un trato bueno y honesto, más de lo que razonablemente podríais haber esperado.

Vancha se volvió de espaldas a la plataforma, preocupado, y miró a Mr. Crepsley en busca de consejo. El vampiro, por una vez, no supo qué decir, y se limitó a menear la cabeza en silencio.

—¿Qué opinas tú? —me preguntó Vancha.

—Que tiene que ser una encerrona —murmuré—. ¿Por qué arriesgar la vida de su Señor si no tienen necesidad de hacerlo?

—Gannen no mentiría —dijo Vancha. Su rostro se endureció—. Pero podría no estar diciéndonos toda la verdad. ¡Gannen! —rugió—. ¿Qué garantías nos das de que sería una pelea justa? ¿Cómo sabemos que R. V. y los otros no van a intervenir?

—Os doy mi palabra —respondió serenamente Gannen Harst—. Sólo los dos que se encuentran conmigo en la plataforma lucharán con Darren Shan. Nadie más intervendrá. Mataré a cualquiera que pretenda inclinar la balanza hacia uno u otro lado.

—Con eso me basta —dijo Vancha—. Le creo. Pero ¿es esta la forma en que queremos hacerlo? Nunca hemos visto luchar a su Señor, así que no sabemos de lo que es capaz… Pero sabemos que Leonard es un oponente astuto y peligroso. Los dos juntos… —Hizo una mueca.

—Si aceptamos el trato de Gannen —dijo Mr. Crepsley—, y

enviamos a Darren a enfrentarse a ellos, nos lo jugaremos todo a una sola mano. Si Darren gana, estupendo. Pero si pierde…

Mr. Crepsley y Vancha clavaron en mí una larga e intensa mirada.

—¿Y bien, Darren? —preguntó Mr. Crepsley—. Es una carga enorme para que la lleves tú solo. ¿Estás preparado para afrontar una responsabilidad tan grande?

—No lo sé —suspiré—. Sigo pensando que es una encerrona. Si las probabilidades fueran del cincuenta por ciento, aceptaría sin dudar. Pero no creo que lo sean. Creo… —Me interrumpí—. Bueno, no importa. Si esta es nuestra mejor oportunidad, tenemos que aprovecharla. Si los dos confiáis en mí, aceptaré el reto… y la responsabilidad, si fracaso.

—Habla como un verdadero vampiro —comentó Vancha con afecto.

—Es un verdadero vampiro —replicó Mr. Crepsley, y sentí que el orgullo florecía abrasadoramente en mi interior.

—¡Muy bien! —gritó Vancha—. ¡Aceptamos! Pero primero tenéis que dejar libres a las humanas y a Harkat. Después, Darren luchará con vuestro Señor y con Steve. Y sólo entonces, si la pelea es justa y él pierde, Larten y yo depondremos nuestras armas.

—Ese no es el trato —respondió Harst con tirantez—. Debéis dejar las armas a un lado y rendiros antes…

—No —le interrumpió Vancha—. Lo haremos de esta forma o de ninguna. Tienes mi palabra de que dejaremos que tu gente venga a prendernos si Darren pierde…, asumiendo que pierda justamente. Si mi palabra no te basta, vamos a tener un problema.

Gannen Harst vaciló, y luego asintió bruscamente.

—Tu palabra me basta —dijo, y luego ordenó a R. V. que izara a Debbie y la llevara abajo.

—¡No! —aulló R. V.—. ¡Steve dijo que podía matarla! ¡Dijo que podía cortarla en pedacitos diminutos y…!

—¡Pues ahora te digo lo contrario! —rugió Steve—. ¡No discutas conmigo! Habrá otras noches y otros humanos…, montones de ellos…, pero sólo hay un Darren Shan.

Oímos rezongar a R. V., pero tiró de la cuerda y Debbie ascendió en medio de breves y bruscas sacudidas.

Mientras esperábamos a que nos devolvieran a Debbie, me preparé para luchar con la pareja de la plataforma, secándome el sudor de las manos, comprobando mis armas, librando mi mente de todo pensamiento, excepto los concernientes a la batalla.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Vancha.

—Bien.

—Recuerda —dijo—, lo único que importa es el resultado. Pelea sucio si tienes que hacerlo. Patadas y escupitajos, arañazos y pellizcos, golpes en los bajos…

—Lo haré —le aseguré con una gran sonrisa. Y bajando la voz, le pregunté—: ¿De verdad pensáis rendiros si pierdo?

—Di mi palabra, ¿no? —respondió Vancha, y, guiñándome un ojo, susurró en voz aún más baja que la mía—: Prometí que tiraríamos nuestras armas y les dejaríamos venir a prendernos. Y así lo haremos. ¡Pero no dije nada sobre dejar que nos atrapen ni volver a coger las armas!

Los vampanezes abrieron filas ante nosotros cuando R. V. pasó entre ellos arrastrando tras de sí a Debbie por el pelo.

—¡Para! —grité furioso—. ¡Le estás haciendo daño!

R. V. enseñó los dientes y soltó una carcajada. Seguía llevando una lentilla roja, y no había reemplazado la que había perdido la noche anterior. Su enmarañada barba estaba salpicada de fragmentos de musgo, ramitas, mugre y sangre. Habría sido fácil sentir pena por él (pues había sido un hombre decente antes de perder las manos entre las mandíbulas del hombre-lobo del Cirque du Freak), pero no tenía tiempo para sentir simpatía. Me recordé a mí mismo que era el enemigo y borré de mi mente todo indicio de piedad.

R. V. tiró a Debbie al suelo frente a mí. Ella dejó escapar un grito de dolor, y luego se incorporó sobre las rodillas y se arrojó a mis brazos. La estreché con fuerza mientras sollozaba e intentaba hablar.

—Shhh —dije—. Tranquila. Ya estás a salvo. No digas nada.

—Yo… debo hacerlo —sollozó—. Tengo mucho que… decir. Te… te amo, Darren.

—Claro que sí —sonreí, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Qué escena tan conmovedora —se burló Steve—. Que alguien me pase un pañuelo.

Le ignoré y sostuve el rostro de Debbie ante mí. La besé rápidamente, y sonreí.

—Estás horrible —dije.

—¡Qué encantador! —replicó riendo a medias, y luego se quedó mirándome con expresión suplicante—. No quiero irme —graznó—. No hasta después del combate.

—No —dije enseguida—. Tienes que irte. No quiero que te quedes a verlo.

—¿Por si te matan? —preguntó.

Asentí, y apretó los labios casi hasta hacerlos desaparecer.

—Yo también quiero quedarme —dijo Harkat, acercándose a nosotros, con los ojos verdes llenos de determinación.

—Estás en tu derecho —admití—. No voy a impedírtelo. Pero preferiría que te fueras. Si valoras nuestra amistad, cogerás a Debbie y a la Inspectora Jefe, las llevarás a la superficie y te asegurarás de que escapen sanas y salvas. No confío en estos monstruos; podrían montar en cólera y matarnos a todos si gano.

—Entonces, debería quedarme a luchar… a tu lado —dijo Harkat.

—No —respondí suavemente—. Esta vez no. Por favor, por mí y por Debbie, prométeme que te irás.

Harkat no estaba conforme, pero asintió a regañadientes.

—Pues vámonos ya —espetó alguien detrás de nosotros—. Déjales salir si van a irse.

Alcé la mirada y vi al traicionero agente de policía llamado Morgan James avanzando a zancadas hacia nosotros. Portaba un rifle ligero, cuya culata hundió en las costillas de su Inspectora Jefe.

—¡Aparta esa mierda de mí! —espetó ella, volviéndose furiosamente hacia él.

—Tranquila, jefa —respondió él arrastrando las palabras, sonriendo como un chacal, mientras levantaba el rifle—. No me gustaría nada tener que pegarte un tiro.

—Cuando volvamos, serás historia —gruñó ella con fiereza.

—Yo no voy a volver —dijo él, sonriendo afectadamente—. Os conduciré hasta la caverna que hay al final del túnel, cerraré bien

para asegurarme de que no podáis causar disturbios, y volveré con los demás cuando los luchadores hayan terminado.

—No escaparás tan fácilmente —bufó Burgess—. Te perseguiré y te haré pagar por esto, aunque tenga que recorrer medio mundo.

—Seguro que lo harás —rió Morgan, y volvió a darle en las costillas, esta vez más fuerte.

La Inspectora Jefe escupió a su ex agente, lo apartó de un empujón y se agachó junto a Vancha para atarse los cordones. Mientras lo hacía, le preguntó en un susurro:

—El tipo de la capa y la capucha… es el que tenéis que matar, ¿verdad?

Vancha asintió mudamente, sin revelar nada en su expresión.

—No me gusta la idea de enviar al chico a luchar con ellos —dijo Burgess—. Si puedo haceros un poco de espacio y cubriros disparando, ¿crees que tú o Crepsley podríais subir hasta allí?

—Quizás —dijo Vancha, sin apenas mover los labios.

—Entonces, veré lo que puedo hacer.

Burgess terminó de atarse los cordones, se incorporó y le guiñó un ojo.

—Vamos —dijo en voz alta a Harkat y a Debbie—. Aquí el aire apesta. Cuanto antes salgamos, mejor.

La Inspectora Jefe empezó a andar, empujando rudamente a Morgan y adelantándose a él con una premeditada zancada. Las filas de vampanezes que se hallaban ante ella se apartaron para dejarle paso. Ahora sólo quedaban unos pocos entre nosotros y la estaca a la que estaba atada la cuerda.

Harkat y Debbie se volvieron a mirarme afligidamente. Debbie abrió la boca para decir algo, pero las palabras no acudieron. Llorando, sacudió la cabeza y me volvió la espalda, con los hombros estremecidos por el llanto. Harkat la rodeó con los brazos y la alejó de allí, siguiendo a la Inspectora Jefe.

Burgess casi había llegado a la boca del túnel que conducía fuera de la caverna cuando se detuvo y echó un vistazo por encima del hombro. Morgan se hallaba cerca de ella, acunando su rifle. Harkat y Debbie iban varios metros detrás, avanzando lentamente.

—¡Deprisa! —espetó Burgess a la pareja rezagada—. ¡Esto no es la comitiva de un funeral!

Morgan sonrió y se volvió a mirar automáticamente a Harkat y a Debbie. Al hacerlo, la Inspectora Jefe entró en acción. Se lanzó hacia él, agarró el rifle y le hundió la culata en la sensible carne del estómago, con dureza y rapidez, haciéndolo doblarse sobre sí mismo. Morgan chilló de dolor y sorpresa, y sujetó el rifle mientras ella intentaba arrebatárselo. Estuvo a punto de lograr que ella lo soltara, pero no fue suficiente, y la pareja rodó por el suelo, luchando por el arma. Detrás de ellos, vampanezes y vampcotas corrieron a interceptarlos.

Antes de que las tropas la alcanzaran, Burgess consiguió poner un dedo en el gatillo y lo apretó. Podía haber estado apuntando a cualquier parte (pues no tuvo tiempo de elegir el blanco), pero por suerte, apuntaba a la mandíbula del vampcota con el que forcejeaba: ¡Morgan James!

Hubo un fogonazo y el rugido de un disparo. Luego, Morgan se apartó de la Inspectora Jefe con un chillido de agonía y el lado izquierdo de la cara convertido en un amasijo sanguinolento.

Cuando Morgan se levantaba, apretando entre las manos los restos de su cara, Burgess le atizó en la parte posterior del cráneo con la culata del rifle, dejándolo inconsciente. Luego, mientras vampanezes y vampcotas pululaban hacia ella, apoyó una rodilla sobre la espalda de su ex agente, levantó el rifle, apuntó cuidadosamente y disparó una lluvia de balas contra la plataforma: contra Steve, Gannen Harst… ¡y el Señor de los Vampanezes!

CAPÍTULO 15

Las balas golpearon la plataforma, la barandilla, la pared y el techo. Los tres hombres atrapados en la línea de fuego retrocedieron rápidamente, pero no lo suficiente: ¡una de las balas alcanzó al Lord Vampanez en el hombro derecho, arrancándole un arco de sangre y un agudo grito de dolor!

Al oír el grito de su Señor, vampanezes y vampcotas estallaron de rabia. Gritando y aullando como animales salvajes, se abalanzaron en masa hacia la Inspectora Jefe, que aún estaba disparando. Atropellándose unos a otros en su precipitación por llegar primero hasta ella, cayeron sobre Burgess como una ola malévola y revuelta, arrastrando a Harkat y a Debbie por el camino.

Mi primer impulso fue correr hacia Debbie y apartarla del follón, pero Vancha me sujetó antes de que pudiera moverme y señaló la cuerda: ya no la vigilaba nadie.

Supe de inmediato que esa era nuestra prioridad. Debbie tendría que defenderse sola.

—¿Quién irá? —pregunté jadeando mientras corríamos hacia la estaca.

—Yo —dijo Vancha, agarrando la cuerda.

—No —objetó Mr. Crepsley, apoyando una mano en el hombro del Príncipe—. Debo ser yo.

—¡No tenemos tiempo de…! —empezó Vancha.

—Es verdad —le interrumpió Mr. Crepsley—. No tenemos tiempo. Así que déjame pasar y no protestes.

—Larten… —gruñó Vancha.

—Tiene razón —dije yo serenamente—. Tiene que ser él.

Vancha me miró boquiabierto.

—¿Por qué?

—Porque Steve fue mi mejor amigo y Gannen es tu hermano —le expliqué—. Mr. Crepsley es el único que puede concentrarse totalmente en el Lord Vampanez. Tú y yo estaríamos pendientes de Steve o de Gannen, por mucho que intentáramos ignorarles.

Vancha se lo pensó, asintió y soltó la cuerda, dejando pasar a Mr. Crepsley.

—Dales caña, Larten —dijo.

—Lo haré —sonrió Mr. Crepsley. Agarró la cuerda y empezó a cruzar.

—Debemos cubrirle por este lado —dijo Vancha, extrayendo un puñado de shuriken y mirando hacia la plataforma con los ojos entornados.

—Lo sé —repuse, con la vista puesta en los beligerantes vampanezes que tenía ante mí, listo para combatirlos cuando se dieran cuenta de la amenaza que representaba Mr. Crepsley.

Uno de los del trío de la plataforma debió descubrirlo, porque Vancha arrojó repentinamente un par de estrellas voladoras (ahora podía realizar un lanzamiento limpio desde donde estábamos), y escuché una maldición allá arriba, mientras quienquiera que la hubiera proferido retrocedía de un salto, apartándose de la trayectoria de los shuriken.

Se produjo una pausa, y luego, un rugido llenó la caverna, imponiéndose a los gritos y al alboroto de los vampanezes que luchaban.

—¡Siervos de la noche! —bramó Gannen Harst—. ¡Mirad a vuestro Señor! ¡Se acerca el peligro!

Todas las cabezas se volvieron y los ojos se fijaron, primero en la plataforma, y luego en la cuerda y en Mr. Crepsley. Entre nuevos gritos y jadeos, vampanezes y vampcotas se dieron la vuelta y corrieron hacia el punto donde Vancha y yo estábamos parados.

Si no hubieran sido tantos, nos habrían acribillado, pero su número jugó en su contra. Demasiados atacando al mismo tiempo tuvo como resultado confusión y caos. Así que, en lugar de enfrentarnos a una sólida pared de guerreros, pudimos liquidarlos por separado.

Mientras yo balanceaba salvajemente mi espada y Vancha asestaba golpes con sus manos, descubrí a Gannen Harst

dirigiéndose cautelosamente hacia el final de la plataforma, donde estaba atada la cuerda, con una afilada daga en la mano. No había que ser un genio para adivinar sus intenciones. Lancé un rugido de advertencia a Vancha, pero este no tenía espacio para darse la vuelta y realizar un lanzamiento. Le grité a Mr. Crepsley que se diera prisa, pero aún se encontraba a bastante distancia de la salvación, y no podía ir más rápido de lo que ya iba.

Cuando Harst llegó hasta la cuerda y se disponía a cortarla, alguien disparó contra él. Se tiró al suelo y rodó fuera del alcance de las balas, mientras el aire se ponía al rojo a su alrededor.

Elevándome sobre la punta de los pies, descubrí a una magullada, vapuleada, pero aún viva Alice Burgess, en pie y rifle en mano, recargándolo a toda prisa con las balas que le había quitado a Morgan James. Justo delante de ella se alzaban Harkat Mulds y Debbie Hemlock; Harkat blandía su hacha, y Debbie balanceaba torpemente una espada corta, ambos protegiendo a la Inspectora Jefe del puñado de vampanezes y vampcotas que no habían ido a ocuparse de la cuerda.

Sentí ganas de lanzar un hurra al verles, y lo habría hecho si un vampanez no hubiera chocado con mi espalda, haciéndome caer al suelo. Mientras me apartaba rodando de la maraña de pies pisoteadores, el vampanez saltó sobre mí. Me inmovilizó contra el suelo, rodeó mi cuello con sus dedos y apretó. La emprendí a golpes con él, pero logró imponerse sobre mí: ¡estaba acabado!

Pero la suerte de los vampiros estaba de mi lado. Antes de que sus dedos llegaran a cerrarse, aplastándome la garganta, uno de sus propios compañeros, al que Vancha acababa de dar un puñetazo, cayó hacia atrás chocando con el vampanez que estaba sobre mí, derribándolo. Mientras este lanzaba un grito de frustración, me puse en pie de un salto, agarré un mazo que alguien había dejado caer durante la lucha, y se lo estampé en la cara. El vampanez cayó, chillando, y yo me reincorporé a la batalla en su punto álgido.

Vi a un vampcota alzar su hacha sobre la cuerda atada a la estaca. Con un rugido, le lancé el mazo, pero demasiado tarde: el filo del hacha se abrió paso limpiamente a través de las hebras de la cuerda, cortándola por completo.

Mis ojos volaron hacia donde colgaba Mr. Crepsley, y se me

encogieron las tripas al verlo balancearse bajo la plataforma, entre las rojas llamas del foso, que aún ardía intensamente.

La cuerda pareció tardar un siglo en completar la longitud de su arco y oscilar nuevamente hacia mí. Cuando lo hizo, el vampiro ya no se hallaba a la vista, y el corazón me dio un vuelco. Entonces mis ojos se deslizaron hacia abajo y descubrí que aún se sujetaba a la cuerda, que sólo había resbalado unos metros. Mientras las llamas lamían las plantas de sus pies, empezó a trepar de nuevo, y en un par de segundos estuvo fuera del alcance del fuego, reanudando su ascenso hacia la plataforma.

Un vampcota espabilado se apartó del tumulto, levantó una ballesta y le disparó a Mr. Crepsley. Falló. Antes de que pudiera disparar otra vez, encontré una lanza y la envié volando vertiginosamente hacia él. Le alcancé en la parte superior del brazo derecho, y cayó de rodillas, gimiendo.

Eché un vistazo hacia donde estaba Burgess, disparando de nuevo, cubriendo a Mr. Crepsley mientras trepaba. Debbie estaba forcejeando con un vampcota dos veces más grande que ella. Lo estrechaba entre sus brazos para que no pudiera usar su espada y le había clavado un cuchillo en la espalda. Le arañaba la cara con las uñas, y utilizaba la rodilla izquierda de un modo muy travieso. ¡Nada mal para una profesora de Lengua!

Harkat, mientras tanto, troceaba vampanezes y vampcotas. La Personita era un luchador experimentado y letal, mucho más fuerte y veloz de lo que parecía. Muchos vampanezes cargaron contra él, esperando aplastarlo de un golpe; ninguno sobrevivió para escribir sus memorias.

Entonces, mientras Harkat despachaba a otro vampcota con un balanceo casi casual de su hacha, se oyó un grito animal, y un furioso R. V. se incorporó a la refriega. Se había visto atrapado en medio de una multitud de vampanezes, incapaz de unirse a la lucha. Ahora que por fin estaba libre, se fijó en Harkat y cargó contra él, los garfios centelleando y rechinando los dientes. Lágrimas de rabia fluían a chorros de sus ojos dispares.

—¡Te mato! —rugía—. ¡Te mato! ¡Te mato! ¡Te mato!

Bajó los garfios de la mano izquierda hacia la cabeza de Harkat, pero la Personita se hizo a un lado y los apartó con la hoja plana del

hacha. R. V. balanceó el otro conjunto de garfios hacia el estómago de Harkat. Este bajó la mano libre justo a tiempo, y atrapó los garfios de R. V. por encima del codo, deteniendo las puntas a menos de un centímetro de su diafragma. Mientras R. V. gritaba y escupía a Harkat, la Personita agarró tranquilamente las correas que ataban los garfios al brazo de R. V., las arrancó y arrojó lejos aquella mano artificial.

R. V. chilló como si le hubieran apuñalado, y le lanzó un golpe a Harkat con el muñón que era el extremo del codo. Harkat hizo caso omiso, tan sólo se estiró, agarró la otra mano engarfiada de R. V. y la arrancó también.

—¡¡¡NO!!! —chilló R. V., lanzándose hacia sus garfios—. ¡Mis manos! ¡Mis manos!

R. V. recuperó los garfios, pero no podía volver a atárselos sin ayuda. Les gritó a sus camaradas que le ayudaran, pero estos tenían sus propios problemas. Aún estaba gritando cuando Alice Burgess bajó el rifle y se quedó mirando la plataforma. Al darme la vuelta para ver qué miraba, vi a Mr. Crepsley pasando por encima de la barandilla, y también yo me relajé.

Todos los ojos se fueron desviando gradualmente hacia la plataforma, y la batalla cesó. Cuando la gente vio a Mr. Crepsley parado sobre la plataforma, dejó de luchar y miró con atención la escena, sintiendo, como yo, que nuestra trifulca ya no era relevante: la única confrontación importante era la que iba a tener lugar por encima de nuestras cabezas.

Cuando todo el mundo se hubo quedado quieto, un extraño silencio se abatió sobre nosotros, y se prolongó durante un minuto, o tal vez más. Mr. Crepsley permanecía en pie al final de la plataforma, impasible, con sus tres oponentes alzándose ante a él como centinelas.

Finalmente, cuando los pelillos de mi nuca empezaban a bajar (los había tenido de punta desde el comienzo de la batalla), el Señor de los Vampanezes fue hacia la barandilla, se bajó la capucha, miró a los que nos hallábamos en el suelo, y habló.

CAPÍTULO 16

—Que cese la lucha —dijo el Señor de los Vampanezes con voz grave y en absoluto melodramática—. Ya no hay necesidad de esto.

Era la primera vez que le veía la cara al Lord Vampanez y me sorprendió lo corriente que parecía. Me había hecho una imagen mental de un tirano feroz, violento y de ojos salvajes, cuya mirada podía hacer que el agua se convirtiera en vapor. Pero este era tan sólo un hombre de entre veinte y treinta años, de complexión normal, cabellos castaño claro y ojos algo tristes. La herida que había recibido en el hombro no era grave (la sangre ya se había secado), y la ignoraba mientras hablaba.

—Sabía que esto iba a pasar —dijo suavemente el Señor de los Vampanezes, volviendo la cabeza para mirar a Mr. Crepsley—. Des Tiny lo predijo. Dijo que tendría que luchar con uno de los cazadores aquí, encima de las llamas, y que lo más probable es que fuera Larten Crepsley. Intentamos darle la vuelta a la profecía y atraer al muchacho en su lugar. Por un momento, pensé que tendríamos éxito. Pero en mi corazón, sabía que eras tú a quien tendría que enfrentarme.

Mr. Crepsley alzó una ceja con aire escéptico.

—¿Mr. Tiny dijo cuál de nosotros triunfaría? —preguntó.

Una delgada sonrisa cruzó los labios del Lord Vampanez.

—No. Dijo que la balanza podía inclinarse hacia cualquier lado.

—Eso es alentador —dijo Mr. Crepsley con sequedad.

Mr. Crepsley alzó uno de sus cuchillos para atrapar la luz de la lámpara que había sobre su cabeza, y estudió la hoja. En el instante en que hizo eso, Gannen Harst se situó protectoramente frente a su Señor.

—Ya no hay trato —dijo bruscamente—. Queda anulado lo de

dos contra uno. Si hubierais enviado a Darren Shan como acordamos, habríamos mantenido nuestra parte del pacto. Ya que has venido tú en su lugar, no esperes que os ofrezcamos una oportunidad igual de generosa.

—No espero nada de locos y traidores —dijo mordazmente Mr. Crepsley, provocando lúgubres murmullos entre los vampanezes y los vampcotas de la caverna.

—Ten cuidado —gruñó Gannen Harst—, o te…

—Haya paz, Gannen —dijo el Señor de los Vampanezes—. Ya pasó el momento de las amenazas. Enfrentémonos con las armas y el ingenio, sin guardarnos más rencor.

El Lord Vampanez salió de detrás de Gannen Harst y sacó una espada corta con filo de sierra. Gannen desenvainó una más larga y recta, mientras Steve, silbando alegremente, extrajo una daga dorada y una larga cadena de púas.

—¿Estás listo, Larten Crepsley? —preguntó el Lord Vampanez—. ¿Ya has hecho las paces con los dioses?

—Las hice hace tiempo —respondió Mr. Crepsley, con ambos cuchillos en las manos y la mirada alerta—. Pero, antes de que empecemos, me gustaría saber qué ocurrirá después. Si gano, ¿pondréis en libertad a mis aliados, o…?

—¡Nada de pactos! —espetó el Señor de los Vampanezes—. No estamos aquí para hacer tratos. Estamos aquí para luchar. El destino de los otros (de mi gente y de la tuya) podrá decidirse cuando hayamos cruzado las espadas. Ahora sólo importamos nosotros. Todo lo demás es trivial.

—Muy bien —gruñó Mr. Crepsley, y se alejó de la barandilla, inclinándose y acercándose lentamente a sus adversarios.

En el suelo no se movía nadie. Vancha, Harkat, Debbie, Burgess y yo habíamos bajado nuestras armas, olvidándonos de todos los que nos rodeaban. Para los vampanezes habría sido tarea fácil capturarnos, pero estaban tan fascinados por lo que estaba ocurriendo en la plataforma como nosotros.

Mientras Mr. Crepsley avanzaba, los tres vampanezes adoptaron una formación en V y se acercaron unos metros arrastrando los pies. El Lord Vampanez iba en el medio, con Gannen Harst a la izquierda, un metro por delante de él, y Steve Leopard a igual

distancia a su derecha. Era una estrategia precavidamente efectiva. Mr. Crepsley tendría que atacar por el centro, pues tenía que matar al Lord Vampanez. Los otros no importaban. Cuando atacara, Harst y Steve podrían golpear desde ambos lados a la vez.

Mr. Crepsley se detuvo a escasa distancia del trío, con los brazos extendidos para protegerse contra los ataques que le lanzaran desde cada lado. Sus ojos estaban fijos en el Lord Vampanez y no le vi pestañear ni una vez mientras le observaba.

Transcurrieron varios segundos de tensión. Entonces, Steve azotó con su cadena a Mr. Crepsley. Vi centellear las púas cuando serpenteó hacia su cabeza; provocarían un serio daño si le alcanzaban. Pero el vampiro era más rápido que el semi-vampanez. Giró la cabeza ligeramente a la izquierda, esquivando la cadena y las púas por un centímetro, y lanzó una brusca estocada al estómago de Steve con el cuchillo que sostenía en la mano izquierda.

Mientras Mr. Crepsley atacaba a Steve, Gannen Harst se giró hacia el vampiro con su espada. Abrí la boca para gritarle una advertencia, pero entonces vi que no tenía que molestarme: el vampiro había estado esperando el contraataque y eludió la espada con un suave giro, deslizándose dentro del radio de alcance de su barrido, hasta quedar a una distancia idónea para golpear al Lord Vampanez.

Mr. Crepsley utilizó el cuchillo de la mano derecha para lanzarle una estocada, buscando abrirle el estómago al Lord Vampanez. Pero el líder de los vampanezes era rápido y bloqueó el golpe con su espada de filo aserrado. La punta del cuchillo de Mr. Crepsley mordió la muñeca del Lord, pero sólo hizo brotar un delgado chorrito de sangre.

Antes de que el vampiro pudiera volver a atacar, Steve le atacó a él con la daga. Le propinó una salvaje cuchillada a Mr. Crepsley (demasiado salvaje para ser precisa) y lo obligó a retroceder. Entonces intervino Gannen Harst haciendo volar su espada, y Mr. Crepsley tuvo que arrojarse al suelo y rodar hacia atrás para escapar.

Se lanzaron sobre él antes de que llegara a incorporarse, los aceros relampagueando, la cadena de Steve restallando. Mr.

Crepsley tuvo que recurrir a toda su velocidad, fuerza y habilidad para apartar las espadas, eludir la cadena y retroceder de rodillas antes de que lo aplastaran.

Mientras los vampanezes se precipitaban tras el vampiro, temí que lograran imponerse sobre él: las espadas y la cadena serpenteaban a través de la desesperada defensa de Mr. Crepsley, arañándole y cortándole aquí y allá. Las heridas no eran mortales, pero sólo era cuestión de tiempo que una hoja le hiciera un profundo corte en el estómago o el pecho, o que las púas de la cadena le arrancaran la nariz o los ojos.

Mr. Crepsley debió darse cuenta del peligro en que se hallaba, porque inició una acción evasiva, sin presentar más batalla al enemigo, limitándose a retroceder y a protegerse lo mejor que podía, cediendo terreno constantemente, dejando que le empujaran hacia la barandilla, al final de la plataforma, donde acabarían arrinconándolo.

—No puede seguir así —le murmuré a Vancha, que estaba parado junto a mí, con los ojos clavados en la plataforma—. Está corriendo un gran riesgo, y tarde o temprano lo atraparán.

—¿Crees que no es consciente de ello? —replicó Vancha secamente.

—Entonces, ¿por qué no…?

—Calla, muchacho —dijo suavemente el desaliñado Príncipe—. Larten sabe lo que hace.

Yo no estaba tan seguro. Mr. Crepsley era un luchador experto, pero tenía la sensación de que esta vez la situación lo superaba. De uno en uno, podía manejar a cualquier vampanez. Incluso siendo dos contra uno, yo imaginaba que saldría victorioso. Pero tres contra uno…

Busqué algún modo de llegar a la plataforma; si pudiera unirme a él, podría darle la vuelta al combate. Pero justo entonces, la lucha dio un giro definitivo.

Mr. Crepsley había retrocedido casi hasta la barandilla, a no más de medio metro de una caída mortal. Los vampanezes sabían lo difícil que era su posición, y le presionaron con ansias renovadas, presintiendo el final. Steve volvió a lanzar la cadena a la cara de Mr. Crepsley por enésima vez, pero, en esta ocasión, el vampiro no

esquivó las mortíferas púas ni se apartó de su camino. En vez de eso, su mano izquierda dejó caer el cuchillo, se elevó y agarró la cadena en el aire. Sus dedos se cerraron sobre las púas, apretó la boca en un gesto de dolor, pero no la soltó. Tiró bruscamente de la cadena, atrayendo a Steve hacia él. En el último momento bajó el mentón, de modo que la cara de Steve chocó contra la frente del vampiro con un crujido de huesos.

La nariz de Steve reventó y la sangre manó a borbotones. Lanzó un fuerte chillido y cayó al suelo. Entretanto, Mr. Crepsley le arrojó a Gannen Harst el cuchillo de la derecha, quedando desarmado. Mientras Harst se apartaba instintivamente de la trayectoria del cuchillo, el Lord Vampanez fue hacia Mr. Crepsley con su espada.

Mr. Crepsley se arrojó bruscamente hacia atrás para eludir la punta de la espada que venía a su encuentro. Chocó contra la verja y se giró dando la espalda a sus oponentes, se agarró de la barandilla con las manos, balanceó las piernas y el cuerpo hacia arriba con feroz rapidez y terminó haciendo el pino sobre ella.

Mientras los del suelo nos quedábamos boquiabiertos de asombro ante la inesperada maniobra, Mr. Crepsley bajó a pulso hasta que su barbilla quedó al nivel de la barandilla, y entonces se apartó de ella impulsándose con todas sus fuerzas. El vampiro surcó el aire completamente estirado, elevándose sobre el Lord Vampanez, Gannen Harst (que se había situado ante su Señor para protegerlo, como había hecho tantas veces durante el combate) y Steve Leopard, que aún yacía sobre la plataforma.

Mr. Crepsley aterrizó de pie como un gato, tras la espalda desprotegida del Lord Vampanez. Antes de que el semi-vampanez o Gannen Harst pudieran reaccionar, Mr. Crepsley cogió al Lord por el cuello de la camisa con la mano izquierda, lo agarró por la cinturilla de los pantalones con la derecha, lo levantó del suelo, se volvió hacia el borde de la plataforma… ¡y lo arrojó de cabeza por la barandilla, al foso lleno de estacas que había abajo!

Ahora fue al Señor de los Vampanezes a quien le tocó gritar (sólo una vez) cuando cayó sobre las estacas con un ruido sordo que me hizo respingar. Las estacas lo atravesaron por una docena de sitios, incluyendo el corazón y la cabeza. Su cuerpo se removió un par de veces y luego se quedó quieto, mientras las llamas se

apoderaban de su cabello y su ropa.

Había ocurrido tan rápido que al principio no pude asimilarlo del todo. Pero mientras transcurrían los segundos y veía a los vampanezes, aturdidos y afligidos, mirando fijamente hacia el interior del foso, hacia el llameante cadáver de su líder, la realidad se abrió paso. Mr. Crepsley había matado al Señor de los Vampanezes… Sin su líder, estaban destinados a perder… La Guerra de las Cicatrices había acabado… El futuro era nuestro… ¡Habíamos GANADO!

CAPÍTULO 17

Era increíble. Era maravilloso. Era casi imposible de admitir.

Mientras el espíritu de los vampanezes se extinguía como las columnas de humo que se alzaban del cuerpo ardiente de su Señor, el mío se elevaba, y sentía como si mi pecho estallara de alivio y alegría. En nuestra hora más oscura, a pesar de las probabilidades, contra todas las expectativas, nos habíamos impuesto sobre nuestros enemigos y puesto fin a sus destructivos designios a golpe de espada. Ni en mis sueños más locos podría haber imaginado nada más maravilloso.

Alcé los ojos cuando Mr. Crepsley se acercó al borde de la plataforma. El vampiro estaba sangrando, sudando y exhausto, pero en sus ojos brillaba una luz que podría haber iluminado la caverna entera. Me descubrió entre los temblorosos vampanezes, sonrió, levantó la mano en un saludo, y abrió la boca para decir algo.

Fue entonces cuando Steve Leopard, con un grito salvaje, se abalanzó decididamente sobre la espalda del vampiro.

Mr. Crepsley se precipitó hacia delante agitando frenéticamente los brazos, y se aferró a la barandilla. Durante una fracción de segundo pareció que lograría afianzarse y echarse hacia atrás, pero entonces la gravedad tiró de él con rapidez mareante por encima de la barandilla, sacándole de la zona segura… ¡y arrojándole al foso tras el Señor de los Vampanezes!

CAPÍTULO 18

Aunque Steve había arrojado a Mr. Crepsley de cabeza a la muerte, también arrojó accidentalmente al vampiro una débil esperanza. Porque al caer Mr. Crepsley, Steve se inclinó sobre la verja, ansioso por ver morir al vampiro atravesado por las estacas, y al hacerlo, el pedazo de cadena que había empleado como arma (y que aún aferraba con la mano derecha) se desenrolló y cayó junto a Mr. Crepsley como una cuerda.

Extendiendo desesperadamente una mano, el vampiro agarró la cadena, ignorando una vez más el dolor cuando las púas se le clavaron profundamente en la palma. La cadena llegó a su límite y se tensó bruscamente, deteniendo la caída de Mr. Crepsley.

Sobre la plataforma, Steve lanzó un gemido cuando el peso de Mr. Crepsley hizo que la cadena se apretara alrededor de su mano derecha. Intentó aflojarla sacudiéndola, pero no pudo. Mientras permanecía allí parado, medio inclinado sobre la barandilla, forcejeando con la cadena, Mr. Crepsley llegó hasta arriba, lo agarró por una manga y tiró de él, sin preocuparse por su propia vida, solamente intentando tomar la de Steve.

Mientras la pareja caía (Steve gritando, Mr. Crepsley riendo), Gannen Harst extendió una mano y atrapó la que Steve agitaba en el aire. El vampanez lanzó un gemido de dolor cuando el peso de los dos hombres distendió los músculos y los tendones de su brazo, pero se abrazó a un poste vertical de sujeción y se aferró a él con fuerza.

—¡Suelta! —chilló Steve, dándole patadas a Mr. Crepsley en un intento de deshacerse de él—. ¡Harás que nos matemos los dos!

—¡Eso es lo que pretendo! —rugió Mr. Crepsley. No parecía preocuparle en lo más mínimo estar en peligro de muerte. Quizá

fuera por el exceso de adrenalina que corría por sus venas tras haber matado al Señor de los Vampanezes… o tal vez porque no le importaba perder la vida si conseguía matar a Steve. En cualquier caso, había aceptado su destino, y no intentó trepar por el cuerpo de Steve para salvarse. De hecho, empezó a tirar de la cadena, intentando que Gannen lo soltara.

—¡Para! —rugió Gannen Harst—. ¡Para y os dejaremos ir!

—¡Demasiado tarde! —aulló Mr. Crepsley—. ¡Me juré dos cosas cuando bajé aquí! ¡La primera, que mataría al Señor de los Vampanezes! ¡La segunda, que mataría a Steve Leonard! ¡Y no soy hombre que deje las cosas a medias, así que…!

Tiró con más fuerza aún. Por encima de él, Gannen Harst jadeó y cerró los ojos a causa del dolor.

—¡No podré… sujetaros… durante mucho tiempo! —gimió.

—¡Larten! —gritó Vancha—. ¡No lo hagas! ¡Cambia tu vida por la suya! ¡Ya le atraparemos más tarde y acabaremos con él!

—¡Por la sangre negra de Harnon Oan…, no! —rugió Mr. Crepsley—. ¡Es ahora cuando le tengo, y lo mataré! ¡Acabemos ya con todo esto!

—¿Y qué… pasa con tus… aliados? —gritó Gannen Harst, y cuando Mr. Crepsley asimiló sus palabras, dejó de forcejear y miró cautelosamente al ex protector del Lord Vampanez—. Así como tú tienes la vida de Steve Leonard en tus manos —se apresuró a decir Harst—, yo tengo en las mías las vidas de tus amigos. ¡Si matas a Steve, ordenaré que les ejecuten!

—No —dijo serenamente Mr. Crepsley—. Leonard es un loco. No se le puede perdonar la vida. Voy a…

—¡No! —chilló Gannen Harst—. ¡Perdona la vida a Steve y yo perdonaré la de los otros! ¡Ese es el trato! ¡Y date prisa en aceptarlo, antes de que os suelte y continúe la masacre!

Mr. Crepsley se detuvo pensativamente.

—¡Su vida también! —grité yo—. ¡Perdonad a Mr. Crepsley o…!

—¡No! —gruñó Steve con fiereza—. ¡El Espeluznante Crepsley morirá! ¡No pienso dejarle ir!

—¡No seas estúpido! —bramó Gannen Harst—. ¡Tú también morirás si no lo liberamos!

—¡Entonces, moriré! —repuso Steve, sonriendo con sorna.

—¡No sabes lo que dices! —siseó Harst.

—Sí lo sé —respondió suavemente Steve—. Dejaré ir a los otros, pero Crepsley morirá ahora, porque dijo que yo era malo. —Miró con furia al silencioso Mr. Crepsley—. Y si tengo que morir con él, lo haré… ¡y al diablo las consecuencias!

Mientras Gannen Harst se quedaba mirando a Steve con la boca abierta, Mr. Crepsley miró hacia donde estábamos Vancha y yo. Mientras nuestros ojos se encontraban en una mirada de sombría comprensión, Debbie llegó corriendo a nuestro lado.

—¡Darren! —exclamó—. ¡Tenemos que salvarlo! ¡No podemos dejarle morir! ¡Tenemos…!

—Shhh —susurré, besándola en la frente y estrechándola en mis brazos.

—Pero… —sollozó.

—No podemos hacer nada —suspiré.

Mientras Debbie gemía con el rostro oculto en mi pecho, Mr. Crepsley se dirigió a Vancha:

—Parece que nuestras sendas han de separarse, Alteza.

—Así es —graznó Vancha amargamente.

—Hemos compartido buenos momentos —dijo Mr. Crepsley.

—Momentos grandiosos —le corrigió Vancha.

—¿Me cantarás alabanzas en las Cámaras de la Montaña de los Vampiros cuando vuelvas, y brindarás por mí, aunque sólo sea con un vaso de agua?

—Me beberé un tonel entero de cerveza en tu nombre —juró Vancha—, y cantaré canciones de muerte hasta que se me rompa la voz.

—Siempre tan extremista —rió Mr. Crepsley.

Luego, posó su mirada en mí.

—Darren —dijo.

—Larten —respondí, sonriendo torpemente. Sentía ganas de llorar, pero no podía. Había un espantoso vacío en mi interior, y mis emociones no respondían.

—¡Deprisa! —gritó Gannen Harst—. ¡Se me resbala la mano! ¡Unos segundos más y…!

—Unos segundos serán suficientes —dijo Mr. Crepsley, que no era de los que se apresuran, ni aún cuando la muerte le hacía señas.

Me sonrió tristemente y dijo—: No dejes que el odio domine tu vida. No es necesario vengar mi muerte. Vive como un vampiro libre, no como una criatura retorcida y desesperada por las ansias de venganza. No te vuelvas como Steve Leonard o R. V. Mi espíritu no descansaría en paz en el Paraíso si lo hicieras.

—¿No quiere que mate a Steve? —pregunté, confundido.

—¡Por supuesto que debes matarlo! —tronó Mr. Crepsley—. Pero no lo conviertas en el objetivo de tu vida. No…

—¡No puedo… sujetaros… más! —resolló Gannen Harst, temblando y sudando por el esfuerzo.

—Ni tienes por qué hacerlo —respondió Mr. Crepsley.

Sus ojos pasaron de mí a Vancha, y otra vez a mí, y luego miró hacia el techo. Sus ojos se clavaron allí, como si pudiera ver a través de las capas de roca, asfalto y tierra de arriba el cielo que se hallaba más allá de aquello.

—¡Dioses de los vampiros! —bramó—. ¡Hasta en la muerte saldré triunfante!

Y entonces, mientras los ecos de su grito final reverberaban en las paredes de la caverna, Mr. Crepsley soltó la cadena. Quedó suspendido en el aire durante un instante imposible, casi como si pudiera volar… y luego cayó como una piedra hacia las estacas de punta de acero que le esperaban abajo.

CAPÍTULO 19

En el último momento posible, cuando todo parecía perdido, alguien se balanceó de una cuerda desde el techo, surcó el aire, agarró a Mr. Crepsley por la cintura y se elevó con él hacia la seguridad de la plataforma, donde aterrizaron de pie. Mientras yo lo presenciaba todo, estupefacto y con la boca abierta, el rescatador de Mr. Crepsley se dio la vuelta: ¡era Mika Ver Leth, uno de mis compañeros Príncipes!

—¡Ahora! —rugió Mika, y a su grito, un ejército de vampiros pasó a través de los agujeros del techo y se dejó caer al suelo, aterrizando entre los pasmados vampanezes y vampcotas. Antes de que nuestros adversarios tuvieran oportunidad de defenderse, nuestras tropas ya estaban sobre ellos, balanceando sus espadas, lanzando cuchillos, despedazando con sus hachas.

Sobre la plataforma, Gannen Harst lanzó un aullido miserable (¡No!), y luego se abalanzó sobre Mr. Crepsley y Mika. Mientras Harst atacaba, Mika se situó tranquilamente ante Mr. Crepsley, desenvainó su espada y la balanceó en un amplio semicírculo hacia el vampanez, separándole limpiamente la cabeza del cuello y haciéndola volar por los aires como una bola mal lanzada en una pista de bolos.

Mientras el cuerpo de Gannen Harst, sin vida y sin cabeza, caía de la plataforma, Steve Leopard lanzó un chillido, se dio la vuelta y salió corriendo hacia la seguridad del túnel. Había llegado casi al final del tablón cuando Mr. Crepsley tomó prestado uno de los cuchillos de Mika, apuntó cuidadosamente y lo lanzó por el aire como un relámpago hacia el semi-vampanez.

El cuchillo se hundió entre los omóplatos de Steve. Soltó un jadeo, se detuvo, y se dio la vuelta lentamente, con la cara blanca,

los ojos desorbitados y las manos aferradas al mango del cuchillo, incapaz de sacarlo. Tosiendo sangre, se desplomó sobre el tablón, se estremeció brevemente y se quedó quieto.

A nuestro alrededor, los vampiros ya estaban acabando con sus oponentes. Harkat y Vancha se habían unido a la batalla y despachaban alegremente a vampanezes y vampcotas. Detrás de ellos, la Inspectora Jefe Alice Burgess contemplaba el baño de sangre, sin saber a ciencia cierta quiénes eran aquellos nuevos guerreros. Tenía la sensación de que estaban de nuestro lado, pero seguía empuñando el rifle por si acaso.

Debbie aún estaba sollozando sobre mi pecho: no había alzado la mirada y, por lo tanto, no sabía qué estaba ocurriendo.

—Todo está bien —le dije, levantándole la cabeza—. Mr. Crepsley está a salvo. Está vivo. Ha llegado la caballería.

—¿La caballería? —repitió, mirando a su alrededor mientras secaba las lágrimas de sus ojos—. No comprendo. ¿Qué…? ¿Cómo…?

—¡No lo sé! —respondí, riendo alegremente, y cuando Vancha apareció en mi campo visual, lo agarré por un brazo y le rugí en la oreja—: ¿Qué está pasando? ¿De dónde han salido todos estos?

—¡Los traje yo! —gritó jubilosamente—. Ayer, cuando me fui, correteé hasta la Montaña de los Vampiros y les expliqué lo que estaba pasando. Y regresaron conmigo correteando. Tenían que andar con pies de plomo (pues les dije que no intervinieran hasta que hubiéramos matado al Lord Vampanez), pero estuvieron ahí todo el tiempo, esperando.

—Pero… Yo no… Esto es…

Tuve que detenerme para evitar seguir balbuceando. No entendía cómo se habían introducido allí tan silenciosamente, ni cómo Vancha había ido y venido de la Montaña de los Vampiros tan rápido (incluso correteando, habría tardado algunas noches), pero ¿qué importaba? Estaban aquí, pateando culos, Mr. Crepsley estaba vivo y Steve Leopard y el Señor de los Vampanezes, muertos. ¿Por qué cuestionarlo?

Mientras daba vueltas a mi alrededor, como un niño el día de Navidad en una habitación repleta de los más maravillosos regalos, vi una figura fabulosamente familiar abriéndose paso entre los

combatientes, con el cabello naranja manchado de sangre y unas cuantas cicatrices nuevas sumándose a la grande que surcaba el lado izquierdo de su rostro, cojeando sobre su dolorido tobillo, pero, pese a todo, erguido.

—¡Mr. Crepsley! —rugí, arrojándome en sus brazos.

—¡Señor Shan! —rió él, estrechándome contra su pecho—. ¿Creíste que estaba acabado?

—¡Sí! —sollocé.

—¡Ja! —Soltó una risita—. ¡No te librarás de mí tan fácilmente! Aún tienes mucho que aprender sobre nuestras costumbres. ¿Quién sino yo tendría la paciencia de enseñártelas?

—¡Viejo idiota y presuntuoso! —resoplé.

—¡Mocoso maleducado! —replicó, y me echó hacia atrás para estudiar mi rostro. Alzó una mano, retiró con el pulgar las lágrimas y el polvo de mis mejillas, y entonces… entonces… entonces…

CAPÍTULO 20

No. No fue así como ocurrió.

Desearía que lo fuera. Desearía con toda mi alma y mi corazón que lo hubieran rescatado y derrotado a nuestros enemigos. En aquel terrible e imposiblemente prolongado momento de su caída, me imaginé media docena de fantásticas escenas, donde Mika, o Arrow, o Mr. Tall intervenían para desviar el curso del destino, y todos nos marchábamos sonriendo. Pero no fue así. La caballería no llegó en el último momento. No hubo rescate milagroso. Vancha no había ido correteando a la Montaña de los Vampiros. Estábamos solos, como tenía que ser, como el destino quería que fuera.

Mr. Crepsley cayó. Quedó empalado en las estacas. Murió.

Y fue espantoso.

Ni siquiera puedo decir que fue una muerte rápida y misericordiosa, como lo fue para el Señor de los Vampanezes, porque no murió enseguida. Las estacas no lo mataron instantáneamente, y aunque su alma no demoró mucho tiempo su partida, sus gritos mientras estaba allí retorciéndose, sangrando y agonizando, ardiendo y chillando, me acompañarán hasta el día de mi muerte. Y puede que hasta me los lleve conmigo cuando me haya ido.

Debbie lloraba amargamente. Vancha aullaba como un lobo. De los redondos ojos verdes de Harkat manaban lágrimas verdes. Hasta la Inspectora Jefe volvió la espalda a la escena, suspirando tristemente.

Yo no. No podía. Mis ojos permanecieron secos.

Avancé tambaleante hasta el borde del foso y contemplé las estacas con los dos cuerpos, a los que las llamas despojaban velozmente de su carne. Allí me quedé, como montando guardia,

sin moverme ni un ápice ni apartar la mirada, sin prestar atención a los vampanezes y vampcotas que, silenciosamente, abandonaban la caverna en fila. Podían habernos ejecutado, pero su líder había muerto, sus sueños se habían esfumado, y ya no les interesaba luchar… ni siquiera para vengarse.

Fui apenas consciente de que Vancha, Debbie, Harkat y Alice Burgess se habían situado junto a mí.

—Deberíamos irnos ya —murmuró Vancha al cabo de un rato.

—No —respondí con voz apagada—. Quiero llevarlo con nosotros, para hacerle un funeral apropiado.

—Pasarán horas antes de que el fuego se extinga —dijo Vancha.

—No tengo prisa. La caza ha terminado. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Vancha suspiró profundamente y asintió.

—Muy bien. Esperaremos.

—Yo no —sollozó Debbie—. No puedo. Es demasiado horrible. No puedo quedarme y…

Rompió a llorar. Quise consolarla, pero no pude. No se me ocurría nada que decirle para hacerla sentirse mejor.

—Yo me ocuparé de ella —dijo Burgess, haciéndose cargo—. Subiremos por el túnel y os esperaremos en la caverna más pequeña.

—Gracias, Alice —dijo Vancha.

Burgess se detuvo antes de irse.

—Aún no estoy segura —dijo— de que seáis realmente vampiros. Y no tengo ni idea de lo que voy a decirle a mi gente acerca de esto. Pero reconozco el mal cuando lo veo, y me gusta pensar que también reconozco el bien. No me interpondré en vuestro camino cuando llegue el momento de marcharos. Y si necesitáis ayuda, sólo tenéis que llamarme.

—Gracias —repitió Vancha, y esta vez compuso una débil y agradecida sonrisa.

Las mujeres se fueron, Debbie llorando, Burgess sosteniéndola. Se abrieron paso entre las filas de vampanezes y vampcotas en retirada, que dejaban pasar sumisamente a la pareja que había contribuido a la caída de su Señor.

Pasaron los minutos. Las llamas se agitaban. Mr. Crepsley y el

Señor de los Vampanezes seguían ardiendo.

Entonces, una pareja de extraño aspecto se acercó renqueando a enfrentarnos. Uno no tenía manos, aunque llevaba un par de garfios colgando del cuello. El otro sólo tenía media cara y gemía lastimeramente. Eran R. V. y Morgan James.

—¡Ya os cogeremos, puercos! —gruñó R. V. con fiereza, señalándonos amenazadoramente con el muñón izquierdo—. Gannen dio su palabra de que os dejaría ir, así que ahora no podemos haceros nada, pero ya os atraparemos más tarde y os haremos lamentar haber nacido.

—Será mejor que vengas bien preparado, Garfito —le advirtió Vancha secamente—. ¡Porque tendremos un verdadero mano a mano!

R. V. lanzó un siseo ante aquel chiste y quiso atacar al Príncipe. Morgan lo contuvo, farfullando entre dientes (la mitad de ellos destrozados por la bala de Burgess):

—
¡Ámo'oh
! ¡O
me'ceh
a pea!

—¡Ja! —replicó Vancha, con una risita despectiva—. ¡Para ti es fácil decirlo!

Esta vez fue R. V. quien tuvo que contener a Morgan James mientras este se esforzaba por alcanzar a Vancha. Maldiciendo y peleando entre sí, se dieron la vuelta y se unieron a las filas de sus anonadados colegas, alejándose sin rumbo fijo en busca de algún lugar donde lamerse las heridas y tramar su mezquina venganza.

De nuevo estábamos solos ante el foso. Ahora la caverna estaba más silenciosa. Ya habían salido casi todos los vampanezes y vampcotas. Sólo quedaban algunos rezagados. Entre ellos estaban Gannen Harst y un exultante Steve Leopard, que no pudo resistir la tentación de acercarse caminando tranquilamente para soltar una última y burlona carcajada.

—¿Qué se está cociendo al fuego, chicos? —preguntó, extendiendo las manos hacia las llamas como si quisiera calentarlas.

—Vete —dije con voz neutra—, o te mataré.

El rostro de Steve se ensombreció y me miró con furia.

—Es culpa tuya —protestó—. Si no me hubieras traicionado…

Desenvainé mi espada, con la intención de cortarlo en dos.

Vancha la apartó de un manotazo antes de que llegara a herirlo.

—No —dijo, interponiéndose entre nosotros—. Si lo matas, los otros volverán y nos matarán. Déjalo así. Ya lo cogeremos más tarde.

—Sabias palabras, hermano —dijo Gannen Harst, acercándose a Vancha. Su rostro estaba demacrado—. Ya ha habido bastantes muertes. Nosotros…

—¡Piérdete! —espetó Vancha.

La expresión de Harst se oscureció.

—No me hables de esa…

—No volveré a advertírtelo —gruñó Vancha.

El ex protector del Lord Vampanez se erizó de furia, pero luego levantó las manos apaciguadoramente y se alejó de su hermano.

Steve no le siguió.

—Quiero decírselo —dijo el semi-vampanez, con los ojos clavados en mí.

—¡No! —siseó Gannen Harst—. ¡No debes! ¡Ahora no! ¡Tú…!

—Quiero decírselo —repitió Steve, con mayor contundencia.

Harst maldijo por lo bajo, nos miró a los dos alternativamente, y luego asintió con tirantez.

—Muy bien. Pero aparte, donde nadie más pueda oírlo.

—¿Qué estáis tramando ahora? —preguntó Vancha con suspicacia.

—Ya lo sabrás —respondió Steve con una risita excitada, cogiéndome del codo.

Me zafé de él.

—¡Mantente lejos de mí, monstruo! —escupí.

—Vamos, vamos —dijo él—. No te precipites. Tengo una noticia que me muero por contarte.

—No quiero oírla.

—Oh, pero lo harás —insistió—. Te estarías dando patadas de aquí a la luna si no vienes y me escuchas.

Quise decirle lo que podía hacer con sus noticias, pero algo en su perversa mirada me detuvo. Vacilé un instante, y luego me alejé

con paso firme de los otros para que no nos oyeran. Steve me siguió con Gannen Harst pegado a sus talones.

—Si le hacéis daño… —les advirtió Vancha.

—No lo haremos —prometió Harst, y luego se detuvo, ocultándonos con su cuerpo de la vista de los demás.

—¿Y bien? —pregunté, mientras Steve se plantaba ante mí sonriendo afectadamente.

—Hemos recorrido un largo camino, ¿verdad, Darren? —remarcó—. Desde las aulas de la escuela y nuestro hogar a esta Caverna de la Retribución. Desde la humanidad al vampirismo y al vampanizmo. Desde el día a la noche.

—Dime algo que no sepa —gruñí.

—Solía pensar que pudo haber sido diferente —dijo suavemente, con ojos distantes—. Pero ahora creo que siempre estuvo destinado a ser así. Tu destino era traicionarme y aliarte con los vampiros, convertirte en un Príncipe Vampiro y dirigir la caza del Lord Vampanez. De igual modo, mi destino era encontrar mi propia senda en la noche y…

Se interrumpió, y una expresión taimada cruzó por su rostro.

—Sujétale —gruñó, y Gannen Harst me agarró por los brazos, impidiendo que me moviera de allí—. ¿Preparado para darle las buenas noches?

—Sí —dijo Harst—. Pero deprisa, antes de que intervengan los otros.

—Tus deseos son órdenes —sonrió Steve, y entonces, acercando sus labios a mi oído, susurró algo terrible… Algo espantoso… Algo que volvió mi mundo del revés y que me perseguiría en mis sueños y en mis despertares desde aquel mismo instante.

Mientras se apartaba tras haberme atormentado con su devastador secreto, abrí la boca para gritarle a Vancha la noticia. Antes de llegar a emitir una sola sílaba, Gannen Harst exhaló su aliento sobre mí, el gas noqueante que poseían vampiros y vampanezes. Mientras el humo llenaba mis pulmones, el mundo se desvaneció a mi alrededor, y luego caí, inconsciente, en el atormentado sueño de los condenados.

Lo último que oí antes de perder el conocimiento fue a Steve, riendo histéricamente: el sonido cacareante de un demonio

victorioso.

CAPÍTULO 21

No sabía dónde estaba cuando desperté. Abrí los ojos y vi un techo alto sobre mí, con un montón de paneles arrancados y tres lámparas que emitían un tenue resplandor ahora que las velas se habían convertido en simples cabos de cera. No se me ocurría dónde podía estar. Me senté con un gruñido y busqué a Mr. Crepsley para preguntarle qué pasaba.

Fue entonces cuando me acordé.

Gimiendo ante el regreso de los dolorosos recuerdos, me incorporé y miré a mi alrededor con desesperación. El fuego del foso de las estacas casi se había consumido. Mr. Crepsley y el semi-vampanez estaban carbonizados, irreconocibles colecciones de huesos quebradizos y ennegrecidos. Vancha y Harkat se hallaban sentados en el borde del foso, los semblantes tristes, llorando en silencio.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —exclamé, dando tumbos hacia el túnel que conducía a la salida de la caverna, cayendo torpemente de rodillas en mi frenética precipitación.

—Tranquilízate —dijo Vancha, ayudándome a ponerme en pie.

Aparté violentamente sus manos y me volví hacia él con fiereza.

—¿Cuánto? —rugí.

Los ojos de Vancha rodaron hacia mí, perplejos, y se encogió de hombros.

—Tres horas, quizá más.

Mis párpados se cerraron abatidamente y me dejé caer de nuevo. Demasiado tiempo. En esos momentos ya estarían a medio camino de las antípodas.

—¿Qué ocurrió? —pregunté—. El gas sólo debería haberme noqueado durante quince o veinte minutos.

—Estabas exhausto —dijo Vancha—. La noche ha sido larga. Me sorprende que te hayas despertado tan pronto. Afuera está amaneciendo. No esperábamos que te movieras hasta el anochecer.

Sacudí la cabeza en silencio, disgustado.

—¿Estás bien, Darren? —preguntó Harkat, renqueando hasta nosotros.

—¡No! —espeté—. ¡No estoy bien! ¡Ninguno de nosotros lo está!

Me levanté, pasando bruscamente ante la desconcertada pareja, y me dirigí lenta y dolorosamente hacia el foso, donde me quedé mirando una vez más los restos calcinados de mi más querido amigo y mentor.

—Se encuentra en estado de shock —oí que Vancha le murmuraba a Harkat en voz baja—. Dejemos que se tranquilice. Tardará un rato en recuperarse.

—¡Recuperarme! —chillé, sentándome y riendo maniáticamente.

Vancha y Harkat se sentaron junto a mí, Vancha a mi derecha y Harkat a mi izquierda. Cada uno apoyó una mano sobre las mías en una silenciosa muestra de apoyo. Sentí un nudo en la garganta y pensé que por fin iba a echarme a llorar. Pero pasados unos segundos, las lágrimas seguían sin acudir, así que dejé que mi mirada vagara nuevamente por el foso, mientras mis pensamientos regresaban a la escalofriante revelación de Steve.

Las llamas decrecieron y la caverna se enfrió. También se oscureció cuando las velas, allá en lo alto, se fueron apagando una por una.

—Será mejor subir ahí y… encender las velas —dijo Harkat—, o no podremos… ver con claridad cuando bajemos a… recoger los huesos de Mr. Crepsley.

—Dejémoslo ahí —respondí hoscamente—. Es tan buen lugar de descanso como cualquier otro.

Vancha y Harkat se quedaron mirándome dubitativamente.

—Pero eras tú quien quería hacerle un funeral —me recordó Vancha.

—Eso era antes de que Steve me llevara aparte —suspiré—. Ahora ya no importa dónde lo dejemos. Ya nada importa.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó Vancha, furioso—. ¡Ganamos, Darren! ¡Matamos al Señor de los Vampanezes! El precio

que pagamos fue alto, pero valió la pena.

—¿Tú crees? —pregunté amargamente.

—¡Por supuesto! —gritó—. ¿Qué es una vida comparada con miles? Sabíamos las probabilidades que había de que ocurriera esto. Todos estábamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas si fuera necesario. Siento la pérdida de Larten tanto como tú; era mi amigo mucho antes de conocerte a ti. Pero murió honorablemente, y dio su vida por una causa justa. Si su espíritu nos está viendo, querrá que celebremos su gran victoria, no que lamentemos su…

—¿Recuerdas nuestro primer encuentro con el Lord Vampanez? —le interrumpí—. ¿Recuerdas cómo se disfrazó de sirviente para que no le prestásemos atención y atacáramos a los otros, permitiéndole escapar?

Vancha asintió cautelosamente.

—Sí. ¿Y qué?

—Nos engañaron entonces, Vancha —dije—, y han vuelto a hacerlo. No hemos ganado nada. Mr. Crepsley ha muerto en vano.

Vancha y Harkat me miraron boquiabiertos.

—¿Qué…? No… ¿Estás diciendo…? ¿Qué? —jadeó finalmente Harkat.

—El semi-vampanez encapuchado de la plataforma era un señuelo —suspiré—. No era la misma persona que vimos en el claro. Steve me contó la verdad antes de marcharse. Ese fue su regalo de despedida.

—¡No! —resolló Vancha, con el rostro lívido—. ¡Te ha mentido! ¡Ese era su Señor! Las miradas de desesperación en sus rostros cuando lo matamos…

—… eran auténticas —respondí—. La mayoría de los vampanezes y vampcotas de la caverna creían que era su Señor. Los engañaron igual que a nosotros. Sólo Gannen Harst y otros cuantos sabían la verdad.

—Entonces, ¿volvemos a estar como al principio? —gimió Vancha—. ¿Él vivo, y nosotros sin tener ni idea del aspecto que tiene, ni modo de saber cuál será su próximo movimiento?

—No exactamente —dije con una torcida media sonrisa—. Ahora sólo quedamos dos cazadores. Es una gran diferencia.

Dejé escapar un largo e indolente suspiro, y volví a contemplar

el foso. No quería contarles el resto, sin acabar de asimilar la muerte de Mr. Crepsley y la noticia de la huida del Lord Vampanez. Les habría ahorrado este nuevo golpe de haber podido.

Pero tenían que estar advertidos. En caso de que me ocurriera algo, debían saberlo, para que pudieran dar la voz de alarma y seguir adelante sin mí si fuera necesario.

—Sé quién es —susurré con voz neutra—. Steve me lo dijo. Me reveló el gran secreto. Harst no quería que lo hiciera, pero lo hizo de todos modos, para hacerme aún más daño, como si la muerte de Mr. Crepsley no hubiera sido bastante.

—¿Te dijo quién… es el Lord Vampanez? —jadeó Harkat.

Asentí.

—¿Quién? —gritó Vancha, levantándose de un salto—. ¿Quién fue la escoria que envió a otros a hacer el trabajo sucio en su lugar? ¡Dímelo y…!

—Es Steve —respondí.

Las fuerzas abandonaron a Vancha. Se dejó caer al suelo, mirándome con horror. Harkat también.

—Es Steve —repetí, sintiéndome vacío y aterrado por dentro, sabiendo que nunca volvería a sentirme de otro modo hasta (o a menos) que lo matara, aunque viviera mil años. Me humedecí los labios, con los ojos fijos en las llamas, y proclamé en voz alta la terrible verdad—: ¡Steve Leopard es el Señor de los Vampanezes!

Después, sólo hubo silencio, llamas y desesperación.

DARREN SHAN (1972). Su verdadero nombre es Darren O'Shaughnessy
. Aunque es irlandés, nació el 2 de julio de 1972, en Londres; donde vivió hasta sus 6 años, cuando se mudó a Limerick, en Irlanda, junto a sus padres y su hermano más pequeño, donde ha residido hasta entonces. Darren fue a la escuela primaria en Askeaton, donde su madre ejerció de profesora, y luego estudió secundaria en el Copsewood College de Pallaskenry. Regresó temporalmente a Londres para estudiar sociología en la universidad Roehampton. Trabajó en un compañía de televisión por cable en Limerick por algunos años, antes de consolidarse como un escritor a tiempo completo a los 23 años.

Aunque siempre quiso ser escritor, no fue hasta su adolescencia cuando comenzó a escribir en su tiempo libre para divertirse (antes, sólo escribía historias si se trataba de una tarea). Compró su primera máquina de escribir a los 14 años, nunca la dejó de lado, escribiendo cuentos, guiones para historietas, y comienzos alternativos para varios libros, que nunca completó. Disfrutó de su primer éxito literario a los 15, como participante en una competición en la que entregó un guión para una comedia negra

titulada *A Day in the Morgue* («Un día en la morgue»).

A los 17 terminó su primera novela. Aunque nunca la publicó, se enfocó en otras historias, dejando a un lado los cuentos. Mientras estaba en la universidad y trabajaba, escribió el equivalente a un libro por año, experimentando con distintas ideas, géneros y estilos. Cuando se dedicó a tiempo completo a la escritura, ya alcanzaba la capacidad de tener listos al menos 5 libros por año. Pero la cifra se redujo luego a 2 libros/año recientemente, debido entre otras cosas, a las giras promocionales de sus obras. En el 2000, su primer libro orientado a un grupo juvenil de lectores, *El circo de los extraños*, fue publicado; que dio comienzo a la serie literaria conocida como la *Saga de Darren Shan*. Escribió el total de 12 libros, aunque había planeado más para la saga. Luego de enfocarse en los vampiros, lo hizo en los demonios, por lo que surgió la serie de 10 obras conocida como *The Demonata*. Ha publicado tres novelas para adultos, que conforman la trilogía *The City*.